

Girasol

J. P. Navarro

*«Quizá la mejor lección de la historia es que
nadie aprendió las lecciones de la historia.»*

Aldous Huxley.

Debo confesar que he olvidado gran parte de mi infancia, el tiempo deteriora toda memoria. Sin embargo, hay acontecimientos que cicatrizan en nosotros para atormentarnos día a día, o, quizás, alegrarnos la vida.

Pido disculpas por la discrepancia que se presentará en el vocabulario de mi yo infantil, no puedo evitar poner mis pensamientos actuales en una voz tan inocente. Necesito desahogo, y a través de las palabras creo lograrlo.

No quiero extender el rumor de mi novatada. Soy Jack Bennet, bienvenidos al desagüe de aguas sucias.

— ¡Magnifico! — exclamé luego de ver un show de hipnotismo en una feria algo precaria e improvisada.

Había muchas luces — demasiadas —, brillantes y cegadoras. La cabeza casi me explotó, y mis párpados casi se derritieron.

El lugar donde se llevó tal evento era una especie de callejón con decenas y decenas de puestos de comida y de tiendas donde uno puede comprar una navaja suiza a un precio casi regalado. Caminaba tomado de la mano de mi madre. Ella me llevaba a donde se le daba la gana. Yo no tenía voz ni voto, fui su súbdito.

«Por suerte me llevó a un lugar interesante.»

El hipnotizador había llamado a alguien del público y le animó a que sea partícipe de su número artístico. Esta persona del público se hizo rogar un poco, pero al final accedió. En ese momento creí que era un acto de comedia, ¿Razón? El encargado de entretener al público hizo que el voluntario —no tan voluntario— perdiera su dignidad al lograr que este se comportase como una gallina y luego como un perro. Todos se reían sin control —incluyendo mi madre— ante aquel acto tan malévolo, inaudito. No podía creerlo.

Recuerdo que me planteé la posibilidad de que la persona del público y el hipnotizador eran amigos o socios del espectáculo, que compartían las ganancias y que viajaban juntos a decenas de lugares para mostrar su fabulosa presentación.

En aquel momento sentí un mar de emociones. Me sentí fascinado por como aquel hombre vestido casi como un payaso de circo —solo le faltó pintarse el rostro como tal — era capaz de lograr el control total de la mente de otro ser. También me sentí frustrado por no saber si el espectáculo era una realidad o una vulgar mentira, un engaño premeditado. Creo que me incliné por la fantasía de que todo lo que vi en ese momento era real. A la vez me atribuyo un sentimiento de indignación debido a las risas descontroladas del público. No comprendo que tiene de gracioso ver a alguien sin el control total de su mente.

Recuerdo que el hombre vestido casi como payaso hizo que el voluntario se relajase por completo y, luego de que este estuviese por dormirse, comenzó a susurrar muy cerca de su odio, por un breve lapso de tiempo, hasta que, como arte de magia, el voluntario perdió el control casi total de su mente y cuerpo. Estaba consciente, pero parecía que estaba sometido a alguna sustancia alucinógena por la forma en la que actuaba. Después sucedió lo que ya comenté, hizo una representación admirable de un perro y, aún mejor, de una gallina.

En aquel momento, yo, era solo un incrédulo niño. Estaba luchando por estar despierto para disfrutar del espectáculo— la feria solo abre por la noche —, hasta que sucedió algo que me despertó por completo, el sueño disipó de inmediato.

Unos oficiales de la ley importunaron al casi payaso en pleno acto. Creo que estaba por volver a la normalidad al voluntario, sacarlo del trance al que fue sometido, o a terminar con su acto para dar credibilidad a lo que hicieron. No pudo terminar porque lo tumbaron al suelo con una patada dirigida justo en la boca del estómago. Luego le

colocaron las esposas y lo bajaron del escenario. Algunas personas aplaudían porque creían que era parte del espectáculo. Otros, menos ilusos, quedaron atónitos ante la incertidumbre.

— ¿Qué sucede? — gritaban. Exigían respuestas.

Uno de los oficiales, un hombre esbelto y calvo, se acercó al micrófono del escenario y, segado por la luz brillante que hacía resplandecer su calvicie, dijo: — El show ha concluido. El caballero —señaló al casi payaso que estaba abajo del escenario en compañía del otro oficial — no tiene los papeles correspondientes para dar este espectáculo. Es un infractor de la ley, por ende, estamos obligados a arrestarlo. La ley debe cumplirse, señores. — dicho esto, se bajó del escenario y acompañó a su compañero de la ley hasta el coche patrulla para llevar al casi payaso tras las rejas, todo bajo la excusa de no tener la documentación correspondiente.

Todo sucedió muy rápido. No lograba entender, asimilar, qué demonios sucedió.

Cerca de donde estábamos, con mi madre, había un hombre, no logré distinguirlo debido a la penumbra de la noche, que hablaba con otra persona sobre la verdadera razón del arresto del casi payaso. Lo que dijo me dejó un tanto anonadado: — El oficial ha mentido. Lo arrestaron porque el hipnotismo está prohibido debido a su gran peligro — la persona con la que hablaba comenzó a reír —. No es gracioso. Hipnotizar a una persona es muy peligroso, pueden presentarse consecuencias desastrosas e irreversibles.

Tuve que preguntárselo a mi madre.

— ¿Ma, es ilegal la hipnosis?

— Se que lo fue durante la inquisición — me respondió —. Tengo entendido que se lo consideraban una especie de brujería. La verdad es que no estoy muy segura. Aunque no me sorprendería si así fuese. Controlar mentes ajenas es para repudiar — me dedicó una mirada relajada y despreocupada —. No te inquietes, lo que acabamos de ver no fue real. Fue un timo, y todos los presentes lo saben. — me dijo, casi como si leyese mi mente.

Me limité a solo asentir.

— ¡Vamos a casa! — ordenó mi madre. Yo no podía decir nada, era solo un niño torpe y distraído.

Mantuve el silencio. Mi atención estuvo centrada en el coche patrulla. Quería ir a hablar con el casi payaso. Necesitaba preguntarle cuál es su secreto para hipnotizar a alguien. «Ser curioso no es ilegal.»

Mi madre me tiraba de la mano para que yo apresurase el paso. Lo hacía, pero casi al instante me transformaba en una tortuga fatigada, que lo único que quiere es esconderse en el caparazón y descansar durante horas. Recibí un par de cachetadas en la cabeza por mi reticencia a caminar. No le di importancia, fui un niño necio, uno se acostumbra a los golpes, se vuelven insípidos.

— ¿Qué sucede? — se preguntó mi madre a sí misma.

Las personas comenzaron a conglomerarse frente al escenario como si el espectáculo hubiese empezado nuevamente. El segundo acto. Oí que paso una viejita corriendo y diciendo: — Yo sabía, lo de los oficiales fue parte del acto.

Debo admitir que aquello me hizo sonreír, quería seguir disfrutando del arte del casi payaso.

Cuando estuvimos cerca del escenario nos dimos cuenta que el espectáculo que se presentó, el segundo acto, fue tan solo una triste tragedia. El voluntario que demostró sus grandes dotes para imitar a un perro y una gallina convulsionaba con salvajismo en el suelo, bajo el escenario de madera, y le salía mucha espuma de la boca. Clavé mis ojos en los suyos, vi como las pupilas desaparecieron y como consecuencia sus ojos se volvieron blancos y tenebrosos. Aquello me aturdió de la impresión. Mi madre tapó mis ojos, pero yo aparté sus molestas manos.

Vi que los oficiales que se llevaron al casi payaso abandonaron el coche patrulla para acercarse y ver la situación que se presentó. Casi sin pensarlo solté la mano de mi madre y salí corriendo en dirección del coche patrulla para conversar con el casi payaso. Corrí varios metros, los suficientes para salir de los ojos de mi madre. A mitad del trayecto me distraje mirando hacia atrás, para ver si mi madre me seguía, y no pude evitar chocar con un niño que estaba de quieto, dándome la espalda. Ambos caímos al suelo.

— ¿Viste el cadáver? — me preguntó el niño.

Apenas si pude distinguirlo.

— ¿Ah? — no entendí a qué se refería.

— Al hombre gallina — me dijo —. Es un cadáver que lanza espuma por la boca. — parecía fascinado. Lo dijo como si hubiera visto a un bombero salvar a una persona en un gran incendio.

— ¿Cadáver?

— Si, idiota. El hombre gallina está muerto.

— Ah, si — meneé la cabeza —. Acabo de verlo. — intenté no ruborizarme.

— ¡Genial! — exclamó. Lo dijo tan fascinado y exaltado que me cayó muy bien.

— ¿Cómo te llamas? — pregunté.

El niño se puso de pie y yo hice lo mismo.

— ¡Soy Edgar Potter! — me tendió la mano.

Yo la tomé y apreté con todas mis fuerzas.

— Mi nombre es Jack...

Mi madre interrumpió mi presentación de un grito. Me estaba buscando, super desesperada. Yo sabía que si me encontraba no podría ir a hablar ni en un millón de años con el casi payaso. Sin pensarlo, casi de inmediato, comencé a correr. De no ser por el conglomerado de personas me hubiera encontrado con facilidad.

— Soy Jack Bennett — terminé mi presentación.

Me alejé un par de metros.

— Es un gusto — gritó Edgar Potter, balanceando su mano sobre su cabeza —. Deberíamos juntarnos a jugar a las canicas.

— Me parece una buena idea — le grité con todas mis fuerzas.

Fue un encuentro extraño.

Llegué al área donde estaba el coche patrulla, cerca del estacionamiento, a unos 150 metros del escenario.

Al acercarme cada vez más al casi payaso el miedo comenzó a inundarme. Sentí pánico. La desmesurada mirada del casi payaso era penetrante, sentí que era capaz de controlarme la mente solo con ella. A pesar de mis sentimientos encontrados, no me detuve por nada del mundo. Mi objetivo ya estaba claro, plasmado en la lista de quehaceres.

Estando a unos cinco metros dejé de correr y comencé a acercarme con pasos muy lentos.

La ventanilla de la puerta en la que estaba inclinado el casi payaso estaba brevemente abierta. Ello me sorprendió un poco. Supongo que el ambiente del interior del coche era sofocante.

— Niño... — me dirigió la palabra.

— ¿Qué? — pregunté, algo renuente.

— Necesito que me hagas un favor — miró hacia los alrededores para asegurarse de que nadie estaba oyendo u observando —. He olvidado mi bolso, lo he dejado detrás del escenario. Es un bolso blanco como tus dientes. Necesito que lo guardes por mí.

— ¿Debo buscarlo y traerlo?

— No. Ni se te ocurra hacer eso, niño tonto — se había enojado un poco —. Si lo traes, los malditos oficiales me lo quitarán y lo destruirán. No puedo permitir que estos desgraciados destruyan mi secreto.

Cuando hablaba gesticulaba de forma enardecida.

— ¿Me lo tengo que quedar? — pregunté.

— ¡Si! — me respondió con los ojos super abiertos, como si intentara asustarme —. Es un obsequio de mi parte.

— ¿Para mí?

— Si, niño. Para ti. — dijo casi susurrando —. Tus ojos me dicen que tienes el don, niño. Compartiré mi mayor secreto contigo, espero sepas utilizarlo y, más aun, disfrutarlo.

— ¿Ya no lo necesitas? — pregunté.

— Ya no — se señaló la cabeza —. Todo está aquí dentro. No debes decírselo a nadie, y el contenido del bolso no debe caer en manos equivocadas.

— ¿Cómo sabes que mis manos no son las equivocadas?

— Si lo fueran — me respondió —, no estarías aquí. Es tu destino tenerlo.

— ¿Qué hay en el bolso?

— Deja de perder el tiempo y ve a buscar el bolso, niño idiota. Lo descubrirás cuando los tengas en tus tiernas y suaves manos. — de pronto enloqueció y grito: — No te quedes aquí, ve a buscar el bolso. ¡Anda, niño!, ¡Largate!

Aquel comentario me inquietó un poco. Lo olvidé casi al instante. La curiosidad fue mordaz, por lo que salí corriendo a buscar el obsequio que me fue otorgado por el casi payaso. Un obsequio con abundancia de conocimientos. «Un obsequio desafortunado.»

Al llegar al escenario pude ver al hombre gallina dando sus últimos suspiros. Lo quedé viendo por unos breves segundos. Quería ver como su alma, si es que la hay, se despide del cuerpo. Lo único que hizo fue calmarse, dejó de convulsionar y la espuma que le salía de la boca cedió. Me pareció gracioso. La simpleza con la que abandonamos la vida da mucha gracia. Pasamos la vida preocupados por el futuro, y al final nos olvidamos de que no todos podremos vivir en ese talpreciado futuro que imaginamos. Nos olvidamos de vivir, de disfrutar el día a día, por culpa de los estigmas de la sociedad. En lo personal, considero que los Híppies tienen una vida más sana y de ensueño que un magnate de cualquier tipo. Materializar las emociones es lo mismo que ahorcarse, suicidarse, con un cinturón en la bañera.

No pude evitar reír al ver el último suspiro del hombre gallina, un gélido cacareo. Creo que casi lloré de risa. Se tomó el papel muy enserio.

Por un momento me olvidé de la tarea que me fue encomendada.

Había una considerable cantidad de personas gritando, otras llorando, por el último y sensacional acto del hombre gallina. La muerte, al parecer, provoca el llanto en las personas. Otras estaban con los ojos como platos, estupefactos. Unos pocos se persignaban y miraban al cielo, como si estuvieran pidiendo perdón a algún tipo de francotirador para que no apriete el gatillo y les incruste una bala entre medio de los ojos. Creo que no todos quieren morir con una bala entre los sesos. Gritaban lo siguiente: —¡Dios! — tenían los ojos cerrados, eran un grupito bastante curioso —. Perdonad vuestras ofensas. Somos fieles y leales a tu existencia.

Yo arrugué la cara y pensé: — ¿Les temen a las estrellas? Capaz le gritan al presidente de la nación, que los escucha por algún micrófono, para que no suba los impuestos.

Mi mente, en aquel momento, divagaba demasiado. Más de lo recomendado. El comentario sobre el presidente me vino a la mente porque recordé a mi vecino de al lado, ex vecino porque murió hace unos años, que siempre estaba sentado en el patio delantero de su casa renegando con los políticos. Mi madre no me dejaba ir a hablar con él porque insultaba mucho y, según mi madre, un niño no debe escuchar impropiedades, insultos. He escuchado muchas malas palabras, pero jamás las repito por respeto a mi madre.

Fue muy curioso ver cómo los oficiales miraban al hombre gallina, tenían una mirada monótona. Al final, están entrenados para no mostrar ningún tipo de emoción. Deben hermetizar sus sentimientos. Tal vez ya están acostumbrados a ver personas muertas. Quizá, han dado uso a sus armas y han encañonado a un delincuente, luego de que este robara una tienda, y disparado tantas veces hasta que lo vieron muerto y con los ojos blancos. En ese momento pensé que cuando alguien deja la vida, sus ojos quedaban blancos.

Corrí tras el escenario para buscar el bolso, tan blanco como mis dientes, del casi payaso y llevarlo lejos de las narices de los curiosos.

Ingresé a una habitación, en donde los artistas se visten y maquillan, un poco rara. No había ningún espejo. Las paredes eran de madera y su fachada poco agradable. Vi

varios bolsos, todos azules y negros. Estaban apoyados contra una pared de color verde. «Ningún bolso blanco a la vista»

— Blanco como mis dientes... — no encontré ningún bolso blanco.

Pensé que el casi payaso me engañó para su propia diversión. Me enfurecí y comencé a patear todo lo que me rodeaba. Bolsos, banquillos, pelucas y hasta un gato negro que merodeaba por ahí. Me sentí culpable por golpear a un gato.

Salí de la habitación.

Me sentí muy frustrado, a tal punto que quería robar el arma a uno de los oficiales y buscar al casi payaso para vaciar el cargador en su feo rostro.

— ¿Edgar? — vi al niño con el que choqué cuando corrí al coche patrulla.

— ¿Jack?

Se volteó para mirarme y su sonrisa se agigantó. Supe que el destino quiso que en aquel momento nos encontrásemos.

— ¿Qué haces? — vi que sus manos sujetaban con fuerza un bolso de color amarillo desteñido.

«Blanco como tus dientes.»

— Nada. Robé el bolso del sujeto al que arrestaron.

Yo quise pegarme en la cabeza con un martillo. Mis dientes estaban sucios en aquel momento debido a las golosinas que ingerí durante el día. Mis blancos dientes estaban casi amarillos, como el bolso. «¿Cómo carajo supo que era el bolso del asesino?»

— ¡Dámelo! — ordené mientras señalaba con mi dedo el bolso.

— ¿Ah? — sé que no comprendía la situación.

— El bolso — aclaré —. El casi payaso me dijo que se lo guardara. — Tuve que mentir. Si le decía que fue un obsequio no me iba a creer.

— ¿Hablaste con el asesino? — me preguntó con un entusiasmo pegadizo.

— ¿Asesino? — me costó un poco seguir el ritmo de mi nuevo buen amigo —. Ah, sí. Hablé con él.

— Wow — gritó de emoción.

No se me cruzó por la cabeza la idea de que hablé con un asesino. Me sentí receloso al coger el bolso que me tendió mi amigo Edgar, aceptar el obsequio de un asesino no es de buen augurio. Me lo dio sin protestar porque no sabía de su contenido y los secretos que se ocultaban en el interior.

— ¿Te dijo que hay en el interior? — me preguntó.

— ¿El casi payaso? — volví a entrar en contexto —. No, la verdad es que no tengo la menor idea. — dije.

— Husmee un poco — confesó —. Lo único que encontré y logré distinguir son un par cuadernos con apuntes raros y varios documentos. Estupideces. Creo que el asesino es un loco de remate y un aburrido de aquellos. Mínimo esperaba encontrar un encendedor.

«Si tan solo supieras.», pensé. Estuve por alardear sobre mi obsequio y sus recónditos secretos, pero me abstuve. Hay que callar para no empalagar. La muchedumbre escucha y luego asfixia.

— Solo me dijo que me quedase con su bolso — dije —. Un bolso tan blanco como mis dientes. — mis dientes estaban sucios, claro está.

— Veamos que sorpresas tiene — se incorporó muy cerca del bolso —. Algo debes saber sobre su contenido. Sorpréndeme.

Pensé que quería robarme el bolso y lo golpeé con él justo en la quijada — mi recelo hacia con Edgar, aunque ya me agradaba bastante, era tal que tuve un espasmo de violencia —, y este cayó al suelo. Era mi bolso y no quería que nadie, excluyéndome, lo tocara o mirase su contenido. El casi payaso confió en mí para guardar su mayor secreto y, gracias a mi egoísmo, no pretendía compartir tal secreto con nadie.

Edgar se levantó del suelo y me dio una patada en la entrepierna. No pude verlo ya que divagaba en mis pensamientos. El golpe fue tan doloroso que caí de rodillas al suelo. Vomité un poco.

— ¿Qué carajos? — pregunté.

— Tu empezaste — respondió Edgar con una sonrisa dibujada en su rostro.

No entendí porque sonreía de oreja a oreja. Recuerdo que pensé en el hecho de que me había topado con un niño fuera de sus cabales.

— ¿De dónde sacas toda esa intensidad y vitalidad? — pregunté casi susurrando. Tenía mis testículos casi por la garganta. Recuerdo que se me escaparon un par de lágrimas por el dolor que sentí —. Creo que te hace falta, y de inmediato, una vuelta de tuerca. — comenté riendo.

Edgar es del tipo de personas hiperactivas.

— ¿Abrirás el bolso? — insistió.

— ¡No! — contesté, con ganas de lanzar algún que otro impropio —. No es asunto tuyo.

No sé si Edgar me respondió porque salí corriendo y no escuché nada. Corrí lo más rápido que pude con la intención de alejarme de para poder escrutar el interior del bolso y así poder conocer el prometedor secreto que yacía dentro.

Corrí lo más rápido que pude. Voltee para asegurarme que Edgar no me seguía. No lo hizo, gracias a Dios todopoderoso. Se quedó de pie, con ambas manos en los bolsillos. Pareció tranquilo. Recuerdo que sonreía de oreja a oreja y sus dientes resplandecían. Inclino la cabeza para despedirse. Yo hice lo mismo.

Busqué un lugar que estuviese desolado y no tuve suerte, cada espacio estaba repleto de personas.

El único lugar que se me vino a la mente fue el vestuario tras el escenario. Volví de inmediato, no tuve otra opción. Tenía la ardiente presión de que mi madre me buscaba con desesperación, asustada por la incógnita de mi paradero. Había poco tiempo para hacer lo que pretendía hacer.

Otro punto a mi favor, Edgar se había ido del vestuario.

Cuando estuve a punto de llegar, tropecé. El cordón de mi zapatilla del pie izquierdo se desató y lo pisé con el otro pie. Caí de boca al suelo. El bolso se me escapó de las manos, lo solté, cuando al caer me dispuse a poner las manos en el suelo para amortiguar el impacto.

Me puse de pie y me sacudí con golpes fuertes la ropa para sacar la tierra. El polvo que se formó a mi alrededor me hizo toser un par de veces.

Absorto ante mi ardua búsqueda de la ubicación del bolso, cuyo paradero salió de mi vista, sentí pánico. Mi espinazo sintió tal escalofrío que hizo temblar todo mi cuerpecito. Ahogué mi respiración. Intenté tragar la saliva que se acumulaba con rapidez dentro de mi boca y me trapiqué, me ahogué. Tosí tanto que me dolió la garganta y mis ojos lagrimearon.

— ¡No te asustes! — exclamó el casi payaso, proyectándose ante mis ojos.

Tal parece que pudo percibir y olfatear mi miedo. Quedé como una estatua. Estaba ante la presencia de un asesino.

— ¿Qué haces fuera del coche patrulla? — pregunté al fin —. No deberías estar aquí.

Me sorprendió la negligencia del casi payaso al exponerse ante el público sin tomar precauciones. Estuvimos cerca del vestuario, o lo que fuese, cuando me tomó del brazo y me preguntó por el bolso.

— ¿Has encontrado el bolso?

Noté cierta desesperación.

— Si — respondí asustado.

— ¿Dónde lo tienes? — sus ojos eran tenebrosos. Con cada segundo que pasó, me apretó el brazo con más y más fuerza.

— Oye — le dije —. Suéltame el brazo, me duele mucho. Me lastimas.

El casi payaso me clavó las uñas en el brazo y me dolió tanto que grité con todas mis fuerzas. Comencé a llorar. Me soltó el brazo de inmediato e intentó tranquilizarme.

— Disculpa... niño — dijo al darse cuenta de su fechoría —. No quería lastimarte... ¡No llores!

Yo le escupí el rostro. En ese momento pensé que iba a morir por mi estupidez.

— Me lo merezco — reconoció. Su voz se tranquilizó —. Solo tienes que decirme donde quedó el bolso. Es importante.

— ¿Eres un asesino? — aventuré una pregunta peligrosa.

El casi payaso me dirigió una mirada descolocada, intentando comprender de donde salió mi pregunta.

— ¿Lo dices por el hombre que subió al escenario? — arrugó la cara connotando la tristeza que sintió —. No, claro que no lo asesiné. — dijo con la mirada perdida en, quizá, recuerdos.

— Pues, murió por tu culpa...

— No — me interrumpió sabiendo lo que iba a decir —. Solo le induje una breve hipnosis. Si los bastardos — la policía — no hubiesen irrumpido mientras hacía volver al tipo a su estado normal... Si hubieran dejado que yo hiciera mi trabajo, nada de esto habría pasado. El tipo estaría con su familia y yo estaría comiendo un sándwich de jamón y queso mientras me cojo a una prostituta.

«¿Prostituta?», me pregunté. En ese momento era un ser inocente, un niño, claro está.

— Disculpa mis palabras — se rascó la barbilla —. El bolso, ¿Dónde lo dejaste?

Comencé a buscar el bolso y no lo vi en ningún lado.

— ¿Lo perdiste, niño? — preguntó el casi payaso, frunciendo el ceño.

Yo negué con la cabeza. Lo tuve en mis manos antes de caer al suelo. «No debe estar lejos», pensé.

El casi payaso me dio una bofetada en el rostro. Me dolió tanto que comencé a llorar, de nuevo, sin consuelo. Comenzó a gritarme e insultarme y me asustó tanto que grité a los cuatros vientos pidiendo ayuda.

— ¡Imbécil! — exclamó con vehemencia —. Como se te ocurre perder...

Edgar Potter lo interrumpió dándole un golpe en la entrepierna con un tubo de hierro. «Estaba escondido el infeliz.»

— ¿Buscas esto? — el maldito Edgar tenía entre sus sucias manos el bolso que perdí al caer.

— ¡Suelta eso, niño imbécil! — dijo el casi payaso.

Yo salí corriendo y Edgar me siguió.

— No corran — el casi payaso comenzó a correr detrás de nosotros —. No empeoren las cosas, niños tontos.

— ¡Tú eres un asesino! — gritó Edgar.

Edgar y yo éramos solo unos niños, el casi payaso nos alcanzó de inmediato. A mí me dio un puñetazo en el rostro y a Edgar lo cogió del cuello y lo levantó por los aires. Sus piernas colgaron y se balancearon de un lado a otro, intentando patear al agresor.

— ¿A quién le dices asesino? — preguntó, furioso y ofendido.

Edgar no podía respirar. Las manos del casi payaso apretujaron el cuello con tanta fuerza que casi se lo destrozó.

— ¡Suéltalo! — intervine a gritos.

Me miró con ojos de demente.

— Ya tienes tu bolso — continué diciendo —. Cógelo y vete.

Comencé a llorar más fuerte al notar que las piernas de Edgar se inmovilizaron por completo.

— ¡Eres un asesino! — exclamé.

El casi payaso me miró con tanta fiereza que de seguro tuvo el pensamiento de terminar con mi vida, luego de acabar con la de Edgar. Por fortuna, el casi payaso, no pudo darse la dicha de cumplir con sus intenciones. Uno de los oficiales que fueron a socorrer al hombre gallina se percató de la fuga del casi payaso y salió a buscarlo con la pistola en mano. «Pum, pum.», escuché. Vi como las manos del casi payaso soltaron el cuello de Edgar, quien cayó al suelo, casi sin vida. El oficial, el calvo, disparó dos veces contra el casi payaso, dándole justo en la cabeza y en el cuello. Murió al instante.

— ¿Están bien? — preguntó preocupado —. Imbécil, como te atreves a atacar a unos niños. — pateó el cadáver del casi payaso.

Edgar comenzó a toser, enforzándose por respirar de nuevo, y a reír. Puso una mano en su cuello y gesticuló dolor, claro.

— Estuve muy cerca de morir — dijo, aclarando la garganta —. Muy cerca.

— ¿De qué te ríes? — pregunté confundido.

— Rio para no llorar — contestó como si fuera un filósofo.

El oficial, luego de llamar a su compañero, ayudó a Edgar a ponerse de pie.

— Eres afortunado, niño — le sacudió la cabellera —. ¿Vinieron a la feria con algún familiar o son ratas solitarias?

— Vine con mi madre — contesté.

— Yo también — respondió Edgar.

— De acuerdo. Se quedarán conmigo hasta que encontremos el paradero de sus madres. Luego, podrán irse sanos y salvos.

Edgar y yo quedamos absortos al ver el cadáver del casi payaso. La sangre le escurría de la cabeza, justo sobre la oreja. Del cuello, la sangre burbujeaba.

Nos miramos. Yo estaba aterrorizado, en cambio, Edgar, parecía fascinado.

El cadáver del casi payaso hizo un ruido raro, peculiar.

— ¿Qué fue eso? — preguntó Edgar al oficial.

— Se ha defecado encima — contestó.

Edgar me miró y comenzó a reír a carcajadas. No pude aguantarme, su risa fue muy contagiosa. «Así de fácil se pasa del horror absoluto, del llanto, a la risa.»

«Este chico es un loco de remate», pensé.

Me asusté demasiado cuando mi madre me levantó y me dio un fuerte abrazo. Me balanceó por los aires y me llenó de besos: tenía los labios pintados y me manchó todo el rostro.

— ¡Hijo! — dijo mientras lloraba —. Que susto me diste.

Guardé silencio.

Pasaron unos, quizá, 10 minutos.

— ¿Cómo se te ocurre soltarme la mano y salir corriendo? — me dio una bofetada de aquellas.

Es increíble como una persona puede pasar del amor al odio. Casi como un destello.

Me retó unos minutos más, me habló de los peligros que corre un niño al andar solo y etc. Sentí pánico cuando me contó que hay tipos que llevan bolsas grandes, meten a los niños en ellas y luego se los llevan para matarlos y comérselos crudos.

— ¿Usted es la madre del niño? — el policía que disparó al casi payaso me salvó dos veces. Mi madre estuvo a punto de lograr que la cabeza me explote.

— Sí, caballero — mi madre siempre tuvo un sentimiento devoto hacia las personas que forman parte de la ley —. ¿Qué sucedió aquí? — preguntó al ver sangre en el suelo.

Recuerdo como se le ruborizó el rostro al percatarse del cadáver tumbado en el suelo, gimió del susto. Estuvo absorta en la acción de encontrarme sano y salvo que eludió todo lo que sucedió a su alrededor.

— Este hombre atacó a los niños... — respondió el oficial con tranquilidad —. Tuve que hacerlo. Disparé antes de que les hiciera daño a los pobres infantes.

— ¡Gracias por su buen servicio! — asintió y nos fuimos.

Cuando nos alejamos unos metros, el oficial calvo se nos acercó.

— Disculpen — dijo —. Pero necesitaré la declaración de su hijo, ya que estuvo implicado, involucrado en lo que acaba de suceder.

Mi madre lo ignoró y seguimos con nuestro camino.

Siempre me pregunté porque no hizo un berrinche o escándalos de aquellos luego de ver el cadáver — siempre lo hacía con todo lo que se le cruzaba — o por enterarse de que fui atacado por una especie de loco de remate. A la vez me sentí extraño por que los oficiales de la ley nos dejaron marchar como si nos hubieran pedido el documento de identidad: Tome, espero tenga un lindo día.

Mi madre me tomó de la mano. Iba seria, parecía inquebrantable. En un momento quise soltarme de nuevo para ir a buscar el bolso — mi nueva pertenencia — pero no pude.

Mi madre me hizo temblar de horror con su seriedad. El cadáver debió de haberla afectado a tal punto que le selló la boca y le quemó las pestañas. No la vi parpadear. Me apretó la mano con mucha fuerza, tal parece que no quería que me volviera a soltar y alejarme de su lado.

«Adiós, bolso blanco como mis dientes y sus secretos...», me dije.

Me tranquilicé cuando, al voltearme, para ver nuevamente el cadáver, vi a Edgar con el bolso entre manos. No sabía si iba a volver a verlo otra vez en la vida. No sabía nada

de su existencia, pero, en aquel momento, tuve la pequeña intuición de que nuestros caminos se volverían a juntar.

«¡Nos vemos pronto!», exclamé en voz alta. Mi madre me miró con su dura expresión y mantuvo silencio. No me dijo nada. Seguimos caminando hasta el estacionamiento para subir al vehículo y partir a nuestro dulce hogar.

— ¡Siéntate y ponte el cinturón de seguridad! — ordenó mi madre luego de abrir la puerta trasera del coche.

Yo hice lo que pidió sin objetar y pregunté:

— ¿Qué harás tú? — me di cuenta que la vuelta a casa iba a sufrir un breve retraso.

— Solo iré a conversar con unas personitas — noté su enfado cuando dijo «personitas» —. Ya regreso. No te muevas de aquí, ¿Queda claro?

Si le decía que no me había quedado claro seguro me ganaba un cachetazo a mano abierta en el rostro. «Cuanta violencia por dios.»

— Muy claro — dije —. ¿Qué piensas hacer? — insistí.

No me respondió. Cerró la puerta del coche con tal brusquedad que pensé que el vidrio de la ventana de la puerta iba a romperse.

Observé a mi madre como se alejó dando pasos firmes y con un propósito inquebrantable. Me di cuenta que mi madre fue a regañar a los oficiales de la ley, o algo parecido. Después de todo ninguna madre quiere que su hijo vea o viva la atrocidad que presencie: ser atacado por un loco que escapó de las manos de la ley y, mucho peor, presenciar en primera fila como muere una persona luego de recibir una bala en la cabeza.

Pasaron unos minutos y, por el aburrimiento, decidí encender el radio del coche. Encontré una estación muy especial que pasaba una música extraña y nueva para mí en aquel entonces: Tango. Al artista que más pasaron por la estación fue «Carlos Gardel». Debo admitir que provocó un gran deleite en mí. Mi cuerpo siguió cada acorde de la guitarra y cada sinfonía proveniente de tal prestigiosa voz. Intenté imitarlo en el canto, pero no estuve ni cerca de hacerlo.

Tenía los ojos cerrados, mientras ladeaba la cabeza de un lado a otro, cuando de repente alguien comenzó a golpear el vidrio de la puerta del coche con entusiasmo, fuerte.

Abrí los ojos y me asusté tanto que grité.

— Soy yo — dijo una voz ya conocida —. ¡Edgar!

«Maldito Edgar», pensé.

— ¿Me estas siguiendo? — pregunté. Edgar parecía ser mi sombra.

— No — contestó riendo —. Traje tu bolso. — apoyó el bolso contra la ventana.

Yo miré hacia la dirección que tomó mi madre hace un corto rato y no la vi. «Debe estar armando un berrinche de aquellos», pensé.

— ¡Entra! — abrí la puerta a Edgar.

— ¿Seguro? — no esperó respuesta alguna y subió. Si le hubiera dicho que no, hubiese entrado igual.

— Espero que tu madre no te regañe por dejarme entrar en el coche — dijo burlándose.

— Tenemos tiempo — cogí el bolso —. ¿Quieres ver que hay dentro?

Edgar arrugó la cara.

— ¿Qué diablos escuchas? — preguntó con una sonrisa confusa.

— Es tango — respondí con alegría —. ¿Te gusta? Es Carlos Gardel. No sé el nombre de la canción que está sonando, pero...

Me interrumpió.

— ¡Me encanta! — exclamó muy excitado —. Veamos que hay dentro del maldito bolso.

Asentí con la cabeza y volví a mirar hacia el exterior para asegurarme que no había monos en la costa.

Abrí el cierre del bolso, lo di vuelta y lo vacié por completo en el asiento. Cayeron un par de cuadernos con apuntes. Uno rojo y otro azul. El rojo tenía un papel, con algo escrito, pegado en una de las esquinas de la tapa: "Girasol". El azul no tenía referencia alguna en la tapa. De hecho, el interior estaba límpido, sin marca alguna. Era un cuaderno nuevo, al parecer.

— ¿Girasol? — Edgar cogió el libro rojo.

Yo cogí el azul.

— Supongo que compró este libro y no tuvo tiempo para escribir nada — comenté.

— ¿Un pendrive? — Edgar lo encontró entre todas las demás chucherías que cayeron del bolso.

— ¿Qué es esto? — pregunté. Había encontrado un sobre cuadrado, de plástico, y pequeño con una especie de goma resbaladiza en su interior.

Edgar comenzó a carcajear.

— Es un preservativo — contestó —. Sirve para que las mujeres no queden embarazadas.

Me dio asco y lo lancé a la parte delantera del coche, no pude ver donde cayó.

— ¿Qué tendrá el pendrive? — pregunté luego de arrebatarse el objeto de la mano de Edgar.

— ¿Tienes una computadora?

— No. — respondí —. ¿Tú si tienes?

— Yo no tengo — dijo un poco triste —. Pero podemos ir a la biblioteca pública, allí tienen unas cuantas.

— ¿Podremos usarlas? — pregunté como un tonto cualquiera.

Edgar me dio un golpe en la frente.

— Claro que podemos usarlas, idiota.

En la radio seguía sonando Carlos Gardel.

— Abre el cuaderno — dije con un enfado que me surgió de repente —. Quiero saber a qué hace referencia el título “Girasol”.

— ¿Y si es algo pornográfico?

— Da igual — respondí sin saber el significado de “pornográfico”.

Abrimos el libro y comenzamos a ver garabatos extraños y letras extrañas.

— ¿Sabes leer en cursiva? — preguntó Edgar.

— No sé leer — contesté —. Estoy aprendiendo.

Edgar empezó a reír a carcajadas, yo le seguí la corriente.

— ¿Tú sabes leer en cursiva? — pregunté entre risas.

— Un poco — de reírse sin consuelo pasó a un estado de seriedad absoluta —. Haré el intento.

«Por cierto, Edgar tiene un año más que yo.»

Comenzó a leer, quedó absorto en las letras marcadas en el cuaderno. Achinó los ojos como si intentara meter el hilo en el hueco de una aguja. Agudizó la vista. Asintió con la cabeza varias veces, como si estuviera entendiendo con claridad y facilidad lo que intentaba leer.

— Mentira — dijo —. No sé leer este tipo de letra.

Me sentí airado y le di un golpe de puño en la nariz. Nunca fue de mi agrado que me tomen el pelo.

— ¿Qué te sucede? — comenzó a sangrarle la nariz. Salpicó un poco con sangre el asiento del coche, el bolso y el cuaderno rojo.

— ¿Qué te sucede a ti? — repliqué, y lo empujé para que saliera del coche —. Estás manchando todo con sangre, tonto.

Edgar sacó un pedazo de papel del bolsillo del pantalón y se colocó en la nariz para detener la hemorragia. Me clavó una mirada penetrante. Me sentí ruborizado. Volvió a subir al coche y me dijo:

— Creo que la mujer que viene allí — apuntó con el dedo — es tu madre.

Voltee y sí, era mi madre.

— ¡Mierda! — exclamé —. Será mejor que te largues o me veré envuelto en serios problemas.

Edgar asintió y dijo:

— Vale — salió corriendo.

— ¡Espera! — grité —. Lleva el bolso contigo.

Se detuvo y volvió a mi lado.

— ¿Me lo prestas o regalas?

— Solo guárdalo por mi — aclaré —. Mi madre de seguro me lo quitará y lo tirará a la basura.

Edgar cogió el bolso y volvió a guardar todo el contenido que tenía en un principio. Solo faltó meter el cuaderno azul y el preservativo que arrojé en la parte delantera del

auto. De todas formas, es irrelevante. Un cuaderno vacío no es de mal augurio. El preservativo evita que las mujeres queden embarazadas, no puede causarme ningún tipo de problemas.

Edgar salió corriendo con el bolso entre sus brazos.

— Nos vemos en la biblioteca.

— ¿Dónde queda? — pregunté.

— Pregunta a algún conocido tuyo — contestó —. En este pueblucho no puedes encontrar un establecimiento público. Seguro queda a la vuelta de tu casa, quien sabe.

«Tiene razón.», pensé.

— ¿Quién es ese niño? — mi madre abrió la puerta, se sentó en el asiento del conductor y abrochó su cinturón de seguridad. «Escuchó todo.»

— Es un amigo. Vino a saludar.

— ¿De dónde lo conoces? Nunca lo vi contigo.

— Es el niño que estaba conmigo cuando mataron al casi payaso — contesté como si hubiese dicho que nos conocimos en el parque o en el colegio.

Mi madre me miró con ojos perturbados y encendió el coche.

— ¿Cómo te sientes? — preguntó mientras escrutaba todas mis reacciones y emociones.

— Bien — respondí —. Aunque creo que no podré dormir bien esta noche. El casi payaso me dio un susto de aquellos.

— ¿Viste cuando le dispararon? — chasqueó con la boca.

— Si. Antes de eso estaba ahorcando a mi amigo Edgar, el que estaba conmigo hace un momento — suspiré hondo —. Si el oficial de la ley no hubiese disparado, Edgar estaría muerto. Y creo que también yo.

— No digas eso, hijo.

Me incliné hacia delante.

— Es cierto — grité —. El oficial de la ley es un héroe, ¿se lo agradeciste? Salvó la vida de ambos.

Mi madre comenzó a llorar.

— Lo sé, hijo — habló entre sollozos —. El oficial me contó todo con claridad y detalles. Solo que no comprendes la situación. Ver aquello puede cambiar tu vida para siempre. Puedes quedar traumatado de por vida.

— Estoy bien — toqué su hombro —. Mírame. Estoy bien. No me siento extraño ni nada por el estilo. — mentí en lo último. Lo cierto es que jamás pude sacar de mi mente el momento en el que la bala entra en la cabeza del casi payaso.

— ¿Seguro? — le respondí asintiendo con la cabeza y prosiguió diciendo: —. De todos modos, te enviaré con un psicólogo para que te ayude a superar el shock que de seguro tienes. Eres un infante y jamás has visto algo tan impactante, si no recibes ayuda de inmediato sufrirás las consecuencias en un futuro cercano.

Me recosté en el asiento.

— ¿Tú pusiste esta música? — preguntó sorprendida —. Bueno, si escuchas esto tan mal no estas. — subió el volumen.

La música disipó a la brevedad la terrible noche que tuvimos.

Guardé silencio y disfruté de la belleza del Tango hasta llegar a casa, mientras seguía pensando en el casi payaso y como la sangre le escurría por el orificio que le hizo la bala en la cabeza.

Mi madre tuvo la razón al preocuparse por mi estado mental. Ver morir a una persona no me traumó para nada, pero si cambio mi vida para siempre.

Llegamos a casa.

Mi madre preparó una pizza para cenar. Esperamos a mi hermana, Astrid Bennett, en la mesa por un buen rato y no llegó.

— ¡Astrid! — llamó mi madre —. Ven a cenar.

Astrid no dio señales de vida por lo que mi madre decidió interrumpir la privacidad de mi hermana ingresando a la habitación sin antes tocar la puerta. Vi en su mirada que se esperaba lo peor — Lo ocurrido en la feria no solo me afectó a mí —, noté que la paranoia fluía por sus venas. Sus ojos temblaban y su respiración era agitada.

— ¿Astrid? — preguntó antes de ingresar a la habitación.

Mi casa en ese momento era muy modesta. Una casa de una planta en un vecindario tranquilo. La cocina y el comedor compartían habitación. El baño estaba al lado de la cocina y las habitaciones estaban al fondo. Teníamos espacio suficiente para vivir en paz, cada uno tenía su propia habitación. Mi madre tenía la habitación más grande, donde dormía con mi padre, quien falleció poco tiempo después de mi nacimiento.

— Tu padre murió porque andaba en moto sin casco — me dijo cuando se lo pregunté —. El muy idiota andaba sin casco y chocó contra un auto... — noté su resentimiento y rabia, y la abracé para que no comenzara a llorar.

Cogí una rebanada de pizza porque el hambre me hizo caer en la tentación.

— ¿Astrid? — insistió mi madre. No recibió respuesta alguna. Cogió la perilla de la puerta, la giró e ingresó a la habitación.

Vi como su rostro se ruborizó. Cerró los ojos por unos segundos y volvió a la mesa, como si se avergonzara de sus acciones.

Pensé que iba a retarme por empezar a comer antes de que todos estuvieran en la mesa. «Hijo, tienes que esperar a que todos estén en la mesa para empezar a comer. Es una falta de respeto si no lo haces.», me decía cada vez que yo me dejaba caer en la tentación.

No dijo nada y me preocupé.

— ¿Qué pasa con Astrid? — pregunté con la boca llena.

— No hables con la boca llena — me puso en mi lugar —. Astrid está en casa de su amiga.

Al instante recordé que antes de ir a la feria la llevamos a la casa de Eleanor, su amiga. «¿Cómo pude olvidarlo?», me sentí como un tonto. Mi madre también lo olvidó, creo que saber eso me reconfortó bastante.

— ¿Te sientes bien? — pregunté a mi madre, a quien le caían unas gotas de sudor por las sienes.

Ella se pasó una servilleta de papel por el rostro para secar el sudor.

— Sí — contestó —. Solo me siento un poco cansada.

— ¿Estás preocupada por Astrid? — supuse que su tranquilidad se corrompió porque su hija, mi hermana, iba a dormir fuera de casa. Lejos de su protección.

Dio un suspiro hondo e intenso.

— No — se tapó la cara con su mano derecha —. Creo que me está afectando más de lo que creí lo que ocurrió en la feria. Te soy sincera, hijo, me perturbó demasiado. No entiendo cómo es que estas tan tranquilo.

Yo estaba ensimismado con la pizza, creo que esa fue la única razón por la que estaba tan tranquilo en ese momento.

— Creo que por ahora me siento tranquilo — apunté —. Espero poder conseguir el sueño con facilidad.

— ¿Quieres dormir conmigo? — propuso casi como si lo deseara.

Yo puse los ojos como platos.

— ¿Dormir contigo? — me sorprendí y, a la vez, me indigné por la propuesta de mi madre —. Ya soy un chico grande, cumplí 6 años la semana pasada. — dije con vehemencia.

Mi madre lanzó una pequeña carcajada cuando casi me ahogo con el queso de la pizza.

— ¿Ves la razón por la que no debes hablar con la boca llena?

Yo solo asentí y me sonrojé por la vergüenza que me invadió.

Ambos cenamos en paz. Cuando la pizza desapareció juntamos los cubiertos y los lavamos juntos. «Siempre hay que ayudar con las tareas del hogar.» Al terminar, cada uno se fue a su correspondiente habitación.

— ¿De verdad no quieres dormir conmigo? — insistió.

Yo estaba dentro de mi habitación, y negué con la cabeza.

— Soy un chico grande — dije antes de cerrar la puerta con todas mis fuerzas. Mi intención era mostrarle a mi madre que era un chico grande y fuerte.

Mi madre golpeó la puerta y dijo:

— Creo que te olvidas de algo.

Yo estaba por meterme a la cama. Con pocas ganas abrí la puerta. Y si, me había olvidado de lo más importante: Dar las buenas noches y un beso en la mejilla a mi madre.

Me desperté de golpe, luego de haber dormido unas 3 horas, empapado en mi propia transpiración. En un principio pensé que me había orinado encima — un pecado para cualquier chico grande —, pero fue una falsa alarma. Mi pijama, una remera y un pantalón viejo, se pegó a mi cuerpo. Me sentí asfixiado. Mi respiración se volvió asmática. Me crisparon los nervios. Casi no sentí mi cuerpo cuando me senté en la cama.

— ¡Mamá! — intenté gritar, y fue en vano.

Usé todas mis fuerzas para dar el grito más fuerte que nunca he dado hasta entonces, pero me fue imposible. Solo logré dar un pequeño susurro. Mis ojos se cerraban solos. Mi visión era nublada, apenas si distinguí los objetos de mi habitación. Comencé a llorar, a sollozar, y no sentí mis lágrimas.

— ¡Mami! — clamé por su presencia. Mis sollozos eran mudos.

Para mi buena suerte, me ahogué con mi propia saliva. Ante la desesperación que sentí por no poder respirar, me caí de la cama y mi cabeza dio un duro golpe contra el suelo. Lo bueno es que me ayudó a despabilarme y despertarme por completo. Casi como un destello mi situación mejoró. Sentí como la sangre fluía por mis venas a través de todo mi cuerpo, me sentí vivo.

— ¡Mierda! — exclamé en voz baja al ver mi mano ensangrentada luego de tocarme la zona de mi cabeza que golpeó contra el suelo.

De inmediato salí corriendo hasta el baño para limpiarme la cabeza, justo sobre la frente. Abrí la puerta de mi habitación lo más despacio y lento que pude, no quería despertar a nadie. Estaba descalzo y no tuve que preocuparme del ruido de mis pasos al correr.

El baño estaba con las luces encendidas.

— ¿Hola? — advertí mi presencia.

Nadie me respondió. Di un par de golpes en la puerta y nada ocurrió.

Empujé la puerta, la abrí por completo e ingresé al baño. Me planté ante el espejo, me miré y noté que mi rostro estaba pálido como la leche. Vi como las gotas de transpiración corrían por mi rostro. Abrí el grifo del lavamanos y metí la mano, el agua estaba caliente porque abrí la válvula incorrecta. Cuando ya escurría el agua fría, cogí una toalla que estaba tirada en el suelo y la empapé de agua. La pasé por todo el rostro y limpié la herida. «Refrescante.», dije.

— Como nuevo — me sentí relajado.

Me quité la ropa, excepto la ropa interior, empapada de sudor. Había comenzado a emanar el hedor característico de la transpiración. Necesitaba nuevas prendas para lograr dormir en paz y armonía. Dejé las prendas sobre el bidet y decidí meterme en la ducha.

— ¡Que imbécil! — me maldije. Luego de lavarme el pelo con shampoo me di cuenta que estaba duchándome con la ropa interior puesta. La empapé por completo.

«Da igual.», pensé luego. Solo tenía que taparme con una toalla e ir hasta a la habitación para vestirme con prendas limpias y secas.

Salí de la ducha y me sequé con la toalla que usa mi hermana. Aproveché que estaba en el baño y me cepillé los dientes. «Soy un chico grande y limpio.», me dije después de cepillarme. Me peiné como un galán de 50 años, con el cabello hacia atrás, y salí desnudo hacia mi habitación. «Están todos durmiendo, tengo libertad de hacer lo que quiera.», pensé. El peinado me transformó en una persona de imponente confianza. «Me sentí como Gardel.», nunca vi, ni antes ni ahora, una foto de Carlos Gardel, pero deduje que fue un hombre que ostentó una prominente elegancia.

Mis partes íntimas estaban descubiertas. Me las tapé con las manos cuando, de repente, escuché un ruido irreconocible, extraño.

— ¿Madre? — levanté la voz.

Nadie respondió. Pensé que no había nadie en la casa porque hablaba y nadie decía nada al respecto.

Tal fue la curiosidad que decidí husmear la habitación de mi madre, de donde previno el ruido. Abrí la puerta y di un grito de terror, espanto, cuando la vi en el suelo sobre un charco de sangre.

— ¡Madre! — comencé a llorar. Me dio igual si alguien veía mis partes íntimas.

Me lancé sobre ella y grité desconsolado por la tristeza que me invadió sin piedad, fue una apuñalada al corazón. Sentí un vacío espeluznante. Me empapé de sangre y mi peinado se desarmó. Comencé a moverla para ver si daba señales de vida. Mi alma y corazón se destrozaron en su totalidad. Está muerta.

Me acosté boca abajo en el suelo. Lloré tanto que mis ojos comenzaron a hincharse. Mis sollozos se fatigaron. Mi cordura se corrompió.

Comencé a sentir algo tibio y húmedo entre mis piernas.

¡Desperté al instante! Tuve una pesadilla para el olvido. Mi inconsciente se despertó al percatarse de que aquella sensación tibia y húmeda entre mis piernas era orina. «¡Casi me orino en la cama!» De hecho, oriné un poco. Corrí hasta el baño con desesperación, sin perder un solo segundo, y desagoté toda la vejiga. Me da vergüenza confesar que no solo oriné un poco mi cama y mi calzoncillo, sino que también oriné la alfombra del pasillo.

«Muy cerca.», pensé. Una pequeña mancha de orina en la cama no afecta la vida de nadie. Me cambié el calzoncillo y, después del terrible sueño, decidí ir a dormir mi querida madre. Los prejuicios que se vayan a tomar por culo.

— ¿Madre? — ingresé a la habitación.

Ella estaba sentada en una orilla de la cama.

— ¿Jack? — se puso de pie — ¿Qué sucede?

— Vengo a dormir contigo — sonreí sin mirarla —. Si es que aun quieres dormir conmigo.

Se entusiasmó de inmediato, cambió la expresión triste de su cara por una de plena alegría.

— Claro — me dijo —. Pasa y cierra la puerta.

Hice lo que me pidió y subí a la cama.

— ¿No podías dormir? — pregunté lo obvio.

— No. No podía dormir — contestó —. Ahora que me acompañas seguro podré conseguir el sueño.

Me tapé con el cubrecama.

— ¿Tú tampoco podías dormir? — preguntó.

Yo no respondí porque sé que ya conocía la respuesta.

— Buenas noches, hijo — me dio un beso en la frente y se acostó a mi lado.

Logré dormir en paz. Luego de la pesadilla que tuve, poder dormir junto a mi madre apaciguó todas las malarías que podían atormentarme.

Me desperté y mi madre ya no estaba a mi lado. Supe por la luz naciente del alba que aún era muy temprano por la mañana. Era domingo, y un niño no debe madrugar un domingo, no obstante, me levanté porque no quería estar acostado y perder el tiempo mirando el techo.

Salí de la habitación y fui hasta la mía para vestirme con ropa adecuada. Al ingresar vi que mi cama estaba sin sabanas y sin frazadas. «Mi madre se ha dado cuenta.», pensé en referencia a mi orina —seré explícito, oriné bastante—. Me puse un pantalón de algodón largo y una musculosa amarilla de los Lakers. En el trayecto hacia la sala principal noté el incipiente hedor a orina que emanaba de la alfombra del pasillo. «Me hice el desentendido.»

— Buenos días — saludé a mi madre.

Ella estaba preparando el desayuno.

— ¿Qué haces despierto a estas horas? — se sorprendió.

Yo sonreí y me pasé el antebrazo por la cara. Aún estaba muy dormido.

— ¿Qué hora es? — pregunté dando un enorme bostezo.

Justo cuando estaba por responder, el pan saltó de la tostadora.

— Se ven muy sabrosas — dijo. Las cogió y las puso en un plato —. ¿Quieres desayunar conmigo?

Siempre odié que no respondan a mis preguntas. Me parece una total falta de respeto. En ese momento no me sentí airado porque las tostadas en realidad se veían muy apetecibles. «Y lo fueron.»

— Claro — respondí —. También quiero un café con leche. — aproveché el momento de servidumbre.

Mi madre ya tenía el café con leche preparado. Siempre un paso adelante.

— Son las 7:30 de la mañana — respondió un poco tarde, pero lo importante es que lo hizo.

— Gracias — los buenos modales nunca deben faltar en el hogar.

Me senté en la mesa, redonda como mi tía la gorda — es la hermana de mi madre, se llama Patricia. Y si, es muy gorda —, y vi mis frazadas sobre una silla junto al lavarropas. No sabía que hacer o decir. «¿Se habrá dado cuenta que me oriné encima?», me pregunté muy desesperado. La incertidumbre es muy estresante.

Para mi suerte, a veces la tengo, mi madre no me echó en cara mi terrible episodio, mi tragedia. De haberlo hecho me habría enfurecido como un perro cuando le quitan su hueso.

Desayunamos en paz. Mi madre me miraba muy preocupada, apenada, quizá. Percibí que me quería decir algo importante, pero por alguna desconocida razón se abstuvo hasta que interrumpí su molesto e intrigante silencio.

— ¿Qué sucede? — pregunté con la boca llena. Casi me ahogo con un trozo de pan tostado.

Mi madre me dio un par de palmadas en la espalda.

— ¿Debo repetirte porque no se debe hablar con la boca llena? — levantó las cejas.

— Gracias — agradecí a mi salvadora mientras me recompuse.

— Volviendo a la pregunta que hiciste — se enderezó en la silla, yo hice lo mismo porque lo que iba a decir parecía ser algo de suma importancia —. He pensado mucho en lo que vivimos ayer en la feria, sobre todo tú, y creo que nos haría muy bien a ambos que hoy fuéramos a la iglesia.

— ¿Ir a la iglesia? — pregunté confundido —. ¿Y qué hacen allí?, ¿Es aburrido? — supe bien que hacían en la iglesia, pero no tenía experiencia.

Hasta ese día, nunca había puesto un pie en ninguna institución con tal título. «Maldita redundancia.»

— Si — comenzó a persuadirme —. Nos hará bien. Nos sentiremos bien. Además, conocerás a otros niños con los que podrás jugar. Es a las 9 am, dentro de un rato.

— De acuerdo, vamos — dije entusiasmado —. ¿Te comerás ese trozo de pan? — le quité el último pan tostado a mi madre y me lo comí.

Caminamos hasta la iglesia. Solo tardamos unos 10 minutos. En el pueblucho todo queda cerca.

Antes de salir me vestí con un saco negro, camisa rosa y, para ser más vistoso, una corbata bordó. Mis pantalones negros eran de vestir y mis zapatos, también negros, recién lustrados, brillaban tanto que podía ver mi propio reflejo con plena claridad. «Me sentí todo un galán, me sentí como Carlos Gardel.» Mi peinado se adaptó muy bien a la vestimenta que escogí, claro está.

Cuando llegamos a la iglesia una señora se acercó a nosotros para saludar.

— ¿Primera vez? — preguntó con una risa chillona, desagradable —. Bienvenidos a nuestra iglesia. Cualquier cosa que necesiten, lo que sea, solo pídanla.

Era una señora vieja que olía a típico viejo de asilo. Tenía las mejillas maquilladas y un sombrero rosa de época, lo único agradable en su intrépida imagen. En realidad, todo lo que usaba era de época. Una vieja con ropa vieja, lo normal.

— Pero que niño tan elegante — se inclinó para agarrar mis cachetes.

— No me toque vieja hedionda — pensé en voz alta. Se me escapó como se escapa la buena vida en los países socialistas.

La vieja tonta se puso la mano en la boca, impactada, y le dijo a mi madre:

— Vaya educación tiene este niño — me pareció una gran actriz por cómo se movía, quizá lo fue —. Descuida, si vienen todos los domingos a misa el señor ayudará a corregir sus modales. — sus dientes eran tan desagradable como su ropa.

Mi madre guardó silencio y solo asintió sin inmutarse. La viejita se fue a saludar a otras personas que iban llegando al establecimiento.

— ¿De dónde salió eso? — preguntó susurrando, furiosa. Se indignó por mi comportamiento.

— Perdón — me defendí —. Se me escapó, sé que no debí decirlo. Pero a mis cachetes no los toca nadie, menos una viejita maloliente. ¿Quién se cree? — comencé a frustrarme.

— Tranquilízate — su dulce voz logro tranquilizarme —. Te voy a contar un secreto sobre las personas que vienen a la iglesia.

Fui todo oídos.

— Son, la gran mayoría, seres falsos y egoístas — noté que su voz tenía un tinte de asco —. Tienen mascararas. Fingen su bondad cada domingo y ello les hace creer que por el resto de la semana pueden hacer lo que quieran sin sentirse culpables. Creen que con venir a la iglesia limpian sus sucias almas y...

— Tranquilízate — tuve que interrumpir su incipiente rabieta. De tal palo está la astilla, yo soy la astilla, claro está.

— Debo dejar de preocuparme tanto.

Le di un abrazo.

Tomó mi mano e ingresamos al edificio. Entramos y vi dos filas con asientos, 6 largos bancos de maderas en cada ala de la iglesia: En cada una podían sentarse unas 10 personas. El lugar no estaba muy lleno, teníamos lugares para escoger a gusto. Las primeras dos filas de sillas en ambos lados del edificio estaban repletas, donde se sientan los pretensiosos.

Me estremecí de placer por las obras de artes esparcidas en el lugar. Cuadros de ángeles, cruces doradas y plateadas, rosarios dorados y cortinas de seda super fina. Los vidrios de las ventanas eran amarillos y muy gruesos, pero ello no impedía que la luz entrara y resplandeciera el interior de la parroquia. Me enamoré de la cruz gigante de madera con el cuerpo del Rey Jesús de Nazareth colgado en el altar, sobre el sagrario. Era una imagen grotesca y sensacional. Se notaba con plena claridad los clavos y la sangre en las manos y en los pies del Rey Jesús. «Lo trato como rey porque en sus tiempos fue el Rey de los Judíos. Lamento la redundancia y la obviedad.» El cuerpo semidesnudo era tan realista que me ruboricé de la impresión que sentí.

— ¿No te da impresión aquella cruz? — pregunté a mi madre apuntando a la cruz gigante —. Porque a mí sí.

Miró unos segundos la obra de arte y me dijo:

— Claro que me da impresión, hijo. Pero nos salvó a todos al sacrificar su vida de esa forma.

— ¿De qué nos salvó?, ¿Quiénes son todos? — pregunté de inmediato. La curiosidad me quemó tanto que me inundé en preguntas.

— Nos salvó del pecado. Dio su vida para salvar la de todos nosotros, la humanidad en general.

— ¿Qué es el pecado? — pregunté de inmediato —. ¿Si un rey muere nos salva del pecado?

— Los pecados son actos que no debes cometer por nada en el mundo o irás al infierno — me dijo con vehemencia —. Debes aprenderte los diez mandamientos.

Una señora se acercó y nos saludó. Yo la ignoré por completo, estaba absorto en mis pensamientos. Me frustré un poco porque mi madre no respondió mi segunda pregunta.

— ¿Me dices que un hombre, un ser humano, salvó a toda la humanidad del pecado dando su vida a cambio? — arrugué la frente porque me parecía una tontería de lo más inusual —. ¿Cómo es eso posible?

— Si quieres saber más sobre el tema, será mejor que vengas a la catequesis de los sábados — espetó —. En catequesis te explicaran todo con color y detalle.

— ¡De acuerdo! — exclamé —. Ya que tú no puedes responder haré el intento de venir y que me expliquen cómo es posible que una persona muera y salve a la humanidad del “pecado” o lo que sea.

Mi madre dio un largo suspiro.

— Si eso quieres, bien por ti — dijo para terminar la conversación —. La misa está por empezar.

Me cogió del brazo y nos fuimos a sentar en la cuarta silla de la nave izquierda del salón. Nos pusimos justo al lado del pasillo para ser de los primeros en salir cuando la santa misa terminara. Justo cuando nos sentamos comenzaron a ingresar decenas y decenas de personas. Comenzaron a llenar los asientos con rapidez. Con mi madre tuvimos que pararnos varias veces para dar paso a los fieles que quieren sentarse en la misma fila que nosotros. «¡Qué jodidos!», pensé en todo momento.

Ululaba un ensordecedor murmullo dentro de las cuatro paredes. La muchedumbre parecía inquieta, nerviosa y, a la vez, entusiasmada. Yo me estaba estresando por el caos, pero para mi suerte todos guardaron silencio de un instante a otro cuando una viejita habló por un micrófono y dijo:

«Nueve AM en punto, la misa ha comenzado, les pido que guarden silencio.»

Los parlantes estaban un tanto saturados. «Seguro deben escuchar mucho Rock por aquí.», pensé a modo de broma.

El sacerdote subió al altar seguido de un grupo de niños vestidos con túnicas blancas. «Los niños del Klu Klux Klam.» Ello me pareció aberrante, más que nada porque los sacerdotes católicos tienen la infamia de ser catalogados como leales pedófilos en nombre de dios. «Se dejan caer en la tentación.» Lo peor es que por mucho tiempo estuvo normalizado, entre estos seres viles y asquerosos, abusar de infantes. Por suerte, en la actualidad, se los castiga con el duro peso de la ley.

— Buenos días a todos — saludó el sacerdote a todo el público en general —. Para dar inicio a la santa misa, les pediré a todos que se pongan de pie y me acompañen a recitar el padre nuestro para honrar la casa de nuestro señor.

Todos se pusieron de pie menos un anciano en silla de ruedas y yo. Mi madre insistió, pero me rehusé: — Ponte de pie, Jack. — me dijo —. No seas irrespetuoso.

No moví ni un pelo de mi cuerpo.

Empezaron a recitar el padre nuestro. Todos bajaron sus cabezas y cerraron sus ojos como si los estuvieran retando luego de haber hecho algo malo. Se entregaron a la voluntad del señor. Fieles cobardes y temerosos. Seres decadentes en su totalidad. Era mi primera vez en una iglesia y la detesté con todo mi ser.

— Pon la frente en alto y abre los ojos — reproché a mi madre.

Puso un dedo en sus labios e hizo el gesto para que guarde silencio.

— ¿De verdad quieres entregarte a este mundo tan antipático e insulso? — dije casi gritando.

Varias personas a la vez pidieron silencio.

— Cierra la boca, Jack — ordenó mi madre.

Mis ganas de irme de aquel lugar en aquel momento fueron mordaces. Estuve a punto de salir corriendo de la iglesia, es un lugar muy anticuado y, como ya sabrán, antidemocrático. Debo admitir que me ilusioné demasiado con las iglesias que salen en las películas, donde se ven a personas excitadas de felicidad, cantando canciones hermosas y bailando como se les viniera en gana. Los católicos son muy aburridos. Solo bajan la cabeza y recitan oraciones al señor una y otra vez. «Es una perdición.»

«Los sacerdotes se deben aburrir tanto que deciden “divertirse” con los inocentes e incrédulos niños.»

Me interesé en los monaguillos — son los niños que acompañan al sacerdote —, estaban sentados y aburridos al igual que yo. Lo noté de inmediato. Eran cinco, todos hombres. «Los sacerdotes los prefieren con pene.» Estaban todos de pie con la cabeza inclinada hacia el suelo, a excepción de uno que miraba al frente con la cabeza bien en alto. Un niño con carácter y propósito, claro está.

Ese niño era lo único interesante en aquel desierto abundante de inconciencia. Escruté todos sus movimientos y gestos. Creo que le eché el mal de ojo de tanto mirarlo.

Cruzamos nuestras miradas. No estábamos tan lejos el uno con el otro, podíamos distinguir nuestros rostros con claridad — no teníamos miopía ni alguna otra enfermedad visual —. Su mirada era fría y escalofriante, poco usual en un niño ordinario. De seguro a su corta edad debe de haber visto y vivido situaciones inimaginables, o solo puede ser un niño curioso y travieso. «Quizá tiene problemas maquiavélicos.»

Me dedicó una sonrisa que yo ya conocía con anterioridad, una sonrisa difícil de olvidar.

«¿Qué demonios hace Edgar allí arriba?», grité para mis adentros, desconcertado por completo.

Yo sonreí de oreja a oreja y levanté la mano para dedicarle un saludo. Fue mi reacción, la cual no pude controlar.

— ¿Qué haces aquí, Jack? — gritó Edgar, interrumpiendo la misa —. Nunca te vi antes aquí, me alegra verte.

A veces uno se emociona tanto que no se aguanta las ganas de transmitir sus sensaciones.

Yo no respondí, el público claro que sí lo hizo.

«Silencio, niño.», «No seas irrespetuoso.», «Ojalá de violen», etc. Decenas de personas le gritaron a Edgar por su negligencia ante la santa misa. Recuerdo que la señora sentada detrás mío gritó: «Arderás en el infierno.»

A Edgar no le importó para nada los abucheos del público, de los corderos.

— ¿Qué? — volvió a gritar —. ¿No te acuerdas de mí o las ratas te comieron la lengua?

Mi madre me miró con ojos de platos.

— Es un gusto verte, Edgar — lo dije con un tono muy refinado, digno de pertenecer a la clase alta.

Edgar recibió un correctivo por parte del sacerdote. Luego le susurró algo que todos pudimos escuchar con claridad: — No le faltes el respeto al señor o caerás en manos de satanás.

«La iglesia en un lugar donde la gente va a nutrirse de miedo e inseguridad.»

Me dio risa como todos dieron un suspiro de sorpresa y llevaron sus manos a sus bocas. Tal parece que nombrar a Satanás inquieta y asusta a los sucios corderos, al ganado.

— Sepan disculparme — el sacerdote se puso colorado por la vergüenza que sintió —. Lamento haber nombrado al innombrable. Por favor continuemos con la misa.

«¿Innombrable?» «¿Acaso le temen a Voldemort?» Tuve ganas de decirles que Harry Potter es solo una historia de fantasía al igual que lo es la Santa Biblia, pero con diferentes personajes.

— ¿De dónde lo conoces, Jack? — susurro mi madre cerca de mi oído.

— Ya te lo dije anoche en el estacionamiento — respondí con el mismo tono de mi madre —. Es el niño que estaba conmigo cuando mataron al casi payaso.

— ¿De verdad? — que pregunta tan estúpida.

La ignoré y me dije a mi mismo: «Es el niño que tiene mi preciado obsequio, el bolso.»

— ¿Es el niño que...

— Si, es el niño que estuvo a punto de morir — leí su mente.

Edgar se veía muy sereno, como si jamás hubiera vivido lo que vivió en la feria. Lo vi riéndose luego de que el sacerdote le diera un golpe en la cabeza con la mano abierta como cualquier niño inocente y travieso lo hubiese hecho. Parece que disfruta del caos. De hecho, yo tampoco me sentía perturbado, al menos no pude distinguir ningún sentimiento profanador dentro de mí. Quizá, dentro de mí, hubo una semilla en la que nació una planta con raíces oscuras y flores marchitas.

— Padre nuestro... — empezó a recitar la anciana por el micrófono.

Todos volvieron a bajar la cabeza, cerraron los ojos y continuaron con sus sandeces. Yo comencé a mirar a todos y me sentí todo un soberbio. Me creí un ser superior. Estuve a punto de estallar de indignación por todas las patrañas que oí en aquel momento. El sacerdote dijo que si siguen a pie de letra las leyes que dios impuso, se irían a un supuesto paraíso, paraíso donde no hay libertad alguna. «Con que así engañan a las personas. Les prometen un paraíso después de la muerte, a cambio de vivir toda una vida atados en la ignorancia.», pensé en aquel momento. Ir aquel día a la iglesia me abrió la mente, descubrí que soy un poco superior de mente que el resto de los presentes, a excepción de mi madre.

De todos los lugares en los que esperaba reencontrarme con Edgar, debo admitir que la iglesia ni siquiera estuvo en consideración. No podía creer que un niño como Edgar sea un monaguillo. Me miró con intensidad cuando volvimos a cruzar las miradas. Dios, que mirada tan fría — En aquel momento comencé a nombrar a dios para no ser tan

soberbio. Hay que adaptarse a la manada para vivir en paz —. Empezó a hacer muecas y gestos graciosos, le seguí el juego.

— No seas irrespetuoso, Jack — mi madre me vio justo cuando levanté el dedo del medio —. Compórtate.

— Lo siento madre — espeté —. Estoy muy aburrido y me es difícil aguantar toda esta agonía que se adueña de los ingenuos.

— ¿Qué dices? — vi como cerró los ojos, sintió asco —. No seas soberbio.

«Ups, pensé que podía disimularlo.», me dije.

— No es eso madre — aclaré —. Necesito jugar como un niño normal. No tengo porque escuchar que si no hago esto o aquello me iré al infierno y sufriré por toda una eternidad.

— Tienes razón — fingió.

Vi que Edgar salió de la iglesia por una puerta lateral, justo en el ala izquierda. Cuando cruzó la puerta hizo ademan para que lo acompañe.

— Madre, ¿puedo esperarte afuera hasta que la misa acabe? — propuse —. Si no me dejas, y espero que lo hagas, me comportaré muy mal. Haré berrinches y sentirás mucha vergüenza. — tuve que amenazar para que solo tenga una única opción.

— De acuerdo, sal y espérame en la entrada.

Mi alegría fue absoluta. Cuando me paré para irme el sacerdote dijo algo que logró ganarse toda mi atención: — La iglesia necesita de ustedes. Dios les pide que den un pequeño donativo económico para sustentar los gastos de mantenimiento e insumos que tenemos en la iglesia. Todos somos partes de esta iglesia, es nuestro hogar. Y más importante aún, es el hogar de nuestro señor y salvador: Jesucristo.

«¿Piden dinero a los corderos?»

No podía creerlo. Me di cuenta de la estafa de un tan prodigioso y rentable negocio. Los engañan de tal forma que los corderos sueltan su dinero sin dar objeción, lo ven como una indispensable obligación. Les lavan el cerebro, como hacen los líderes socialistas con las personas que no tienen propósito alguno en la vida, solo desean que todos sean ineptos como ellos.

Me pareció muy graciosa la cara de pena y placer que tenía el sacerdote. La pena fue para conmovier a los fieles, y el placer porque le excitaba ver como se iba llenando de dinero la cesta que iban pasando por los largos asientos de madera. Cuando pasaron por nuestro lugar mi madre sacó su billetera y empezó a escrutar el contenido del interior. No podía permitir que mi madre tire su dinero de esa forma. Fui valiente y le quité la billetera.

— ¿Qué haces? — me preguntó frunciendo el ceño.

— Lo que toda persona inteligente debería hacer — respondí. Luego salí corriendo con la billetera en mano hacia el exterior del establecimiento.

— ¿Qué haces aquí, Jack? — preguntó Edgar.

Cuando salí lo vi sentado en unos de los bancos en el pequeño parque junto a la iglesia. Es un parque muy simple, humilde, solo había un par de árboles que a duras penas si daban sombra, un par de juegos para niños: un tobogán pequeño y un mareador. Había un tablero de básquet sin su aro. Era una plazoleta descuidada. El césped tenía un tinte amarillento por falta de agua, eran tierras deshidratadas.

— Después de lo de anoche... — fui despectivo —. Mi madre quiso venir a la iglesia y la acompañé — respondí.

— ¿Le contaste todo lo que ocurrió?

— No, los oficiales lo hicieron por mí. Solo he hecho algún que otro comentario al respecto. Sabes, todo es muy reciente, aun no he tenido tiempo para pensar en las secuelas que podré tener, aún no he canalizado la situación.

Edgar bostezó y los ojos le brillaron.

— ¿No sientes calor con toda esa ropa? — me miró de pies a cabeza —. Muy elegante, por cierto.

— Gracias — sonreí como lo hubiera hecho un galán cualquiera —. La verdad es que me siento muy fresco.

— Es que recién sales de la iglesia, pronto sufrirás el calor de los rayos ultravioletas que llegan desde el sol. Yo ya estoy sufriendo, pero prefiero esto que seguir allí adentro con toda esa gente sonsa.

Y si, las gotas de transpiración comenzaron a escurrir por mi rostro.

— ¿Qué haces tú en una iglesia? — pregunté, casi implorando por una buena respuesta, realista.

Edgar se levantó del banco y me dio un golpe en la boca del estómago.

— Ahora estamos a mano —empezó a reír.

«Cuanta violencia por dios.»

— Estamos a mano — acepté mientras intentaba no vomitar, inclinado sobre mis rodillas.

Lo cierto es que la noche anterior le di un par de golpes, me lo merecía.

— Soy el hijo del sacerdote —una gran razón por su inesperada presencia en la estúpida iglesia —. No tengo otra opción más que venir.

«Al final el sacerdote no fue del todo devoto y recto ante las estrictas reglas del vaticano, quienes tienen como regla principal que todo sacerdote debe someterse a una vida de castidad y celibato.» Ha roto reglas sagradas, imperdonables.

Aguanté la risa lo más que pude.

— ¿Es una broma? — no podía creerlo.

— Ojalá así fuera — respondió como si lo pensara todos los días —. Yo sabía que nos íbamos a reencontrar en algún momento. Estamos en un pueblucho, todos se encuentran con todos. ¡Maldito Jack!

Edgar tenía una extraña manera de expresarse, parecía actuar por los gestos y tonos vocales que hacía. Sus gestos eran exagerados. Su voz era aguda y un tanto misteriosa. A mis oídos, cada vez que hablaba sentía que estaba escuchando a un poeta leyendo su obra, o a una serpiente que habla con enigmas. Sí, era un niño de lo más extraño.

El destino es curioso y creí con creces que Edgar era parte de mi destino. No sabía, en ese entonces, a donde iba a culminar todo aquello, y a veces deseo no haber ido ese día a la iglesia. Tendría que haberme quedado en la cama de mi madre y seguir durmiendo como un niño ordinario.

— Muy cierto — dije —. ¿Cómo estás?

Se rascó la cabeza.

— ¿Lo dices por lo de anoche? — esperó a que yo asintiera con un gesto —. Me siento bien, por ahora. Aún no lo termino de asimilar.

— Vaya marcas tienes en el cuello — dije con énfasis.

— Si — se pasó la mano con suavidad por cuello —. Me duele un poco, pero puedo vivir con este dolor.

— ¿Qué dijeron tus padres cuando se enteraron de lo de anoche?

Vi que disimuló una sonrisa.

— Nada — contestó —. Aún no lo saben. Fui a la feria sin acompañantes, si les digo seguro me castigarán por haberme escapado de casa.

— ¿No saben nada? — grité —. Debes decirle lo que pasó e ir al hospital para que vean los hematomas que tienes en el cuello. — me exalté un poco.

Las personas comenzaron a abandonar la iglesia. Los corderos salen del corral.

— No seas tan intenso, maldito Jack — seguía tocándose el cuello —. Ya se los diré. Pero por mientras hablemos de esa preciosa mujer con vestido azul y cabello castaño que viene hacia nosotros.

Me di la vuelta y era mi madre.

— Si vuelves a decir algo sobre mi madre te daré una paliza — sentí tanto fastidio que mi elegante peinado se desarmó. Intenté acomodarlo con mis manos, pero fue en vano.

Mi madre se acercó y saludó a Edgar con total y plena amabilidad.

— Es un gusto conocerla, señora — Edgar extendió la mano. Por un momento pensé que le estaba coqueteado.

Reí cuando ella ignoró el saludo.

Ella agarró mi brazo con fuerza y me susurró super irritada, intentando disimularlo:

— Devuélveme la billetera — creo que quiso darme una bofetada —. Mereces un castigo por lo que acabas de hacer.

— No debes tirar el dinero de esa forma — di mis razones del porqué mi forma de actuar—. Allí dentro timan a las personas, no quería que te timaran a ti también.

Mi madre suspiró para ahogar su rabietta.

— No sabes lo que dices, Jack...

— Yo que usted le creo al niño — interrumpió Edgar, creyéndose un adulto —. Gracias a Jack, mi padre no se embriagará tanto esta noche. Tendrá, a lo sumo, una cerveza menos para beber.

La insinuación de Edgar hizo ruborizar a mi madre. Vi y escuché cuando tragó saliva.

— ¿Y tú quién eres? — preguntó mi madre. Sus ojos estaban apenados.

— Como le he dicho a su hijo, soy hijo del sacerdote — bostezó para hacer notar su aburrimiento.

Mi madre enarcó las cejas y me miró con intensidad.

— ¿Es el niño que estuvo contigo en la feria?

Asentí.

Pensé que mi madre iba a inundar de preguntas a Edgar. Creí que iba a darle un discurso de superación o algo por el estilo. Lo único que hizo fue sonreír para marcharse. Abrí tanto los ojos que pensé que se me iban a salir. Miré a Edgar y vi en sus labios una sonrisa como la que tiene la mona lisa en la pintura de Leonardo Da Vinci; ya saben, misteriosa y de difícil interpretación.

— Tu madre es un tanto extraña, Jack — comentó Edgar.

Miré sus ojos y no vi señales de vida en ellos. Eras ojos apagados.

«¿Mi madre es extraña? Vaya, entonces que queda para ti mi buen amigo.», pensé.

— ¿Por qué lo dices?

— Estoy bromeando — contestó y cogió una piedra del suelo —. Vamos, has la pregunta.

— ¿Qué pregunta quieres que haga? — me sentí muy confundido.

Se acercó tanto a mí que sentí su aliento con olor a caramelo de limón.

— El bolso — contestó casi susurrando —. Por qué otra razón vienes a hablar conmigo. — esto último lo dijo fuerte mientras se alejó un poco de mí.

«Claro, el bolso.»

— ¿Dónde lo tienes?

Edgar hurgó dentro de sus narices y no encontró ningún moco, por suerte.

— Lo tengo muy bien escondido en mi habitación, en un lugar secreto — se sentó de nuevo en el banco —. Jamás pensé que nos encontraríamos en la iglesia. De haber sabido que vendrías lo habría traído para dártelo.

Puse mis manos en los bolsillos para aparentar que soy un chico serio y refinado.

— Descuida — espeté —. Quedamos en vernos en la biblioteca, allí es donde me devolverás el bolso.

— Bien dicho, Jack — empezó a mirar de reojo la roca que tenía entre manos —. ¿Cuándo quieres que nos encontremos en la biblioteca?

«¿Qué piensas hacer con esa roca?», pensé, receloso de sus intenciones.

— Es verano — transitábamos las vacaciones de verano —. ¿La biblioteca estará abierta?

Edgar lanzó una risa burlona.

— Claro que está abierta. No seas tan bruto, Jack — se puso serio —. ¿A quién quieres engañar vistiendo con ese elegante traje? No seas falso. No te creas un chico serio, refinado e inteligente, porque no lo eres. No seas falso, Jack. Te engañas a ti mismo, y un día te lo creerás y te convertirás en una abominación, espeluznante e incrédula como todas las personas que vienen a la iglesia.

— Tu vienes a la iglesia — comenté como un tonto cualquiera.

— Ves, eres un imbécil — apuntó con su dedo al sacerdote, quien estaba parado en la puerta de entrada principal conversando y saludando a los corderos que llenan sus bolsillos —. Yo estoy aquí porque no tengo otra opción, ya te lo dije, mi padre es el sacerdote. Y si me niego a venir me hará la vida imposible. Aun soy muy pequeño para enfrentarme a mi padre. Cuando cumpla 12 años le haré frente y le diré que ya no deseo venir a este lugar de mierda.

«Su rencor y furia daban una gran connotación a sus palabras.»

— ¿Cuántos años tienes? — intenté que su furia se fuera por el camino del olvido.

— 7 años — me miró —. ¿Y tú, Jack?

— 6 años — contesté —. Este año comienzo la primaria.

— Eres carne fresca — intentó asustarme, pero no lo logró —. ¿Irás al colegio privado o estatal?

En el pueblucho, en aquel momento, había solo dos colegios: el privado y el estatal.
«No es necesario describir que tipos de niños van a cada colegio.»

— Al estatal, supongo.

— ¿Supones? — se irritó —. Si llegas a ir al estatal, no te preocupes por los chicos más grandes. Yo te protegeré.

— ¿Protegerme? — si iba a enfrentar el peligro, debía saber cada detalle.

— Lo normal. Los grandes molestan y golpean a los pequeños. Los de primer año siempre son los que más sufren por culpa de esos cretinos. Yo ya voy a segundo, y tengo mi reputación en el colegio. Créeme cuando te digo que, si te ven conmigo, no te tocan ni un pelo.

— ¿Eres un vengador o qué?

Edgar sacó su lengua y la movió al estilo serpiente.

— Si, algo así — acariciaba su rostro con la roca —. Me hicieron cosas malas cuando fui a primer grado y tuve que vengarme. Ese era mi deber como persona.

— ¿Qué les hiciste? — supuse que la venganza fue inquietante y morbosa.

Vi que sus ojos se clavaron en un perro callejero que caminaba por el parque.

— Mira al perro — ordenó.

Miré de inmediato.

El perro se acomodó en su pose íntima para defecar.

— Cruza los dedos — Edgar cruzó el índice y el del medio entre sí —. Si lo haces el perro no podrá defecar.

No funcionó, el perro defecó como si nada.

— ¡Estúpido perro! — se fastidió y arrojó la roca que tenía en manos para golpearlo.

Le dio justo en la cabeza. El perro chilló y salió corriendo.

— ¿Qué haces? — pregunté super enojado —. No te ha hecho nada.

— No seas tan blando, Jacky — me puso un apodo —. ¡Jacky! Me gusta cómo suena. Jacky, Jacky, Jacky.

No fue de mi agrado, pero tampoco lo detesté.

— Edgar — llamó el sacerdote.

Al voltearme vi a mi madre con él.

— Creo que tu madre le ha contado lo de anoche — hizo una mueca desdenosa —. Bueno, debo ponerme los pantalones y enfrentar las consecuencias de mis actos.

— Si le dices que estuviste por morir — le di una idea muy especial —, quizá no te castiguen.

Pareció aceptar la idea.

Cuando se alejó unos metros de mí corrí hacia él para hacerle una pregunta de suma importancia:

— ¿Cuándo nos encontraremos en la biblioteca? — volví a un punto que quedó dando vueltas, inconcluso.

— ¿Cuándo deseas tener el bolso en tus manos?

Pensé por unos segundos y respondí:

— Lo deseo ya, en este momento.

— No seas ambicioso, Jacky.

— ¿Qué te parece el jueves por la tarde?

El sacerdote volvió a gritar el nombre de Edgar.

— Trato echo — concretó Edgar —. Si no te presentas, el bolso dejará de pertenecerte.

Edgar siguió su camino y yo guardé silencio. Su inocente amenaza tocó un punto muy profundo dentro de mí. «Si te lo quedas, iré a buscarlo yo mismo cueste lo que cueste. Monaguillo imbécil.», a veces mis pensamientos se salen de control.

Mi madre ya no estaba con el sacerdote.

— Vamos, hijo — dijo mi madre luego de tomarme de la mano.

— Perdón por salir corriendo con la billetera — debemos afrontar las consecuencias de todos nuestros actos.

— Descuida. ¿Sabías que el padre de Edgar no tenía conocimientos de lo que le ocurrió anoche en la feria?

— Edgar me dijo que se escapó de su casa para ir a la feria.

Tomó mi brazo y se inclinó a mi altura. Pude ver su ropa interior cuando se puso al frente mío. «Nunca deben agacharse si tienen vestido.»

— Promete que nunca te escaparás de casa, Jack.

La miré directo a los ojos — ojos color avellana, claros y enternecedores —, le sonreí con estrépito cariño y le dije:

— Claro, mami. Prometo que nunca haré lo que Edgar hizo.

Mi madre se enderezó y volví a ver su ropa interior.

— Pobre niño — miró al sacerdote hablando con Edgar en la puerta principal de la iglesia —. Creo que metí la pata al agua.

— No te sientas culpable madre — mi voz de galán volvió de la penumbra —. Le he dicho a Edgar que le diga a su padre que estuvo a punto de morir, quizá pueda salvarse de un duro castigo.

— Si, también le conté sobre ese horrible detalle.

«Al parecer Edgar se ahorrará un par de palabras.»

— Recuerdo su rostro, el de Edgar, un tanto morado cuando el casi payaso lo estaba asfixiando con sus manos — mi madre me miró y escuchó con atención las palabras que salían de mi boca —. ¿Sabías que cuando asfixian a alguien el rostro toma ese color? Un tanto purpura si mal no recuerdo.

«El delirio de los grandes.»

Mi madre me respondió con total monotonía, como si le hubiera hecho una pregunta inocente y tierna.

— Es por la sangre que se va acumulando.

— ¿De ser así no se pondría rojo? — tuve dudas.

— Si, puede ser.

— ¿Entonces? — insistí.

Mi madre solo me respondía por responder.

— También es por la falta de oxígeno — su tono de voz no ayudó a dar credibilidad a sus palabras.

Levanté tanto las cejas que casi se van volando por los cielos.

— De acuerdo — dije arrastrando las vocales.

Caminamos tomados de la mano por unas pocas cuadras. Ambos guardamos silencio. Por mi rostro corrían decenas de gotas de transpiración, el calor era abismal.

— Dios — me quejé —. Hace tanto calor que me estoy derritiendo.

Mi gran y elegante traje estaba empapado de sudor.

— Sácate el saco, Jack.

Me sentí un tonto por no haber tenido una idea tan obvia y simple.

«Eres un idiota, Jacky.», Edgar tenía razón sobre mí. A veces suelo ser muy lento.

Me lo quité sin decir nada. Y que razón la de mi madre. Mi camisa blanca estaba manchada de sudor, sobre todo en las axilas. Pasaron unos segundos y la camisa se despegó de mi cuerpo. Una pequeña brisa ululaba a través de los árboles, su frescor luego de golpear mi cuerpo me indujo en un estado de satisfacción abismal. Mis ojos blanquearon de placer. Fui un tanto ambicioso por querer una brisa de mayor magnitud, caemos en la tentación y queremos cada vez más, claro está.

— Se siente muy bien — comenté a mi madre momentos antes de llegar a nuestro hogar.

— Me doy cuenta, hijo — sonrió —. ¿Qué deseas comer en el almuerzo?

Mis ganas de pensar dormían en un cuarto antdisturbios.

— Lo que quieras — respondí como un hippie en pleno viaje alucinógeno.

— ¿Te apetecen unos fideos con pollo?

— Claro que me apetecen.

Al llegar a casa me tumbé en el césped del patio delantero. Di un par de vueltas como un cachorro.

— Hijo, no ensucies la ropa — mi madre es una aguafiestas cuando lo desea.

— Está transpirada — tuve que persuadirla con buenos argumentos —. La ensucie o no, igual la tienes que lavar.

No me respondió porque estuve en lo cierto. Ante la razón solo nos dignamos a enfrentarla con silencio.

Pasaron unos 35 minutos. Mi madre se cambió la ropa y se puso a cocinar. Yo fui directo a darme una ducha. Dios, momentos inigualables. Sensaciones inigualables.

— ¡A comer! — es un grito que todos hemos escuchado al menos una vez.

Fui de inmediato como cualquier niño bueno y educado lo hubiera hecho. En la mesa estaban los platos y los cubiertos.

— Coge dos vasos y ponlos en la mesa — ordenó —. Y saca la Coca Cola de la heladera.

Lo hice con todo placer.

— ¿Dos vasos? — pregunté cuando me senté en la mesa —. ¿Astrid no comerá con nosotros? — cómo olvidar a mi querida hermana.

— Se quedará en casa de su amiga hasta la noche.

— ¿Hasta la noche? — me sorprendí bastante.

Fue la primera vez que mi madre se comportó tan permisible con mi hermana. Jamás había dejado que estuviera tanto tiempo fuera de casa.

La comida fue servida: Unos ricos fideos con pollo y, el ingrediente imprescindible, salsa de tomate.

Nos sentamos uno enfrente del otro en una mesita pequeña y redonda.

— ¿Quedó sabroso?

— Muy ricos — dije con énfasis mientras saboreaba con ímpetu —. Dios, están muy muy muy ricos.

No pude encontrar la palabra indicada para describir su encantador sabor.

— ¿Piensas volver a la iglesia? — preguntó mi madre de repente.

— Por supuesto que no — golpee la mesa con el puño cerrado —. Es de barbaros las cosas que creen en ese lugar. Patrañas.

— No faltes el respeto. Estamos en la mesa, Jack.

Tragué un pedazo de pollo.

— ¿Piensas volver? — pregunté.

— Iré por un tiempo — contestó un tanto renuente de su propia decisión —. Hasta recuperarme.

— ¿Recuperarte de qué? — jamás dejo de ser un tontuelo.

— Yo también vi los cadáveres de anoche...

«¿Cadáveres?» Como olvidar al hombre gallina.

— ¿Cómo diablos te ayudará la iglesia?

— Cuida tus palabras, Jack — levantó solo una ceja de su bello y cálido rostro —. Solo necesito estar con dios.

— ¿Quién es dios?

Me serví Coca Cola en el vaso.

— Dios es nuestro creador.

— ¿Y quién fue el creador de tu dios? — pregunta salvaje.

No me respondió.

— Yo sé quién lo creó — esperé a que me responda «¿Quién?», pero no lo hizo —. El creador de dios, el dios cristiano, es el humano. Fue creado por la imaginación humana. No sé mucho de la historia, pero es claro. Los dioses son creados por los humanos.

— Que mente la tuya, Jack. Eres un inocente niño y, sin embargo, eres capaz de pensar y desarrollar todas esas ideas. Vaya talento.

— No es tan complicado, solo debes abrir los ojos la próxima vez que vayas a la iglesia. Es un negocio abominable y próspero. Dios es el equivalente del dinero, de la avaricia.

Mi madre se irritó.

— ¿Qué tipo de libros estas leyendo?

— La biblia — contesté siendo sarcástico —. Acabo de empezar un relato de Lovecraft llamado: Los gatos de ulthar. Después voy a intentar leer el principito, Astrid me dijo que es su favorito.

— ¿El principito? — sus ojos parecieron revivir bellos momentos — hace años que no leo el principito. Es muy lindo, te gustará.

— ¿De qué trata?

Pensó unos segundos y dijo:

— Trata de lo que necesites que trate, la trama se apropia de la realidad del lector.

— No entiendo...

— Léelo y entenderás mi punto.

«Los adultos son muy extraños.»

Mi domingo fue un desperdicio, dormí casi todo el día. Me levanté a la hora de la cena, 9 PM, para comer un rico emparedado de jamón y queso que encontré en la heladera.

Mientras comía tarareé la canción de la tan mítica saga de El padrino. No me lavé la cara y mis ojos tenían insipientes lagañas. Comí y fui a lavarme los dientes, de paso lavé mi rostro. Cuando volví a la cocina para limpiar los cubiertos que usé, me percaté de mi abrumadora soledad. Madre salió de casa sin antes avisarme. «Capaz avisó y yo estaba tan dormido que no escuché palabra alguna.»

«¿Dónde iría a estas horas?», pensé. ¿A buscar comida, quizá?

Encendí el televisor y me senté en el suelo frente al mismo — Cuando mi madre se ausentaba en el hogar por las noches, yo aprovechaba la ocasión para ver programas que me habían sido prohibidos por su contenido explícito y no apto para infantes —. Busqué el icónico canal de televisión: MTV. Para mi buena suerte el canal transmitía mi serie animada favorita: South Park.

El capítulo que vi estuvo muy bueno: Los niños del pueblo de South Park denunciaron a sus padres, los acusaron, por supuestos abusos sexuales con el fin de deshacerse de ellos — un plan maestro ideado por el intrépido Eric Cartman —. Lo logran. En el pueblo no queda ningún adulto. En un inicio todo parece ser de ensueño, pero las cosas se salen de control. Los niños arman una rebelión entre ellos y la ciudad es atrapada por el caos. «Un buen capítulo.» Justo cuando estaba la intro de otro episodio vi desde el ventanal que da hacia la calle las luces del coche de mi madre. Tuve que apagar el televisor rápido.

— ¿De dónde vienes? — pregunté cuando ingresó al hogar.

— Fui a buscar a tu hermana.

Astrid, con su coqueto vestido blanco de puntos rojos, corrió hacia mí y me dio un abrazo.

— ¿Cómo te encuentras, pequeño Hitler?

Así es, mi hermana me considera un Nazi con bigote gracioso.

— Bien — puse mi dedo sobre mi labio y bajo mi nariz con el fin de representar el mítico bigote de tan peculiar personaje —. ¿Tu cómo te encuentras, judía apestosa?

Mi imitación de Hitler siempre hizo reír a Astrid.

— ¿No piensas responder? — mi acento alemán tenía una mezcla de ruso y francés, un tanto exagerado —. ¿Quieres ir a un campo de concentración?, ¿O prefieres que te fusilen?

— Eres un tonto — comentó mi hermana entre risas.

De pronto escuché una fuerte pisada que hizo retumbar todo el suelo de madera.

— ¡Jack Bennett! — exclamó mi madre, furiosa —. ¿Cuántas veces debo decirte que no me gusta que hagas esos comentarios? Millones de personas murieron. Con tus bromas les faltas el respeto a la memoria de toda esa pobre gente.

«Tiene razón.», me dije. Dejé de hacerlo y pedí una muy sincera disculpa.

— ¿De qué te ríes? — pregunté a Astrid.

Su risa era disimulada.

— Me río porque te retaron.

Astrid cogió el control remoto del suelo y encendió el televisor.

— ¡Apaga ya ese televisor! — el grito de desesperación de mi madre me puso los pelos de punta.

Me olvidé de cambiar el canal antes de apagar el televisor.

Justo cuando Astrid lo encendió, pasaban una escena de lo más morbosa: Stan masturbando a un perro frente a sus padres. «Sal cohete.», expresaba con alegría.

— ¿Estabas viendo ese asqueroso programa de nuevo?

— Si. — siempre debemos decir la verdad o sufriremos las consecuencias.

Me dio un sermón sobre el humor negro que se presenta en la animación. Me dijo que es de mal gusto y que puede arruinar mi inocencia. «Un niño no debe ver esas cosas.», remarcó con vehemencia.

Yo no respondí porque no tenía intenciones de obedecer.

Madre nos mandó a dormir y obedecimos sin objetar. El sueño nos daba cachetadas en el rostro.

«Espero dormir bien.», mi único deseo. Tal parece que las pesadillas solo aparecen por la noche. No quería repetir el inconveniente de la noche anterior.

— ¿Qué hace el cubrecama del pequeño Hitler en el tender? — preguntó Astrid.

Mis frazadas, antes orinadas, estaban secándose en el tender junto al lavarropas.

— ¿Acaso se orinó encima? — maldita Astrid.

Yo me quedé quieto y mudo como una escultura de cera.

— Claro que no — mintió mi madre —. Estaban hediondas, transpiradas.

Me salvé de las tormentosas burlas de mi hermana, todo gracias a mi madre.

Y aquella noche no sucedió nada en absoluto. «Dulces sueños, querido.»

Un nuevo día llegó.

Encendí el televisor y me puse a ver “Los Simpson”. Me preparé un yogurt de frutilla con cereales. Era una mañana fresca, pero con un sol intenso. El frío de la noche daba sus últimos suspiros. Aún tenía puesto el pijama, así que no sentí pudor cuando, sin querer, el vaso de yogurt cayó sobre mis pantalones. Accidentes de tal índole suceden todo el tiempo.

Fui hasta mi cuarto y me vestí con ropa adecuada para enfrentar el día. Al volver a la sala me encontré con Astrid sentada en el único sillón del hogar.

— Yo estoy viendo los Simpson —encaré—. ¿Por qué cambias de canal?

— Ahora es mi turno —dijo seguido de un gran bostezo—. Veré lo que me venga en gana. Ves lo que yo veo o no ves nada.

«Ser el hermano pequeño no es muy agradable cuando se es un niño.»

Astrid me saca 3 años. En aquel momento ella tenía unos cortos 9 años. Siempre fue una buena hermana, amable y presente en cada problema que yo debía enfrentar. Pero muchas veces era un ser odioso, pesado e inaguantable. Aunque mi madre siempre nos felicitó por nunca pelearnos. «Es un gran logro.»

— ¿Qué piensas ver? —me senté en el suelo.

— Friends —respondió.

— No, por favor —supliqué—. Es una mierda. Veamos lo que sea menos eso. Es muy aburrido, Astrid. No entiendo cómo puede gustarte esa atrocidad. Deberían cancelarlo cuanto antes.

Astrid me golpeó con el control remoto en la cabeza.

— Retrátate —ordenó.

«En aquel entonces el calendario tenía el 2005 tallado en cada mes del año.»

— ¿Verás otra cosa? —Astrid respondió meneando la cabeza haciendo un gesto de negación—. De acuerdo, me iré. —fui hacia mi habitación furioso como una gacela.

Tendí la cama, para ahorrarle una tarea a mi madre, y luego me tumbé en ella.

Mis brazos estaban entrecruzados. Mis cejas tenían el ángulo indicado para hacer notar mi estado de estrepito enojo.

Los días de semana mi madre nos dejaba solos porque debía trabajar en la mañana y en las tardes, después de las 5 pm —en épocas de clases solo trabaja después de la siesta—. Por las tardes estaba en el hogar, con nosotros. En general se acostaba a dormir un par de horas, para descansar, y volvía a marcharse a su trabajo.

— ¿Por qué no dejas el trabajo y te quedas en casa? —le pregunté cuando yo era aún más pequeño.

Mi madre, siempre cariñosa, me dio un abrazo y me contestó:

— Alguien tiene que hacerlo para poder pagar las cuentas y comprar comida, Jack.

— ¿Y si tú te quedas en casa y yo trabajo? — mi voz, tierna y aguda, creaba melodías con palabras muy incrédulas.

— No puedes trabajar, hijo — su mano apretó mi hombro —. Eres un niño y tu único deber es divertirse y ser feliz. Yo me encargo del resto.

Le sonreí de forma boba, sin abrir la boca y con los ojos cerrados.

Mi madre era secretaria de un médico cirujano muy respetado en el pueblucho, y tenía un muy buen salario— aunque muy modesto en comparación al médico —, tan bueno que nos compraba juguetes y dulces muy seguido.

Yo estaba en la cama, durmiendo, cuando mi madre me despertó.

— Hijo, ya es mediodía — movió mi cuerpo —. Levántate a comer.

— ¿Qué hora es? — pregunté, cegado por el resplandor de la luz del alba que entraba por la ventana.

— Una menos cuarto.

Dormí tanto que mi estado anímico se desmoronó. Toda mi vida he odiado dormir más de lo recomendado. «La vagancia se pega en los huesos.» El sedentarismo amenaza a todo ser viviente, solo los débiles de mente y corazón se dejan atrapar en tal incondicional atrocidad.

Astrid y mi madre me esperaban en la mesa. Mi madre siempre fue muy intensa con los modales que deben regir en cada familia. Antes de sentarme me disculpé por la espera.

— ¿Come te fue en el trabajo? — preguntó Astrid.

— Bien, cariño — siempre con tono afable —. Hoy salí temprano porque tuve que ir a la estación de policías.

«¿Estación de policías?»

— ¿Razón? — Astrid se estaba preocupando.

— Luego te cuento cariño — me miró —. Ahora come en paz y no te preocupes.

La intriga es muy estresante.

— ¿Fuiste por lo que sucedió en la feria? — pregunté.

Me miró y noté un gesto renuente, en su rostro, ante mi pregunta con obvia respuesta.

— Si — contestó al fin —. Tuve que prestar declaraciones como testigo de...

Se detuvo cuando miró a los ojos a Astrid.

— Testigo del asesinato — terminé la frase.

— ¿Asesinato? — gritó Astrid, atónita.

— Si — respondí —. Un sujeto vestido como un payaso de cuarta murió de un balazo en la cabeza.

— ¿Vieron un asesinato? — preguntó Astrid a vuestra madre.

En la mesa ya se sentía la tensión.

— No — contestó —. Jack fue quien lo vio.

Mi sonrisa de bobo se hizo presente.

— ¿De verdad? — Astrid no podía asimilarlo.

— Si — afirmé —. Lo vi muy de cerca. Estuve en primera fila. Vi como entró la bala en su cabeza y...

Un golpe en la mesa provocado por mi madre silenció mi relato.

— No es momento para hablar sobre el tema — me señaló con el dedo —. Tú debes ir mañana a la comisaria para dar tus declaraciones.

— ¿No es de mala educación apuntar a alguien con el dedo? — se siente muy bien corregir a los adultos cuando somos niños.

El suspiro de mi madre fue crudo e irritado.

— ¿Un niño puede prestar declaraciones? — Astrid seguía sorprendiéndose.

— No — se corrigió —. El caso de Jack es especial, también el de su nuevo amiguito, Edgar.

— ¿Mañana también estará Edgar en la comisaria? — pregunté exaltado.

«Mi maldito bolso.»

— Por supuesto — afirmó —. Edgar no puede darse el lujo de faltar. Aunque creo que su padre lo llevará por la fuerza si este se niega. Pobre niño.

— El padre es un envenenador de la vida por oficio, pobre Edgar — comenté con vehemencia y orgullo.

Mi madre levantó una ceja, la misma que levanta cuando está por regañarme.

— No, hijo — ignoró sus ganas de regañarme —. Con lo de pobre, me refería a lo que le ocurrió en la feria.

No me importó, mis palabras me reconfortaron. «Envenenador de la vida por oficio.»

— Su vida tendrá cambios radicales por el trauma que debe de tener el pobre — agregó.

«¿Pobre?»

— Madre — hablé con tono refinado —. No creo que Edgar sea pobre. No después de todo el dinero que recibió ayer en misa.

Se estaba hartando de mi persona.

— Con lo de pobre me refiero a su desdicha, Jack — dijo un tanto irritada.

Asentí de forma exagerada. Sentí un leve mareo por la rapidez con la que se movió mi cabeza.

— ¿Y qué hay con la desdicha de Jack? — intervino Astrid, siempre preocupándose por el hermano menor.

«El nombre de mi madre es: Lidia.»

Mamá sonrió de forma triste, aguantando sus ganas de llorar. Mi salud mental le preocupaba mucho, no quería verme sufrir. La incertidumbre de poder saber cómo iba a evolucionar mi incipiente trauma le atormentaba día y noche — eso fue lo que me dijo antes de morir —. También me hizo saber que su mayor deseo era volver el tiempo atrás y no haber ido a la feria aquella noche, que hubiera preferido quedarse en casa y ver una

película de drama bélico conmigo. «Su deseo era destruir el día en que el caso — el tan famoso efecto mariposa — dio inicio en nuestras vidas.»

Tuve intenciones de comentar sobre la triste, deprimente y difícil muerte de mi madre mucho más adelante. No pude evitar dar a conocer tal detalle de suma importancia.

— No te preocupes, hija — tranquilizó a Astrid colocándole la mano en el hombro —. Tu hermano estará bien, nos tiene a nosotras. Si necesita de ayuda profesional, la tendrá.

— Eso ya lo sé — Astrid me conmueve cuando está a punto de soltar las lágrimas —. No puedo comprender que se debe sentir ver lo que Jack vio. ¿Ver morir a alguien? Debe ser una locura.

— Escucha a mamá — intervine —. No te preocupes, estoy bien. Aun no tengo jaquecas fuera de lo ordinario. No tengo pesadillas. Mi mente es clara, turbulenta como siempre, pero tranquila. No creo que mi cordura se corrompa, al menos no por ahora. Además, me atrevo a decir que lo que vi no es mucho más que ver morir a alguien en una película de guerra. Al menos en las películas esas escenas logran conmover.

— No seas tonto — espetó Astrid —. Claro que no es lo mismo.

— Además olvidas algo muy importante — debía tranquilizarla para terminar con la incómoda conversación y comer en paz —. Soy el pequeño Hitler. — guiñé el ojo como todo un galán de primera categoría.

Sé que fui un niño con migajas de soberbia y muchas veces creí ser un importante sabelotodo con complejo de superioridad hacia las masas. Me atrevo a decir que fui, con plena certeza, un narcisista de lo más asqueroso. Lo peor de ello es que jamás pedí ayuda a nadie por eso mismo, por crearme capaz de resolver todas mis desgracias con mano propia, solo. Si desde un principio hubiese dado a conocer mi temor e inquietud en aquel momento, las cosas hubieran sido, por completo, diferentes.

En la tarde de aquel día, luego de almorzar y ayudar a mi madre a limpiar la mesa y demás, me quedé perplejo ante mi propio reflejo. Recuerdo que mi madre dormía para luego ir a trabajar, y que Astrid estaba en su cuarto jugando, no lo pongo en discusión, con sus pistas de Hot Wheels. Yo fui al baño porque me urgió hacerlo, y en el momento que quise lavarme las manos con agua y jabón, en el espejo del botiquín, al mirarme, vi un rostro con mirada prejuiciosa e intimidante, era un rostro que conocía solo por fotografías: Mi padre.

Fue la primera y última vez que aquello sucedió. Fue extraño y confuso.

La primera intención que tuve fue ir a contarle a Astrid que vi a nuestro padre en el espejo, pero de inmediato caí en la cuenta de que era una descomunal locura, de seguro no me iba a creer. Si se lo contaba a mi madre den por seguro que las cosas no iban a ser placenteras para mi día a día. «¡Necesito contárselo a alguien!»

Me mostré renuente a lo que mis ojos vieron, pensé que fue arte de mi imaginación, pudo serlo, pero lo sentí tan real y vivo que decidí aceptar aquel momento como un encuentro con aquel extraño y desconocido mundo que abre las puertas a los muertos y los resguarda por toda una eternidad.

En la mañana del martes tuve que ir a la estación de policías para dar mis declaraciones sobre los acontecimientos ocurridos en la feria.

No me apetecía ir, pero no tuve opción. Mi madre tuvo que insistir para hacerme salir de la cama. Cedí porque me prometió un castigo de dos semanas con asistencia obligatoria en la iglesia. En el momento que escuché “iglesia”, una mala palabra, salté de la cama y fui a asearme.

Me vestí con un conjunto de gimnasia, color azul, de la marca Nike. Desayuné un tecito de canela por mero placer.

— ¿Ya nos podemos ir? — preguntó mi madre, Lidia.

— Espera a que me cepille los dientes — contesté mostrando mis dientes con un sutil tinte amarillento.

Astrid vestía un vestido elegante, de aquellos que solo usa para ir a lugares serios y formales, reuniones importantes. Era un vestido azul con rallas blancas.

— ¿Tu irás con nosotros?

— Claro que irá con nosotros — respondió mi madre —. No pienso dejarla sola en la casa.

— ¿Y porque tan elegante, Astrid?

— No la molestes, Jack — se interpuso Lidia —. Ve a cepillarte los dientes de inmediato. — ordenó con desdén.

Lo hice.

Las bellas mujeres de mi vida me esperaron dentro del coche.

— ¿Están apresuradas? — me subí en el asiento trasero del coche. Astrid, al ser la más grande, tiene el privilegio de ir adelante.

Me ignoraron y casi enfurecí, pero me abstuve por respeto el inmenso respeto que tengo hacia la paz.

— ¿Cerraste la puerta con llave? — preguntó mi madre.

— ¿Con que llave? — di a entender que no lo hice.

Mi creadora bajó del coche y fue a cerrar la puerta con llave.

Me coloqué en medio de los asientos delanteros para conversar con mi querida hermana. Estaba a punto de hacer un comentario en son de broma respecto al vestido que llevaba puesto, y vi en la alfombra del coche algo que ya estuvo en mis manos. Estaba casi escondido debajo de la alfombra y era difícil de verlo. Uno podría pensar que podría ser la envoltura de un caramelo o un chicle.

— Astrid — apunté con el dedo —. Alcánzame ese papelito que esta debajo de tus pies. Justo en la esquina de la alfombra.

Astrid lo cogió y lo miró con desconfianza y curiosidad.

— ¿Qué es esto?

— Es un preservativo.

— ¿Un qué? — es una palabra con significado desconocido por los niños, cualquiera quedaría descolocado.

— Un preservativo — deduje cual iba a ser la próxima pregunta —. Sirve para que las mujeres no tengan hijos.

Astrid puso los ojos como platos.

— ¿De verdad? — estaba anonadada —. ¿Me lo regalas? Tú sabes que no quiero tener hijos.

«Si así lo quieres.», me dije.

— Está bien — se lo di —. Te lo doy porque no me es de utilidad.

— ¿Cómo se usa? — Astrid y sus preguntas —. ¿Cómo es que evita el embarazo?, ¿No es ningún tipo de brujería, cierto?

Se estaba asustando un poco.

— No — tuve que inventar algo para no quedar como un cristiano —. Es una especie de fumigador de fetos, si lo llevas siempre contigo evitaras el embarazo. No es toxico ni nada por el estilo, asique no debes preocuparte.

— Gracias, Jack.

Hice un saludo militar para responder al agradecimiento que me fue dado.

— No se lo digas a nadie — advertí —, o pueden quitártelo.

Se lo guardó en el bolsillo de su vestido.

Lidia salió de la casa con unos lentes de sol grandes y negros. Cerró la puerta con llave y volvió al coche. Encendió el motor y partimos hacia la maldita estación de policías.

Cavilé mucho aquel momento. No pude dejar de sentirme receloso ante las intenciones de los oficiales. Es obvio que iban a querer hablar conmigo y con Edgar, ya que fuimos víctimas de un procurador de la maldad, claro está. Mi mente se centró en la idea de que iban a percutir mi paz interior con sus preguntas, hastiarme. Pensé, y demasiado, en el hecho de que iban a obligarme a ir a un psicólogo especializado en traumas infantiles y en como esto afecta en el crecimiento. No quería ir a ningún psicólogo, solo quería disfrutar de las vacaciones de verano como cualquier niño normal haría. Quería salir del coche y correr para escaparme de mi deber como testigo de un crimen — pensé en hacerlo al llegar a la estación —, lo único que me detuvo fue el hecho de que Edgar podría llevar el bolso para entregármelo.

«Debía averiguar que me deparaba detrás de las puertas de la ley.»

Al entrar en la comisaria vi a unos funcionarios situados en oficinas, en la entrada principal, con dignos rasgos de burócratas contemporáneos: ojos caídos, risueños, otros con brazos cruzados mirando a la nada, algunos tomando café mientras leen el diario del pueblo o jugando ajedrez con otro colega. «Despreocupados de su propia existencia.»

— Buen día — un oficial se acercó a nosotros —. Tú debes ser Jack...

Cuando vi quien era mis nervios crisparon por alguna extraña razón. Mis piernas y mi voz temblaban quedamente. Tuve pequeños espasmos musculares a través de todo mi cuerpo. Intenté hablar, pero no pude, fue como si hubiesen cosido mi boca. Ver al hombre que salvó la vida de Edgar asesinando al casi payaso me dejó perplejo y casi fosilizado.

Noté en la mirada de mi madre su preocupación por mí. Supo de inmediato que ver al hombre, cuyo eslogan es el de héroe, provocó estragos en mi interior. La mirada del oficial fue despectiva, no se atrevió a mirarme directo a los ojos. Me pareció un gesto cobarde de su parte. «Un asesino no debe comportarse como un misero cobarde.»

El héroe de la cobardía nos dijo que le sigamos el paso para ir a la sala de interrogatorio.

— ¿Me van a interrogar? — pregunté a mi madre. Mis nervios casi sufrieron un colapso.

— Solo harán un par de preguntas — acarició mi pelo —. No te asustes, hijo.

Asentí con gesto desconfiado.

Nos llevaron hasta un cuarto oscuro. Dentro podían ver desde un gran ventanal la sala donde interrogan a los criminales.

— Buen día, pastor — saludó mi madre.

El sacerdote, pastor, pedófilo, ladrón, mentiroso o lo que fuese — lo importante es saber que es el padre de Edgar — estaba dentro escuchando las palabras de su querido y angelical hijo.

— Buenos días a los tres — saludó el sacerdote con su tan benevolente serenidad —. Que dios los bendiga.

— Dios no es más que una creación para que seres poderosos y crueles puedan dominar a las masas y...

Sentí el sabor de la crema que usa mi madre cuando me tapó la boca con su mano.

«Estuve por desinhibir mi lengua y, junto con ella, mis palabras.»

— Disculpe — Lidia sintió tanta vergüenza que se puso roja como la sangre que escurrió de la cabeza del casi payaso —. Es solo un niño.

— No te preocupes, hija — me molestó tanto verlo tan tranquilo que quise escupirle la cara —. Ya crecerá y se dará cuenta de todo lo que dios ha hecho por él, por todos nosotros.

Uno de los oficiales presentes — nunca supe su nombre — disimuló una risa ante las palabras del sacerdote. Supe que era uno de los míos.

— Es tu turno, Jack — espetó el oficial asesino —. No estés nervioso, solo te harán un par de preguntas.

Vi a Edgar abandonar el cuarto resplandeciente de brillo artificial. Mi turno ha llegado. No tuve la oportunidad de ver y escuchar a Edgar, quizá ello podría haberme ayudado con mis nervios huracanados.

Salí y nos encontramos en el pasillo.

— ¿Nervioso, Jacky? — preguntó mofándose de mi estado.

— Solo un poco.

— ¿O tienes miedo? — su mirada sí que me dio miedo. Su voz ayudó un poco.

No supe distinguir mis emociones, pero me atrevo a decir que en ese momento sentí miedo.

Entré.

Un hombre con anteojos ordinarios y sonrisa amigable hizo un gesto pidiendo que me sentase frente a él. Fui un tanto receloso, pero lo hice. Mi mente estaba un tanto tranquila porque sabía que mi madre me veía a través de una ventana oculta y, ante cualquier inconveniente, intervendría a mi favor.

Era un hombre delgado y de altura promedio. Su peinado era elegante, pero modesto. Un poco brillante por el fijador de pelo que debió de utilizar. La barbilla estaba inmaculada de bello facial. La primera impresión que tuve fue la de estar frente a un hombre que cuida mucho su imagen, pero sin ostentar. He de admirar su meticulosidad.

— ¿Jack Bennett? — miró una hoja y deduje que en ella estaban mis datos personales.

Asentí.

— No estés nervioso — nadie hubiese podido disimular mi estado en aquel momento, hasta un ciego se hubiera dado cuenta al escuchar mis nervios crispando sin control —. Solo haré un par de preguntas, las cuales espero respondas, y podrás irte.

Al estar frente a él, lo saludé con la mano y me senté.

— Soy James Harrington — se presentó —. Soy un psicólogo infantil.

«No, no quiero un psicólogo.», ojalá hubiese podido decirlo en voz alta.

— Tengo entendido que el sábado por la noche fuiste testigo de un asesinato — fue directo al grano —. ¿Es eso cierto?

Asentí. Los músculos de mi mandíbula estaban tensos, inmóviles. Mis cuerdas vocales se volvieron obsoletas.

— De acuerdo — no hizo gesto alguno, su seriedad era caprichosa —. ¿Estas listo para las preguntas?

Levanté los hombros dando a entender que esa decisión no está en mi poder.

— Necesito que describas lo que viste — ordenó

Levanté una ceja y me dije a mi mismo: «Eso no es una pregunta, zopenco.»

Me rehusé a hablar.

— ¿Cómo te llamas? — cambió el rumbo.

— Jack — salió de la nada.

El psicólogo sonrió por su logro. He respondido tantas veces a esa pregunta que la respuesta se transforma en una especie de reflejo, no podemos evitarlo. He caído en su trampa.

— Veo que ya puedes hablar — su humor no fue de mi agrado —. Bien, ahora intenta darme detalles de lo que viste en la feria.

Miré hacia el techo y comencé a indagar entre mis recuerdos. Mi ensimismamiento duró varios minutos. Agradecí la paciencia del hombre que estaba conmigo en aquella habitación blanca y brillante como los dientes de un residente de Bel-Air luego de ir al dentista.

— ¿Ya lo tienes? — preguntó luego de que mis ojos, verdes como una lima, se clavaran en los de él.

— Si, lo tengo — en mi voz había un incipiente temblor, pero pude controlarlo —. ¿Quieres saber desde el principio?

Noté unas gotas de sudor que escurrían por mi frente. Las quité, claro está.

— Si, desde el principio.

Respiré y exhalé varias veces con la intención de relajar mis nervios, necesitaba estar en condiciones óptimas para hablar y expresarme como es debido. Moví mi cuello, relajé mis hombros y aflojé la mandíbula. «He de expiar la tensión.»

— Aquel día — comencé —, sábado, fui con mi madre a la feria. Ya sabes, divertimos un rato. Despabilarse. Recorrimos varias tiendas de adornos para el hogar, ropa, juguetes y, sobre todo, de comida. Mi madre me compró unos tacos que estaban tan sabrosos que casi me desmayo. Luego comimos unas papas con salsa de tomate...

— Espera — interrumpió James —. No es necesario que me cuentes tan del principio...

— Tienes que ser más claro, entonces — dije.

Hizo ademán para que continuase con mi relato.

— Gracias — siempre debemos ser educados —. Como decía, fuimos a la feria y comimos...

Me detuve porque no estaba cumpliendo con la consigna que me fue asignada. En este punto mis nervios cedieron un poco. Aunque mi rostro rojo como la sangre demostró lo contrario.

— Fuimos a la feria y pasaron cosas — continué —. Vimos, con mi madre, al hipnotizador sobre el pequeño escenario y unos malditos oficiales interrumpieron aquella actuación tan magistral. Son unos imbéciles. Se lo llevaron esposado frente a todos los espectadores. Repudiable, ¿o no? — no hizo gesto alguno, asique proseguí: — Después de eso el hombre que subió y ayudó al hipnotizador a entretener al público comenzó a convulsionar y a cacarear como una gallina.

Guardé silencio.

— ¿Eso es todo? — preguntó James, extrañado.

— Si.

— ¿Seguro?

— No tanto. — quise huir de la habitación.

— ¿No quieres contar lo que paso con el hipnotizador? —de nuevo, directo al grano —. ¿O no puedes?

«¿No puedo?»

Para mi buena suerte pude saltarme la parte en la que solté la mano de mi madre y fui directo a hablar con el casi payaso.

— Estaba con Edgar, el niño que acaba de salir de aquí — comencé a contar lo que debía contar desde un principio —, y de pronto el sujeto comenzó a atacarnos. Edgar fue el que más sufrió. Aún recuerdo con claridad cuando el rostro de Edgar estaba casi violeta porque lo estaban asfixiando.

Intenté ser directo, no quise contar detalles de más.

— Las personas corrían, gritaban, el lugar era un desastre. Recuerdo estar tumbado en el suelo — en realidad no recordaba si estaba volando o nadando, pero algo tenía que decir — y escuché una explosión muy cerca de mi posición. No quiero aburrir, solo voy a decir que después de la explosión vi que Edgar escapó de las manos del sucio agresor. Miré al hipnotizador y la sangre le escurría de la cabeza, vi y escuché como su cuerpo golpeó el suelo, presencie sus últimos suspiros... — casi pierdo el control —. Estuve un poco confundido, pero al ver al oficial sujetando un arma supe que disparó a sangre fría para salvar nuestras vidas.

Si no hubiese disparado esta historia no sería contada por nadie. Estaría muerto al igual que Edgar. Muchas veces he pensado en ello, y me entristece no poder volver el tiempo para evitar la intervención del oficial.

— ¿Cómo te sientes? — encaró el psicólogo.

— Estoy tranquilo — contesté —. Y nervioso.

— ¿Has tenido alguna pesadilla que tenga relación con lo que viste?

— No.

— ¿Piensas mucho en ello?

— Okey — tuve que ponerlo en su lugar —. Se supone que debo responder preguntas relacionadas al asesinato. Si quiere que responda a esas preguntas, debe invitarme a su consultorio o lo que sea. Usted, como profesional, debe tener muy en claro que esas preguntas solo deben ser respondidas en un lugar privado.

James frunció el ceño.

— Es una observación acertada — pareció decepcionado de sí mismo.

Hice ademan para que continuase con las preguntas.

— ¿A dónde fuiste cuando soltaste la mano de tu madre?

«¿De dónde vino esa pregunta?» Mi madre es la responsable de otorgar esa información.

— A ninguna parte en particular — tuve que demostrar mis dotes en el arte de la mentira —. Solo corrí sin destino porque me asusté.

Su expresión me hizo saber que no se tragó la mentira.

— ¿Cómo conociste a Edgar? — las preguntas estaban anotadas en una hoja de papel.

— Choqué contra él.

Asintió.

Las preguntas que me hizo, se las hizo también a Edgar. Eso estaba muy claro.

— ¿De qué hablaron luego del choque? — sus preguntas comenzaron a incomodarme más de lo que ya estaba.

— ¿Y porque crees que hablamos después del choque?

Hizo ademán para animarme a responder.

— No lo recuerdo.

— Intenta recordar — dijo —. Solo pido un pequeño esfuerzo de tu parte. — con eso último sentí que rogó por obtener alguna respuesta.

— Lo siento — pidió lo imposible —. No recuerdo nada. Se que conversamos, pero no recuerdo de que. ¿Qué tiene eso de importante?

Ignoró mi pregunta.

— ¿Cómo es que, Edgar y tú, llegaron al punto de ser atacados, violentados, por el hombre de la feria? — una pregunta sin respuestas.

«Porque el destino así lo quiso.», estuve a punto de responder.

— Por el arte del azar — contesté —. Fue como el destello de un relámpago, todo sucedió tan rápido que no lo recuerdo. Ello no tiene importancia, solo somos unos niños, de seguro estábamos hablando de tonterías. Usted debe interrogar a otras personas, a los que visten el uniforme azul y llevan pistolas. Si ellos hubiesen hecho bien su trabajo, todo este desastre no existiría. ¿Como fue que dejaron escapar al sujeto que esposaron y metieron en el coche patrulla? Esa es una pregunta de relevancia. Saber de las travesuras que hicieron dos niños no es de importancia.

— ¿De qué travesuras hablas? — James comenzó a presionar.

— Es solo un decir — hice un gruñido antipático.

El silencio se hizo presente por unos minutos. James escarbaba entre sus hojas de papel y apuntes, buscando alguna pregunta para hacer.

— Sabes — su tono de voz me hizo saber que era una pregunta de suma importancia —, no encontramos el bolso con los objetos personales del sujeto en cuestión.

Se detuvo y esperó a que yo dijese algo como: «Yo no tengo el bolso.» Esperó a que yo mismo me incrimine.

— Personas que trabajan en la feria nos dieron a conocer el dato de que siempre llevaba un bolso a todos lados — continuó —. No sabemos quién es, no tenemos nombre, no sabemos de qué parte viene, no podemos encontrar nada en absoluto. Nadie lo conoce en realidad. Necesitamos ese bolso para dar con la documentación de identidad del sujeto.

Cuando escuché la palabra “bolso”, mis nervios crisparon sin control. De no haber estado nervioso con antelación, mis nervios me habrían delatado. «Alguien conspira por mi bien.»

— ¿Sabes algo sobre el bolso? — preguntó mirando mis ojos en busca de la verdad.

— ¿Y qué tengo que saber? — me hice el desentendido —. Creo que sus preguntas son algo incongruentes. ¿Un bolso? No tiene por qué interesarme un maldito bolso y su paradero, eso es cosa de ustedes. Si no lo encuentran, sigan buscando.

De seguro James tuvo ganas de darme un cachetazo para curarme de la soberbia.

— Edgar me dijo que tú tienes el bolso del sujeto — aclaró.

«Ese monaguillo de mierda.»

— ¿Sí? — sí que me sorprendí.

— Es lo que dijo.

— ¿Y le crees?

James se sacó los lentes y se masajeó los ojos con dos de sus dedos. Cerró los ojos una y otra vez para luego volver a ponerse los lentes.

— No — contestó —. No le creí ni una sola palabra.

— ¿Y si no mintió? — quise jugar un poco.

— Si tienes el bolso debes entregarlo, no te pertenece.

«Claro que me pertenece, fue un obsequio.», me dije.

— Lamento decirte que te tragaste la mentira de Edgar — dije con vehemencia.

Manejé muy bien la situación.

— Si, eso temí desde un principio — se puso de pie —. Terminamos, puedes irte.

Quede atontado por la pronta finalización del sutil interrogatorio. Supuse que iba a presionarme hasta hallar la verdad que se escondía en mi mente o que iba a hacer muchas más preguntas. «Solo siguió la rutina.»

Me puse de pie y me marché.

— Adiós, James — los modales hacen a la persona —. Espero no volver a verte. — fui sincero.

El padre de Edgar y mi madre tuvieron una conversación privada con James. Edgar, Astrid y yo nos quedamos en la sala de espera a esperar, claro está.

Nos sentamos en unos asientos de plásticos bastante incómodos.

— ¿De qué te ríes? — mi enfado con Edgar no se podía disimular.

— De ti — contestó —. Por un momento pensé que te ibas a orinar en los pantalones. Lo ignoré.

— ¿Quién es tu acompañante? — preguntó Edgar.

Astrid estaba sentada junto a mí, mientras que Edgar decidió sentarse en el suelo frente a nosotros.

— Es mi hermana — contesté con tono chocante.

— Por un momento pensé que era tu novia — comenzó a reír.

Me puse de pie y me lancé sobre él. Se merecía una buena paliza por todo lo que ha hecho desde que se cruzó en mi camino. Cargué todo mi peso sobre el de Edgar y lo inmovilicé colocando mi rodilla en su pecho. Cerré mi puño y le di un derechazo justo en la nariz.

— ¿Qué te sucede, Jacky? — preguntó apretando su nariz con la intención de detener la hemorragia que le provoqué.

Astrid me cogió del brazo y me dijo:

— Detente, Jack — estaba preocupada —. Si mamá te ve peleando te castigará. — con lo último me convenció en un instante.

Salí de encima de Edgar y tendí mi mano para ayudarlo a levantarse del suelo.

— Discúlpame, Edgar — mis propias fechorías me provocan un mal sabor de boca por un buen rato —. Aunque te lo merecías, no puedes negarlo.

«Es claro que desahugué mi rabia por lo ocurrido en la sala de interrogatorios.» Podrían haber descubierto que el bolso lo tenía Edgar si yo no hubiese podido controlar mis palabras. Creo que, si James hubiese presionado más ante la insinuación de que el bolso estaba bajo mi poder, de seguro hubiese delatado a Edgar.

— Eres un desalmado sin control — aceptó mi ayuda tomando mi mano —. Y no te culpo, creo que si me lo merezco.

Quise darle otro puñetazo cuando vi que mi mano estaba manchada de sangre. El estúpido monaguillo tendió su mano manchada de sangre con la única intención de manchar la mía.

— Lo siento, Jacky — Edgar vio mi mano y mi ceño fruncido —. No me di cuenta.

Una oficial se acercó a nosotros y nos preguntó:

— ¿Qué les sucede? — no supe si estaba enojada o preocupada —. ¿Por qué pelean?

— Disculpe — respondió Edgar —, pero no sé a qué se refiere...

La sangre escurriendo de su nariz es una evidencia clara e irrefutable.

— ¿Lo dices por la sangre? — el monaguillo continuó haciendo de las suyas —. Fue solo un accidente. Estoy bien, gracias por tu preocupación, y gracias por tus servicios. — hizo un saludo militar. Su voz era aguda y graciosa porque tapó sus orificios nasales.

La oficial señaló a un hombre en recepción.

— Mi amigo me dijo que estuvieron peleando.

— Solo le di un golpe porque se lo merecía — intervine —. Pero ya estamos a mano, no nos peharemos de nuevo.

La oficial nos miró como si fuésemos unas causas perdidas y se marchó.

— Adiós, señorita — Edgar sí que es un caso perdido.

— Ve a limpiarte al baño — ordenó Astrid —. Estas manchando todo con sangre. — el suelo tenía un pequeño charco de sangre.

Vi el cartel que indicaba la ubicación de los baños y fui a lavarme las manos.

— Ven — indiqué a Edgar —. Acompáñame al baño.

Entramos al baño.

Yo me limpié la sangre de mi mano y Edgar empezó a limpiarse la cara, los brazos y las manos; todo esto mientras aun le salía sangre de la nariz.

— Fíjate si hay papel de baño — ordenó Edgar.

Busqué en cada cubículo de retrete y nada. El papel higiénico nunca va a dejar de ser un problema, al menos, en las sociedades poco desarrolladas. Por más absurdo que suene es una realidad.

— Lo siento — dije —. No hay papel en este lugar.

A Edgar pareció no importarle y empezó a sonarse la nariz para sacar el coagulo que de seguro se formó dentro. Y así fue, salió un moco de sangre inmenso de su nariz y también de su boca. «Asqueroso.»

— ¿Cómo es que se te ocurre decir que yo tengo ese maldito bolso? — encaré mis inquietudes.

Clavó sus ojos en los míos y dijo:

— Solo quería ver tu cara de espanto.

— Casi la cagas — grité.

— No grites o alguien entrará y hará preguntas — advirtió —. Si, pude haberla cagado. Lo cierto es que manejaste la situación mejor de lo que creí. Muy bien hecho, Jacky.

Suspiré para calmar mis ansias de violentar contra el monaguillo, de nuevo.

— Por suerte mis nervios se presentaron antes de entrar en ese cuarto — destaqué con vehemencia —. Si no fuese por eso de seguro hubiera delatado a la persona que realmente tiene el bolso.

— ¿Ansioso? — aún intentaba frenar el sangrado.

— ¿Ansioso? — repliqué.

— ¿Quieres tener el bolso cuanto antes, o no?

— El jueves lo tendré, luego de ir a la biblioteca — recordé el pacto que ambos hicimos —. Al no ser que lo tengas ahora contigo.

La hemorragia se detuvo.

— ¿De verdad crees que traje el bolso? — se secó el rostro con su remera negra.

La respuesta fue obvia: No.

— ¿Las preguntas que me hicieron a mí, también te las hicieron a ti? — pregunté.

Edgar empezó a mirarse los dientes en el espejo del baño. Algunos estaban teñidos de sangre.

— Claro — contestó —. No se toman las molestias de al menos alternar las preguntas para ser, quizá, un poco más dinámicos. Solo siguen instrucciones, para eso los preparan. Les dan un papel y deben seguir pasos al pie de la letra. No pueden objetar siquiera. Es un mundo morbosos, todos...

— Entiendo, entiendo, no es necesario que lo expliques — tuve que interrumpir su charlatanería —. Volvamos a la sala de espera.

Al salir vimos a nuestros respectivos padres, sentados en los incómodos asientos de plásticos y sus miradas recelosas me incomodaron demasiado, a tal punto que no quise acercarme tanto a mi madre. Edgar, en cambio, puso sus manos en los bolsillos del pantalón y se acercó como si nada hubiese ocurrido. «Su único temor es vivir en paz.»

Salimos de la estación sin ser regañados por el pequeño y sutil encuentro con que tuvimos con la violencia. «Golpear a Edgar es a lo que me refiero.»

Tal parecen vuestros padres decidieron ignorar aquello con la intención de no hacer el ridículo en un establecimiento público. O, quizá, sus mentes estaban ocupadas en un hecho más inquietante. Al salir tampoco hicieron comentario alguno — lo que todo niño desea: que los padres se olviden de regañarnos — Sus rostros no tenían expresión alguna. Creo que querían evitar que les hiciéramos preguntas al respecto.

Estando en el estacionamiento, y cada quien, a punto de subir a nuestros respectivos coches, el sacerdote pidió un minuto a mi madre para conversar sobre, tal pareció, algo de suma importancia.

— Lidia — dijo —. ¿Tienes un minuto? Necesito charlar sobre un pequeño asunto contigo.

Mi madre no respondió de forma verbal, simplemente se acercó al sacerdote.

Se alejaron unos 10 metros del estacionamiento en busca de privacidad. No querían que oídos infantiles oyeran lo que iban a platicar.

Astrid y yo nos quedamos en el coche y, para pasar el aburrimiento, encendí el estéreo. Mi intención era encontrar la señal que transmitía música de tango para mostrarle a mi hermana ese estilo tan exquisito. Pasé por todas las señales y ninguna de ellas transmitía lo que yo buscaba con tanto entusiasmo.

— ¿Buscas lo que yo creo que buscas? — Edgar subió al coche de mi madre, atrás, justo donde yo estaba.

Es obvio que me incliné entre los dos asientos delanteros para manipular el estéreo.

— Si, busco la estación de tango — contesté —. ¿Recuerdas cuál es la señal que transmite lo que busco?

Pensó unos instantes.

— No tengo ni idea — meneó la cabeza de forma exagerada y lenta, intentando parodiar a los sensuales movimientos del tango y sus bailes sensuales —. Y detesto no saberlo, porque me apetece escuchar esa música en este preciso momento.

Seguí buscando la señal de radio.

— Deja de torturar el estéreo — comentó Edgar —. No podrás encontrar lo que buscas, no a estas horas. Apuesto a que lo transmiten por la noche.

— ¿Qué apuestas?

Edgar levantó las cejas, sorprendido.

— ¿Lo dices de verdad? — comenzó a pensar —. Si así lo quieres, de acuerdo. ¿Qué quieres apostar?

— Si yo gano la apuesta — fue una idea un tanto malvada —, deberás orinarte en el agua bendita de tu iglesia.

«Lo que olvidé es que Edgar de seguro disfrutaría hacerlo.»

Astrid me miro consternada por las palabras que salieron de mi boca.

— No es una mala idea — lanzó una risa y comenzó a pensar en ello como si tuviera toda la intención de hacerlo, aunque ganase la apuesta —. Y si tu pierdes, Jacky, me quedará con tu precioso. — imitó la voz del Gollum.

Al percatarme de la intención de Edgar de quedarse con mi regalo me fastidió tanto que decidí acomodarme, sentarme como corresponde, en los asientos de atrás y dar mi veredicto de cómo funcionan las cosas.

— Escucha — dije indignado —, ese bolso me pertenece. No lo tendrás ni en tus sueños. Si decides quedártelo, y no te lo recomiendo, te buscaré y te lo quitaré. Es mío, que te quede claro.

La tensión y el silencio dieron el presente hasta que el estúpido monaguillo empezó a las carcajadas. En mi rostro cayeron unas gotas de salivas, me las quité y no dije nada.

— ¿De dónde sacaste toda esa intensidad, Jacky? — su risa cesó de un instante a otro, su mirada penetrante volvió a resurgir de su interior —. No tengo en mente quedarme con tu pertenencia. No te preocupes, Jacky. Lo tendrás en tus manos dentro de dos días. Solo no te desesperes, no seas idiota. No te autodestruyas.

— ¿De que hablan? — intervino Astrid —. ¿Qué tiene que darte Edgar?

«Como olvidar a Astrid.»

— No es asunto tuyo — espeté.

— No es la forma de tratar a una dama, Jacky. ¿Dónde se escondieron tus modales? — Edgar se inclinó hacia adelante para charlar con Astrid —. Sabes, Astrid, por cierto, muy lindo nombre tienes, tu hermano me pidió que le guarde unos de sus tan preciados juguetes. El muy idiota llevó uno a la misa del domingo. No se permiten juguetes en la iglesia, ¿no se si lo sabias? Así que tuve que guardarlo por él para que pueda entrar a misa con tu madre.

«Es un artista de la mentira.»

Astrid, pobre ilusa, se tragó la mentira como si hubiera sido su chocolate favorito.

— ¿Qué tienes en tu mano? — Edgar sintió una gran curiosidad.

— Jack me dijo que si llevo esto conmigo no voy a tener hijos — es el preservativo —. ¿Es verdad lo que me dijo?

Noté el disimulo de su sonrisa.

— No te mintió. Es verdad que con esto evitas quedarte embarazada — sacó una cuerda pequeña y angosta de su bolsillo y cortó un pedazo —. Pero solo funciona si lo usas como corresponde. — cogió el preservativo —. Haré un pequeño agujero y pondré una cuerditita para que lo uses como collar. Si dios te protege de los malos augurios usando un collar, es probable que el preservativo colgado en tu cuello te proteja de los bebés.

«Edgar es un malvado, un desalmado. Fuimos ilusos e inocentes. Creímos en sus palabras como todo pueblo desesperado cree en sus gobernantes; Dicen palabras bonitas y sus actos son de barbaros, imperdonables.»

Edgar tendió el collar hecho a mano para que Astrid lo ponga alrededor de su cuello.

— Gracias — espetó Astrid.

— No agradezcas, no fue nada — Edgar se aguantaba la risa, lo noté, pero no pude darme cuenta de su broma muy fuera de lugar en aquel momento.

Mi madre y el padre del monaguillo terminaron de conversar y se acercaban a paso rápido hasta los coches.

— Bueno, creo que es hora de que me marche — Edgar bajó del coche —. Fue un gusto platicar con ustedes. — me guiñó el ojo —. Hasta pronto, Jacky. Y recuerda, no te desespere. No te dejes destruir.

Cerró la puerta con suavidad, como si estuviese tratando con un objeto de cristal. Sin duda fue para pasar desapercibido ante los ojos de mi madre. Subió al suyo, justo a la derecha del nuestro. Edgar apoyó todo su rostro contra el vidrio de la puerta y comenzó a bajarla, haciendo que esta se deformase de forma grotesca y graciosa. Reí y a la vez me sentí perturbado. Edgar es un ser peculiar.

Lidia subió al coche. Encendió el motor y nos marchamos. Fue rápido, sin perder un solo segundo, y nadie abrió la boca hasta que llegar a casa. Un viaje ordinario.

— ¿Cómo te sientes, hijo? — se volteó para verme a los ojos.

— Bastante bien, gracias — hice un gesto amable con la mano —. ¿Y tú, madre, como te encuentras? — vaya que me encanta exagerar mis modales.

— Bien. — una respuesta insípida.

Astrid acarició su cuello y sacó el collar a la vista.

— ¿Te gusta, mami? — sus ojos brillaban ante el collar que hizo Edgar.

Los ojos de mi madre se pusieron como platos. Sus nervios crisparon de tal forma que ahogó un grito. Sus ojos y mente intentaban procesar y comprender lo que yace frente a ella justo en el cuello de una inocente niña, su pequeña. Me miró y estoy seguro que mi rostro era la de un bobo que no comprende nada: con la boca abierta a medias y con los ojos algo caídos y desorientados.

— Dime de donde sacaste eso — su desesperación se notó en cada vocal.

— Edgar lo hizo para mí, el amigo de Jack. Dijo que, si lo llevo conmigo, me protegerá del embarazo y de los bebés.

Sus ojos parecían incendiarse de odio.

— Sácate eso y entrégamelo. — ordenó con ímpetu.

Astrid me miró como si clamara por mi ayuda. «Es obvio que yo no podía hacer nada para ayudarla.»

— ¿Por qué? — se puso triste —. Quiero que me proteja.

— He dicho que te saques eso del cuello y que me lo entregues.

Astrid no tuvo más remedio que seguir las órdenes. Empezó a sollozar y eso me hizo sentir muy triste.

— Oye — dije a mi madre—. ¿Por qué esa reacción?

Lidia guardó el collar con el curioso dije en su bolsillo.

— ¿Dices que Edgar hizo este collar? — preguntó a Astrid. Se calmó un poco.

— Si. En realidad, solo le puso la cuerda — confesó —. El dije lo encontré en el auto, justo antes de partir a la estación de policías.

Sus ojos se clavaron en los míos.

— Jack, ¿tienes algo que ver?

En momentos así es mejor no mentir.

— El sábado en la noche, en la feria, después de que me dejaras en el auto — expliqué —, Edgar subió al coche y lo encontró dentro de un...

«Por poco nombro el bolso que tanto desean los oficiales.»

— Dentro de... — Lidia me obligó terminar la frase.

— Dentro de un tacho de basura — mentí —. Lo arrojó dentro del auto por alguna razón, y luego no pudimos encontrarlo para regresarlo a su lugar, a la basura.

— ¿Por qué tanto alboroto? — preguntó Astrid —. ¿Qué tiene de malo el collar?

Prefirió no responder. Bajamos del coche y vi que mi madre caminó directo al cesto de basura justo en la acera. Arrojó el collar y se acercó a nosotros para decirnos:

— No quiero que se acerquen a ese niño, Edgar— intenté objetar, pero me cerraron la boca —. Lo tienen prohibido. Ese niño no es una buena influencia para ustedes. Si se les acerca, ignórenlo. No lo escuchen, solo aléjense. — siempre intentando protegernos de la maldad que habita en cada ser humano. «Ojalá hubiera hecho caso a sus advertencias, a sus palabras.»

El resto del día pasó con normalidad, nada interesante para contar. Lidia aún estaba perturbada por el tema del preservativo. Creo que asustada por nuestra frágil inocencia; cuando se trata sobre temas sexuales, los padres suelen ser inmaduros con sus actos. Pero en aquel entonces éramos muy jóvenes para tener aquella conversación.

El sol se despidió del día.

Salí al patio trasero para ver el ocaso. El sol se esconde detrás de una cadena montañosa que se extiende por todo Sudamérica: La cordillera de los Andes. Es verano y los conos de aquella curiosa formación geológica tienen nieve. Me gusta ver los brillantes colores que se presentan entre la montaña y la oscuridad que de a poco se hace presente: tonalidades de verde, rosa o naranja.

Es un buen momento para enfrentar a nuestro peor enemigo: nuestra propia mente y sentidos. Nosotros mismos. El peor error que una persona puede cometer es huir de la soledad para evitar enfrentarse a aquello que tanto nos atormenta. Es mejor enfrentar la tormenta y no dejar que nos persiga: la tormenta crecerá cada vez más y nos alcanzará con mayor fuerza. Nos destruirá y no tendremos oportunidad alguna. Los cobardes suelen suicidarse o vivir de forma decadente, amargados hasta que la muerte decida terminar con su sufrimiento autoinducido. Es más fácil arrancar de raíz a un árbol pequeño, no permitas que crezca.

Mis mejores momentos del día son cuando pienso. Cuando me enfrento a mí mismo. Muchas veces tengo buenas ideas, otras veces me siento un fracasado — ha sucedido en pocas ocasiones —. Pensar me permite estar siempre en la oscuridad. Y no confundan, la oscuridad es mejor, ya que lo vemos todo, vemos lo que oculta el resplandor de la luz. El brillo nos encandila. La oscuridad desenvuelve todo lo que la luz nos oculta. Si miran al cielo durante el día, no verán nada en absoluto, solo una capa celeste con nubes blancas o grises. Ahora hagan lo mismo durante la noche, lo verán todo: estrellas pequeñas y gigantes, constelaciones, galaxias, el cosmos. Es hermoso lo que la luz nos oculta. El brillo no nos permite ver mejor, solo nos cega. De aquí un dicho que me he apropiado: «Más claro que la noche.»

Quedé absorto en el recuerdo de la muerte del casi payaso. Recordé su fea vestimenta. El maquillaje del rostro era un desastre por culpa de la transpiración. Un asco. Me ruboricé ante la imagen de Edgar siendo estrangulado con brutalidad. Nos atacó como una bestia salvaje solo por un bolso, uno que me obsequió. Sin duda no me lo obsequió, solo mintió para usarme y alejar sus pertenencias de las narices de los oficiales.

¿Qué diablos contiene ese cuaderno? El cuaderno pretendía ser la fuente de los secretos que me fueron prometidos. En aquel momento se me cruzó la idea de que solo fue un timo. «Un pequeño adelanto, fue una mentira a medias.»

Suspiré al revivir el asesinato del casi payaso. Mi mente transmitió las imágenes en cámara lenta, poco a poco la bala se acercó al cráneo e ingresó como si nada. Soltó a Edgar. Murió así sin más, y su cuerpo descendió hasta chocar contra el suelo, como si la vida solo fuera una luz fácil de apagar, como si hubiesen presionado un interruptor que corta el paso de la energía eléctrica. Es triste pensar que solo somos comida para gusanos. Morir es el único sentido del vivir. No nos atormentemos, debemos admirar y esperar a la muerte con los brazos extendidos.

— Jack — una voz me sacó de mi ensimismamiento —. ¿Qué te sucede?

Era Astrid.

Se acercó y me tocó el hombro. Yo estaba de pie y miré hacia el suelo.

— Pero que cara tienes...

«¿Cara de qué?», pensé.

Cerré mis ojos y los abrí como una fiera. Me sentí tan frustrado por la interrupción que le di un puñetazo en el rostro, justo en el ojo derecho. Luego la empujé con todas mis fuerzas y cayó al suelo.

Me arrepentí al instante de mi reacción. La culpa me provocó un nudo en la garganta.

Astrid lanzó el llanto y me destrozó el corazón. Miré a las estrellas, que comenzaban a brillar cada vez más, en busca de alguna respuesta por mi injustificable violencia. Quise ayudarla a ponerse de pie, pero me dio una patada en el pecho para alejarme de su posición.

— Astrid — dije —. No quise hacerlo, perdóname.

— ¡Te odio! — exclamó entre sollozos.

— Perdóname, por favor. — supliqué.

Me lanzó otra patada, pero no logró darme.

Llamó a gritos a mi madre y me pidió que por favor me retire lejos de su vista, todo esto entre llanto y lágrimas. No supe que más hacer. Mi única opción era retirarme con el rabo entre las piernas, y fue lo que hice.

— ¿Qué sucedió? — preguntó mi madre cuando nos cruzamos en la entrada trasera de la casa.

No supe que responder.

Lidia salió desesperada preguntando a Astrid la razón de su llanto: — Jack me golpeó en el rostro—. Respondió la víctima de mi fechoría.

— ¡No mientas! — escuché esa exclamación y me dolió el alma.

«No intentes protegerme de las acusaciones, fui yo quien golpeó a tu pequeña princesa.»

No pude escuchar ni un segundo más aquel llanto, por lo que decidí encerrarme en mi habitación. Trabé la puerta con la cerradura y me tumbé boca abajo en mi cama. Apreté con todas mis fuerzas mi rostro contra la almohada para silenciar mis alaridos. Grité para expiar mis emociones. Un par de lágrimas escurrieron por mis mejillas. La culpa corrompió el respeto que tenía hacia conmigo mismo. Me sentí débil. Decadente. Sentí asco. Gruñí y comencé a darle golpes de puño a la almohada, ya que los gritos no expiaron mis emociones por completo. La saliva me caía de la boca como si fuese un animal salvaje con ansias de violentar a otra especie más débil. Arrojé la almohada sin ver la dirección.

Escuché el inconfundible ruido de un cristal rompiéndose.

Miré hacia los alrededores de mi humilde habitación y vi en el suelo, junto a mi armario, un portarretrato destrozado.

Sali de mi cama para recoger los restos y tirarlos a la basura. Me corte la palma de la mano derecha con un pedazo de vidrio. Comenzó a sangrar un poco. Coloqué mi boca justo en la herida para limpiar la sangre e intentar detener la hemorragia. «Es la forma en la que los animales curan sus heridas.» La fotografía que estaba en el portarretrato estaba volteada hacia el suelo. La cogí. Me ruboricé al ver la foto de Astrid abrazándome, foto que sufrió pequeños cortes, fue tomada el día de mi cumpleaños número 4. Que terrible coincidencia fue ver aquella fotografía luego de violentar contra Astrid sin razón y sentido.

«Tal vez Edgar tiene razón, soy un desalmado, un demente sin control.», me dije.

Tomé aquel desafortunado evento como una especie de extraño mensaje. Un mensaje del más allá. Lejos de nuestra comprensión, pero cerca de nuestros sentidos.

Golpearon la puerta de mi cuarto.

— Jack — dijo mi madre —. Abre la puerta, por favor.

Quedé anonadado al percibir paz y preocupación en su voz. Lo normal es que golpee la puerta y me grite, retándome por mis travesuras. Nunca le abro para evitar que me dé un tirón de orejas o que me golpee con el cinturón. En aquella ocasión, al percibir tal jovialidad, abrí la puerta sin objetar. En ningún momento fui receloso de las posibles malas intenciones de mi madre.

— Jack, hijo — se arrodilló para estar a mi altura —. ¿Qué pasa contigo?

No respondí.

— ¿Por qué golpeaste a tu hermana? — sus ojos estaban al borde de las lágrimas.

Me incliné de hombros. No pude encontrar respuesta alguna.

— Nunca la has golpeado, ¿por qué lo has hecho? — insistió.

Volví a levantar los hombros.

— Necesito que me expliques que sucedió — ordenó levantando un poco la voz —. Desde el principio. Necesito saber la razón de porque la golpeaste de esa forma.

Caminé hasta mi cama y me senté en el borde. Mi madre se quedó de rodillas bajo el marco de la puerta.

— Perdóname, madre — quise llorar, pero me las aguanté —. No tengo explicación alguna para dar, y mucho menos una excusa. No sé porque lo hice, solo sucedió. No pude controlarlo. Fue casi como un reflejo.

— Cuéntame que hizo Astrid. No creo que la hayas golpeado solo porque sí.

No tuve más remedio que contarle todo.

— Salí a ver el ocaso — dije —, como lo hago a menudo. Absorto en mis pensamientos recordé lo que sucedió el sábado por la noche en la feria. Astrid solo se acercó y me hizo una pregunta super inocente y...

— ¿Y?

— Y le di un golpe solo por eso. No sé porque lo hice. No tengo excusas ni razones. Fue espontaneo. Cuando la vi en el suelo recapacité y la culpa cayó sobre mí.

Mi madre intentó entender mis palabras sin sentido alguno.

— ¿Qué pregunta hizo?

La miré a los ojos.

— Me preguntó que me sucedía.

— ¿Y qué pasaba por tu cabeza?

— Ya te lo dije — contesté con tono gélido —. Reviví lo que me ocurrió en la feria, ¿acaso no escuchas?

Sentí ira.

Lidia inclinó la cabeza y se ruborizó. Se puso de pie y se acercó a la cama para sentarse a mi lado.

— Hijo, todo estará bien. Encontraremos una solución a tu problema.

De haber sido otra la ocasión de seguro hubiera objetado a la insinuación de que tengo un problema. Pero después de lo que ocurrió, de lo que hice, me replanteé la situación de mi estado mental. No digo que me creí un loco desalmado, sino que, creo yo, solo estaba perturbado y, quizá, asustado.

Le di un abrazo.

— No quise hacerlo — dije apenado.

— Ve a disculparte con Astrid — planteó —. Debes enfrentar las consecuencias de tus actos.

— De acuerdo — espeté —. Lo haré mañana. No creo que ahora sea el momento adecuado. De seguro debe estar furiosa conmigo.

«Si queremos cruzar el mar, antes debemos asegurarnos de que las aguas estén calmadas.»

Al día siguiente, miércoles, me desperté por culpa de mi estómago. Mis órganos interiores parecían sufrir y clamaban por un poco de alimento. La noche anterior decidí no cenar debido a mi angustia. Tampoco quise incomodar con mi presencia, no quería provocarles un mal sabor y que pierdan el apetito por mi culpa. Mi madre insistió en que yo debía estar presente en la cena, pero mi decisión ya estaba tomada y nadie, inclusive mi madre, iba a hacerme cambiar de parecer.

Me levanté de la cama e hice todo lo que tenía que hacer.

Cuando ya estuve aseado y vestido con ropa adecuada, salí a la sala común, a la cocina-comedor, y me preparé el desayuno. Miré el reloj colgado sobre la puerta de la entrada principal y marcaba las 8:33 Am. «Niño que madruga, niño con futuro.» Es el refrán que siempre me decía a mí mismo. Lo modifiqué del refrán que mi madre solía decir: «Niño que madruga, niño que dios ayuda» Para no generar controversia, mi madre lo modificó agregando la palabra «niño».

Me preparé dos tazones de yogurt de vainilla con cereales azucarados. Debía saciar la hambruna que tanto me hizo sufrir por la noche. «No puedo imaginar a los niños que sufren hambruna a diario y que, sin tener otra opción, deben acostumbrarse a ello.» El primero lo devoré super rápido y no lo disfruté. Con el segundo tazón fue todo lo contrario, degusté con placer el bendito alimento.

En la casa solo estábamos Astrid y yo, mi madre se iba a trabajar antes de las 8 Am.

Me senté en el sillón para ver mi serie animada favorita: South Park, claro está. No voy entrar en detalles sobre que trataron los capítulos, ya que no tiene relevancia. Solo voy a comentar que fueron grotescos y divertidos. Humor negro en su máximo esplendor, como en la mayoría de los capítulos.

Eran casi las 10 Am cuando alguien tocó la puerta principal. Fueron un par de golpes suaves, delicados. Miré por la ventana para ver quien llamó a la puerta y no vi a nadie. Supuse que solo fue parte de mi imaginación. Volví a sentarme, dispuesto a ver más

capítulos de la serie, y volvieron a tocar la puerta. Me sentí bien al concretar que mi imaginación no estaba jugando en mi contra.

Abrí la puerta y me costó creer la vil presencia con la que me topé.

— Hola, Jacky — saludó Edgar —. ¿Por qué pones esa cara?, ¿Acaso me temes?

— ¿Qué haces aquí? — pregunté debido al desconcierto que ello me provocó.

— He venido a visitarte — chasqueó con la boca —. No encuentro otro motivo para venir a tu linda morada.

Edgar entró al hogar y yo solo me aparté.

— Permiso, claro — dijo Edgar —. Perdona mis modales.

Cerré la puerta.

— ¿Cómo sabes dónde vivo? — nunca se lo había dicho.

Edgar escrutó con la mirada cada punto del interior de mí tan querido hogar.

— Y te lo he dicho, Jacky — su sonrisa es espeluznante y agradable a la vez —. En este pueblucho todo es fácil de encontrar. Solo tuve que hacer las preguntas a la persona adecuada.

— A las ancianas de la iglesia — adiviné.

Edgar asintió ante mi insinuación acertada.

— Debo admitir que no fue tan fácil. Tuve que preguntar a los vecinos de la zona para poder llegar más rápido. De haber sido un niño tímido, aun estaría buscando tu hogar.

— Bien, encontraste mi hogar — encaré —. ¿Qué es lo que quieres?

Se sacó su chaqueta de algodón, en el exterior, la brisa de la mañana es fría inclusive en verano, y la colgó en una de las sillas que rodean la mesa.

— Te gusta hacerme repetir las cosas — meneó la cabeza con una sonrisa pasmosa —. He venido a visitarte, querido Jacky.

— ¿Por qué? — fui receloso de sus intenciones.

— Es lo que hacen los amigos, visitarse los uno con los otros.

Fui hasta la heladera para ver que tenía para invitar a mi visitante inesperado.

— ¿Somos amigos? No estaba al tanto de tal detalle — reí con sutileza —. ¿Deseas algo para beber?

— ¿Qué tienes, Jacky? — se sentó en la silla donde colgó su chaqueta —. De hecho, me apetece una taza de café. Siempre y cuando no sea ninguna molestia, claro.

Yo estaba pensando en ofrecerle un vaso de agua o jugo de limón.

— ¿De verdad quieres café?

— Claro, Jacky. La mañana está especial para una taza de café.

Le doy la razón a Edgar.

Encendí la cafetera.

— ¿Tienes ganas de ir con el psicólogo para que nos ayude con nuestro “problema”?

Yo estaba buscando una taza de café, las mismas que usan los restaurantes.

— ¿Qué dices?

— ¿Tu madre aun no te lo comenta?

Intenté recordar si Lidia hizo tal comentario y dudé de que lo haya hecho.

— ¿Aún no lo hace?

— No me ha comentado nada, creo — dije —. ¿Por qué lo dices?

— De eso hablaron nuestros padres con James luego de que nos hicieran aquellas tontas preguntas. Y si, James será nuestro psicólogo.

Aquello me impactó a tal punto que sin darme cuenta solté de mis manos la taza para el café y el recipiente donde se guarda el azúcar. La taza retumbó contra el suelo y el azúcar se esparció. Por suerte la taza de cerámica no se rompió.

— Tranquilízate, Jacky — espetó Edgar —. ¿Qué fue lo que te atormentó? ¿Qué james sea nuestro psicólogo, o que debemos ir al psicólogo en plena vacaciones?

«Ambos.», pensé.

La cafetera preparó el café. Apagué el aparato y llené la taza al tope. El azúcar que cayó al suelo lo volví a meter en el recipiente, aunque en el suelo quedó bastante. «Nada que una escoba no pueda solucionar.» Puse la taza y el recipiente de plástico que guarda el azúcar frente a Edgar y, como el buen anfitrión que soy, le serví, en un pequeño plato que hace juego con la taza, un par de medialunas.

— Que amable de tu parte, Jacky — se acomodó para disfrutar del aperitivo —. Creo que comenzaré a visitarte más seguido.

— Siempre y cuando mi madre no esté en la casa — comenté —. Nos ha prohibido juntarnos contigo. Según ella, y estoy de acuerdo, eres una mala influencia, o mala persona.

Edgar humedeció las medialunas en el café. Por su gesto no supe si lo estaba disfrutando porque estaba rico o porque estaba por morir de hambre.

— ¿Por qué tu madre tiene ese pensamiento sobre mí? — su preocupación pareció ser una falsedad —. ¿Qué he hecho?

— El collar que le hiciste a Astrid, cuando se lo mostró, se estremeció tanto que creí que iba a sufrir un ataque de epilepsia — exageré —. Se sintió, no tengo dudas sobre ello, indignada y muy preocupada.

Empezó a reír a carcajadas.

— Ya me había olvidado de eso — casi se ahoga con la medialuna que tenía dentro de su boca —. Jamás creí que Astrid fuese capaz de mostrarle mi obra de arte a tu madre.

— ¿Y qué es exactamente un preservativo? — la curiosidad me inquieta.

— Un preservativo evita que las mujeres se embaracen...

— Si, eso ya lo dijiste — interrumpí.

Edgar dio un par de sorbos de café y continuó iluminando con su modesta sapiencia:

— Si, pero no te lo dije todo. Es verdad que evita el embarazo, pero tiene otro objetivo no menos importante que el primero: evita enfermedades «sexuales» — abrió los ojos muy grandes cuando dijo «sexuales» —. Creo que ya sabes a que punto quiero llegar. El preservativo se usa en las relaciones sexuales.

La verdad es que no entendí nada.

— El preservativo se coloca en el pene. Luego de eso puedes tener sexo sin preocuparte. Claro que en caso de que se rompa, querido amigo, debes preocuparte. Igual no te asustes, faltan unos, quizá, 15 años para que puedas usarlos.

— ¿Y solo por eso se enojó mi madre? — como dije, en aquel momento no entendí nada en absoluto.

— No la culpes. Lo cierto es que somos muy pequeños para tratar sobre esos temas tan delicados. Ya llegará el momento en el que tu madre, o alguien más, te ayude a entender tales temas. Por ahora solo preocúpate, concéntrate, en cosas de niños.

— Tu eres un niño — repliqué —. ¿Cómo es que sabes todas esas cosas?

— Lo leí en un libro sobre el cuerpo humano.

Me senté en la silla frente Edgar.

— Así que James será nuestro psicólogo — volví al tema anterior.

— Eso dijo mi padre.

Ver a Edgar disfrutar del café, hizo que se me antojara una taza. Me preparé una y volví a sentarme en mi lugar.

— ¿Piensas ir? — pregunté.

— ¿Acaso tengo otra opción?

«Claro que no, un niño no tiene voz ni voto.»

— ¿Trajiste el bolso? — no pude aguantar las ganas de hacer tal pregunta. Por poco sufro una embolia.

Edgar guardó silencio y dio los últimos sorbos que le quedaban de café.

— El bolso se ha convertido en una obsesión para ti — un comentario certero —. No, claro que no lo traje. Mañana te lo daré en la biblioteca, tal y como hemos acordado.

Asentí.

— Solo no te ilusiones. Y te advierto una cosa, te sentirás decepcionado.

— ¿A qué te refieres?

— Mañana te enterarás — su misterio me provocó una jaqueca indeseada —. He aquí una razón por la que he venido. No recuerdo si establecimos un horario para nuestro encuentro, por lo que vengo a decirte que nos juntaremos en la biblioteca a las 17 pm. ¿Estás de acuerdo?

Asentí de nuevo. Aquella mañana fui una persona de pocas palabras.

— ¿Por qué dices que me sentiré decepcionado?

Edgar se puso de pie, llevo la taza y el plato a la mesada, y cogió una rejilla para limpiar su lado de la mesa.

— Ya te lo dije, mañana te enterarás. Solo no te desesperes.

Odié tanto que no me dijera lo que me tenía que decir que perdí el apetito y llevé todo al fregadero.

Dudé de las palabras de Edgar.

— ¿Le pasó algo al cuaderno? — pregunté.

Meneó la cabeza negando mi insinuación.

Mi mente comenzó a conjeturar sobre posibles eventos desafortunados que pudo sufrir mi tanpreciado obsequio. «Obsequio de sangre.» Imaginé que Edgar lo metió al fuego o al agua, o que arrancaba cada hoja para hacer con ellas pequeñas bolas para después arrojarlas al cesto de basura. Pero de entre todas aquellas ideas, absurdas en algunos casos, trascendió una que lo creí como una certeza: Edgar quiere quedarse con mi libro.

— No, no pienso quedarme con tu libro — leyó mi mente.

Edgar cogió su chaqueta y se la puso.

— Lamento decirte que debo irme, Jacky.

«Como si me importara», pensé.

— Gracias por tu hospitalidad, Jacky — caminó hacia la puerta y yo lo acompañé.

Abrí la puerta y nos quedamos parados bajo el marco de la misma.

— ¿Por qué tienes esa cara de perro abatido, Jacky?

— Solo tengo sueño. He madrugado.

— El que madruga, dios lo ayuda — bromeó Edgar.

Comencé a reír porque me pareció un buen chiste. «Monaguillo idiota.»

Justo cuando nos estábamos por despedir, Astrid aparece en la sala.

— Buen día, Astrid — saludó Edgar desde la puerta.

Astrid tenía el ojo morado. Ello me entristeció.

— Tu no deberías estar aquí — dijo Astrid —. Eres una mala persona y mi madre no quiere que nos juntemos contigo.

Edgar me dedicó una mirada despectiva.

— ¿Qué te sucedió en el ojo? — su mirada despectiva de pronto se esfumó y me dedicó una mirada juiciosa.

Astrid abrió la heladera.

— Pregúntale al idiota que tienes al lado — el «idiota» soy yo, claro está.

— ¿De verdad fuiste capaz de golpear a tu propia hermana, Jacky?

Me dio tanta vergüenza que bajé la cabeza.

— Eres un desalmado, un violento descarado. Eres un demente, Jacky. Al menos dimes que tienes una buena excusa.

Claro que no la tuve.

— Estas perdiendo la cordura, Jacky. Debes ir al psicólogo para que te ayude con tu comportamiento, antes de que pierdas el control de tus actos por completo. Y si no, bueno, sal a matar pájaros y expíate de lo que sea que te perturbe.

Lo empujé hacia afuera y cerré la puerta. No quería escuchar ni una palabra o comentario sobre mis fechorías. «Yo mismo debo de reprochar mis propios actos poco benévolos.»

Miré por la ventana y Edgar ya estaba sobre su bicicleta, yéndose por donde vino. Antes de partir levantó su pulgar y seguido de eso lo volteó hacia abajo.

«Se que no me he comportado como es debido, sé que he perdido el control.», me dije a mi mismo.

No hay esperanza sin martirio.

Luego de la partida de Edgar, el resto del día fue ordinario. Intenté disculparme con Astrid como le prometí a mi madre, pero esta me esquivó en todo momento. Durante el almuerzo y la cena ni siquiera me dedicó una mirada. Fueron momentos incómodos. Mi madre intentó romper la tensión preguntándonos como estuvo nuestro día, pero fuimos muy secos con la respuesta. Hubo otras preguntas que no fueron respondidas. Por suerte Lidia comprendió que el silencio era la mejor solución ante aquella vil tensión que era capaz de incomodar a cualquiera. En un momento le pedí a Astrid que me alcanzara el jugo de limón y, sin querer hacerlo, lo hizo. «Fue un pequeño logro.»

Aquel día fue un calvario. No solo me sentí incómodo por el enojo de Astrid, enojo correspondido, sino que, además, luego de la visita de Edgar, mi mente se convirtió en un tornado de pensamientos y dudas. «El contenido del bolso te decepcionará.» He de admitir que en su forma más introvertida aquel obsequio creó cierta obsesión en mí. Y una pizca de Inquietud y ansiedad, quizá.

Intenté distraerme con mis muñecos de Max Steel y no pude, mi mente solo quería pensar en Astrid y en el bolso.

Y al fin llegó, antes de sufrir una catástrofe interna, el tan anhelado jueves.

Aquel día me sentí relajado. Era el día en que un gran peso, uno que me atormentaba, sería eliminado para siempre de mi tan preciada existencia.

Cuando desayunaba, como cada mañana, un tazón de yogurt con cereales, recordé que no tenía idea de donde quedaba la biblioteca, donde se supone que debía encontrarme con mi supuesto amigo, Edgar. Olvidé preguntárselo cuando fue a casa, mi mente estaba distraída, claro está. Quería evitar preguntárselo a mi madre ya que eso podría generar ciertas sospechas de que oculto algo en particular. Las madres suelen tener un sexto sentido que perciben con certeza las intenciones de sus críos.

No tuve otra elección.

Cuando mi madre llegó y estábamos los tres en la mesa almorzando, le pregunté:

— Madre, ¿sabes dónde queda la biblioteca del pueblo?

— ¿Cuál?

«¿Cuál?», no pude asimilar con facilidad el hecho de que había varias bibliotecas en aquel pueblucho.

— ¿Cómo que «cuál»?

— Hay dos bibliotecas, una es la pública y la otra es solo para estudiantes de nivel superior.

Claro, una para los trogloditas del pueblo y la otra para futuros jóvenes titulados y con un futuro lejos del pueblo. Me quedó claro que la biblioteca a la que debía asistir aquel día era a la pública, ya que de seguro debe estar desolada de vida humana, y más en vacaciones de verano. «Los pueblerinos no evolucionan sus mentes.» Es por eso que el pueblo junto con sus habitantes es tan decadente, involucionado. Se cierran y oprimen su naturaleza de crecer en todo aspecto y sentido. Se cierran en ideales anticuados y poco controvertidos. Temen a la revolución.

— Dime donde se encuentra la pública — pedí entusiasmado.

— Vaya entusiasmo — no pude disimularlo —. ¿Por qué quieres saber dónde se encuentra la biblioteca?

Me quedé duro como una estatua. Supuse que su sexto sentido estaba en funcionamiento. Me equivoqué.

— Perdona, solo existe una razón para querer saber dónde está la biblioteca — «para ir y escrutar entre sus cientos de libros» —. Está a cuatro cuadras de aquí.

Dio las indicaciones: caminar una cuadra, hacia la derecha, y tomar el camino que se desvía hacia la izquierda y caminar en línea recta tres cuadras, sencillo. Me sorprendí y me alegré al saber que no estaba muy lejos. Además, como todo un ser con ganas de aprender, me planteé la posibilidad de que, si el edificio era de mi agrado, podría darle visitas muy seguidas para leer y aprender sobre temas de mi interés.

— ¿Piensas ir? — preguntó Lidia debido a la obviedad.

— Si — contesté —. Iré a las 17 pm, si me lo permites.

— Vale, tienes mi permiso — una madre nunca se rehusaría a que su hijo fuese a la biblioteca. Hacerlo sería como una especie de insulto a la integridad ajena.

— Muchas gracias — hice, con la cabeza, el ademán correspondiente a las palabras de agradecimiento.

No tengo porqué contar cada detalle de como mastico la comida, y que esta pasa por ciertos órganos hasta llegar al estómago para que el ácido estomacal haga lo suyo. Una vez entendido eso, pasamos a la parte en la que el reloj marcó las 17 en el reloj.

— Maldición — me desperté luego de una muy necesaria siesta —. Como pude quedarme dormido, que idiota.

Puse la alarma en el reloj a las 17pm, hora en la que debía estar en la biblioteca. No sé qué paso por mi cabeza en el momento que puse la alarma, no comprendo cómo no fui capaz de razonar un poco y llegar a la conclusión de que debía de poner la alarma unos 10 minutos antes de las 17 pm, como mínimo.

Dormí vestido, me levanté de la cama y salí de la casa. Me apresuré tanto que no me di el tiempo para lavarme la cara para despabilarme, y, mucho menos, tuve tiempo para comer algún aperitivo para ganar energías. Tampoco fui al baño. Fui hasta el patio trasero a buscar la bicicleta de Astrid. Yo tenía mi propia bicicleta, pero por alguna ley de la física o lo que fuese jamás pude andar una cuadra sin caerme. Era como si la bicicleta me odiara y no quería que me subiera. Con la bicicleta de Astrid, rosa y reluciente, casi nueva, era todo lo contrario, andaba a la perfección. Quizá, sin entender del tema, mi bicicleta tenía alguna falla de fabricación que me hacía perder el equilibrio.

Apreté las ruedas de la bici de Astrid para ver si tenían aire. Estaban en buenas condiciones.

Aprendí a andar en bicicleta a los 4 años. Luego de múltiples caídas y golpes que me provocaron decenas de hematomas, mi madre decidió guardar las rueditas auxiliares para bicicletas de infantes. Tal sentimiento es propio en cada persona, en mi caso sentí que estaba hecho para hacer grandes cosas en este horrible mundo. Me sentí, en su forma más controvertida, revolucionado. Un niño cualquiera. «No lo comprenderían.»

Subí a la bicicleta y partí hacia, y lo lamento tanto, mi cruel destino.

Seguí las indicaciones de mi madre y llegué en un santiamén. Para mi buena fortuna — la cual no suele presentarse con frecuencia — el edificio estaba muy cerca de mi hogar.

En un principio esperé encontrarme con una edificación modesta y singular.

«Que linda biblioteca.», me dije. El edificio era grande, ostentoso y de una admirable arquitectura. Tenía grandes ventanales en el frente y una puerta de tamaño descomunal. La mejor descripción que puedo dar es que era una mezcla de una iglesia católica con un edificio gubernamental, de aquellos donde se lleva a cabo un juicio.

«Mas tarde descubrí que antes de ser una biblioteca pública era un edificio gubernamental, de ahí mi primera impresión.»

No vi bicicletas en el lugar donde se supone que deben estar. Deduje que Edgar también iría en su bicicleta, por lo que me sentí relajado al saber que había grandes posibilidades de que, después de mis berrinches autoinducidos, aún no había llegado a la biblioteca. Si bien solo pasaron casi 8 minutos de las 17pm, que no es mucho, es de mal augurio no cumplir con el horario establecido, es una falta de respeto y de moral. «Nunca fui respetuoso en tal sentido.»

Dejé la bicicleta en el «bicicletero», claro está, e ingresé al edificio.

«Según Edgar me llevará una gran decepción. Ese monaguillo de porquería no es de fiar.», me dije.

El interior de la biblioteca me decepcionó. El contraste entre la edificación del exterior con el modesto y descuidado interior es abismal.

La iluminación era sucia, muy anaranjada, como si en vez de focos tuvieran velas. Los estantes donde van los libros estaban viejos y descoloridos. Sucios en algunos casos. El hedor a humedad me hizo toser de asco — no es el peor olor, pero lo detesto —. El ambiente era asfixiante debido al calor. El suelo era de madera y al caminar estas crujían debido a su mal estado.

— Hola, niño — una anciana con lentes de pote de botella, aquellos con el mayor aumento posible, saludó inclinándose desde la mesa de entrada junto a la puerta principal —. ¿En qué te puedo ayudar?

— Hola — tenía tantas arrugas en el rostro que me ruboricé y no fui capaz de disimularlo —. Me reuniré con un amigo. Debemos trabajar en un proyecto. — me adelanté a la muy posible pregunta de la bibliotecaria.

— ¿En verano? — sus pequeños ojos, debido al efecto de los lentes, me inquietaron tanto que pensé en gritar y huir del lugar.

— No es un proyecto escolar.

Las seis mesas pequeñas de la decepcionante biblioteca estaban vacías, por lo que deduje que fui el primero en llegar.

— ¿Aún no ha llegado nadie? — debía asegurarme.

— No — contestó la anciana —. Eres el primero en llegar.

— Desde el exterior la biblioteca parece ser más grande — comenté.

La anciana miro cada rincón de la biblioteca y dijo:

— Es una buena observación. De hecho, el edificio es muy grande y no fuimos capaces de llenar todo el espacio que teníamos con estantes y libros. Hace un tiempo era más grande, pero era un desperdicio de espacio. Decidimos reducir la habitación para crear esta modesta biblioteca y dejar lugar a personas que lo necesiten para hacer diversas actividades: baile, música, reuniones de alcohólicos anónimos y todo lo que se te ocurra.

— Espacio para la comunidad. Muy buena iniciativa — de pronto la biblioteca me pareció un lugar acogedor, a pesar de su descuidada fachada —. Parece que no muchos vienen aquí.

— Muy cierto niño — tuve la impresión de que intentaba hacerme estallar la cabeza con sus ojos pequeños e intensa mirada —. Nadie viene, por eso es que el estado dejó de donar libros y pagar por el mantenimiento.

Todo tiene su motivo.

— El pueblo no quiere evolucionar. — comenté con mi tono típico de alguien de la alta sociedad.

La anciana me dio permiso para ingresar y disfrutar del establecimiento.

Lo primero que hice fue escrutar las estanterías con el fin de encontrarme con un libro de mi interés. Sabía leer bastante bien, mi madre comenzó a enseñarme cuando cumplí los tres años. Solo le faltó enseñarme a interpretar la letra cursiva. A mis ojos eran solo rayones sin sentido.

Debido a mi baja estatura busqué una silla para treparme en ella y así lograr ver los libros que no podía ver con facilidad. El polvo era abismal, lo había en todas partes. Agarré un libro que llamó mi atención, no recuerdo el nombre porque en la tapa no había grabado alguno debido a lo gastado que estaba, viejo como la anciana de la biblioteca, y al abrirlo el polvo impregnado en las paginas se disparó directo a mis ojos. Casi me caigo de la silla porque me desesperé ante la repentina y momentánea perdida de la visión. Mis ojos comenzaron a llorar debido a la irritación. Volví el libro a su lugar y bajé de la silla.

En ese preciso momento la puerta principal crujió. Solo di unos cuatro pasos para salir de entre las estanterías y encontrarme con la presencia, justo en la entrada, de mi contraparte: Edgar con el bolso en manos.

«Ya era hora, monaguillo infeliz.», pensé.

Nos saludamos con un apretón de manos y nos sentamos en la mesa redonda más lejana a la entrada. Queríamos la mayor privacidad posible.

Ya he comentado los estragos que el polvo hacia con tal lugar, la mesa no fue una excepción, por lo que la anciana tuvo la amabilidad de sacar el polvo, tierra, con un trapo húmedo. «Al fin algo limpio en aquel recóndito lugar.»

Dimos la gracias y Edgar arrojó el bolso amarillento sobre la mesa.

— ¿Por qué crees que me decepcionaré? — pregunté.

— ¿Acaso este lugar no te decepcionó?

— Fue la primera impresión que tuve, pero ahora me parece un lugar acogedor.

— Y esas son palabras de un golpeador de hermanas.

«No te metas en terreno desconocido monaguillo ignorante.»

— Repítelo. — espeté estando a punto de perder el control, de nuevo.

— Discúlpame, Jack. Debes entender que suelo hablar de más. No te enfades. Se comprensible conmigo — se hizo la víctima y para mí fue muy convincente.

— Doy por hecho que revistaste todo el contenido del bolso — Edgar asintió afirmando mi suposición —. ¿Con que te encontraste?

Edgar abrió el pequeño bolso y sacó el libro con el título «Girasol», y varios documentos.

— Supongo que están los documentos que identifican al casi payaso — comenté.

— ¿Casi payaso?

— El hipnotizador — dudé en que realmente lo haya sido —. O el timador vestido de payaso pobre.

— Buena referencia — Edgar me mostró documentos de dos personas —. En realidad, era un gran farsante. Mira la foto de ambos documentos y te darás cuenta.

Lo hice y me pareció cómico que el casi payaso era aún más feo sin tener todo aquel desprolijo maquillaje encima. Un rostro regordete con una prominente papada. Era un calvo con algo de pelo en los costados. Su nariz estaba torcida, por lo que deduje que debía roncar como un tractor mientras dormía. Su nombre de pila era: Brad McDonald.

— ¿Quién es «Ronald Vince»? — no reconocí al otro sujeto.

— Mira la foto de nuevo y te darás cuenta — fue como jugar a las adivinanzas.

Escruté cada rasgo del rostro. Ojos negros, rostro estirado y delgado. Solo eso me bastó para caer en cuenta que se trata del hombre gallina.

— ¿El hombre que subió del público? — no tenía la mente en condiciones para llegar a la tan obvia conclusión.

Edgar me ayudó a entrar en contexto.

— Si, el mismo. El que hizo una imitación admirable de una gallina.

— ¿Entonces?

— Pero que tonto eres — empezó a reírse —. El hombre del público y el hipnotizador, o como quieras llamarle, eran socios. Hacer esas interesantes y cómicas actuaciones era su negocio en común. Uno subía al escenario y el otro se escabullía entre el público para hacerles creer que es una persona ajena al espectáculo. Inculcan al público cierta ilusión de que todo es real.

— Es una manera muy convincente de engañar al público.

— Ya era hora de que tu cabeza comience a funcionar, querido Jacky.

Edgar miró hacia los alrededores asegurándose de que no había un entrometido insolente oyendo nuestra platica.

— Son los documentos que quiere la policía — dije con seguridad.

En aquella biblioteca hasta los susurros hacían eco.

— ¿Quieres entregarlos?

— ¿Por qué me preguntas eso?

Edgar apuntó al bolso.

— El bolso y todo su contenido te pertenece. Tú decides que hacer con ello.

— Buen punto. Creo que deberíamos entregar el bolso con los documentos que necesitan los oficiales de la ley.

— ¿Deberíamos? — ahogó una risa —. No me metas en esto. Es tu bolso y tú debes entregarlo.

La bibliotecaria nos interrumpió trayéndonos hasta nuestra mesa un par de tazas con café y un paquete de galletas con chips de chocolates. Ni en sueños hubiésemos rechazado tan noble gesto.

— Eres una mujer muy amable — agradeció Edgar.

Por mi parte solo me limité a sonreír de oreja a oreja.

— ¿Qué hay con el libro? — pregunté casi atorado por un pedazo de galleta que no se dejaba tragar con facilidad.

— «Girasol» — leyó el título inculcándole un prominente interés—. Este libro se queda con nosotros. Su contenido, su prosa, es inquietante y explícito.

Ambos dimos un sorbo de café al mismo tiempo.

— Continúa, me apetece conocer los secretos que me fueron prometidos.

— No es el momento ni el lugar para contarte sobre el contenido del libro.

— ¿Acaso hay métodos o secretos que expliquen cómo es posible hipnotizar a una persona? Porque lo dudo. — una parte de mí quería que el secreto que me fue prometido fuera justamente el de «como hipnotizar a alguien.»

Edgar arrugó la frente.

— El hipnotismo no funciona, es una farsa. No seas ignorante, Jacky.

— ¿Entonces?

— Tiene secretos, o sí que los tiene — se acercó a mí inclinándose sobre la mesa y susurró asegurándose de que nadie podría importunarnos: — Los secretos que hay en el libro son, como decirlo, petrificantes. Son oscuros y morbosos. Más aún porque son reales, el título de diario, dice más de lo que crees.

— ¿Diario? — de entre todas las preguntas que quise hacer fue la que primero salió de mi boca.

— Así es — su suspenso me irritaba —. El cuaderno es el diario de Brad McDonald, el sujeto que quiso asesinarlos.

— ¿Y qué diablos escribió?

— Te lo diré, pero con dos condiciones.

— Lo que sea por conocer la verdad.

Edgar pareció dudar si decirlo o no, al final decidió contar lo que tanto quise escuchar.

— La primera condición es que no hagas ningún tipo de reacción cuando te lo cuente. No debes titubear — la sonrisa que su rostro me dedicó me inquietó —. La segunda condición, la más importante, es que me cedas el cuaderno.

— ¿Por qué demonios quieres quedarte con el cuaderno? — levanté tanto la voz que la bibliotecaria salió de su despacho para ver que rayos ocurría en su tan límpido lugar.

Edgar volteó y le indicó que todo estaba en orden, que no debía preocuparse.

— No me mal entiendas. No quiero que me lo regales, solo quiero tenerlo para protegerlo. Estoy seguro, con lo torpes que eres, que tu madre lo encontrará y se lo llevará a los oficiales. Conmigo no correrá riesgo. Y créeme, querrás que el cuaderno siga en nuestras manos.

Le di la razón.

— Está bien, puedes guardar el libro — dije con desgana —. Ahora dime que secretos esconden las páginas.

— El diario de Brad McDonald no es ordinario. No es el típico diario con escritos y pensamientos insulsos.

— Se directo, por favor — me estresó que lo hiciera tan largo. «Escupe todo de una vez por todas monaguillo pelotudo.»

— En el diario, Brad McDonald, escribió sobre supuestas aventuras nocturnas. Aventuras que fueron llevadas a cabo por él y su socio, Ronald, el hombre gallina. Las aventuras de las que hablo son escalofrantes. Yo mismo pensé en llevar el diario a las autoridades. En el diario escribió a detalles los supuestos crímenes que cometieron desde hace 10 años. Asesinatos. No sé si sean reales o solo es arte de su imaginación, pero...

Para la edad que tenía en aquel entonces asimilé con facilidad el peso de tal impactante novedad. Aunque no pude dominar mis tan sutiles reacciones.

— ¿Asesinatos? — grité y me puse de pie.

La anciana volvió a salir de su despacho.

— ¿Qué sucede con ustedes? — preguntó.

— Disculpe por el escándalo — Edgar mantiene la cordura de forma admirable —. Hablábamos sobre una película que vimos hace un par de días. Nos gustó demasiado, de ahí el entusiasmo y el descontrol.

La anciana asintió y volvió a su lugar.

— ¿No me estas jugando una broma? — esta vez susurré.

— Leí el cuaderno y estoy seguro que se trata de eso.

— Tiene sentido.

— ¿Qué tiene sentido? — preguntó Edgar, algo confundido.

— Los oficiales de la ley saben que eran unos asesinos y no quisieron decirnos, al igual que nuestros padres.

— Es probable.

El foco de las ideas brilló sobre mí.

— Por eso esposaron a Brad McDonald aquella noche. Hasta este momento creí que fue por la patraña del hipnotismo. Tiene sentido. Ahora no entiendo por qué el hombre gallina murió, según Brad fue porque no pudo sacarlo del trance al que fue inducido.

Edgar escuchó sereno y sin inmutarse. Como si disfrutara de mis conjeturas.

— Recuerdo que el hombre gallina cacareaba en sus últimos momentos con vida. Debe haber alguna explicación.

— Yo tengo una hipótesis que puede ayudarte — comentó Edgar —. Quizá, en mi opinión, confundiste los retorcioneros, jadeos, chirridos de desesperación, o lo que hayas visto, con los cacareos.

Asentí dando a entender que no estaba tan seguro de lo que vi y escuché aquella noche. Cuando lo imaginé de nuevo supuse que Edgar podía estar en lo cierto.

— ¿Por qué murió? — Continuó Edgar —. De seguro sufrió un ataque cardíaco o algo por el estilo. Debió asustarse tanto por la presencia de los policías que sus órganos importantes colapsaron. Quizá su corazón, el motor de cada ser vivo, ya sufría estragos con anterioridad. Deberíamos sacarnos las dudas con James, nuestro psicólogo.

— ¿Y porque los policías no lo detuvieron? Si mal no recuerdo se llevaron solo a McDonald.

— Cuando conozcas todo el contenido del cuaderno conocerás el porqué. Tarde o temprano iba a caer.

Nos acomodamos en las sillas y clavamos nuestras miradas por un buen rato, en completo silencio.

Mi mente no podía asimilar toda aquella nueva información. Un niño no debe tener en manos un diario tan vulgar, explícito y macabro. Sentí escalofríos al caer en cuenta que Edgar y yo fuimos atacado por un supuesto asesino en serie. Sin duda pudimos morir aquel día, solo bastaba con un pequeño empujón para caer al vacío y dar los últimos suspiros.

— ¿En realidad crees que lo que leíste en el cuaderno es cierto? Pueden ser solo fantasías.

— En realidad lo creo, pero puedo equivocarme. Por eso no debemos dejar que nadie encuentre este cuaderno. Ambos averiguaremos si lo que hay escrito en este cuaderno — lo agarró y lo puso frente a mis ojos — es real o no. Dependiendo de lo que averiguemos pensaremos si entregar este cuaderno o no.

— ¿Y si lo entregamos con todo lo demás, con los documentos y el bolso? — tuve miedo de lo que podríamos averiguar.

— ¿Estas queriendo decir que no quieres saber si estos supuestos asesinatos son reales o no? Te soy sincero, yo no pretendo quedarme con el nudo de la duda.

«Por supuesto que no deseo quedarme con la duda.», me dije.

— ¿Y si son reales? — estaba entre la encrucijada de la curiosidad y el miedo.

Edgar guardó los documentos en el bolso y se quedó con el cuaderno.

Noté que no quiso responder a mi pregunta.

— ¿Cómo piensas averiguar si son reales? — fue una de esas preguntas en la que no queremos conocer la respuesta, nos aterra.

La anciana volvió a interrumpirnos. Recogió las tazas y las galletas.

— ¿Girasol? — leyó el título del cuaderno en la tapa.

No me di cuenta de tal detalle hasta ese momento. Las letras no se veían con claridad, pero denotaban cierto relieve para facilitar la lectura. «Vaya, con esos lentes debe ver hasta la aguja escondida en un pajar.»

— No es importante — respondió Edgar dando marcha hacia la salida —. Debemos irnos, disculpe mi falta de consideración.

La anciana pasó un trapo húmedo para limpiar la mesa, de nuevo.

— Agradecemos su hospitalidad — Edgar sabe cómo tratar a las personas —. De seguro volveremos muy pronto.

Agarré el bolso y Edgar el cuaderno.

Salimos y el resplandor del sol nos hizo chillar como vampiros. «Exagerando como todo niño haría.»

Edgar subió a su bicicleta ochentera, muy elegante. Tenía espejos para ver quien viene detrás.

— Ha concluido nuestro tan esperado encuentro —dijo—. Hemos desentrañado los misterios que tanto te desesperaban, Jack.

Yo estaba distraído buscando mi bicicleta — la de Astrid — en los alrededores del frente, ya que no estaba en el lugar que la dejé antes de ingresar al edificio.

— ¿Qué buscas? — preguntó Edgar notando mis inquietos ojos.

— Mi bicicleta.

Lanzó una carcajada.

— Jack, no me digas que no trajiste candado de seguridad.

— ¿Insinúas que la robaron?

Edgar sacó del bolso su traba de seguridad, una linga candado, y comentó:

— No por nada llevo esto siempre conmigo.

Suspiré ante mi nueva desgracia.

— ¡Mierda!

— Cuida tu vocabulario, Jack.

— Calla tú, me robaron la bicicleta. ¿Por qué en vez de fastidiar no me ayudas a buscarla? No creo que esté muy lejos de aquí.

La presencia de un coche patrulla en la misma calle de la biblioteca fue oportuno para mi desdicha. Una hermosa casualidad. Quizá tiene radares que detectan crímenes.

— Eres un suertudo — Edgar me guiñó el ojo —. Ve y detén a la patrulla.

Corrí hasta el medio de la calle sin mirar a los lados y levanté los brazos para atraer la atención de los oficiales de la ley.

Lo logré. Se detuvieron frente a mí y un hombre calvo, el conductor, bajó del coche.

— ¿Qué sucede Jack? — se sacó los lentes de sol, al estilo propio de su profesión —. ¿Eres Jack Bennet, cierto?

Bajé los brazos y la cabeza al ver que se trataba del oficial que mató al casi payaso. Menuda coincidencia. Quise desaparecer.

— ¿Sucedió algo? — preguntó de nuevo.

— Si, robaron mi bicicleta — contesté sin ganas.

— Le aconsejo que desenfunde su arma reglamentaria y busque al ladrón para dejarlo como un queso, lleno de agujeros — Edgar empezó a reír a carcajadas y casi se cae de la bici.

El comentario que Edgar hizo fue de mal gusto, tanto que el oficial, el calvo asesino, lo fusiló con la mirada.

— ¿Quieres que te dispare a ti, niño insolente?

Edgar se detuvo e hizo todo su esfuerzo para aguantarse la risa. Tuvo que taparse la boca con una mano mientras la otra agarraba al manubrio de su bicicleta. Me causó tanta gracia lo difícil que le fue aguantarse la risa que yo mismo terminé riendo.

— ¡Increíble! — el calvo asesino se sonrojó a causa de la furia que lo invadió —. No entiendo, no comprendo, de que carajos se ríen ustedes dos. Deberían agradecerme por salvarles la vida. Son unos malagradecidos.

— Oye — gritó Edgar para ser escuchado, riéndose casi sin control —. No te enojas cowboy. — imitó a la perfección el acento del lejano oeste.

No fui capaz de mantener la compostura y terminé contagiándome de la descontrolada risa de Edgar. «Ese monaguillo es un demente.»

— ¿Y ese bolso de quién es? — me preguntó.

Debido a la decisión que tomé con mi compinche de entregar el bolso a las autoridades no me inmuté para nada.

— Es el bolso del sujeto al que mataste aquella noche — contesté.

Por alguna extraña razón mi risa disipó. Sentí miedo.

— ¿Cómo lo obtuviste? — me quitó el bolso.

Yo no supe que responder, por lo que Edgar intervino en mi lugar.

— El hombre al que mataste nos dio el bolso.

Edgar fue sincero. Ya no hay lugar para mentiras.

— Aja. — no pudo o, quizá, no quiso creernos.

El oficial de la ley miró el bolso como si le recordara malos momentos.

— Jack, vámonos de aquí — apresuró Edgar —. Vamos a buscar tu bicicleta.

Nos alejamos del lugar.

El oficial tuvo intenciones de detener nuestra marcha con la finalidad, estoy seguro, de hacer más preguntas al respecto, pero, para su bien, se abstuvo. «Debido a las circunstancias no le importó para nada el robo de la bicicleta de Astrid.» Un uniformado cualquiera.

— ¿Tu no le temes a nada, cierto? — pregunté a Edgar.

— ¿Por qué lo dices?

— Por tu forma de actuar, por lo que dices y haces. Es como si nada te importara. Apuesto a que ningún niño, excluyéndote, le diría lo que le dijiste al policía. Creo que desprecias tu propia seguridad. Buscas problemas sin inmutarte. Como si te gustaran.

Edgar iba sobre su bicicleta, andando despacio para que yo, a pie, pueda seguirle el ritmo. Tenía una mano en el manubrio de la bicicleta y la otra sobre el corazón, donde, en un bolsillo dentro de su chaqueta, llevaba el cuaderno que de seguro nos traerá problemas de todo tipo. «Riesgo que decidimos tomar.»

— Cada quien puede ser como quiera. No debes juzgar a nadie, Jacky. Aunque admito que disfruto del miedo, la sensación que fluye por las venas me hace sentir vivo.

— ¿No eres muy chico para tener problemas con la vida? — pregunté por preguntar.

— ¿A qué te refieres?

— No tengo idea, solo intento conversar.

Callamos un rato para centrarnos en la búsqueda de mi bicicleta. Quizá algún tonto podría estar dando un paseo por los suburbios sin tener en cuenta que la víctima de la inseguridad podría estar buscando lo que le pertenece. «Cabe lamentar que la astucia de los criminales es de admirar.»

— ¿Cómo es la bicicleta que estamos buscando? — preguntó Edgar, pregunta que debería haber hecho en un principio.

— ¿Cuándo llegaste a la biblioteca no la viste?

— Si te soy sincero, ni siquiera me fijé. Llegué, encadené mi bici e ingresé al edificio. Sin embargo, estoy casi seguro de que la robaron antes de que yo llegue, porque de haber estado hubiera hecho algún comentario al respecto. Ya sabes: «¿Viniste en bici, Jacky?», o algo por el estilo. Y si la bici es de tu hermana puedo llegar a la conclusión de que es rosada y brillante.

«El maldito sexismo no los inculcan las mentes abstractas y cerradas que se ocupan de nuestra “educación”.» Nos hacen creer que los juguetes de Max Steel son para hombres y las Barbies para mujeres. Imponen sexo a los colores. Nutren nuestra inocencia con sandeces. Según estas mentes, el hombre es el que trabaja y la mujer es su “sirvienta”, la que se encarga de complacer todos los caprichos del hombre. Muchos niños creen en ello y lo normalizan. «Otros, menos ilusos, abren los ojos y se percatan de la dura realidad.»

— ¿Cómo sabes que es rosada?

— Los padres creen que los colores y las formas tienen género: masculino o femenino — Edgar fue quien me hizo abrir los ojos al respecto, a ver lo que de seguro nadie me hubiera dicho que viera —. Si no me crees ponte una remera rosada o con dibujos de corazones, estoy seguro que te dirá: «Quitale eso, Jack. Ese tipo de prendas

es para las niñas.» No con palabras exactas, pero creo que eres capaz de entender mi punto.

Lo grabé en mi memoria para hacerlo en algún momento.

— Si, la bicicleta es rosada y brillante. Tiene las ruedas y el manubrio blanco.

— ¿Tiene un canasto?

— No, no tiene un canasto.

«Le faltó el canasto para ser una bicicleta solo para mujercitas.»

Edgar sonrió y ello me pareció una buena señal.

— Creo que se dónde puede estar.

— ¿Dónde? — pregunté desesperado.

Edgar cruzo rápido la calle y le seguí echando un trote.

Nos cambiamos de vereda, donde había una bicicletería: lugar donde reparan bicis o venden repuesto para estas. «Un lugar muy conveniente para llevar bicicletas robadas.»

— Mi padre dice que en los negocios de esta índole suelen comprar cosas robadas — comentó Edgar —. Ya sabes, desarman las bicicletas, en este caso, y luego venden sus partes como nuevas o usadas, depende de las condiciones en las que se encuentren. Es un negocio prospero, siempre y cuando no les caiga el peso de la ley encima, para los dueños de estos establecimientos, ya que pagan menos de la mitad de lo que suelen pagar por productos nuevos a las distribuidoras o donde sea que compren lo que necesitan.

— Es una locura lo que dices — espeté.

— Todo empresario, del tipo que sea, corrompe su ética, su humanidad, con tal de aumentar sus ganancias, aumentar sus números en la cuenta bancaria. Es así y debemos aprender a vivir con ello.

Estar con Edgar, a pesar de sus injurias, es instructivo y constructivo.

Entramos y el lugar estaba sucio, como es de esperar, y sofocante. El hedor a grasa, aceite y perfume ambiental de pino era tan asqueroso que me ardieron las fosas nasales. En las paredes había grandes almanaques de mujeres desnudas. Había bicicletas por doquier, claro está. Mas de una docena esperaban a ser reparadas, otras estaban desarmadas porque, creo yo, el que trabaja en el lugar es capaz de arreglar varias bicicletas al mismo tiempo. Por lo general, las personas llevan sus bicicletas para que parchen las ruedas, la cámara, o arreglen un desperfecto. Reparaciones sencillas, rápidas.

Dentro había dos personas: Un hombre adulto y otro joven.

El hombre adulto, panzón y sucio como un cerdo, estaba limpiando sus manos con un pañuelo negro de suciedad, de grasa. De haber tenido un poco de conciencia se hubiese dado cuenta que aquel pañuelo no cumplía con la función de limpiar. Llevaba puesto un mameluco y unos zapatos militares color negro. Todo en él estaba sucio, engrasado. Uno podría pensar que se estaba maquillando para actuar de un personaje negro en alguna obra de teatro.

La música que ambientaba el lugar era asquerosa e inentendible. Lo más bochornoso es que cantaban en mi idioma, en español, y no se les entendía un carajo. Me refiero al reggaetón.

El joven era una persona, sin duda, desgraciado por la vida. Sus ojeras no daban una señal de que era alguien culto que estudia o lee mucho, si no, y es una lástima, la de un drogadicto. Sus ojos carecían de brillo, eran opacos e infelices. Su rostro estaba chupado, huesudo. «Un cadáver.», pensé cuando lo vi. Usaba una gorra deportiva que, con la visera de la misma, tapaba la mitad de sus ojos, como si fuera una tortuga que intenta esconderse en su caparazón. Era un joven en plena pubertad, unos 15 años como mucho. Yo pude ver su rostro completo debido a mi altura en aquel entonces, estoy seguro que de haber tenido la misma altura o un poco más no hubiese podido ver sus ojos desgraciados. Usaba un conjunto — me refiero a la ropa — deportivo. ¿Deportista? Claro que no. La ropa le daba un aspecto extraño. La ropa le quedaba grande. Sus zapatillas tenían plataformas con resortes o lo que sea, eran horribles. «Mas tarde descubrí que es el atuendo típico de un “villero”, el estigma, perjudicial para personas de bien, de un delincuente.

«Soy de Argentina, lo aclaro para los desentendidos. ¿De qué pueblo? Un pueblo cualquiera, usen y disfruten de su imaginación.»

— ¿Qué puedo hacer por ustedes? — preguntó el hombre cerdo.

Escrutamos cada rincón de aquel desagradable lugar con el fin de encontrar la bicicleta de Astrid.

— Robaron mi bicicleta — contesté —. Es una bicicleta rosada con ruedas blancas.

El joven con ojos opacos fue despectivo ante mi atenta mirada, como si ocultase algo. «Fue quien robó la bicicleta, claro está.»

— ¿Rosada? — rio el cerdo —. ¿Acaso eres una niña?

Miré a Edgar recordando la pequeña conversación que tuvimos antes de entrar a tan anticuado lugar.

— Si, rosada — respondió Edgar —. ¿La tiene aquí o no?

El cerdo se puso nervioso, la voz le tembló y lanzo una mirada cómplice, como ya saben, al ladrón.

— No, no está aquí. Estoy trabajando, los invito a retirarse — su actitud cambió, fue como si la vergüenza lo invadiera.

— ¿Por qué mientes? — Edgar enfrentó al cerdo —. La bicicleta es esa, la que está usted pintando de negro.

Edgar nunca vio la bicicleta antes y fue quien la reconoció, solo le bastó una breve descripción.

Al verla me costó un poco reconocerla, pero supe que era lo que buscábamos. Le habían sacado las calcomanías y la estaban pintando, como aclaró Edgar, de negro. El manubrio y las ruedas no sufrieron cambios. El color rosado sobrevivió solo en la parte trasera de la bicicleta.

— No, esa bicicleta la trajo un cliente ayer por la tarde — mintió el cerdo. El gordo sinvergüenza.

— No mienta, estoy seguro que su compañero trajo la bicicleta. Yonki de porquería. Si no nos entrega la bicicleta le diré a mi padre y este vendrá con la policía para que lo arresten.

El joven de mirada destruida tuvo la intención de golpear a Edgar, a quien le dobla el tamaño y edad, pero el cerdo lo detuvo.

— ¿Yonki? ¿Acaso ves o lees novelas españolas? — el cerdo no quería problemas —. Toma, llevate la bicicleta y no vuelvas por aquí. — se enfadó.

— ¿Por qué se enfada? — pregunto Edgar —. ¿No le gusta que lo atrapen con cosas robadas? Nos debe unas disculpas. No, me retracto, nos debes más que unas disculpas.

El cerdo puso la bicicleta frente a mí.

— Ya tienes tu bicicleta de niña — fue un cerdo gruñón —. Lárguense los dos de aquí.

— Y si no, ¿Qué? — Edgar es un busca problemas nivel 100.

— No te hagas el valiente niño.

Agarré el brazo de Edgar y lo tiré para hacerle el gesto de que debíamos irnos cuanto antes.

— Debería darle vergüenza — dicho esto, Edgar decidió abandonar aquel espantoso lugar.

Cuando llegué a la puerta y volteé a ver a las amigables personas que acababa de conocer, el joven levantó su dedo y lo pasó por su garganta como si estuviera cortándosela. Si su intención fue asustarme, lo logró a la perfección.

Cuando nos alejamos del lugar, Edgar dijo: «No olvides el rostro del drogadicto, estoy seguro que lo volveremos a ver.»

«Espero que no.», pensé.

— Apuesto a que tu hermana va a adorar el aspecto de su nueva bicicleta.

— No sé qué carajos voy a decirle.

— Di la verdad, no tienes por qué ocultar lo sucedido — aconsejó —. No es tu culpa. No has hecho nada malo.

Fue un buen consejo.

— Ya que entras en ese tema — sobre decir la verdad a los padres — ¿Deberíamos comentarles lo del bolso?

— Debemos adelantarnos a los policías, Jacky. Si lo haces antes que ellos, tu madre confiará un poco más en ti. Por lo que es adecuado que esta misma noche, durante la cena, comentemos sobre el tema.

Me detuve a unos 20 metros de mi casa. Edgar se marchó a los pocos minutos después de salir de la bicicletería.

— Debo irme, Jack — dijo —. Pronto te visitaré, espero tengas unas magdalenas para acompañar el café.

Debido a los estragos que sufrió la brillante y rosada bicicleta de Astrid me fue difícil acercarme a la casa. No quería que Astrid llorase o se sintiera mal por mi culpa, de nuevo. Pero debía entrar a la casa ya que no tenía otro lugar a donde ir. Ante el incipiente ocaso decidí caminar — me bajé de la bicicleta — y llegar a casa preparado para dar explicaciones a quien lo pidiera. «No tengo la culpa de lo sucedido con la bicicleta, solo fui una víctima de la inseguridad. Nadie puede, ni debe, enojarse conmigo.», me dije a medida que me acercaba a mi dulce hogar.

Y estuve en lo cierto. Solo soy culpable de no haber avisado que iba a usar la bicicleta.

Al llegar vi el auto de mi madre en la entrada de la cochera.

«¿No fue a trabajar?», pensé.

Lo cierto es que el sol de verano comienza a esconderse después de las 21 pm. ¿Cuántas horas estuve en la biblioteca? Las horas vuelan cuando uno se entretiene. Quizá salimos a las 8 pm de la biblioteca, a esa hora el sol aun brilla con intensidad. Tener un reloj es esencial.

Con Edgar no solo hablamos del bolso y de los supuestos secretos del cuaderno, sino que aprovechamos la ocasión para divertirnos un poco. Edgar fue a un estante y cogió un libro de biología: *Cuerpo Humano*. Y, como han de saber, nuestras carcajadas en las páginas de cuerpos desnudos fueron descomunales. En ello pasamos un muy buen tiempo. «Es irrelevante pero necesario.»

Entré a escondidas por la parte de atrás de la casa, la bicicleta la dejé en el patio trasero a plena vista. «Encrucijada entre querer y no querer problemas.»

Casi logro mi meta de llegar a mi habitación sin ser visto.

— ¿Se te hizo un poco tarde, no crees? — mi madre es inevitable.

— Perdoname. Deberías comprarme un reloj para no que no vuelva a pasar — hay que aprovechar cada momento.

— ¿Con quién fuiste a la biblioteca? — preguntó conociendo la verdad.

— Fui solo.

— ¿O con Edgar?

Algún pajarito anda de chismoso.

— Fui solo — conteste —. A Edgar lo esperé en la biblioteca.

— Que gracioso eres, Jack — cruzó sus brazos dando a entender que no es momento para bromas.

Bajé la cabeza ante mi sentimiento de culpa. No es que hubiese hecho nada malo, solo que es mejor ser sumisos ante el jefe de la manada o estaremos en serios problemas.

— Te he dejado en claro que no quiero que te juntes con Edgar, no es un buen niño.

— A mí me agrada — repliqué —. Es un poco raro, pero no por eso es una mala persona. No lo conoces, no puedes opinar.

— ¡Lo que hizo con Astrid no es de niño bueno!

— ¿Y que hizo?

El collar con el preservativo. Queda en claro que mi madre no estaba preparada para explicarme sobre ello en aquel momento.

— Es por tu bien — omitió la tan incómoda verdad —. No quiero que vuelvas a ver a Edgar o te castigaré.

Es bochornoso que nuestros creadores nos repriman y controlen con la excusa que lo hacen «por nuestro bien». Pueden tener las mejores intenciones, pero se olvidan de la esencia de la existencia humana: La libertad. Cada quien decide si ser reprimido o no, en mi caso, la mayoría de las veces, desobedecí las ordenes de mi madre. «De niño descubrimos gran parte de quienes somos en realidad, perfeccionamos los rasgos de nuestra personalidad que son nuestro estigma social, tan propios que perdurarán hasta la muerte.»

Astrid gritó tan fuerte que mis nervios crisparon.

«¿Qué sucede?», mi madre corrió gritando, desesperada, hasta los gritos de su tan preciada hija, su pequeña; su primogénita.

Vio el nuevo aspecto de su bicicleta.

— ¿Pero que han hecho con tu bicicleta? — escuché a mi madre y fui a responder su pregunta.

— ¡Jack! — exclamó cuando salí al patio trasero —. ¿Qué has hecho con la bicicleta de tu hermana? — estaba furiosa; indignada.

— Yo no hice nada.

— ¿Acaso insinúas que este desastre se hizo solo?

Astrid en vez de llorar como yo creí que haría, subió a la bicicleta y comenzó a andar entusiasmada y alegre por el aspecto de su bicicleta; bicicleta que nunca utilizó con regularidad hasta aquel momento.

Mi madre miró extrañada a Astrid ante la aquella confusa actitud. Yo me alegré por ello, me sentí satisfecho.

— Cuando salí de la biblioteca la bicicleta ya no estaba donde la había dejado — conté lo ocurrido —. La buscamos con Edgar y la encontramos en una bicicletería, una que se encuentra cerca de la biblioteca, y allí la estaban pintando. Por eso tiene ese aspecto tan peculiar, único.

— ¿Lo dices en serio?

— Si no me crees pregúntale a Edgar o vamos a preguntarle al que atiende en la bicicletería.

— No es necesario. Te creo.

Astrid descendió de su bicicleta y corrió hasta mi para darme un abrazo.

— ¡Gracias! — exclamó —. Ya no estoy enojada contigo, me encanta el nuevo look de mi bicicleta. El de antes lo detestaba, por eso es que no me gustaba usarla. Eres un genio, pequeño Hitler.

«Pequeño Hitler.» Si me llama de tal forma es señal de amor y perdón.

Mi madre no podía creer lo que oía.

— Pero ¿qué dices, Astrid? Esa no es una bicicleta para niña.

— ¿Por qué no lo es? — pregunté. Recordé, de nuevo, la conversación con Edgar sobre los colores y objetos con sexo definido.

— El rosado es el color adecuado para una niña, no el negro — contestó —. Además, la dejaron horrible, no tiene calcomanías. Parece la bicicleta de un niño con serios problemas familiares.

«No encontré sentido alguno a sus palabras.» Edgar no mintió sobre las necias mentes de los adultos del pueblo; de la mayoría de ellos.

— A mí me gusta, y eso es lo único que importa — espetó Astrid.

Mi madre chasqueó con la boca e ingresó a la casa para preparar la cena. «Espero que la comida no salga desabrida como su actitud.», pensé.

Una vez a solas, Astrid y yo, le dije: — Si en realidad no te gusta te cambio mi bicicleta.

— Me fascina este estilo “rebelde” — comentó —. El rosa no es de mi agrado, pero mi madre dice que el rosa les queda bien a las niñas, dice que «nos vemos más señoritas».

— Si, eso me quedó muy claro. Y si no te gusta que te compre cosas rosadas solo porque eres una niña, díselo. No creo que se enoje por esa tontería.

— Lo haré. Ahora debo dar unas vueltas en la bicicleta. — dijo Astrid.

Pasaron unos pocos minutos desde que Astrid salió a mostrar a los vecinos el nuevo estilo de su bicicleta.

Aquella noche, mientras mi madre preparaba la comida, mi deber era comentar lo que ocurrió con el bolso y demás. En un principio tuve intenciones de contar tal detalle mientras comíamos, pero decidí que lo conveniente es hacerlo antes para no crear pérdidas de apetitos o posibles discusiones en tan preciado momento.

Fui directo y sin titubeos.

— Madre — capté su atención —. Debo decirte algo importante.

Ella no dijo nada e hizo ademan para que continúe.

— ¿Recuerdas cuando James, quien será mi psicólogo, me preguntó si tenía alguna idea de donde podría estar el bolso del hombre que nos atacó, a Edgar y a mí, en la feria? — levantó una ceja y se cruzó de brazos; ello me puso nervioso —. Se que mentí y me arrepiento por ello. Lo cierto es que Edgar tenía el bolso que tanto interés evocaba en los uniformados.

— ¿Ahora lo tienes tú?

— No, lo tiene el oficial que disparó al sujeto en cuestión — aclaré la garganta —. Hoy, al salir de la biblioteca, el oficial fue oportuno con su presencia y le entregamos el bolso. Quería que lo supieras por mí y no por ellos, los hombres con placa.

— Agradezco tu sinceridad, hijo. ¿Cómo es que llegó el bolso a las manos de tu amiguito Edgar?

No sabía si contarle la verdad o mentirle; o ambos, una verdad a medias no irrumpe en nuestra conciencia, no la intranquiliza.

— Fue cuando... — me arrepentí de inmediato y mentí sin descaro —. Edgar lo encontró, se lo debes preguntar a él.

— Supongo que fueron atacados por husmear entre las pertenencias del supuesto hipnotizador.

Cuánta razón en aquellas palabras. No fuimos atacados solo porque si, al azar, nosotros mismos, Edgar y yo, nos metimos en un lio que no debió suceder. Si no fuera por mi curiosidad y aquellas ganas, a veces detestable, de querer saberlo todo, no hubiera ido al coche patrulla para hablar con el casi payaso; no hubiese ocurrido el ataque a unos infantes y yo no hubiese presenciado a tan corta edad un asesinato a sangre fría; no hubiese ocurrido todo lo que he contado. «Y mejor aún, no hubiese conocido a Edgar.»

Solo ignoré la acertada suposición de mi madre.

— Sin embargo, ya sucedió, no hay nada que hacer al respecto más que continuar con nuestras vidas como si nada hubiese pasado — agregó.

— Pudo evitarse, de eso esto seguro.

— No te atormentes, hijo — siempre tan apacible —. Ni tú ni nadie tiene la culpa de lo sucedido, dios ha querido que eso pase por alguna razón.

«¿Acaso culpa al dios que tanto aprecia, o teme?»

— ¿Qué tiene que ver «Dios» con todo esto? — pregunté confundido.

Mi madre no quiso emprender una muy posible discusión sobre religión conmigo, por lo que decidió llevar la conversación a otro puerto.

— ¿Entonces te robaron la bicicleta y la recuperaste? — dijo mientras metía unas ricas hamburguesas al horno.

Me senté en un banco junto a la puerta que da al patio trasero, junto a la cocina.

— Si, en la bicicletería que está cerca de la biblioteca — conté de nuevo —. Entramos porque Edgar creyó que estaría allí, fue certero, y dentro estaba un señor gordo y un joven que tenía los ojos muertos, vacíos. El hombre gordo se puso nervioso cuando descubrimos que estaba pintando la bicicleta. Con Edgar lo amenazamos con que si no nos daba la bicicleta íbamos a llamar a la policía.

— ¿De verdad? Vaya par de corajudos.

— El señor gordo no tuvo otra elección. Y respecto al joven, creo que fue quien robó la bicicleta.

— Espero no hayas enfrentado a ese joven.

— ¿Por qué?

— De seguro es un drogadicto — asentí dándole la razón —. Debe ser un joven al cual la vida lo ha despreciado. No debe conocer el amor ni la compasión. Su hogar debe ser un infierno, su familia deben ser los demonios que lo torturan, y ello pudo llevarlo por un muy mal camino. Son personas peligrosas, capaces de lastimar a un niño como tú sin siquiera mosquearse. Niños, ancianos, perros; para este tipo de personas son todos iguales.

— No le he dicho nada, creo — recordé la seña que hizo —. Cuando salí del lugar me hizo esta seña — pasé mi dedo como si fuera un cochillo por mi garganta —, lo hizo para asustarme, creo.

Mi madre comenzó a triturar tomates para hacer ensalada.

— ¿Logró asustarte?

— La verdad es que sí — bajé del banco para beber un poco de agua —. ¿Acaso piensas ir a enfrentar al dueño de ese lugar?

— Es probable — su mirada dio la verdadera respuesta: «Claro que iré.»

Disfruté cada sorbo de agua.

— Es mejor que evites tener problemas con ese tipo de persona— el hijo aconseja a su creadora, un hecho inaudito —. Tengo la bicicleta y Astrid está contenta, es mejor que sigamos con nuestra vida como si nada hubiese pasado.

— Aprendes muy rápido, Jack.

Pasaron unos 10 minutos, la comida estaba casi lista: las hamburguesas estaban a punto, aun en el horno, y la ensalada de tomate estaba en la mesa. Nos sentamos en la mesa y mi madre comenzó a llamar a Astrid.

— Fue a dar unas vueltas en su bici — espeté.

— ¿Hace cuánto?

— Cuando ingresé a la casa, hace unos 20 minutos.

Fue hasta la puerta principal de la casa y cuando la abrió escuché un llanto desconsolado, un llanto que ya conocía.

Lidia salió de la casa corriendo y gritando: — ¿Qué te han hecho, por dios?

Astrid cuando vio a Lidia gritó: «¡Mamá, mami, me han golpeado!»

Salí de inmediato para ver que carajos sucedió. Lidia estaba de rodillas en la acera y abrazaba a Astrid, quien tenía sangre en la boca y en la nariz. De inmediato acudí a su ubicación.

— ¿Qué pasó? — pregunté.

— Me golpearon y robaron mi bicicleta — respondió. Su llanto era de pánico, lo noté en sus ojos y por la manera en la que le crispaban los nervios.

— ¿Quién fue? — fui un hermano con sed de venganza, claro está.

— No lo sé, nunca lo he visto antes.

Fui hasta el medio de la calle y escruté en alrededores buscando respuestas. Vi a una señora que corría muy lento, pero con esmero, hacia mi ubicación, mi casa.

— ¡Pobre niña! — gritaba —. He visto lo que le han hecho, ¡Pobre niña!

Mi madre limpió con su propia blusa la sangre del rostro de Astrid.

Entre llantos y gritos me sentí abrumado, desesperado.

La señora, muy cerca de ser una anciana, se acercó a mi madre y le contó lo sucedido.

— Un joven la ha golpeado y se ha llevado su bicicleta — su tono de voz parecía llorar de pena —. Ella no ha hecho mal a nadie, un malviviente ha cometido esta injuria. ¡Pobre niña!

Mi madre se puso de pie y levantó a Astrid con un fuerte abrazo para meterla a la casa y ayudar a que se calme.

Lidia salió e indicó a la señora que llame a la policía. Me acerqué a la señora y la interrogué a la brevedad.

— ¿Ha visto al joven que atacó a mi hermana?

En un principio fue despectiva, quizá porque pensó que era un tonto infante, pero al final, luego de insistir, accedió a darme los detalles por la mera razón de que comparto sangre con la víctima. Me describió a la perfección al joven, al yonki, como le llamó Edgar, infeliz que vi en la bicicletería; el de los ojos muertos y de supuesta vida difícil. Pudo ser cualquiera, pero fui renuente a creer en ello.

Llegó la policía y la señora dio sus declaraciones, ya que fue testigo de lo ocurrido. Escuché a uno de los oficiales decir: «Pudo ser cualquiera.» La mujer describió al ladrón dando solo detalles de su vestimenta; gorra con la visera muy baja y con ropa deportiva trucha. «El estigma de los delincuentes juveniles.»

Cuando Astrid se cortó con su desconsolado llanto se atrevieron a preguntarle si vio al delincuente y que si era capaz de describirlo.

— Andaba en mi bicicleta y de forma repentina me golpearon en el rostro — declaró Astrid entre sollozos—. Caí de la bicicleta y al ponerme de pie vi a quien me atacó alejarse con mi bicicleta.

Un ataque cobarde e inmoral. «Todo crimen es inmoral, claro está.»

Luego, los oficiales, pidieron una descripción de cómo era la bicicleta para buscarla y así poder dar con el agresor. Mi madre fue quien describió la bicicleta: negra con partes rosadas, manubrio y ruedas blancas, guardabarros en la rueda trasera.

Me acerqué a uno de los oficiales para contarle lo sucedido ese mismo día.

— Hoy, por la tarde, me robaron la bicicleta que se acaban de robar — no estaba seguro de lo que hacía —. Con un amigo salimos a buscarla y la encontramos en una bicicletería, una que se encuentra cerca de la biblioteca municipal.

—¿Sugieres que debe estar en ese lugar? — era un oficial cualquiera, con uniforme y corte de pelo ordinario. Era de los tipos que parecen ser producidos en masa por la misma fabrica.

— Quizá lo esté — respondí —. Lo que pretendo decir es que, en aquella bicicletería, cuando entramos por la bicicleta, había un joven con la misma descripción que le dio la señora. Fue quien robó la bicicleta por primera vez, quizá volvió para robarla de nuevo. Estoy seguro que el que atiende allí conoce al ladrón.

—Vaya, esa información sí que nos ayuda. ¡Bien hecho, niño!

—¿Saben dónde queda la bicicletería?

—Claro que sabemos. ¿Es un hombre gordo y sucio? — Asentí confirmando su descripción —. Ya hemos tratado con ese cretino por temas similares a este.

Los oficiales, luego de hablar un buen rato con mi madre, marcharon bajo la luz de la luna llena.

Mi madre estaba dentro de la casa y salió para acercarse a mí, mientras miraba la luna sin pensamiento alguno; momento de paz.

— ¿Qué les has dicho, hijo? — preguntó.

— ¿Ah? — mi mente estaba apagada.

— A los policías, ¿Qué le has dicho?

— Les comenté sobre la bicicletería donde encontré la bici y sobre el joven que estaba allí, estoy seguro que él fue quien golpeó a Astrid.

— Encontraremos a ese desgraciado — estoy seguro de que si mi madre, en ese momento, hubiera estado frente al inepto que agredió a su princesa, lo hubiese golpeado hasta matarlo. Sus ojos ardían en son de venganza.

Entramos a la casa y presenciamos otra desgracia: la comida, las hamburguesas, se quemaron. Debido al escándalo nadie puede reprocharle nada a mi madre, quien se olvidó de que las hamburguesas estaban en el horno. Tuvimos que abrir todas las ventanas y las puertas para ventilar el hogar.

Las madres encuentran la solución a todo, aquella noche cenamos unos ricos fideos con tuco. «Exquisitos.» Astrid pareció olvidar lo que le sucedió mientras disfrutaba de la comida, es una persona de mente fuerte, inquebrantable. Los policías propusieron llevarla al hospital, pero se negó rotundamente.

La noche no fue muy diferente a las otras.

Desperté en horario de madrugada de nuevo, no pude evitarlo. El cuerpo se acostumbra. Hice lo que debía hacer y desayuné lo de costumbre: yogurt de vainilla con cereales. «La rutina de cada día, sean piadosos.»

Pasó el tiempo hasta que el reloj marcó las 10 am, yo estaba viendo mi programa favorito: South Park. El capítulo fue gracioso y la vez morboso, Eric Cartman hizo que un joven se comiera a sus propios padres. «Ojalá yo pudiera hacer eso.», me dije. Quería vengarme del idiota que se atrevió a dañar a mi hermana.

Alguien llamó a la puerta, supe quién era con solo escuchar la intensidad de los golpes.

— Hola, Jacky — saludó Edgar.

— ¿Y ahora qué quieres?

— He venido de visita, como hacen los amigos — respondió.

No tuve otra elección más que dejarlo pasar a la casa.

— De seguro vienes a que te prepare una taza de café.

— No, ya desayuné — replicó Edgar.

Se sentó en la silla que escogió por primera vez.

— ¿Qué te dijeron por la bicicleta?

— Anoche volvieron a robar la bicicleta — comenté.

— ¿De nuevo? Vaya, sí que tienes mala suerte.

— A mí no me la robaron, sino a Astrid.

Me senté frente a él.

— Ella daba unas vueltas y alguien le dio un golpe en el rostro.

Edgar suspiró indignado.

— ¡Putra mierda! — exclamó sacando la lengua como una serpiente.

Por suerte la visita de Edgar fue corta, espontanea.

— Solo vine para decirte que nos reunamos de nuevo en la biblioteca esta tarde a la misma hora que ayer, si puedes, claro.

— ¿Te tomas el trabajo de venir hasta mi casa para decirme solo eso?

— Si. De paso hago un poco de ejercicios, es bueno para el bienestar propio, y disfruto de la calidez y la brisa matutina. Hoy no hace frio, no tanto como de costumbre.

Dicho eso, se levantó de la silla, salió de la casa y se alejó con su elegante bicicleta zigzagueando por la calle; disfrutando el momento.

— ¿Otra vez vino Edgar a verte? — Astrid tenía el labio roto y el ojo derecho un poco morado. «Una triste imagen.»

— Creo que vendrá a visitarme a diario — era una idea que mucho no era de mi agrado.

— ¿Y eso es bueno?

— Espero que lo sea.

Las horas pasaron hasta que el reloj marcó las 17pm: horario en el que debo encontrarme con Edgar.

Como olvidé reparar mi bicicleta y la de Astrid ya no era una opción, tuve que caminar hasta la biblioteca. No me importó llegar con demora, no tenía ganas de ir. Fui porque no encontré nada mejor para hacer, solo por aburrimiento.

Al llegar, fue rápido, vi a Edgar sobre su bicicleta esperando con los brazos cruzados. Parecía frustrado o agotado, todo es posible.

— ¿Hace cuánto estas aquí? — pregunté al estar a su lado, a solo unos pocos metros de la entrada a la biblioteca.

— Solo unos minutos. Vi que venias y decidí esperar aquí afuera.

Bajó de la bicicleta y la encadenó.

—Deberías comprar uno de estos, para que no te roben la bicicleta — dijo en son de broma.

— Tengo uno mejor — alardeé.

— Eso quisieras.

En aquella ocasión Edgar llevaba consigo una mochila. Metió la llave del candado dentro de ella.

Caminé hacia la puerta de la biblioteca y cuando estaba a punto de entrar Edgar hizo unos ruidos extraños con su boca, como si fuese un bicho raro.

— Sígueme — comenzó a caminar.

— ¿No entraremos a la biblioteca?

— Claro que entraremos, pero antes debemos hacer algo de suma importancia — su mirada se tornó misteriosa, no transmitía buena señal, dejó en claro que algo estaba mal —. Puedes quedarte si quieres, tú te lo pierdes.

Caí en la trampa y lo seguí solo por curiosidad.

— ¿Qué tienes en mente?

No respondió. Caminamos unos cuantos metros y deduje con certeza hacia donde nos dirigíamos.

— ¿Por qué vamos a la bicicletería? — pregunté.

— ¿Quieres saber quién golpeó a tu hermana? — asentí —. Pues vamos en busca de respuestas, querido Jacky.

— ¿Y si el drogadicto que golpeó a Astrid está allí?

— ¿Tienes miedo? — preguntó levantando una ceja como si pusiera en duda mi valentía.

— No, para nada — mentí. Era solo un niño, estaba temblando de miedo.

El hecho de encontrarme con el supuesto agresor de mi hermana me inquietaba, quizá podría atacarme y también a Edgar. Dos niños contra un joven acostumbrado a tener problemas no es una pelea justa.

Al llegar a la bicicletería me detuve.

— No creo que sea una buena idea entrar a este lugar — recomendé a Edgar.

Solo me miró sin hacer gesto alguno e ingresó ignorando mis sabias palabras. No tuve otra opción más que seguir sus pasos.

Al entrar no había nadie.

— ¿Hola? — gritó Edgar.

— ¡Ya voy! — respondió alguien, irritado, desde algún rincón que no era visible desde el frente del local.

Edgar descolgó la mochila de sus hombros y la apoyó sobre sus pies.

— ¡Otra vez ustedes! — vaya que le provocamos un mal sabor de boca —. ¿Y ahora que quieren?

— Queremos la bicicleta — contestó Edgar como si fuese un abogado —. Y también queremos ver a su hijo.

«¿Ver al hijo?» Es obvio que yo quedé al margen de la situación, en el lugar de los desentendidos, de los perdidos.

— Tu bicicleta no está aquí, asíque largate niño mierdero.

— Su hijo es una mierda, una escoria de la sociedad — Edgar me miró para que escuchase lo que estaba por decir —. Anoche golpeó a la hermana de mi amigo para robarle la bicicleta.

El gordo engrasado se puso colorado, nervioso hasta la coronilla.

— No sé de qué carajos hablas.

— ¿Con que incentivas a tu hijo a robar? Vaya que eres un buen padre — Edgar provocó tanto al supuesto padre del drogadicto que este comenzó a gritar, o, mejor dicho, a chillar pidiendo que nos largásemos de allí.

El hombre jamás negó a su supuesto hijo delincuente.

Ante los gritos irritados del hombre cerdo — ahora que lo pienso eran de decepción — el joven al que tanto queríamos encontrar apareció desde algún escondite e intentó golpearnos.

— Cálmate hijo — le dijo deteniéndolo con un abrazo; no fue un abrazo cariñoso.

«¿Cómo supo Edgar que era el hijo?», me pregunté.

El joven malviviente tenía los ojos rojos, estaba drogado con alguna sustancia no muy buena para la salud. Chillaba y gruñía como una bestia rabiosa. Una rata de alcantarilla.

— Devuélveme la bicicleta — ordené. Apenas vi al hijo de puta quise estrangularlo como intentó hacer el casi payaso con Edgar.

— No te voy a devolver nada, puto — el malviviente no podía hablar con claridad, no modulaba.

— ¡Golpeaste a mi hermana! — exclamé furioso. Creo que escupí un poco.

Edgar, el buen Edgar, sacó de su mochila un revolver de calibre 32 y disparó hasta vaciar el tambor, hasta que se escuchó solo el click del gatillo. Las balas arremetieron contra el padre y su respectivo hijo. Ambos cayeron al suelo, muertos como la esperanza de un pueblo gobernado por socialistas. Vi en la cabeza del joven, bajo la oreja, un agujero provocado por una bala. El viejo tenía un agujero muy vistoso justo entremedio de las cejas. «Edgar tiene buena puntería.» Esos eran las perforaciones más vistosas, los otros orificios se camuflaron entre la sangre.

Yo quedé estupefacto por lo que acababa de hacer Edgar. No podría haberlo imaginado ni en un millón de vidas.

— ¡Tenemos que irnos! — ordenó Edgar.

Mis ojos estaban como platos y mis nervios, junto con mis músculos, tiesos por el shock. Escuché los gritos de Edgar, quien repetía «tenemos que irnos» una y otra vez, muy por lo lejos, casi como si de un susurro o recuerdo se tratara.

El olor a pólvora era penetrante. Ambos cadáveres tenían los ojos abiertos y dirigían su mirada hacia mí. Tuve la sensación de que la muerte me viese y estuviera ansiosa por llevarme consigo. Edgar tiró de mi brazo y lo siguiente que hice fue salir corriendo de allí a toda velocidad. Corrimos un par de cuadras. Edgar venía detrás de mí y logró alcanzarme.

— ¡Detente! — ordenó.

No me detuve, claro está. Tuve miedo y los escalofríos me torturaban.

Estando a solo unos pocos metros de la biblioteca Edgar se puso delante mío para detenerme.

— ¡Tranquilízate! — me dio un cachetazo y logró calmar mis ansias y confusión —. Calmate o nos descubrirán.

— Te descubrirán — aclaré.

Edgar tragó saliva, estremeciéndose de angustia y terror. Fue la primera vez que lo vi asustado en su máximo esplendor. «El remordimiento es inevitable.»

— Entremos a la biblioteca para hablar de lo que acaba de suceder.

— ¿De dónde diablos sacaste un arma? — pregunté.

— Entremos y te responderé.

Por supuesto que quería respuestas. Presencí, de nuevo, un asesinato, esta vez por duplicado. Edgar tiene muchas explicaciones para dar, claro está. Aquel día debí de haberme quedado en casa, tranquilo y sin penas.

— ¿Cómo carajo se te ocurre matar a esos idiotas? — grité.

Edgar miró a los alrededores para asegurarse de que nadie oyó mis palabras acusadoras.

— Entremos y te responderé, no seas tonto — insistió.

Como fui de cierta manera «cómplice» de la ejecución de Edgar, me imaginé envuelto en serios problemas de los cuales no podría escapar. Vi mi vida arruinada, estropeada.

Tuve infinitas opciones, como irme a casa y contarle a mi madre lo sucedido. Era una manera viable de librarme de las injurias de Edgar, a las cuales me encadené al decidir entrar a la biblioteca.

Entramos y la bibliotecaria no estaba, de seguro debió de estar durmiendo o leyendo un libro en algún despacho secreto.

Nos sentamos en la misma mesa que el día anterior.

— ¿De dónde sacaste el arma? — pregunté con un susurro que evitaba el grito, forzado y a punto de romper la paz.

— Es de mi padre — abrió su mochila, la cual puso en la mesa, para sacar el arma.

— ¿Qué haces? Nos verán con el arma y creeme que te delataré.

Por suerte logré hacer que guarde el arma.

— ¿Por qué lo hiciste? — aun no podía creerlo, no podía comprender lo ocurrido. Imaginen que van con un amigo caminando por la calle y este de repente saca un arma y le dispara a alguien solo por caminar, bueno, así me sentía, confundido y estupefacto.

— ¿Hacer qué? — el monaguillo es tan necio.

Solo bastó con levantar una ceja para darle a entender a qué me refería.

— ¿Acaso crees que no se le merecían? — su sombría mirada salió de su oscura alma.

«¿Se lo merecían?», el monaguillo sí que jugó con mi mente. No podía responder a la pregunta porque no podía o no quería darle la razón a Edgar de que lo que hizo fue una muestra benevolente de justicia contra los usurpadores de la paz. «La venganza se sirve en plomo y sangre.»

— No puedo creer que lo hayas hecho, me engañaste al decirme que íbamos a buscar mi bicicleta. Tú solo querías ir a matarlos. ¿Por qué? La única respuesta que encuentro es que eres una especie de psicópata desalmado.

— Esas personas eran delincuentes. Padre e hijo, ambos unos sucios perpetradores.

— Juzgarlos no es tu deber, de eso se encargan los policías y todos aquellos que están en el complejo mundo de la ley.

— El padre violó a la hermana de su ex esposa — dijo como si nada. «Oye Jack, tienes una mancha en la camisa.» Sin titubear.

— ¿Y tú como sabes eso?

— Olvidas que mi papá es el «padre» de la iglesia, le han confesado muchos secretos. Ya sabes, vas al confesionario y confiesas tus más terribles pecados para exiarte de ellos y que dios o lo que sea te perdone. El padre no puede ir a la policía porque va contra de las reglas de la iglesia. Es similar al trato entre abogado y cliente.

Fui sincero con mis propios sentimientos y pensamientos. Me convencí que Edgar hizo bien en eliminar a aquellos seres libres de moral, pecadores descarados. «Soy maleable como el oro.»

— ¿Tu papá te contó eso que dices, que el gordo era un violador?

— Exacto. Por eso es que decidí ir a matarlos, más aún cuando me contaste que uno de ellos golpeó a tu hermana.

— ¿Y si violó a la hermana de su ex esposa porque no lo metieron tras las rejas?

— Amenazó de muerte a su ex esposa e hizo que convenciera a su hermana de que no hiciera la denuncia. Por eso se divorciaron. El miedo fue su arma secreta, el secreto de su libertad.

«Debería haberle dado un tiro yo mismo.», me dije. Me alegré de sus muertes, me sentí en paz.

— Deberías haberme contado tus intenciones. Casi me meo del susto.

— No te atormentes, Jacky — sonrió —. Nadie extrañará a esos capullos, le hemos hecho un favor al pueblucho. Un drogadicto y un violador, ambos muertos. No volverán a dañar a nadie.

La viejita salió de su escondite y nos hizo una reverencia inclinando su cabeza, como hacen los asiáticos para saludar al prójimo.

— ¿Hace cuánto están aquí? — preguntó.

— Desde las 17 pm — mintió.

Entramos cuando las agujas del reloj estaban a punto de marcar las 17:30. Edgar fue inteligente en mentir a la anciana, quien de seguro testificará a nuestro favor si sospechan que tuvimos algo que ver con los asesinatos de aquella tarde. Nadie sospechará de unos infantes que apenas rompen el cascarón, es una posibilidad remota e inaudita. «Todo está bajo control.»

— Vaya, no los oí entrar — dicho esto la anciana volvió a su escondite.

Edgar sacó el cuaderno de Brad McDonald, el casi payaso, y lo puso sobre la mesa.

— ¿Quieres que leamos las notas que ha escrito el dueño? — señaló el cuaderno.

Si bien me convencí de que el crimen cometido por Edgar estaba bien y que las víctimas se lo merecían, aun me sentía perturbado, estremecido en la inquietud.

— ¿Y si descubren que fuimos nosotros? — como ya he dicho, me sentí un cómplice de Edgar.

«Soy una víctima más.» De haber pensado en ello no hubiera hecho un pacto con el mismísimo ángel caído.

— No nos descubrirán ni en mil años, Jacky. ¿Acaso crees que cuando la policía vaya a investigar van a pensar que unos niños entraron con armas y dispararon a quemarropa?

Levanté mis hombros.

— De seguro pensarán que fue algún ajuste de cuentas entre criminales, entre personas detestables. Olvidarán el caso, creeme que no intentarán averiguar quien o quienes fueron los responsables. Nadie los extrañará. Nadie reclamará por respuestas.

— ¿Y si deciden investigar porque piensas que así descubrirán a alguna banda criminal? Traficantes de droga, quizá.

Edgar enarcó las cejas.

— Ves mucha televisión, Jacky — esbozó una sonrisa—. Eso no sucede en el mundo real, los policías son todos unos burócratas que solo desean trabajar lo menos posible, más si se trata de poner sus vidas en riesgo. Al menos lo es en los pueblos.

— ¿Y si encuentran tus huellas o las de tu padre en los casquillos de las balas? — pregunté.

Edgar no constaba de una respuesta por lo que se tomó unos segundos en intentar dar con alguna.

— No pensé en ello.

Se puso de pie y salió corriendo de la biblioteca. Lo seguí hasta la entrada y supe a donde se dirigía: a la bicicletería; la escena del crimen.

Entré de nuevo a la biblioteca, nervioso por Edgar, quien fue a buscar los casquillos de bala que podrían incriminarlo. Está la posibilidad de que los policías decidan no investigar, pero no hay que dar nada por hecho.

Pasaron unos minutos y yo estaba con los pelos de punta, con los codos apoyados a la mesa y con las manos juntas entrelazando los dedos.

Escuché que la vieja puerta principal crujió y vi ingresar a Edgar, quien tenía la respiración agitada y unas cuantas gotas de transpiración que le corría por la frente. Su rostro gesticulaba cansancio, y a pesar de ello sonreía porque logró con su cometido.

— Aquí tienes los casquillos — los tiró sobre la mesa.

Lo primero que hice fue abrir la mochila y meter los casquillos dentro.

— ¡No seas tonto! — exclamé —. La viejita pudo salir de su escondite y ver los casquillos.

A Edgar le importó un cuerno.

— Gracias por pensar en lo de los casquillos y las huellas. Por suerte aun nadie fue y los encontró.

— ¿Y cómo sabes que nadie los encontró?

— De ser así estaría repleto de policías y los vecinos estarían husmeando y preguntando qué sucedió.

Muy cierto. Tarde o temprano alguien los va a encontrar y los vecinos incluirán tal hecho en cada tema de conversación.

— ¿Cómo te sientes, Jacky?

— ¿Y tú qué crees? Para el carajo. Al parecer mis desgracias no terminan.

— ¿Quieres que veamos lo que hay escrito en el cuaderno? Para distraerte de tus “desgracias”.

Claro que necesitaba una pequeña distracción. Mi mente comenzaba a atormentarme con la imagen del drogadicto y el violador, ambos muertos sobre un suelo sucio y grasoso. «Pum, pum.» Los disparos me ensordecían. «Pum, pum.» Balas directo a la cabeza. Sangre y miradas muertas. Cuerpos vacíos que se convierten en alimento para gusanos. Crimen y castigo sin frontera, sin reglas.

Edgar abrió el cuaderno y corrió las páginas hasta llegar a la número 13.

— He leído las notas, son, en total, 16 — golpeó con el dedo la página 13 — De todas esta es la que más me interesa que veas.

Miré y no entendí nada.

— No se leer esa letra, creo que ya te he dicho — espeté.

— Lo recuerdo. Como ya te he dado a conocer, creo que estas notas detallan crímenes cometidos por el dueño del cuaderno.

— ¿Y qué tiene de interesante esa página?

— No me interrumpas, Jacky. Intenta leer el título de la nota y quizás puedas ver mi punto, a lo que quiero llegar.

Leí el título, el cual estaba en el centro y encabezado de la página. Por suerte estaba en letra imprenta: «Jessica Gordon.»

— ¿Jessica Gordon? — era un nombre que ya conocía, lo cual fue sorprendente leer aquel nombre después de un año en un papel—. ¿La chica que desapareció el verano pasado?

— Bien, Jacky, te diste cuenta. Y si, es lo que creo. No hay otra Jessica Gordon en este pueblo, debe ser una dedicatoria a ella.

Jessica Gordon era una adolescente de 16 años que desapareció un 25 de diciembre. Fue a festejar navidad con sus amigas a una gran fiesta y jamás volvió a casa. Los testimonios de las amigas con las que fue a tal fiesta no fueron de mucha ayuda: «Estábamos bailando en grupo, riéndonos, y ella se apartó para ir a buscar un trago. Después de eso no la volvimos a ver.», declaró una de las amigas. «Como no volvió al grupo creímos que se había aburrido de la fiesta y que decidió volver a su casa, por eso no la buscamos.», dijo otra, quien lloró y se culpó por no preocuparse siquiera un poco como para salir a buscarla aquella noche. Caso contrario, de haberla buscado, la vida de Jessica y su familia no habrían dado un cambio tan radical. Las amigas, cuando la fiesta terminó, se fueron a sus cálidos hogares a dormir, despreocupadas. El sueño de estas buenas amigas se vio interrumpido cuando los padres de Jessica las llamaron por teléfono, preocupados, preguntando por el paradero de su hija. Todas las que salieron con Jessica no tenían ni la más remota idea. Los vecinos les decían a los padres de Jessica, asustados por su pequeña, que pronto iba a regresar, que las adolescentes suelen huir un par de días de su hogar para ir en busca de alguna alocada aventura, más después de una fiesta. Los días pasaron y nada se sabía del paradero de Jessica, por lo que los padres decidieron hacer la denuncia a la policía. «Jessica Gordon, desaparecida.» En un principio, los noticieros conjeturaban en que una adolescente como ella, bien parecida y de buena familia, había huido con algún novio o amiga.

La policía comenzó la búsqueda, algunos vecinos ayudaron, y encontraron en un cesto de basura un vestido azul marino con manchas de sangre. Los padres de Jessica reconocieron la prenda y soltaron el llanto. Al hacer las pruebas de ADN descubrieron que la sangre pertenecía a la pobre joven desaparecida. A partir de aquel momento los

padres y la policía la dieron por muerta. La buscaron día y noche, en cada rincón del pueblo, y jamás encontraron su cuerpo.

Eso es todo lo que sé sobre el caso Jessica Gordon.

— ¿Entonces Brad McDonald es el responsable de la desaparición de Jessica? — pregunté lo obvio.

— Espera a que lea lo que hay escrito y sacarás tus propias conclusiones.

Edgar leyó lo siguiente: «Una bella joven, rubia y de cuerpo atlético, caminaba sola por la calle, a altas horas de la noche. Usaba un vestido azul que pretendía ocultarla en la penumbra. Era navidad y yo salí a dar unas vueltas en auto con mi amigo de toda la vida. Me detuve junto a la princesa de la cual me enamoré. «Puedo llevarte a donde sea que vayas, no debes andar sola a estas horas.», fue lo que le dije. La rubia de ojos verdes respondió: «No, gracias.» Apresuré su paso. La seguimos unos metros, ella estaba asustada, y la comprendo. Aquella noche me sentí irritado porque no sabía quién sería mi víctima número 13. Aquella rubia fue la elegida al instante en que la vi...»

— ¡Es muy explícito! — me horroricé —. Es una confesión lo que acabas de leer...

Edgar continuó leyendo, ignorando mis palabras: «Aquella rubia fue la elegida al instante en que la vi. Me puse a su lado de nuevo y comenzó a correr, y rápido a pesar de llevar puestos zapatos con tacones. Improvisé una manera para detenerla y esperé a que se alejara de mi en aquella calle vacía. Aceleré el coche y la embestí por la espalda. Su tierno cuerpo voló por los aires. La chapería delantera de mi coche sufrió pequeñas abolladuras, y ello me frustró porque significaba que mi coche no vería la luz por un buen tiempo, hasta que lo arregle y así evitar sospechas. Bajé y aun respiraba, una de sus piernas estaba hecha trizas. Al caer su cabeza golpeo contra el suelo. La sangre escurría por su rostro. Agonizaba. No fui capaz de dejarla en el suelo, así que mi socio me ayudó a meterla en la cajuela.»

— ¡Por dios! — mi estomago sufría las consecuencias, estuve a punto de vomitar.

— No queda mucho.

Terminó con esto: «Fuimos hasta la cantera abandonada, ya que nos quedaba cerca. Al llegar, abrimos la cajuela y la joven de piel suave ya no respiraba. Murió y ello me entristeció, porque cree buenos planes para ella. Mi víctima número 13 es alguien que recordaré como la mujer que se salió con la suya. El video es insípido por la ausencia de gritos.»

— Eso es todo — aclaró Edgar.

— Es muy oscuro lo que lees niño — se horrorizó la bibliotecaria, quien venía con unos ricos aperitivos.

— Más oscuro de lo que usted pueda imaginarse — replicó Edgar.

Dejó los aperitivos y se fue.

— ¿Video? — pregunté.

— ¿Ah?

— Escribió algo sobre un video.

Edgar no comprendía mi inquietud.

— ¿Tienes el pendrive? — mi mente fue superior a la de Edgar.

— Si, ¿Por qué? — hasta que comprendió mi punto, abrió los ojos y levantó las cejas, anonadado —. Bien pensado, Jacky.

— Estoy seguro que el pendrive tiene ese video. ¿Lo tienes aquí, al Pendrive?

Edgar se fijó en la mochila y escrutó cada bolsillo. Y lo encontró.

— Me había olvidado por completo del pendrive — dijo Edgar.

— ¿Tienes computadora? — pregunté.

— No, ¿Y tú?

Negué con la cabeza.

— Preguntemos a la bibliotecaria si hay alguna computadora escondida.

Fuimos hasta el despacho escondido de la anciana para hacer nuestra pregunta. Era un cuarto oscuro y pequeño. La anciana iluminaba el cuarto con varias velas ubicadas en zonas estratégicas para una mejor iluminación. Estaba sentada sobre una silla de madera, apoyando los codos en una mesilla y con un rosario entre las manos. Estaba leyendo la biblia, la palabra del señor.

— Disculpe — interrumpió Edgar.

— ¿Sí? — la anciana nos daba la espalada y volteó hacia nosotros.

— Por casualidad, ¿No tendrá alguna computadora que podamos usar?

La anciana se puso de pie de inmediato; enérgica y a disposición de quien la necesite. Abrió un cajón repleto de llaves y cogió una.

— Sígueme — ordenó.

Fue lo que hicimos. Nos llevó a una de las tantas puertas que había en un pasillo que no conocí hasta entonces. Baños, cocina, puertas sin nombre y la aclamada sala de computación.

— Aquí es — dijo la anciana.

Abrió la puerta y el hedor era insoportable. Aquel lugar era sofocante. Aquella puerta debió de estar cerrada por años. Prendió la luz y el foco parpadeó varias veces antes de hacerlo. Las telas de arañas en el techo le daban un aspecto tenebroso. Había heces de ratas en el suelo. El cuarto albergaba solo cuatro viejas computadoras. Estaban repleta de polvo. Por suerte tenían un protector y cuando la anciana se la quitó a una computadora, el contraste respecto a la habitación era abismal. Fue como ver a un magnate en un barrio pobre.

La encendió y nos sorprendimos al ver que funcionaba como si estuviera nueva. No hacía ruidos extraños, y eso es generoso.

— Si necesitan algo más solo avisen — la anciana salió de la habitación, ansiosa por seguir leyendo su biblia.

— Que raros son sus ojos con esos lentes, ¿No lo crees? — dijo Edgar.

— Fue lo primero que pensé la primera vez que la vi.

Edgar llevaba la mochila consigo, la cual tenía un revolver en su interior.

— ¿De verdad quieres hacer esto? — levantó el pendrive y lo puso a la altura de mis ojos.

— No lo sé, monaguillo infeliz — contesté.

Edgar amagó con darme un golpe.

— No te asustes, solo voy a conectar el pendrive en el CPU.

«Debo estar volviéndome loco.», me dije.

Lo conectó y se sentó en la silla frente a la computadora.

— Por las dudas cierra la puerta — ordenó Edgar.

Yo decidí quedarme de pie.

Edgar movió el mouse y andaba a la perfección, era del mouse con la bolita. Ingresó al contenido del pendrive. El pendrive estaba nombrado como «Girasol», al igual que el cuaderno.

El pendrive constaba de 16 carpetas, enumeradas del 1 al 16.

— ¿Seguro que quieres hacer esto? — advirtió Edgar.

Edgar parecía nervioso y supe que él no estaba seguro de querer hacerlo.

— Es demasiado tarde para dar marcha atrás — contesté.

Edgar suspiró y abrió la carpeta con el número 13. Dentro había un video, que por el nombre era claro que era un video casero, con unos 14 minutos de duración. No era muy pesado, la calidad no era la mejor. Lo importante es que las imágenes eran reconocibles a simple vista. Edgar tragó saliva, yo también, e hizo click en el video. El parlante estaba conectado a la computadora y escuchamos ruidos extraños provenientes del video. Edgar desconectó el parlante.

— No, conéctalo — dije —. Quiero oír lo que dicen. Pero pon el volumen bajo.

Lo hizo.

Nos miramos, inseguros, y comenzamos a ver el video. «Las luces de la habitación estaban encendidas y evitamos el terror que provoca la oscuridad.»

Al principio todo era oscuro, no se distinguía nada. Un sujeto al que reconocí, «Ronald Vince», el amigo y socio del casi payaso, encendió una linterna. Ronald dijo algo ininteligible para nosotros, los dos sujetos comenzaron a reír por lo que dedujimos fue algún chiste. El audio era sucio, como si grabaran el sonido de un fuerte viento; tal vez una catarata. Había demasiado árboles alrededor, parecía un bosque. A eso de los 5 minutos la cámara enfocó a una persona tumbada en el suelo, recostado como el hombre de Vitruvio de Leonardo da Vinci. Al percatarnos de la melena rubia de tal persona supimos que era la joven desaparecida, la que el cuaderno nombraba.

— ¡Es Jessica Gordon! — exclamé —. ¡No puedo creerlo!

Fue estremecedor.

Quien grababa el video, Brad McDonald, movió el cuerpo con el pie intentando buscar señales de vida. «Está muerta», repitió un par de veces. Su socio le preguntó: «¿Qué hacemos ahora?» Brad pareció molesto pero optimista. «Haremos lo que ya planeamos», le contestó. Arrancaron el vestido de la joven con un cuchillo, y lo hicieron sin cuidado. Le cortaron el cuerpo. No fue negligencia, esa fue la intención real, lastimarla.

«No hay gritos en el video.», recordé lo escrito en el cuaderno.

La desnudaron. Quien grababa apoyó la cámara sobre algo; su auto o un trípode. Brad quería salir en el video. La cámara logró enfocar y captar al cadáver de la joven y a los hostiles. «Lamento que este video no tenga gritos», dijo Brad frente a la cámara. Ambos salieron de la escena y regresaron con curiosos objetos en sus manos. Al principio era difícil distinguir de que se trataba, hasta que ambos se acercaron a la cámara y mostraron lo que sus manos sujetaban con tanto placer: un cuchillo y un martillo. Ambos tenían uno de cada uno. Se colocaron junto al cuerpo y empezaron a darle martillazos en el cráneo, en los senos, en el estómago y en las piernas. El sonido me ahogó un grito, era espeluznante. Yo era solo un niño, y ver lo que veía en aquel entonces robó mi infancia, mi inocencia, en su totalidad. Edgar se tapó los ojos con la mano y entreabrió los dedos para ver entre ellos. El resto del video no lo vimos. Edgar cerró el reproductor.

Ambos nos miramos y no teníamos comentarios al respecto. Quedé anonadado. La tristeza e impotencia que sentí por la grotesca maldad que alberga en las personas me enmudecieron.

Con solo pensar que el pendrive tenía más videos de ese tipo, con victimas reales y vivas, me erizó la piel. Tenía un nudo en la garganta. Sentí la boca y los labios secos. Mi respiración era lenta.

— ¡Debemos llevar esto a la policía! — dije.

Edgar estaba absorto en sus pensamientos. Puse mi mano en su hombro y lo moví para que vuelva en sí. Al verlo pestañar supe que su estado de hipnosis se esfumó. Es una ironía de lo más excepcional, el falso hipnotizador tenía un haz bajo la manga. Más tarde supe que esa clase de videos se denominaban «Snuff», y que en el bajo mundo es un negocio muy rentable. «El dinero logra que las personas hagan hasta lo más inmoral que alguien pueda imaginar.»

— Estoy de acuerdo. Pero antes debemos encontrar el lugar donde mataron a Jessica, quizá hallemos su cuerpo.

— ¿Estás loco? Dejemos que los policías se encarguen de eso.

— No, debemos ir primero nosotros.

— ¿Por qué?

— Es nuestro deber.

— ¿Nuestro deber? — no encontré lógica a sus palabras —. ¿De qué deber hablas?

— Está bien — cortó con sus mentiras, quizá porque no supo que más decir —. Iremos por mera curiosidad. Leímos lo del cuaderno y vimos el video, quiero terminar con esto yendo a ese lugar y ver con mis propios ojos si todo esto es real.

— ¿Dudas de que sea real? Está más que claro que lo es.

— Iré a ver el lugar, después de eso podrás entregar el cuaderno y el pendrive a los policías sin que yo me oponga.

— ¿Acaso sabes dónde queda el lugar?

— Es en la cantera abandonada. Sé dónde queda, y no es muy lejos. A unos 40 minutos en bicicleta.

— Dime la verdad — ordené con vehemencia —. ¿Por qué quieres ir? ¿Acaso quieres ver el cadáver? ¿Qué pretendes lograr?

— Curiosidad, como ya te he dicho — respondió Edgar, sereno y seguro de sí mismo.

— ¿Curiosidad con qué?

— A pesar del horror que esto te ha provocado, ¿no te genera un poco de curiosidad llegar al fin de esto?

— El único fin de esto es que tenemos pruebas de crímenes cometidos por un psicópata, por un asesino serial.

Edgar apagó la computadora y extrajo el USB.

— ¿Y si encuentras el cuerpo? — pregunté.

— Avisaré a la policía — contestó.

Jamás supe que paso por la cabeza de Edgar, la razón por la cual tenía tanto interés en ir a buscar la escena donde se cometió un crimen. Jamás voy a comprender, y perdonar, porque tomé la decisión de ir con él. Debió ser por una insipiente curiosidad que quise negar o, quizá, fue mera morbosidad. Todo sucedió muy rápido, fue abrumador. De una tarde pacífica terminé presenciando un doble homicidio para culminar con mis tormentos en una biblioteca descubriendo y desentrañando pruebas físicas de crímenes reales.

«Vaya secretos me fueron obsequiados dentro de un modesto e inocente bolso.»

Salimos de la biblioteca.

Ambos miramos hacia la derecha, dirección en donde se encontraba la bicicletería.

— ¿Acaso nadie entra a ese lugar? — preguntó Edgar.

No había el tumulto de vecinos y policías que esperé ver al salir. Pasó un buen tiempo de lo ocurrido, y la respuesta era obvia.

— Ahora que recuerdo los policías dijeron que irían a hacer un par de preguntas al dueño del lugar, al gordo.

— ¿Qué policías?

— Anoche, luego de lo que sucedió con Astrid, le conté a uno de ellos que antes había encontrado la bicicleta en la bicicletería. Me dijo que irían a hacer unas preguntas. Al parecer aún no han ido — contesté.

— O quizá fueron antes de nuestra visita — replicó.

Solo quería ir a mi cama y descansar un poco.

— ¡Adiós! — comencé a caminar.

Edgar desencadenó su bicicleta y se incorporó rápido a mi lado.

— ¿Mañana quieres que nos volvamos a encontrar?

— No, mañana no — contesté.

«Necesito un descanso.»

— Iré a visitarte. ¿No tienes problema con eso?

— Como quieras, me da igual.

Caminé unas dos cuadras y Edgar venía a mi lado montado en su bici. Mantuvimos el silencio hasta que nuestros caminos se separaron.

— ¡No cuentes a nadie todo lo que sucedió hoy! — exclamó Edgar —. Es nuestro secreto, Jacky.

«Como si tuviera otra opción.»

Llegué a casa y el coche de mi madre estaba en la entrada.

«¿Qué hora es?», pensé. El tiempo vuela.

Entré y vi a mi madre charlando con Astrid.

— Vaya cara tienes, hijo — expuso Lidia —. ¿Te sucedió algo?

¿Algo? Si tan solo hubiera podido contarle se hubiese horrorizado más que yo. Tendría pesadillas. «Ni te imaginas lo que sucedió.»

— Solo estoy cansado — hice un falso bostezo. «La actuación es primordial en el arte de la mentira.»

Fui hasta mi cama y me tumbé sobre ella, de cara a la almohada. Grité tan fuerte como pude para desahogar mis penas. La almohada amortiguó el sonido. En soledad la tormenta es estrepitosa. Debemos enfrentarnos a nosotros mismos, el peor enemigo.

Sin darme cuenta me dormí como un bebé. A la hora de cenar me despertaron golpeando la puerta del cuarto.

Salí y me lavé la cara y las manos.

— ¿Qué hay de comer? — pregunté mientras me acercaba a la mesa.

— ¡Canelones! — contestó Astrid. Astrid adoraba los canelones.

El olor aguaba mi boca, era excepcional.

Cuando me servía un vaso de agua tocaron la puerta principal. Mi madre atendió y al otro lado estaba un policía, el mismo con el que hablé la noche anterior.

— ¡Buenas noches, señora Bennett! — mi madre devolvió el saludo —. Lamento la interrupción, y la hora. He venido porque encontramos la bicicleta de su hija en la bicicletería.

Astrid se puso de pie y corrió para buscar su bicicleta, inundada de alegría.

— Allá tienes la bicicleta — señaló el oficial con el dedo y Astrid siguió la dirección.

— ¿Qué sucede? — el rostro del policía delató que ocultaba algo importante, y que además lo angustiaba.

— Hubo un doble homicidio en la bicicletería. Padre e hijo, ambos muertos.

«Ya era hora.», me dije. Creí que iban a tardarse más tiempo en encontrar los cuerpos.

Mi madre hizo un chillido al respirar por la boca y tapársela con la mano ante el impacto de la noticia.

— ¡No puedo creerlo! Qué triste noticia.

— Creemos que se trata de un ajuste de cuenta entre criminales. Veremos con que encontramos. Bueno, que tenga una linda noche, tengo trabajo que hacer.

«Edgar acertó en lo que los policías podían creer.»

No vi tristeza real en los ojos de mi madre, lo que vi fue peculiar: alivio. Fue como si sus ojos dijeran: «Esos malvivientes no amargarán la vida de nadie más.»

— ¿Qué sucedió? — pregunté haciéndome el desentendido.

— No importa — comenzó a servir la comida —. ¿Y Astrid?

— Salió a dar una vuelta en su bicicleta.

Ella se apresuró en salir de la casa y ver por donde andaba. Llamó a Astrid varias veces, gritando, hasta que mi hermana entró a la casa por la puerta trasera. «Aquí estoy.», gritó Astrid.

— ¿A quiénes mataron? — preguntó Astrid. De seguro escuchó las palabras del policía.

— A nadie — contestó mi madre.

Muchas veces he pensado que mi madre pensaba que mintiéndonos nos protegía de algo, como si intentara que nuestra inocencia fuera prospera. Otras veces he creído que nos subestimaba por solo ser niños, criaturas inocentes que no comprenden el mundo.

— Mataron al que te robó la bicicleta y a su padre— le contesté a Astrid.

Mi madre puso los ojos como platos, como si hubiera escuchado un insulto contra su dios.

— Me alegra oír eso — dijo Astrid.

Esas palabras me tomaron por sorpresa. Mi madre casi sufrió un infarto.

Yo era un niño fuera de lo ordinario. Muchos se preguntarán: «¿Qué tanto puede conocer y entender un niño?», un niño es capaz de entender y comprenderlo todo siempre y cuando le brinden una buena educación desde muy pequeño. Si se junta a un niño de 6 años de una buena familia, de clase alta, con un niño de 12 años de una familia ordinaria, créanme que el niño de 6 años se verá como un intelectual superdotado. El punto es que los padres ordinarios malcrían a sus hijos al intentar que estos mantengan su inocencia el mayor tiempo posible.

Edgar estaba en lo cierto. Nadie va a extrañar a dos malvivientes, solo se aliviarán por saber que están muertos. «Vivirán en paz.»

Aquella noche temí a las posibles pesadillas que podría tener luego de todo lo que mis ojos vislumbraron. Pensé en dormir con mi madre, ya que ella es mi atrapasueños, pero me rehusé de tal pensamiento, idea, al ver la fortuita posibilidad de orinarme en su cama. Preferí enfrentar los tormentos de mi propia mente antes que pasar esa clase de vergüenza y pérdida de dignidad.

No pude dormir en paz, claro está. Las imágenes del video venían a mi cabeza, lo imaginé con gritos de sufrimiento, imaginé a Jessica gritando: «Ayúdame Jack, por favor ayúdame.», y yo solo me quedaba viéndola como le clavaban el cuchillo una y otra vez. Sonaban, de repente, disparos una y otra vez mientras recordaba los rostros de las personas que Edgar asesinó. Edgar, el niño que no le teme a nada, se apareció en mi sueño vestido como la parca. Su mano huesuda me apuntó, su guadaña también, y su sonrisa era de maldad pura. «Iré por ti, Jack.», su voz era grave y rasposa.

Unos ruidos me sacaron del transe en el que me encontraba. Creí que los ruidos fueron arte de mi imaginación, hasta que los escuché de nuevo. Me senté en la cama para percatarme de que alguien golpeaba la ventana de mi habitación.

No es una sorpresa decir que Edgar era el inesperado visitante nocturno. «Viene a por mí.»

Fui renuente en querer ir a la ventana, pero no tuve alternativa al notar que me veía con total claridad, el brillo de la luna era un delirio de lo más bello. Solo se veía su cabeza. Su rostro gesticulaba horror y desesperación, como si estuviera huyendo de algo o de alguien.

— ¿Qué quieres? — abrí la ventana.

En aquellos tiempos, al menos en los pueblos, era raro encontrar casas con rejas en las ventanas. Eran casas desprotegidas, libres.

Edgar entró, dando un salto, a la habitación por la ventana.

— No podía dormir — contestó.

— Lo entiendo, a mí me es difícil conseguir el sueño.

Se sacó la mochila. Cuando metió la mano dentro entré en pánico y grité: «¡No me dispaes!»

Edgar sacó el cuaderno. Suspiré de alivio. Para mi buena fortuna mi grito no fue tan estrepitoso y estridente como para despertar a alguien.

— ¿Por qué crees que voy a dispararte? — preguntó Edgar.

— Me estoy volviendo loco.

— Ya lo estas, no dudes de ello — replicó.

Cerré la ventana, el frío proveniente del exterior era tan gélido que me hizo tiritar.

— ¿No es muy tarde para visitar a tus amigos? — pregunté.

— Si, un poco.

— ¿Qué quieres? No me digas que vienes a visitarme y que esperas a que te invite una taza de café.

Edgar se sentó en el suelo y abrió el cuaderno.

— Hoy le pregunté a mi padre sobre Jessica Gordon, me dijo que desapareció y toda esa mierda — comenzó a contar rápido, hasta que llegó a importante y novedoso —. Mi padre me dijo que Jessica Gordon era hija de un oficial de policía, Paul Gordon.

— ¿Paul Gordon?

— Es el policía que mató a Brad McDonald, el que nos salvó — sus palabras retumbaron en la habitación.

Me tomó por sorpresa.

Muchos dirán: «Un policía no puede trabajar en el caso de un familiar con el que se comparte sangre.» Claro que puede, solo que no debe. Y no hubo nadie que lo evitara. El pueblo tiene sus propias reglas, más cuando no abundan los policías de calidad. Paul, junto con sus colegas, debieron buscar día y noche, sin descanso, al responsable de la desaparición de Jessica. Es gratificante saber que lo lograron.

— Ahora tiene sentido.

— ¿Qué es lo que tiene sentido? — preguntó.

Fue como encontrar respuestas a preguntas que no fueron hechas.

— Por eso es que mató al casi payaso sin inmutarse...

— ¿A qué te refieres? — me interrumpió.

Me dio frío, por lo que busqué una campera debajo de mi cama.

— Creo que Paul Gordon sospechaba o estaba seguro de que Brad McDonald era el responsable de la desaparición de su hijita. Por eso lo arrestó aquella noche, en la feria. Debieron descubrir una prueba clave para sospechar. Paul vio la oportunidad y disparó para matarlo, para vengarse.

— Es un buen punto.

No se debe juzgar a alguien como Paul, cuyo corazón está destrozado. El sentimiento de venganza es tan humano como el amor. Paul quiso evitar la absorción de sus principios al ver al secuestrador y asesino de su pequeña hija siendo juzgado en los tribunales. Una persona como Brad no merece el derecho de ser juzgado, solo merece ser ejecutado. El peor miedo de Paul era ver la absolución del sujeto en cuestión: «El jurado ha tomado el veredicto, el sospechoso es inocente.» Ello hacia estragos con su mente, por lo que al ver la oportunidad no dudó ni un segundo en accionar el gatillo. ¿Qué encontró Paul o alguno de sus colegas como para creer con tal vehemencia que Brad era el hombre al que tanto buscaban? Cuando crecí le hice la pregunta a Paul, y me respondió que gran parte de su sospecha fue por una huella encontrada en el vestido de su hija, y que el resto solo era intuición. «Hay que creer en la intuición, es un sentimiento intenso.» Paul es un buen policía.

— ¿Qué más te dijo tu padre? — pregunté.

— Nada que ya no sepas — contestó.

— Supongo que tienes otras noticias, no creo que solo vengas a decirme eso — espeté.

— Si, hay más — toda su atención se centró en el cuaderno —. Como no podía dormir me puse a leer las notas y descubrí otro nombre conocido, esta joven desapareció hace unos 3 años. Lo recordé porque en la iglesia oraban por ella cada domingo. Al igual que Jessica nunca la encontraron.

— ¿Y quién es?

— Allison Espert, tenía unos 17 años cuando desapareció.

— Nunca escuché ese nombre.

— Es la victima numero 5 según el cuaderno. Estoy seguro que también hay un video de ella.

Con solo pensar en que hay un video de otra pobre joven me dio nauseas.

— ¿Acaso solo raptaban y mataban a mujeres jóvenes? — pregunté sin querer conocer la respuesta.

— No, también hay chicos jóvenes. Aún no reconozco el nombre de ninguno.

— ¿Y qué le pasó a Allison? ¿Qué le hicieron?

— No es muy diferente a lo que le hicieron a Jessica, solo que Allison si estaba viva cuando grabaron el video.

«El video debe ser un tormento.»

— Lo que en realidad he venido a decir es que ambas fueron asesinadas en el mismo lugar, en la cantera. Ambas notas tienen una referencia a la cantera.

La cantera es una explotación minera donde se extraen rocas industriales, en este caso se trata del yeso. La empresa que trabajó en aquella cantera decidió dar por finalizado su trabajo mucho antes de mi nacimiento. Al paso de los años se volvió un lugar remoto. Consta de una extensión de varios kilómetros a lo largo de una cadena de montañas y cerros. Las personas suelen salir a correr o andar en bicicleta en los extensos caminos que en su momento sirvieron para que los vehículos y camiones pudieran transportarse de un punto a otro en la cantera.

— ¿Leíste todas las notas? — pregunté.

— No. Solo leí los nombres con la intención de reconocer a alguien.

— ¿Crees que todas esas víctimas son de este pueblo?

— De ser así hubiesen orado por más personas en la iglesia, y solo recuerdo uno o dos casos. En un pueblo es difícil no enterarse e ignorar 16 desapariciones. De ser así todos estarían inquietos y no nos dejarían andar solos, a los niños, por la calle como si nada, aunque fuese de día y nos estuvieran vigilando con binoculares. Quizá es así y no me he enterado. Deberé preguntárselo a mi padre.

— Si, hazlo. Luego me cuentas que es lo que te responde.

Edgar asintió.

— ¿Quieres ver el video de Allison? — preguntó.

Recordé el video de Jessica y me ruboricé.

— No, para nada me apetece ver el video. Aun no puedo asimilar el de Jessica, no creo que pueda aguantar otro — contesté desviando la mirada al suelo, perdiéndome en sucias y terribles imágenes —. ¿Y tú?

— Creo que debo verlo, solo para ver en donde fue grabado. Necesito saber si fue en el mismo lugar del primer video que vimos, ratificarlo.

— Me parece una buena excusa lo que acabas de decir, te felicito — fui cínico.

— ¿Ah?

— Quiero decir que no te creo nada — fui sincero —. Creo que quieres ver el video porque estás loco, eres un enfermo morbosito. Te causa placer estar metido en esta mierda. Creo que te divierte, te saca del aburrimiento. Hace unas horas mataste a dos personas, ¿acaso eso no te atormenta? No comprendo cómo es que quieres seguir indagando en algo tan impuro y cruel.

— ¿Que no me atormenta? — levantó un poco la voz, se dio cuenta y volvió a hablar bajo, estaba irritado —. Claro que me atormenta, por eso que estoy acá y no en mi cama, durmiendo como si no tuviese preocupaciones. Si estas perturbado, yo lo estoy diez veces más que tú. Creeme que así es. Ni te lo imaginas.

— ¿Y por qué sigues jodiendo con todo esto? Deberías parar ahora que puedes, si sigues te enfermarás y no podrás remediarlo — vaya niño sabiendo el que fui.

Edgar caminó hasta mi cama y se sentó. Fue lento, melodramático.

— Ya es demasiado tarde para parar. Después del intenso día que tuvimos hemos sellado la puerta de salida. Solo nos queda continuar. «Ambos» estamos metidos en esto y debemos hallar los cuerpos. Es, en cierta forma, nuestra obligación.

— ¿Obligación? Por favor se más claro, no comprendo.

— Algunos psicólogos recomiendan que enfrentemos nuestros miedos, nuestras inquietudes para poder hallar una solución. ¿Vivirás en paz si ahora, después de todo, decides continuar con tu vida normal y aburrida? No, para nada. Tendrás pesadillas hasta el último día que vivas. Desearás haber llegado al final de todo esto, descubrir y ver con tus propios ojos los secretos del cuaderno, secretos que te fueron prometido. ¿O me equivoco, Jacky?

En su momento me pareció convincente. «Hoy comprendo lo absurdo que fueron sus palabras.» Fui incrédulo y Edgar supo aprovecharse de ello. Lo cierto es que, desde el

primer momento, cuando le di el bolso, enlazamos nuestros caminos a una infame aventura, de la cual jamás pude escapar.

Mi respuesta se limitó en levantar los hombros, como diciendo: «Tienes razón, o eso creo.»

— Iré a ver el video, ¿quieres acompañarme?

«Claro que no quiero.», pensé.

— ¿A la biblioteca? — pregunté —. ¿No es muy tarde? De seguro está cerrado.

— Obvio que está cerrado. — contestó —. Igual no me refiero a la biblioteca, tengo otro lugar en mente.

«Solo dilo de una vez monaguillo, no seas tan misterioso.»

Hice ademan para que continúe.

— Vamos a la iglesia de mi padre — dijo.

— ¿A la iglesia? — me dio risa, de todos los lugares era el más lúgubre y remoto que podría haber dicho —. ¿Quieres decir que en la iglesia hay una computadora?

Edgar se puso la mochila, preparado para marcharse.

— Si, en la oficina de mi padre hay una computadora. No la usa mucho, solo la compró porque quería “modernizar” la casa de dios.

— ¿Dejan la puerta abierta, o entrarás por alguna ventana como un delincuente? — en realidad creí que iba a entrar por alguna ventana. A veces mi imaginación es escasa.

Edgar sacó del bolsillo de su pantalón unas llaves y las agitó para que estas chocaran he hicieran ruido.

Esa fue su respuesta, mostrarme las llaves de la iglesia, llaves que tomó prestadas de su padre.

— ¿Vienes o te quedas, Jacky? — abrió la ventana y salió de la casa.

«¡Quédate!», dijo una parte de mi conciencia. No pude contenerme y solo quedarme tirado en la cama sin poder dormir. Casi sin pensarlo me vestí y salí del calor del hogar para enfrentar la estrepita gelidez de la noche. «Voy contigo, Edgar.»

Ambos nos detuvimos frente a la iglesia. Fuimos en bicicleta, tomé “prestada” la de Astrid, claro está.

El alumbrado público no funcionaba en la calle de la iglesia, yacía oculta bajo la penumbra de la noche. La luna estaba oculta por nubes negras que evitaron el paso de su brillo que tanto placer causa a las lechuzas y a los animales nocturnos.

Dejamos nuestras bicicletas detrás del establecimiento, junto a la puerta por la que ingresamos. En un principio creí que las llaves de Edgar no eran de la iglesia, pero me equivoqué.

Entramos.

— Lo siento señor, debemos interrumpir su descanso — dijo Edgar riendo por su sarcasmo.

— Este lugar da miedo — espeté.

La cruz con el hombre crucificado es escalofriante durante la noche, parece un demonio sediento por hacer el mal. Sombras peculiares entraban por los grandes ventanales, casi me orino cuando creí ver a un espíritu arrodillado frente al altar, pidiendo perdón por sus pecados o clamando por ayuda espiritual a su tan desdichada alma. Solo fue una ilusión.

— ¡Sígueme! — exclamó Edgar, apresurado.

Fuimos hasta la pequeña oficina del sacerdote anti celibato y castidad, encendimos la luz de la habitación y enchufamos la pantalla y el CPU de la computadora. Edgar la encendió. El sistema operativo de aquella computadora era Windows XP.

Cuando Edgar encendió los parlantes dije: — ¿Qué haces?

— Conectando los parlantes, ¿por?

— No quiero escuchar los gritos de sufrimiento que de seguro tiene el video.

— Tienes razón, lo siento.

Edgar no se tomó las molestias de desconectar los parlantes.

El reloj sobre la puerta de entrada a la oficina marcaba las 2 am. Comencé a sentirme culpable por estar fuera de la cama a esas horas y que mi madre no estuviera al tanto de ello. Al menos debí dejar una nota avisando que me escapé para ver otro video de un asesinato real con Edgar. «Sarcasmo.»

— ¿Estas listo? — preguntó Edgar, sentándose en la silla y cogiendo el mouse.

— Eso creo — contesté, inseguro de mí mismo.

Edgar conectó el USB y dio click para ver el contenido del mismo. 16 carpetas; 16 videos; 16 víctimas. Abrió la carpeta número 5 y dio doble click sobre el video. El reproductor tardó unos minutos en abrirse, los componentes de la computadora no eran los mejores.

Edgar tragó saliva y suspiró, preparándose ante lo inimaginable.

Al igual que en el primer video, McDonald era el que tenía la grabadora en manos. Enfocó el cuerpo de Alice, tumbada en el suelo y sin ropa alguna. Le habían atado las manos y los pies. Hacia esfuerzos bruscos con la esperanza de poder soltarse, fue en vano. Su cuerpo serpenteaba ante la desesperación y el deseo de salvar su vida. El audio era sucio, no obstante, creí que los gritos serían estrepitosos y estridentes. Le habían puesto algo, no pude distinguir que, en la boca para evitar tal caos sonoro.

McDonald dejó la grabadora. Ambos mostraron a la cámara los objetos que iban a utilizar para asesinarla. Y no, no eran los mismos, objetos, herramientas, que utilizaron con Jessica Gordon. Tenían, cada uno, un soplete a gas, de fuego.

— ¡Es el mismo lugar! — exclamó Edgar.

Yo llegué a la misma conclusión. Si bien el ángulo de la cámara y la posición eran diferentes al otro video, era claro que el lugar era el mismo. Los árboles y las rocas fueron fáciles de distinguir.

Edgar puso en pausa el video, a comparación del otro, este era de mejor calidad. Escrutamos y ambos, al mismo tiempo, vimos y distinguimos una flor de girasol. «La flor del sol.»

— No será difícil encontrar esa flor, si la buscamos encontraremos el lugar. Quizá los cuerpos están allí — dije.

— No te emociones, Jacky. Debe haber cientos de girasoles alrededor de la cantera, no será tan fácil como piensas — replicó Edgar —. Y respecto al cuerpo, si siguen en la cantera, de seguro están bajo tierra siendo devorados por gusanos. Buscar los cuerpos será como buscar un político honesto. ¿Tanto te interesa encontrar los cuerpos, Jacky?

— Mi único interés es que los familiares de las víctimas al fin tengan respuestas.

— Los policías buscarán los cuerpos, no te inculques esa responsabilidad.

Edgar, a pesar de que ya averiguamos de que ambos videos fueron grabados en el mismo lugar, quitó la pausa para ver el resto del video. Y yo lo permití.

Los dos mal paridos encendieron los sopletes y comenzaron a quemarle los pies. A pesar de que Alice tenía algo en su boca para amortiguar sus gritos, se pudo percibir un chirrido agudo y estridente. Vaya martirio tuvo que vivir en sus últimos momentos. Todo su cuerpo sufrió quemaduras, no seré descriptivo con lo que vi porque me es imposible tan siquiera pensar en ello. Si hubieran visto el video hubiesen deseado, clamado, por la muerte de Alice. Fue espeluznante verla sufrir. Su vida terminó cuando le cortaron la cabeza con un hacha de leñador. Fue un corte limpio.

— ¡Hijos de putas! — sentí impotencia. «Me alegro tanto de que estén muertos.»

Edgar cerró el video.

— ¿Quieres ver otro? — preguntó.

— ¿Qué dices? — me exalté.

— Para ver si fueron grabados en el mismo lugar.

No respondí y Edgar lo tomó como un sí.

Por suerte Edgar solo vio los primeros segundos, minutos en algunos casos, de cada video. Y no, la mayoría de videos tenían diferentes trasfondos, de lugares diferentes. Ello no quiere decir que no sean parte del pueblo. La ya famosa y conocida cantera fue sede de un asesinato más aparte de los ya conocidos. «La trilogía.» Fue inquietante y

estresante no saber si todos los asesinatos fueron cometidos en el pueblo donde viví o si personas de otros pueblos y ciudades sufrieron las fechorías de McDonald. «Les adelanto la información, el resto de víctimas pertenece a otros pueblos.» De haber conglomerado tantos crímenes en un mismo lugar lo habrían atrapado mucho antes.

La tercera víctima fatal, con el número 2 en la lista de los 16, era un hombre de la tercera edad. Lo curioso es que no había nombre escrito en su nota, quizá McDonald olvidó anotarlo o, es más probable, jamás supo el nombre de su segunda víctima. A comparación del resto de notas esta era menos extensa. Los detalles eran escasos.

Le pedí a Edgar que leyera la nota.

“El anciano estaba en medio del parque público tumbado con una botella de vino a su lado. Era un hombre perdido y sin vida, sin propósito. Noté depresión en sus ojos. Antes de mi presencia estuvo envuelto en una pelea por como tenía el rostro, moreteado y con manchas de sangre. Su vestimenta hacía juego con su triste vida, rota y sin brillo. Quise ayudarlo y llevarlo al hospital, pero pensé que haciéndolo solo extendía aún más su decrepita vida, su dolor. Le hice un benevolente favor al permitirle descansar bajo la flor. Le di justo en el corazón para terminar con sus días de desgracias.”

— ¿Qué piensas de esta nota, Jack?

— Pienso que jugó a ser dios. Se convenció que hacía lo correcto en matar a ese anciano. Solo dio excusas para poder hacer lo que tanto deseaba y así no sentir remordimiento. Como dice el dicho: «El principio del fin.»

«Edgar iba por el mismo camino, y me di cuenta de ello demasiado tarde.»

— «Descansar bajo la flor» — releyó —. ¿Qué se te viene a la mente con esto?

— ¿Alguna referencia al girasol? — propuse.

— Es lo que yo creo — Edgar reprodujo el video número dos para ver como murió el anciano.

Muchas veces me pregunté la razón por la que McDonald grabó aquellos infames videos. He estado en dos posibles respuestas hasta el día de hoy, quizás los vendían a un público enfermo o solo lo hacían para revivir una y otra vez los bellos momentos que pasaron haciendo sufrir a otros. «Guardar recuerdos que jamás podrán ser olvidados.» La manía de documentar sus fechorías es espeluznante. Quizá los veían durante la cena mientras comían pollo asado, como todo fan de lo gore. «Cuando no se sabe que pensar y creer, la imaginación lleva a ideas absurdas que convertimos en certezas.»

En el video número dos, de corta duración, McDonald jamás soltó la cámara de su mano. Primera persona hasta el final. Fue grabado, ambos estuvimos de acuerdo, en la cantera debido a las similitudes con los otros dos videos, el de Jessica y Alice. El lente enfocó directamente al anciano, quien estaba sentado en el suelo apoyado contra el tronco de un árbol muerto y bebiendo vino como si nada le importase. Vociferó palabras ininteligibles cuando la luz de una linterna brilló sobre él, directo a su rostro. Brad le apuntó al anciano con un arma. El anciano pareció no inmutarse, miró de reojo el orificio del arma, una pistola, y bebió un largo trago de su botella de vino hasta acabarlo. Su última voluntad. No objetó ante la idea de que su vida iba a finalizar. McDonald presionó el gatillo y la bala perforó el corazón del desolado anciano. «Una muerte rápida, sin sufrimiento.»

Fue un video insípido a comparación de los otros. «Me sentí confundido al no saber si ello me decepcionó o si fue un gran alivio.»

— ¿Lo viste? — preguntó Edgar.

— ¿Ver qué?

— La marca del tronco, un pentagrama invertido.

Edgar volvió a reproducir el video desde el inicio.

— ¿Por qué hay un pentagrama invertido? — pregunté cuando me percaté de la marca roja junto a la cabeza del anciano —. ¿Se tratará de algún ritual o algo por el estilo?

— No puedo responder a tu pregunta, no tengo la menor idea de que se trata. Solo sé que si buscamos esa marca encontraremos el lugar donde grabaron los videos.

— ¿Aún insistes con querer ir a ese lugar?

Edgar asintió.

— Correcto — contestó —. Es mejor que no hacer nada.

Con eso último comencé a sospechar que Edgar hacía lo que hacía con el fin de evitar el tan reprochable aburrimiento. Darle emoción a su vida.

— ¿Y si se trata de un algún ritual satánico? Quizá eso explica el porqué de sus malévolas acciones.

— Cuando hallemos el lugar encontraremos una respuesta a esa pregunta. Yo creo que se trata de una marca cualquiera, insignificante.

Las palabras en plural me horrorizaban: hallemos, hagamos, nosotros, tenemos. «Estoy encadenado en esto con Edgar, ¡puta mierda!», me decía cuando las oía. «Soy cómplice de mi propio encadenamiento.»

— «Descansar bajo la flor» — susurró Edgar una y otra vez.

— ¿Alguna hipótesis sobre eso? — pregunté.

Edgar dio un gran bostezo, bostezo que fue contagioso.

— Estoy muy cansado para lograr, intentar, pensar en algo con sentido. ¿Te parece bien si nos vamos y continuamos esta conversación en otro momento?

Estaba desesperado por volver a mi cama.

— Ya no doy más del sueño que tengo — contesté.

«¡Que día tan productivo!», fui sarcástico, aunque en el peor de los sentidos lo fue.

Dejamos la oficina como estaba antes de nuestra inesperada visita.

Salimos para volver al gran salón y vislumbrar la gran cruz de Jesucristo.

— Oye, ahora que recuerdo debo pagar una apuesta que hicimos — espeto Edgar, sonriente.

— ¿Qué apuesta? — creí que se lo estaba inventando.

— No recuerdo sobre que fue la apuesta, pero si recuerdo que si yo perdía debía orinar en la fuente del agua bendita. Y perdí, por lo que debo cumplir.

«Claro, la apuesta en donde Edgar insinuó que tenía intenciones de quedarse con el bolso.» Aunque no perdió.

— ¿De veras orinarás en el agua bendita? — me entusiasmé ante la idea de que lo haría. Me pareció una idea divertida.

— ¿Y por qué no? — dicho esto corrió hacia la fuente que se encontraba junto a las grandes puertas de la entrada principal, ubicación estratégica para que cada fiel al ingresar pueda untar sus dedos y persignarse.

Buscó una silla, la puso junto a la fuente, la cual estaba a no más del metro cincuenta sobre el suelo, y bajó sus pantalones en la parte de adelante. Vi su miembro y casi lloré de risa. Edgar también se tentó de risa. Comenzó a orinar. Su risa y descontrol fue tal que perdió el equilibrio sobre la silla y cayó de espaldas al suelo.

Mi risa fue estrepitosa, me quedé sin aire y me tumbé al suelo para intentar calmarme. Fue imposible, claro está.

Edgar, en cambio, se empapó la ropa con su propia orina. «Imposible no reírse de ello.»

— ¡Justicia Divina! — exclamé mientras unas lágrimas salían de mis ojos. «Llorar de risa en refrescante.»

— Dios me ha castigado — dijo Edgar. Comenzó a reírse de nuevo, esta vez por su desgracia.

— No tengo duda sobre ello — me puse de pie para ir a ayudar a Edgar a levantarse.

El monaguillo se subió los pantalones desde el suelo. Al acercarme le tendí la mano y este la cogió. Me arrepentí de mi hospitalidad al sentir la mano húmeda de Edgar, toda orinada.

— ¡Monaguillo hijo de puta! — enfurecí.

Edgar solo reía.

Salí de la iglesia para subirme a mi bicicleta e ir a mi casa de una vez por todas. Ya estaba harto de Edgar.

Mientras me marchaba, Edgar corrió detrás mío y se disculpó.

— No te enojas Jack. Fue solo una broma, no te lo tomes tan a pecho.

— Si, como digas.

Me subí a la bicicleta y anduve unos metros. El monaguillo me alcanzó colocándose paralelo a mi posición luego de cerrar la puerta por donde ingresamos con llave. Lo miré como si este fuera un perro callejero que me seguía sin mi aprobación y vi que sus dientes chocaban una y otra vez.

— ¿Tienes frío? — le pregunté.

Titiritaba con vehemencia.

— Estoy empapado en mi propia orina, claro que tengo frío.

Claro, como olvidarlo.

— Oye, Jacky.

— ¿Qué quieres?

— ¿Puedo quedarme a dormir en tu casa? La mía queda lejos y hace mucho frío.

— Como quieras — contesté.

«Después de todo iba a insistir para que le dejase dormir en mi casa, solo apresuré el resultado.»

Al llegar a casa fuimos hasta la ventana de mi habitación para poder ingresar. La ventana estaba abierta. No supe si olvidé cerrarla o si la cerré mal. La temperatura de la noche oscilaba los 0°, temperatura que adoptó mi habitación.

— Creo que hace más frío aquí adentro que afuera — comentó Edgar cuando entramos.

Cerré la ventana, me abracé a mí mismo y salté varias veces para intentar ganar un poco de calor corporal. Tuve éxito. Edgar hizo lo mismo. Luego, Edgar, sacó de su mochila una muda de ropa, su pijama. Se sacó la ropa empapada con su propia orina — sin duda debió de estar congelándose —, se desnudó por completo y se colocó el pijama.

— Pareces salido de la cárcel — dije. Era un pijama con rallas verticales, negras y blancas.

Saqué un colchón viejo que estaba debajo de mi cama.

— Tenías todo planeado, ¿no?

— Tienes que ser más claro cuando hablas, Jacky.

— Desde un principio tenías planeado quedarte a dormir aquí — insinué.

La sonrisa que Edgar gesticuló fue suficiente para saber que mi insinuación fue certera.

En un rincón de mi habitación había un par de cajas con ropa vieja y algunas prendas para la cama. Saqué cuatro frazadas y se las arrojé a Edgar. No llegaron muy lejos porque todas juntas eran muy pesadas.

— Debes hacer un poco de ejercicio, debilucho — se burló.

— Listo, ya tienes todo lo que necesitas para dormir. ¿O acaso esperas a que yo te arme la cama? Monaguillo puto.

— Vaya boca tienes, debilucho. No te preocupes por mí, puedo arreglármelas por mi cuenta. Acuéstate, descansa. Duerme en paz.

— La paz la perdí desde el día en que te conocí — hice un comentario tan cursi, melodramático, que me avergonzó.

Edgar decidió, por su bien, no hacer ningún comentario al respecto.

— ¿Tienes una almohada de más?

Le arrojé la almohada con todas mis fuerzas y le di justo en el rostro.

— Buen tiro.

Me saqué solo las zapatillas y la ropa de abrigo para dormir. Vi como el monaguillo armó la cama y se tapó hasta la frente con las frazadas. «Tenía mucho frío.»

— Buenas noches, debilucho — dijo antes de cerrar los ojos.

«Un día para el olvido, o para el tormento.» Un día agitado, espeluznante. Por poco no me explota la cabeza.

El sol dio justo en mi quijada.

Pude dormir. Mi mente no tuvo energías para atormentarme en los sueños. Libre sea el mal. Al despertar me quedé, no sé por cuanto tiempo, mirando el techo, observando las manchas negras de las tablas. Una mancha negra, la cual me sorprendió, era muy semejante a un rostro humano. Abrí tanto la boca al bostezar que creí que mi mandíbula iba a romperse. «No es pecado exagerar.» Volteé hacia la ventana y vi el colchón con las sábanas desparramadas, el ser que durmió allí desapareció. Me olvidé por completo de Edgar. No saber si Edgar se fue a su casa o si merodeaba por la mía como un alma en pena me despabiló por completo, me revivió.

Sali de mi cama en un santiamén. Corrí hasta la sala principal y vi al monaguillo sentado en la mesa tomando café, acompañado por mi madre.

«Era sábado, día en que mi madre no iba a trabajar, al igual que los domingos. Perdí la noción del tiempo.»

Mi madre me miró y fui capaz de descifrar lo que sus ojos ocultaban: «Me debes una explicación.»

— ¡Jack! — exclamó Edgar —. Ya era hora de que te despertaras. Ven, siéntate a desayunar.

Me acerqué despacio a la mesa, receloso, y me senté junto a mi madre.

— Tu amigo me ha dicho que lo invitaste a dormir — supuse que mi madre no iba a juzgarme en presencia de Edgar —. ¿Por qué no me lo consultaste primero?

— Tú no quieres que me junte con Edgar — fui sincero —. De haberlo preguntado hubieras dicho que no.

Puse en aprietos a mi madre.

— ¿Acaso crees que te mandas solo? — preguntó con el tono autoritario, característico de las madres que intentan poner en su lugar a sus hijos desobedientes.

No respondí.

Ella no quiso ponerme en vergüenza frente a Edgar, por lo que terminó diciendo: — La próxima vez que quieras invitar a alguien a dormir me avisas.

— Si, perdóname.

Edgar quería reír a carcajadas, de eso no hay dudas.

— Creí que te habías ido — le dije.

— Eso estaba por hacer, pero me encontré con tu querida mamá y me invitó a desayunar.

Me sirvieron una taza de leche con chocolate.

— Gracias por el café, señora Bennett — se levantó de la mesa y estiró su cuerpo —. Debo irme a mi casa.

Edgar buscó sus cosas. Cuando estaba por salir le preguntó a mi madre: — ¿Mañana los veré en la iglesia?

— Yo voy a ir — le respondió.

— ¿Piensas ir, Jacky?

— No tengo idea, lo pensaré mañana — contesté dando sorbos a mi chocolatada.

Se marchó.

Creí que mi madre iba retarme o algo por haber invitado a Edgar a sus espaldas, pero no lo hizo. Ella era consciente de que Edgar podría estar perturbado, traumatado, al igual que yo. Ella comenzó a creer que Edgar debía estar a mi lado para que juntos afrontemos la tierna desgracia que vivimos un sábado por la noche, cuando todo debía ser solo risa y despreocupación.

El sábado transcurrió con eventos irrelevantes, insignificantes. Me sorprendió con creces el no haber tenido pesadilla que me quitara el sueño. «Las imágenes estaban siendo procesadas en mi cabeza con lentitud.»

El día domingo no tardó en llegar.

— Jack, despierta — mi madre me despertó con unas palmadas en el rostro —. ¿Me acompañaras a la iglesia?

Un domingo de resiliencia para los fieles, para los desesperados.

La verdad es que no quería saber nada con la iglesia y las patrañas con las que tratan, pero decidí ir solo por Edgar. Teníamos ciertos asuntos para tratar.

— Si, iré — contesté.

— Bueno, entonces apurate o llegaremos tarde.

Me retorcí en la cama y me levanté. Fui al baño, me di una ducha y me vestí con ropa adecuada a la situación.

— Si que eres un Hitler en miniatura, solo te falta el bigote — dijo Astrid, quien estaba desayunando.

Me vestí con mi traje color negro. «Haciendo juego con la tristeza de la mayoría de los fieles.» Les confieso que a veces solía peinarme como Adolf Hitler para hacer reír a mi hermana, y también porque me parecía un peinado increíble y refinado.

— Hail Hitler — hice el saludo Nazi y adopté el acento de la comunidad alemana.

Astrid pierde el control en su risa cada vez que lo hago.

— ¡Jack! — mi madre detestaba que hiciera homenaje al responsable del mayor genocidio del siglo XX.

— Solo estoy bromeando — aún no era del todo consciente de todo el daño que los antisemitas hicieron al mundo, y que ello dejó severas cicatrices en la historia, cicatrices que aun al tocarlas sangran.

— Ya sabes que no me gustan ese tipo de bromas.

— Perdón.

Astrid tenía los labios escondidos, intentando no reírse.

Me senté en la mesa.

— ¿Tú también iras a la iglesia? — pregunté a Astrid.

— Por algo me puse este vestido — era un vestido negro con puntos rojos, muy bonito.

— ¿Has ido antes a una iglesia?

Astrid miró a mi madre, quien desvió la mirada. Sus ojos entristecieron, se perdieron en bastos recuerdos que se supone debe alegrarnos, pero que solo nos atormentan día y noche y jamás nos dejan en paz.

— Si, hace varios años. Fuimos después de la muerte de nuestro padre, tú eras un bebé.

Astrid también entristeció. Jamás conocí a mi padre, no se puede extrañar a un desconocido, y me frustré por no saber cómo se sentían mi madre y mi hermana por su triste deceso.

— Debemos irnos ahora o llegaremos tarde — dijo mi madre, interrumpiendo aquel triste e incómodo momento.

Esta vez, antes de salir, decidí quitarme el saco para evitar el arduo calor de la vuelta. Se que no tiene mucho sentido, podría haberlo llevado y a la vuelta solo tenía que sacármelo y llevarlo en la mano. En las personas testarudas las opciones son limitadas y sonsas.

«Y aquí vamos de nuevo, directo al lugar más aburrido del mundo.»

Llegamos.

Mi madre nos llevaba de la mano, uno a cada lado. «Bellos momentos.»

De nuevo las viejitas se nos acercaron para saludarnos y darnos sus bendiciones. Puse mala cara, cara de culo, para que no se atrevan a pellizcarme los cachetes. No saludé a nadie. Mi furtiva mirada tuvo el mismo efecto que tienen los químicos usados para fumigar y espantar o matar a insectos o animales indeseados. «Es fácil espantar a los corderos, al rebaño.», me dije con orgullo.

Al entrar vi a una señora untar los dedos en la fuente del agua bendita y persignarse, luego de tal ritual se olió los dedos y su rostro se arrugó del asco que sintió. Nadie se percató de la orina en la fuente. ¿Acaso no revisaron? Sin duda no lo hicieron, solo vieron que estaba llena y así lo dejaron. La fuente era dorada y el característico tinte de la orina no se podía distinguir con facilidad, el trasfondo funcionó como camuflaje. «Al parecer Edgar orinó dentro de la fuente más de lo que creí.»

Vi a otras personas, ancianos con bastones y mujeres cuarentonas con vestidos ajustados, gesticulando asco al oler sus dedos luego de untarlos en la fuente. Y me pareció increíble que nadie hiciera comentario alguno. «Esta maldita agua está hedionda.», hubiera gritado de haber estado en el lugar de estas personas.

Para mi buena fortuna mi madre no solía seguir aquel ritual. Ella y Astrid no iban a impregnarse el rostro con gotas de orina. Caso contrario hubiese ideado un plan maestro para evitar que lo hicieran.

Me causó tanta gracia que no pude evitar reírme.

— ¿De qué te ríes? — preguntó Astrid.

— De nada importante — contesté. Pude contener la risa para no llamar tanto la atención —. Recordé un episodio de South Park, cuando todos salen corriendo de la iglesia para ver una pelea de inválidos. — tuve que ser convincente con mi explicación, ya que Astrid tiende a ser muy curiosa y, sobre todo, tediosa preguntando una y otra vez la razón del porqué de algo. «Debía sacarme la curiosidad de Astrid de encima.»

— No comprendo cómo es posible que te diviertas con esa animación. Es obsceno, depravado, y su humor es brutalmente ofensivo.

— Tú no comprendes la sátira hacia las problemáticas reales, Astrid.

La verdad es que yo tampoco los entendía, solo disfrutaba escuchar los insultos y las situaciones surrealistas, y divertidas, a las que someten a sus personajes.

— Silencio, la misa está por empezar — irrumpió mi madre.

Nos sentamos en la cuarta fila del ala izquierda. Astrid se posicionó a la izquierda de mi madre y yo a la derecha, y así crear una barrera para que no nos molestemos el uno con el otro.

Bufé al ver a todos los corderos bajar la cabeza y someterse a la voluntad de un ser inexistente.

Me estaba arrepintiendo de haber asistido al culto de los desesperados, hasta que apareció Edgar, el monaguillo, vestido como infante del Klu Klux Klam. Eran cinco monaguillos. Tuve que poner una mano en mi boca para no reír. Edgar me vio y se avergonzó. El monaguillo evadió mi burlesca mirada hasta que bajó del altar haciendo ademán para que nos encontremos afuera de la iglesia. «Ya era hora.», me dije. El tiempo pasaba cada vez más lento, estuve por dormirme sentado debido al atroz aburrimiento que logró apoderarse de mí.

— Estoy muy aburrido, saldré a tomar un poco de aire — susurré a mi madre.

— No te vayas a casa solo, esperame afuera — dijo.

«No creo que el chupacabras me vaya a comer.», pensé.

MI hogar no quedaba muy lejos, podría haber vuelto solo sin problema alguno. La tendencia sobreprotectora de cada madre tiende a ser incoherente en muchas ocasiones. «Hijo, no metas un tenedor en el interruptor; Hijo, no juegues con el encendedor, te puedes quemar; Hijo, no tires cuchillos a la puerta porque te puedes cortar; Hijo, sonríe, no puedo verte triste.»

Tan absurdo como suena.

Tuve una sensación de libertad cuando traspasé las grandes puertas y salí de la iglesia. «El cuerpo no resiste tanta insensatez en tan poco tiempo.»

Edgar estaba sentado en el mismo bando donde estuve con él la semana anterior. Levantó la mano e hizo ademán para que me acerque a él.

— ¿Eres racista? — pregunté.

— ¿Por qué lo preguntas?

— Por la vestimenta que llevas.

— Ah, ya entiendo — no le causó risa —. Lo comparas con los capirotes blancos del Klu Klux Klam.

Su mirada fue juiciosa.

— Perdona, no quise ofenderte — dije sorprendido por la postura de Edgar.

— Estoy bromeando, Jacky — sonrió de oreja a oreja —. ¿Tú eres racista, debilucho?

— No, no soy racista — respondí con tono chocante —. Y no vuelvas a decirme debilucho.

Solía perder los estribos con facilidad, quedó más que claro.

— Deberías ver la cara que pones cuando te enojas, es muy divertida.

— Debes aprender a cerrar la boca, monaguillo puto.

Un perro caminaba sereno no muy lejos de nosotros, era el mismo erro que Edgar golpeó con una roca la semana anterior, y mi primer impulso fue correr hacia el pobre animal y darle una patada justo en las costillas. El perro chilló y salió corriendo.

Edgar reía como si estuviera viendo una película de comedia.

— ¿Y eso de donde salió? — preguntó —. Estás loco, querido amigo, muy loco.

— No lo sé — respondí sin inmutarme —. Debía patear algo y lo lamento por el perro.

«La verdad de aquel hecho es que quise impresionar a Edgar, hacer lo mismo que él hizo, ¿Por qué? Me atrevo a responder que fue porque no quería que me viese como un simple debilucho.»

— ¿Has pensado que puede significar «descansar bajo la flor»? — pregunté.

— ¿Quieres hablar de eso ahora? — asentí —. No he pensado en ello, ni un poco. Como ya te he dicho, podremos pensar en algo cuando vayamos a la cantera y encontremos el lugar de los videos.

— Creo que se refiere a que los cuerpos están enterrados bajo una flor, quizá de un girasol — dije con vehemencia.

Edgar pareció sorprenderse.

— Tiene sentido, quizás estés en lo cierto — espetó —. Es una idea muy astuta, perspicaz. No eres tan tonto después de todo.

Me senté junto a Edgar. Ambos estábamos en la misma posición, inclinado y apoyando los codos en las rodillas, con las manos entrelazadas.

— ¿Cuándo piensas ir? — pregunté refiriéndome a la cantera.

— ¿Cuándo quieres ir?

— Nunca.

— ¿Qué te parece si vamos el próximo domingo? Después de la iglesia, claro.

— Y así terminamos con esto de una vez por todas — fue otra forma de decir que estoy de acuerdo con el día propuesto.

Me puse de pie y me senté en el suelo, frente al monaguillo.

— ¿Cómo te sientes después de haber matado a dos personas? — debido a la curiosidad no pude abstenerme.

Edgar levantó las cejas ante tal inesperada pregunta, e incómoda. Bufó como un caballo a punto de correr en el hipódromo.

— Estoy en una encrucijada — contestó —. Me siento bien porque fueron dos sucios malvivientes, pero a la vez me siento culpable por haber roto la ley de la moral, la ética humana. En otras palabras «jugué a ser dios».

— ¿Crees en dios?

— No, no creo que exista un ser supremo todopoderoso que todo lo sabe y que todo lo ve. Según mi padre «dios» no es más que un estilo de vida, una creación filosófica para el bien de la humanidad.

— Explicate — tenía toda mi atención.

Aclaró la garganta.

— Me refiero a que las personas, la gran mayoría, necesitan creer en algo para sentir que sus vidas tienen sentido. No todos tienen la fortuna de encontrar su propósito, la gran mayoría vaga sin saber qué camino tomar, se pierden en la desgracia y el miedo. Necesitan creer que son parte de algo para sentir que valen algo. La fe, según mi padre, es aferrarse a una fuerza invisible que jamás nos hará bajar los brazos, es creer en nosotros mismos de forma incondicional, inquebrantable. Por eso es que tu madre comenzó a venir a la iglesia, porque necesita creer que todo estará bien.

— ¿Eso dijo tu padre?

— No tan así, él lo explica mucho mejor.

— Dios no es más que una malévola mentira. Y supongo que no es necesario mencionar que a nombre de «dios» fueron sacrificadas centenares de miles de vidas, y todo por imponer tal creencia en los pueblos que ya tenían las suyas.

— Todo el mundo sabe eso y sin embargo deciden seguir creyendo.

— Están cegados — comenté.

— Te diré un secreto, y si se lo cuentas a alguien sufrirás las consecuencias — dijo el monaguillo —. Mi padre no cree en dios.

— ¿Entonces por qué es sacerdote? No me digas que lo hace solo por dinero porque soy capaz de arrojarle una piedra directo a la cabeza.

«Lucrar a través de la mentira y a costa de la incredulidad.»

— Lo hace porque le gusta ayudar a las personas. Tú no lo ves, pero ayuda a familias que no tienen para comer, les consigue ropa a los más pobres, entre otras actividades benéficas. Él es feliz haciendo lo que hace, y las personas lo quieren por como los ayuda, no veo razón para juzgarlo.

No fue tan malo como creí que sería.

— ¿De verdad tienes ganas de discutir sobre dios y su infame historia repleta de tragedias? — preguntó arrugando la nariz, dando a conocer su amargura.

— Creo que no — respondí.

— ¿Y tú crees en dios? — pregunto Edgar siendo un cínico.

— Si, claro que creo. No por nada he venido a la iglesia — fui sarcástico, claro está.

Reímos luego de tan breve conversación sobre un tema tan frágil y delicado como lo es todo lo que forma parte de la religión católica.

Mientras hablábamos sandeces, otro niño vestido de monaguillo se acercó a nosotros mientras jugaba con su yo-yo color rojo.

— Hola — dijo —. ¿De que hablan?

Era un niño entusiasta, amigable, extrovertido y muy, pero muy, molesto.

— ¿Qué quieres? — preguntó Edgar enojado.

El niño estaba entusiasmado jugando con su yo-yo.

— He venido a conversar con ustedes.

— No queremos conversar contigo — replicó Edgar.

Al ver lo mucho que le molestaba, a Edgar, la presencia de aquel niño, aproveché el momento para molestarlo.

— Hola, soy Jack — tendí mi mano.

— ¡Andrés Ponce! — se presentó dando grito. «Vaya entusiasmo.»

«Por fin un nombre en español.»

— ¿Eres amigo de Edgar? — preguntó Andrés mientras seguía tendiéndome la mano.

Andrés era un niño rubio, pálido y de ojos celestes. Su voz era irritante, casi chillona. De altura era igual a mí, quizá unos centímetros menos. Tenía 6 años, al igual que yo.

— Por algo está conmigo, estúpido — contestó Edgar en mi lugar.

— ¿Les gusta mi nuevo yo-yo? — Andrés era un maestro en el arte de ignorar los malos tratos.

— Es una mierda, ya largate de aquí — sin duda odiaba a Andrés.

— ¿Sabes hacer el columpio? — pregunté.

Andrés intentó hacerlo, pero el cordón se enredó entre sus dedos.

— Tengo que practicarlo. Mi psicólogo sabe hacerlo, dijo que me enseñaría cuando logre tener más control sobre el yo-yo. Tenía otro mejor que este, pero lo perdí. ¿Te gusta el yo-yo?

— Nunca tuve uno — contesté.

— ¿De veras? — puso su yo-yo en la mano y lo extendió —. Toma el mío entonces, te lo regalo.

Andrés me pareció una persona agradable y demasiado amable.

— No, no puedo aceptarlo — me rehusé a tan benevolente gesto.

— Descuida, me comprarán otro.

No me gustan que me insistan demasiado, y Andrés parecía que no iba a detenerse hasta que viera el yo-yo en mis manos.

— Muy amable de tu parte — dije al tomar el yo-yo, me ruboricé debido a la incomodidad que sentí. «El último obsequio que tuve fue un bolso con pruebas de crímenes reales.», quise hacer tal comentario, pero me abstuve por el bien común.

— Solo te advierto que no juegues mucho porque se meterá en tu cabeza y no serás capaz de soltarlo — bromeó. «O no lo hizo.»

Me alegré luego de oír eso. Mi cabeza necesitaba algunas distracciones para disipar las terribles imágenes que no tardaron en atormentarme. Recibir el yo-yo fue como recibir una aspirina para el dolor de cabeza.

— Es junto lo que necesitaba, gracias — cerré el puño y lo extendí para que Andrés lo chocara con el suyo.

Edgar estaba hastiado de Andrés.

— Listo, ya puedes irte — Edgar quería deshacerse de mi nuevo amigo de inmediato, no soportaba su presencia.

— ¿Por qué siempre estás de mal humor? — preguntó Andrés a Edgar.

La mirada de desdén de Edgar hacia su compañero vestido con túnica blanca fue intensa, llena de odio.

— Si no te vas a la cuenta de cinco (segundos) te golpearé.

Yo estaba en medio con la boca cerrada siendo un espectador de una incipiente pelea.

— Deja de estar amargado y diviértete de una vez, tonto —replicó Andrés, quien ya me había caído demasiado bien.

— ¿A quién le has llamado tonto? — Edgar se puso de pie y, cerrando los puños, se acercó despacio a Andrés con la intención de golpearlo.

— No veo a otro aparte de ti — Andrés no se inmutó. «Ese día demostró ser un niño valiente.»

Edgar lo empujó y Andrés cayó de espaldas al suelo. Tuve que interponerme para que Edgar no lo golpeará.

— ¡Eres un psicópata y un margado! — exclamó Andrés desde el suelo.

«¿Psicópata?» Al escuchar esa palabra comencé a ver a Edgar como tal, abrí los ojos ante la realidad que no pude, o no quise, ver. Mi miedo hacia Edgar nació el día que conocí a Andrés, quien sin saberlo me hizo ver a Edgar por lo que es, un loco de remate.

El ganado comenzó a abandonar el establo. «Es claro que me refiero a las personas saliendo de la iglesia.»

Ningún niño se atreve a pelear con otro en presencia de adultos.

Ayudé a Andrés a ponerse de pie

— Gracias Jack — se sacudió la túnica blanca —. Fue un gusto conocerte, espero volver a verte.

— Si, deberíamos juntarnos a jugar un día de estos — si nos encontramos con personas agradables debemos intentar que sean parte de nuestro circulo social.

— Me parece una buena idea — se entusiasmó —. Tengo que irme, mi madre me está esperando.

Se fue sin preguntar cuando podríamos juntarnos, o donde era mi casa para que pudiera visitarme. Me pareció tonto que se largara así sin más. Era probable, y muy, que no lo volviese a ver.

— ¿Por qué te provoca tanto fastidio la presencia de Andrés? Para mí es muy agradable — pregunté al monaguillo.

— Es un ser odioso — contestó con desdén, irritado.

Su rostro furioso logró ruborizarme, no obstante, ya estaba acostumbrado a él, por lo que pude reprimir el incipiente miedo que comenzaba a fluir por mi sistema nervioso.

Vi a mi madre y a Astrid salir de la iglesia.

— Bueno, tengo de irme — dije —. ¿Irás a mi casa un día de estos?

— Es muy probable que lo haga.

Me alejé de Edgar sin antes despedirme, solo volteé una vez y este tenía los ojos clavados en mí, como si quisiera controlarme con algún de poder mental. Era una

mirada intensa y perturbadora, llena de odio. Quizá fue solo una ilusión. «Algún día te mataré monaguillo hijo de puta.», quise gritarlo para que Edgar me escuchara, pero no fui capaz de hacerlo. Lo único que hizo el monaguillo fue levantar su mano para despedirse. Yo hice lo mismo.

«Sálvese quien pueda.»

Me alegré ver a mi madre conversar con la madre de mi nuevo amigo, Andrés. «Linda casualidad.»

— Él es mi otro hijo, Jack — me presentó mi madre.

— Hola — saludé.

— Hola, Jack — dijo la señora —. Eres muy lindo.

Me avergoncé.

— Le regalé mi yo-yo — espetó Andrés emocionado, señalándome con el dedo.

Saqué el yo-yo del bolsillo del pantalón para mostrárselo a mi madre y a Astrid.

— ¿Ya se conocen? — la madre de Andrés pareció alegrarse y sorprenderse.

— Si, desde hace un ratito — contestó Andrés —. Y me ha dicho que le gustaría que nos juntemos a jugar.

— Pero que estupenda idea — puso sus manos en su pecho. De tal palo tal astilla, la madre exageraba sus sentimientos al igual que Andrés.

Mi madre nunca fue de reír mucho, y ante la euforia no pudo evitar hacerlo.

— ¿Puedo invitarlo a casa? — pregunté a mi madre.

— Pero por supuesto, cuando quieras — contestó.

— Bueno, querida — dijo María —. Debo irme. Ha sido un gusto verte. — sus ojos azules se clavaron en mí —. Jack, eres bienvenido en nuestra casa. Avisale a tu madre para que me llame si quieres ir a casa o si quieres que lleve a mi hijo a la tuya.

Asentí. «Por fin tengo un amigo normal.» Queda claro que lo comparé con Edgar.

El día pasó con normalidad, sin hecho relevantes. Lo único interesante que hice fue encerrarme en el coche de mi madre y disfrutar de la música Tango. Escuché canciones hermosas por primera y última vez. No había nadie en la estación que dijera quien era el cantante y el nombre de la canción. «Se te nota en los ojos corazón, que me estás mintiendo.», estuve todo el día repitiendo una y otra vez con la melodía de la canción a la que pertenece. Durante la cena Astrid dijo una mentira y aproveché el momento para cantar la parte de la frase que no podía quitarme de la cabeza. Mi madre se echó a reír, creo que conocía la canción y no se me cruzó por el foco de las ideas preguntarle quien era el autor.

Antes de dormir jugué con mi nuevo yo-yo. Al principio fue difícil hacer que la cuerda volviera a enrollarse; solo fue cuestión de hacer una pequeña fuerza hacia arriba para invertir la inercia del movimiento. Logró meterse en mi cabeza, como advirtió Andrés, y me alegré de que así fuera, logró mantener la mente ocupada y así no darles tiempo a las fluctuaciones tormentosas. Jugué un largo rato con el yo-yo hasta que me dio sueño.

Me acosté y me tapé con las frazadas hasta los ojos. Me acomodé hasta encontrar la posición perfecta. Estuve por dormirme y mi vejiga me traicionó. «Olvidé ir al baño antes de acostarme, menudo pecado.» Tuve que abandonar la cómoda posición que encontré, también la calidez que me brindaban las frazadas. Hice berrinche por ello, claro está.

Hice lo que tenía que hacer y volví a la cama. Me acomodé y logré dormirme sin dificultad alguna.

Las horas pasaron, no sé cuántas, y escuché golpes en la ventana. «Toc - toc.»

Los golpes, por la sonoridad aguda de los mismos, parecían ser provocados por un objeto de metal o con la arista de una roca. Levanté la cabeza y me concentré en oír el sonido. Nada rasgó la capa de silencio. Volví a taparme hasta los ojos para intentar dormirme de nuevo y escuché, esta vez con mayor claridad, los golpes en el vidrio de la ventana. Me quedó en claro que no eran ruidos pertenecientes a mi imaginación. Sin duda alguien estaba afuera intentando llamar mi atención. «Edgar.», ¿Quién más podría ser?

Salí de la cama y fui hasta la ventana.

— ¿Qué quieres? — pregunté a Edgar. Me fastidié con el monaguillo por haber interrumpido mi sueño.

— He venido a visitarte, Jacky— su voz era más siniestra de lo normal, sus ojeras eran oscuras.

— Es muy tarde para hacer visitas — espeté.

— Solo un poco.

Abrí la ventana para dejarlo pasar. Una brisa de aire cálido ingresó del exterior, ello me dejó anonadado. Según los profesionales del clima la temperatura estipulada para aquella noche era de 5°.

— ¿Me convidarías un vaso de agua? — agregó.

— Un vaso de agua no se le niega a nadie.

— Muy cierto, Jacky, muy cierto — las pupilas de sus ojos eran tenebrosas, parecían ojos de un muerto.

— Ahora vuelvo, quedate aquí — dije.

— Y eso es lo que deseas, lo haré — sus palabras fueron un tanto burlescas, como si solo dijese lo que yo quería oír.

Salí y cerré la puerta con delicadeza. Fui hasta la cocina, agarré un vaso y lo llené con agua de canilla. Si bien en la heladera había agua mineral, no quise desperdiciarla en Edgar. «Fui egoísta.» No tardé más de 3 minutos. Llené el vaso a tope y tuve que beber un poco, logrando así un mayor equilibrio para evitar derrames.

— ¿Qué mierda? — me pregunté con voz queda.

La puerta de mi cuarto estaba abierta. Corrí hasta mi habitación y Edgar había desaparecido, estaba, sin duda alguna, merodeando por el interior de mi casa.

«¿Dónde te has metido, monaguillo infeliz?», pensé. Rompió la única regla que le impuse.

La casa no era grande, por lo que encontrarlo no sería todo un calvario. Salí hasta la sala principal — les recuerdo que la cocina, comedor y sala de estar comparten la misma habitación, la cual es lo suficientemente grande como para no sentirse abrumado —, encendí la luz y no vi nadie, solo a una araña que caminaba en el suelo no muy lejos de mi posición. Comencé a pensar que, quizá, Edgar se había marchado. Apagué la luz y me dispuse a volver a la cama. Al estar bajo el marco de la puerta de mi cuarto escuché un fuerte crujido, como si rasgasen un pedazo de tela. Me planté en mi posición y procuré respirar de forma queda para averiguar de dónde provenía aquel peculiar ruido. Se escuchó de nuevo, esta vez más fuerte. El ruido salió del cuarto de Astrid.

«¿Acaso Edgar está con Astrid?», me pregunté. «¿Qué diablos estarán haciendo?»

La puerta del cuarto de Astrid estaba entreabierta unos pocos milímetros. Apoyé el oído en ella y no escuché a nadie. Le di un empujón y la abrí por completo.

— ¿Qué haces en el cuarto de mi hermana? — susurré a Edgar, quien me daba la espalda.

Dio un giro, con lentitud, de 180° y me horroricé por lo que vi. Su ropa estaba manchada con grandes gotas de sangre. Su Rostro y manos no fueron la excepción. Empuñaba dos cuchillos carniceros, una en cada mano. Y vi lo peor, Astrid, o los restos de ella, estaba en el suelo sobre un gran charco de su propia sangre. Su cuello estaba abierto, y sangre burbujeante salía por esa apertura. Por los cortes que vi en el cuello me di cuenta que el objetivo principal era separar la cabeza del resto del cuerpo. Pude ver su garganta. Sus manos fueron mutiladas y fueron colocadas en su rostro, tapándole los ojos.

Solté el vaso de agua que tenía entre manos y cayó al suelo, rompiéndose en pedazos.

— ¿Qué necesitas, Jacky? — preguntó con normalidad, sonriendo.

De la impresión no fui capaz de decir palabra alguna.

— Estas muy callado, Jacky — comenzó a acercarse con lentitud hacia mí —. ¿Qué sucede, estas preocupado?

Quedé absorto en el cuerpo de Astrid, no pude mover ni un solo musculo.

No sé de dónde obtuve las fuerzas para correr hasta mi habitación y cerrar la puerta con brusquedad. Me apoyé a la puerta para que Edgar no fuese capaz de entrar.

— ¿Tienes miedo, Jacky? — preguntó a son de burla.

Mi respiración comenzó a agitarse de forma estrepitosa.

— ¿Por qué te encierras? — golpeó la puerta con las puntas de sus cuchillos —. No me tengas miedo, somos amigos y los amigos no se lastiman. Ven a diverte conmigo, trae una cámara.

Quise tragar saliva, pero mi boca se secó.

— ¿No quieres jugar conmigo? — guardó silencio por varios segundos, esperando una respuesta de mi parte, respuesta que jamás le llegó —. Si es lo que quieres, bien por ti.

Escuché el golpeteo de dos objetos de algún tipo de metal, cobre, quizá. En un principio creí que se trataba de los cuchillos, y cuando ya era demasiado tarde me percaté de que la sonoridad del golpeteo provenía entre el contacto de una llave y una cerradura. Me encerró en mi propia habitación. Ello logró tranquilizarme y me aparté de la puerta, dando un gran suspiro. «¿Por qué lo hizo?». «¿Qué demonios tiene en mente?» Esas fueron unas de las tantas preguntas que rondaron por mi cabeza.

Fui receloso de lo que creí que ocurrió. Puse mi mano en la perilla la giré y tiré hacia mí, hacia donde abre la puerta. Y si, en realidad estaba con llave.

«¿De dónde sacó esa llave?», mire hacia el mueble donde guardaba la ropa y uno de los cajones estaba abierto, cajón donde estaba la llave. «Hijo de puta.»

— ¿Tu madre está durmiendo? — preguntó Edgar.

— ¡No! — exclamé.

— Vaya, creí que te habías quedado mudo.

— ¡No lo hagas!

— ¿Hacer qué?

— No lastimes a mi madre.

Edgar comenzó a reír como un enfermo, entrecortando la risa con suspiros.

— No la lastimaré, solo jugaré un poco. Mis cuchillos sí que se divertirán con sus órganos. Es una lástima que no quieras jugar conmigo.

— ¡No te atrevas! — empecé a golpear la puerta y a accionar una y otra vez la perilla. Me desesperé intentando abrirla, y mi esfuerzo fue en vano.

— Ya es demasiado tarde, Jacky.

Comencé a patear la puerta, a darle golpes de puño, a tirar de la palanca. «No lo hagas.», grité con estrepito una y otra vez. «No, por favor, no lo hagas.»

— Jack, hijo, tranquilízate — escuché mientras movían mi cuerpo.

Exacto, fue solo un sueño para el olvido.

— Fue solo una pesadilla, ya pasó.

El sueño fue tan penetrante que, al ver a mi madre, sentada en la orilla de la cama, mi primera reacción fue abrazarla. Ella apretó mi cabeza contra su pecho y besó mi cabeza.

— Tranquilo, Jack — su voz era angelical —. Ya pasó, todo está bien.

— ¡Gracias por despertarme! — exclamé —. Tuve un sueño terrible. ¿Cómo supiste que estaba teniendo una pesadilla? Eres una bruja.

— Tus gritos me despertaron.

Escuché unos pasos que se acercaban.

— ¿Qué sucede? — preguntó Astrid.

— ¡Astrid! — cuanto me alegré de verla sana y salva.

Y esa terrible noche culminó en un cálido abrazo familiar, de los que no se olvidan jamás. De los que nunca vuelven a repetirse.

— Jack, despierta — susurró mi madre muy cerca de mi oído —. Tienes que ir al psicólogo.

«El puto psicólogo.»

Luego de la exorbitante y magistral pesadilla que tuve, como ya sabrán, decidí dormir con mi madre. Su presencia siempre logra disuadir la herejía de mis sueños. «Era mi atrapasueños que nunca fallaba con su cometido.»

— ¿Tengo que ir? — pregunté sin abrir los ojos y con la boca pegada a la almohada, dificultando el habla.

— Te seré sincera, hijo — acarició mi espalda —. No te obligaré a ir si no quieres, pero estoy segura que te ayudará a sobrellevar y superar la barbaridad, atrocidad, que te ha tocado vivir.

— ¿Y cómo un psicólogo ayudará a superar lo que sea que deba superar? — o los asesinatos y los videos que vi después de los acontecimientos en la feria. «Claro que no podía hacer comentario alguno sobre ello, no por el momento.»

— El psicólogo, James, no sé si lo recuerdas — asentí para hacerle saber que recordaba a James —, te escuchará y hablará contigo, te dará consejos, ayudará a que tus miedos disipen, desaparezcan. Puede ayudarte a que la paz en tu interior, en tus días, no sea solo un capricho inalcanzable.

— Pero puedo hablar contigo, ¿o no?

Me senté en la cama para ver a mi madre a los ojos.

— Claro que puedes, pero James podrá ayudarte mejor que yo, él estudió para ayudar a las personas.

— ¿Con estudiar es suficiente? Quizá me ayudaría mucho más hablar contigo que hacerlo con alguien que no conozco.

Mi madre parecía estar de acuerdo conmigo.

— Hijo, quiero que hoy vayas a ver a James. Si ves que no te gusta o crees que no te ayuda para nada no te obligaré a ir de nuevo, lo prometo.

— Iré solo porque tú quieres que lo haga — bostecé de forma exagerada, tanto que mis ojos lagrimearon —. Espero que James pueda ayudarme.

Mi madre entristeció al verme tan frágil, vulnerable.

— Si, espero que pueda hacerlo — dijo en voz baja.

— Anoche soñé que Astrid y tú eran asesinadas por... — estuve a punto de nombrar a Edgar —. Por algún loco de remate. —dije al fin.

— ¡Hijo! — exclamó sollozando, se horrorizó tanto que me dio un fuerte abrazo —. No pienses en eso, piensa en cosas bonitas. Por dios, que han hecho contigo, hijo mío. Espero que dios te ayude a superar los males que habitan en ti. ¡Que pesadilla tan terrible, dios mío!

«¿Y qué tiene que ver dios con todo esto?», quise preguntar. No era momento para perder el tiempo en sandeces.

Al estar listo para ir al psicólogo fui a buscar a mi madre a su habitación, estaba sentada a un lado de la cama leyendo la biblia.

— Ya estoy listo. — espeté.

Mi madre cerró el libro y se puso de pie sin decir nada.

Subimos al coche y lo primero que hice fue encender el estéreo para escuchar un poco de tango.

— ¿Te gusta el tango, hijo?

— Me encanta — contesté.

— Cuando crezcas un poco más te mandaré a la academia de baile para que aprendas a bailar tango.

— ¿Lo prometes? — me entusiasmé.

— Si, es una promesa.

Vaya satisfacción la que sentí. ¿Qué tanto debía crecer? Debí haber realizado tal pregunta en aquel momento, porque su promesa jamás se cumplió.

Una hermosa canción nos acompañó durante gran parte del trayecto hacia el consultorio de James. Fue un estilo novedoso para mí en aquel entonces. Mi madre siguió cada letra de la canción a la perfección, y también la melodía. Fue la primera vez que escuché cantar a mi madre, o al menos es lo que recuerdo, y fue hermoso. Sin duda tenía una voz capaz de embelesar cualquier oído.

— ¿Cómo se llama la canción? — pregunté cuando terminó.

— Samba para olvidar — me miró sonriente —. De Daniel Toro.

«¿Toro?», reí, me dio gracia que alguien tuviera por apellido el nombre de un animal. «Vaca; ternero; foca; tiburón; tiranosaurio rex; Cthulhu» En su momento fue gracioso pensar en ello.

— Me gustó muchísimo — dije.

— Hace tiempo que no la escucho, siempre me encantó.

— Eres muy buena cantando — comenté —. ¿Por qué no te dedicas a cantar? A la gente le gustaría escucharte.

— ¿De veras? Gracias por el cumplido, hijo.

Justo en ese momento estábamos a unos cuantos metros del lugar de trabajo de James, el psicólogo infantil. «El interrogador de infantes.»

— Es un placer, señorita. — mi personalidad refinada y de noble estirpe no tardó en aparecer.

— Deja de hablar así — cuando hablo de tal manera siempre le da risa, nunca falla.

— Debo practicar para cuando sea mayor, madre, ya que, sin duda alguna, estaré rodeado de personas que hablan de esta manera — dije.

— Si ese es tu sueño — estacionó el auto y apagó el motor —. No te detengas hasta que lo cumplas.

— No me detendré por nada en el mundo, lo prometo.

«Promesa que aun he de cumplir.»

Bajamos del coche e ingresamos al edificio, una casa de dos pisos con un gran cartel en la entrada: «Lic. James Harrington, Psicólogo infantil.» Título expícito para que no duden de su profesión.

— No sé si tenga muchas ganas de entrar — dije.

Temía a que James fuese capaz de desentrañar mis mayores secretos. Me inquietaba que la incipiente desesperación en mi interior me incitara a confesar mis secretos. No conocía las consecuencias de mis secretos. Podrían ser de gran ayuda o podrían meterme en serios problemas. «Problemas con Edgar, claro está, ya que unos mis secretos es haber presenciado un doble crimen cometido por mi buen amigo el monaguillo.» Si bien tarde o temprano recibirían las pruebas que tenemos, no podemos decir comentario alguno sobre ello antes de que suceda, caso contrario nos lloverían preguntas por doquier y nos consumirían hasta vernos en desgracia. El punto es que, hasta el día de hoy, eran temas frágiles y enrevesados de tratar. «Solo era un pobre infante.»

— ¿Por qué?

— No sé si tenga ganas de hablar con James.

— No tengas miedo —se agachó a mi altura—. Si te hace una pregunta difícil no la respondas, él lo entenderá. Solo será por una hora.

«Como si sesenta minutos fuese despreciable.»

— No tengo miedo — dije —. Solo no tengo ganas de hablar.

Cruzamos la puerta. La sala de espera era ordinaria, sin mucho que destacar salvo el contraste de color que creaban las paredes de color verdeazulado con las baldosas lisas color negro brillante. «Era una combinación excéntrica, novedosa.» Me senté mientras mi madre fue a hablar con la secretaria del psicólogo. Las sillas para los que esperan a ser atendidos eran acolchonadas, cómodas, no como las típicas sillas de plástico duro que hace transpirar el culo, y ello fue un detalle agradable. «La comodidad de los clientes es nuestra mayor prioridad.», imaginé un eslogan para el local. Frente a mi había una mesita con gran variedad de revistas. Cogí una, claro está. Cuando estaba a punto de sentarme y ponerme a leer la revista, la puerta principal se abrió.

«Me persigues a cada maldito lugar a donde voy, querido amigo.», me dije frustrado.

— Hola, Jacky — saludó Edgar.

Su padre fue a hablar con la secretaria y Edgar se sentó a mi lado.

Sin poder evitarlo recordé la pesadilla que tuve y me ruboricé, y se notó con claridad en mis gestos.

— ¿Qué te sucede? — preguntó Edgar —. Parece que hubieras visto un fantasma.

— Es problema mío, no tuyo — contesté molesto, dejando en claro que no me apetecía hablar.

— Al parecer no es tu día — carraspeó.

Le dediqué una mirada maliciosa para hacer que cierre la boca de una vez, antes de que me haga perder los estribos.

Edgar, para mi buena fortuna, guardó silencio ante mi negatividad. Es satisfactorio que nuestras demandas sean cumplimentadas. No tenía otra cosa para hacer y, tal cual como hice yo, fue hasta la mesita con revistas y agarró una.

La revista que agarré era de moda femenina, no supe de qué editorial ya que la tapa fue arrancada. Eran mujeres delgadas y, según las fotos, de prominente altura. Rostros perfectos, sin anomalías humanas; granos, manchas en la piel, arrugas, etc. Fue la primera vez que me topé con tan estrepitosa belleza. «No deben ser reales, deben ser muñecas.», pensé, anonadado por tal majestuosidad. La mayoría de las bellas mujeres que vi modelaban trajes de baños de todo tipo, algunas en lencería erótica. «Era solo un niño, por ende, no le di demasiada importancia a ello.»

— ¿Qué haces viendo mujeres en traje de baño? — preguntó Edgar, un tanto abochornado —. Tu madre de seguro te castigará.

— ¡Qué te importa! — contesté.

— ¿Qué te sucede, Jacky?

Lo ignoré y me ensimismé en la revista de modelos.

— ¿No quieres hablar?

— Si, por supuesto que tengo ganas de hablar — dije con sarcasmo.

Edgar levantó las cejas y blanqueó los ojos.

Mi madre terminó de hablar con la secretaria y sus pasos apuntaron hacia mi posición para sentarse junto a mí.

— Buenos días, Edgar — saludó mi madre con cariño.

— Buenos días para usted — contestó el monaguillo.

Al instante en el que se sentó a mi lado, vio mi revista, en la cual me ensimismé, gimió de sorpresa y me la arrebató de las manos, horrorizada. Sus ojos parecían que estaban por salirse de sus cuencas por como los abrió. Creo que estuvo unos diez segundos mirándome fijamente, pensando en qué demonios me diría.

— ¿Qué haces con esta revista? — tragó saliva.

Es obvio que yo no entendí el porqué de su bochorno. Les cuento que en el momento que me quitó la revista, yo veía a una mujer rubia de buen escote vestida con lencería de colegiala. «Lo supe cuando crecí, claro está.»

— Solo veo la moda femenina — contesté confundido —. ¿Por qué me lo quitas?

— No puedes ver este tipo de revistas, no es para un niño de tu edad.

— ¿Y qué tiene de malo? Solo es una revista de ropa.

«A veces extraño la inocencia infantil.»

No me dio explicación alguna. Sin duda no supo que decir, por lo que se limitó a dejar la revista en su lugar y guardar silencio.

— ¿No me vas a responder? — pregunté.

— No puedes ver ese tipo de revistas, ya te lo dije.

— Pero si no tiene nada malo, vi casi la mitad y no vi nada malo. Dejame terminar la revista — reclamé.

Mi madre decidió ignorarme, y ello me enfureció.

— Quieras o no — me puse de pie y caminé hasta la mesita —, terminaré de ver la revista.

Una puerta se abrió para salvar la tranquilidad del lugar, para calmar mi ira.

— Potter y Bennet — llamó James desde su despacho —. Me alegra verlos, pueden pasar.

«¿Pueden?» Claro, una sesión compartida con Edgar.

El despacho de James era bastante vistoso. Las paredes eran de color verde oscuro y las baldosas, con diseño de rosas, gris oscuro. Los cuadros colgados en las paredes variaban desde un caballo comiendo pasto a un león comiendo un ciervo. Mi favorito fue una pintura, hecha a mano, de la cordillera de los andes; montañas nevadas con el cielo azul inmaculado. Las cortinas blancas en los grandes ventanales tenían puntos amarillos. En una esquina había un mueble lleno de juguetes para niños; osos de peluches, muñecos de acción, barbies, títeres, navajas suizas, etc. En una de las paredes colgaba una pizarra verde, para tiza, con un dibujo de un corazón atravesado por una flecha. «¿James estará enamorado?» En otro rincón del cuarto había una mesa llena de hojas usadas, pintadas, con dibujos y garabatos. «¿Acaso nos pedirá que dibujemos algo?», me pregunté arrugando la nariz, detestando tal idea. A mitad del cuarto había un sillón de doble cuerpo blanco frente a un banco individual sin espaldar.

— Por favor — James aclaró la garganta —, tomen asiento así conversamos. — hizo ademán para que disfrutemos de la comodidad del sillón.

Lo hicimos.

— ¿Cómo han estado todos estos días? — preguntó —. ¿Bien? ¿Mal? ¿Regular?

No respondimos.

— ¿Edgar? — apuntó al monaguillo para que responda.

— Ni bien, ni mal — contestó sin hacer gesto alguno, con desgana —. Indiferente, esa es mi respuesta.

James asintió y levantó unas de sus cejas al oír la palabra «indiferente» como respuesta al estado de ánimo.

— ¿Jack?

No tuve otra alternativa más que responder.

— Ni bien, ni mal — repetí lo que Edgar dijo —. Perturbado, esa es mi respuesta.

Esta vez James asintió con algo de tristeza.

— Si, puedo comprender a que te refieres con estar «perturbado» — comentó —. Y por esa razón es que has venido hoy aquí, a mi despacho...

— Por cierto, es un despacho muy lindo, vistoso — dije.

— Gracias por notarlo, Jack —se sentó en el banco sin espaldar y continuó con el habla —. Ustedes han venido a recibir ayuda. Hablaremos sobre cómo se han sentido luego de la tragedia que les tocó vivir, que tanto les afectó, de esa manera yo podré ver, idear, como es que los puedo ayudar a superar lo que sea que les amargue la existencia.

Edgar y yo asentimos.

— ¿Empezamos?, ¿o prefieren que charlemos para entrar en confianza? — preguntó Edgar.

— Ya conversamos lo suficiente en la estación de policías, entramos en confianza cuando nos “interrogaron” — dijo Edgar, marcando con los dedos las comillas —. Por mi puede empezar con lo que sea que tenga preparado.

— ¿Jack? — la opinión de una parte no vale si la otra se opone.

Hice ademán haciendo alusión a que empiece a realizar su cometido, su primer acto, su labor.

— ¡Genial! — mostró un falso entusiasmo.

Su forma de actuar era forzada, intentaba ser lo más amistoso posible intentando congeniar con nosotros. Esta faceta de su personalidad lo hacía ver como un payaso insípido sin sentido del humor, como un político corrupto que finge benevolencia ante todo un pueblo cuando la insidia es lo único que habita en su mente. La persona que conocimos en la estación de policías era agradable, real, la cual brindaba seguridad y comodidad. Su falsa simpatía creó cierto rechazo por nuestra parte.

Bufé como caballo al ver que James se acercó a nosotros con hojas de papel y crayones, indignado por como empezamos con la sesión.

— Tomen — nos dio una hoja a cada uno, crayones, y una tabla para apoyar la hoja —. Quiero que dibujen lo primero que se les ocurra, lo que sea.

— ¿Seguro? — preguntó Edgar.

— Si — contestó —. Tienen cinco minutos para dibujar. — dicho esto juntó sus manos y salió de la habitación sin decir palabra alguna.

Edgar fue el primero en empezar a dibujar. Yo me quedé en blanco, no sabía que carajos dibujar. «¿Y si dejo la hoja en blanco?», pensé. Decidí, en un principio, dejar la hoja en blanco, total la consigna fue que debíamos dibujar lo que se nos viniera a la mente. «¿Por qué no has dibujado nada?», preguntaría James. «Fue lo que rondaba en mi mente, solo seguí la consigna.», le respondería intentando no reír por mi buen sentido del humor. Pasaron unos minutos y Edgar estaba ensimismado en su dibujo, por lo que decidí tirar por la borda lo que tenía planeado en un principio para comenzar a dibujar.

Apoyé la punta del lápiz en el papel y lo primero que se me vino a la cabeza fueron dos personajes míticos en la sociedad y en la historia: Adolf Hitler y Jesucristo.

— ¿Por qué esa sonrisa, Jacky? — preguntó Edgar.

— Ya lo sabrás.

— Estás loco.

— Solo un poco — dije.

Hice mi dibujo, no fue una maravilla, pero tampoco era una asquerosidad. Lo hice rápido y pude terminarlo a tiempo. No pude evitar reírme como un idiota cuando vislumbé lo que dibujé, a la vez sentí que traspasé la gran línea que marca los límites. Fui demasiado lejos y ya conocerán el porqué.

James entró a la habitación.

— ¿Terminaron? — preguntó con su falso entusiasmo, esta vez no lo exageró demasiado.

Edgar y yo asentimos al mismo tiempo.

— ¡Genial! — se sentó en el banco sin espaldar, con las piernas cruzadas—. Entonces, ¿el dibujo de quien vemos primero?

Edgar extendió su dibujo.

— ¿Qué significado tiene esto? — no fue capaz de interpretar el dibujo.

— Usted es el psicólogo, sé que es capaz de llegar a una conclusión.

James se tomó su tiempo, no fue mucho, para intentar comprender el mensaje que Edgar quiso transmitir.

— ¿Tristeza? — comenzó a jugar a las adivinanzas.

Edgar meneó la cabeza, negando la primera interpretación del dibujo por parte de James.

— ¿Miedo? — preguntó susurrando, como si estuviese en lo cierto, seguro de sí mismo.

— Ni cerca — contestó Edgar, sonriendo —. No es tan difícil, tiene un intento más.

Edgar estaba jugando con James, burlándose de él. Su sonrisa lo delató.

— Solo veo una triste tragedia — dijo James, horrorizado —. ¿Acaso piensas en querer suicidarte?

James intentaba comprender el dibujo y yo moría por ver el dibujo, la intriga, curiosidad, fue abismal.

— No, aún no he pensado en querer terminar con mi prospera vida — dijo Edgar. Su misterio es irritante.

— ¿Puedo ver el dibujo? — intervine.

James esperó a tener la aprobación de Edgar, quien asintió, para extenderme el dibujo.

El dibujo de Edgar fue triste, perturbador, trágico y hermoso. Con hermoso me refiero a su gran habilidad para dibujar. En el dibujo había dos personas. Una mujer con vestido corto estaba sentada en un banco, con las piernas cruzadas y las manos en su regazo, mirando a la nada, con un pájaro en su hombro derecho, y su rostro no tenía boca ni nariz. «¿No le alcanzó el tiempo para dibujar el rostro completo?», me pregunté. La otra persona era un hombre trajeado que estaba por sobre y detrás de la mujer, con una cuerda alrededor de su cuello, cuerda que estaba atada a la rama de un árbol. Era el dibujo de un hombre muerto, ahorcado. Por eso es que James le preguntó a Edgar si pensaba en suicidarse. Escruté el dibujo un par de minutos, haciendo muecas extrañas de confusión, y al unir todos los patrones pude deducir el mensaje de Edgar, solo fue cuestión de ver al muerto y el rostro de la mujer sin gesto alguno.

— ¿Indiferencia? — insinué.

— Has dado en el clavo correcto, Jacky. — Edgar pareció sorprenderse —. Te felicito.

El mensaje era claro, la mujer estaba en presencia de un hombre ahorcado, muerto, y su rostro no mostraba emociones. No estaba asustada, triste, feliz, perturbada. Era un rostro indiferente, vacío, de una persona que no se inmuta ante la buena dicha o la tragedia.

James se ruborizó de vergüenza por no haber sido capaz de interpretar el mensaje, por haber sido superado por un simple niño en la interpretación de un simple dibujo. En un dibujo se pueden encontrar variedad de interpretaciones, si James vio alguna en especial, más allá de nuestra comprensión, nunca lo supimos. Quizá se lo guardó para sí mismo, es probable que compartiera sus descubrimientos con nuestros padres, y decidió continuar como si nada relevante hubiera sucedido.

— Claro, es lo que has dicho en un principio — dijo James, decepcionado de sí mismo. «Los gestos también puede ser engañosos.»

— No se preocupe — Edgar sonreía satisfecho —. Puede probar con el dibujo de Jack., quizá pueda adivinar el “mensaje oculto”.

— Haré el intento.

Al darle mi dibujo no pude aguantarme la risa.

— ¿Qué has dibujado? — preguntó Edgar.

— Ya lo verás, y también reirás — contesté.

Creí que James se iba espantar por mi dibujo, indignar, pero para mi sorpresa empezó a reír.

— Esto, sin duda, es grotesco y ofensivo, una falta de respeto y consideración — dijo —. Por suerte soy una persona de mente abierta, y esto no me afecta para nada.

Me decepcioné, mi intención era insultar su ética y moral.

Mi dibujo no era la gran cosa, solo hice una caricatura de Hitler, el idealista del exterminio de los judíos, y Jesús, el rey judío, abrazados y besándose con pasión. «La pasión de cristo.» Un dibujo controversial y antipático.

— ¿Te gustan las personas de tu mismo género? — preguntó James.

— ¿Ah? — no comprendí a que se refería.

— Te pregunta si te gustan los hombres, si eres homosexual. — aclaró Edgar.

«Los católicos ven a la homosexualidad como una enfermedad, de seguro les encantaría ver mi dibujo y colgarlo en sus paredes.»

— No lo sé, soy solo un niño — me sentí orgulloso por mi respuesta, dejando en claro que, al igual que James, soy alguien de mente abierta —. No puedo responder esa pregunta.

— ¿Qué has querido decir con este dibujo? — preguntó James, escrutando cada uno de mis gestos con atención.

No hay mucho para decir, o sí. Quizás mi inconsciente me traicionó y hay verdades que en su momento no pude ver. James debe haber visto más de lo que pude ver e interpretar, el gesto en su rostro lo delató.

— Nada en especial — contesté sin ganas —. Solo me pareció una idea divertida.

— Vaya sentido del humor que tienes — espetó James —. Igual me gusta, libertad de expresión en su máximo esplendor. Me deja atónito, me es difícil de comprender que a un niño de tu edad le divierta este tipo de cosas, es muy fuerte.

— No todos los niños somos iguales — repliqué —. No todos estamos en el molde de la ignorancia y el desentendimiento, algunos somos, quizá, superiores, dotados.

— Soberbios — aclaró James —. Tú, Jack, eres soberbio.

— ¿Y eso es malo? — pregunté.

— Lo sería, pero no en este caso — dijo —. Aparte de soberbio eres un ser reprimido. Ocultas muchas cosas, y creo que son cosas terribles.

— ¿Reprimido? — quise comprender mejor la interpretación de James.

— Que eres un homosexual reprimido, eso es lo que quiere decir — contestó Edgar, interviniendo en la conversación.

Le dediqué una mirada de odio a James, no es que me afectara que insinuara que yo era un niño con tendencias homosexuales, las cuales brillarían cuando fuese un joven adulto, si no que su acusación fue repulsiva, insípida.

— No le hagas caso, no me refiero a eso — me dijo James.

— ¿Entonces?

— Lo que quiero decir es que tus secretos, lo que ocultas, te asustan tanto que temes enfrentarlo, por eso es que reprimes tu persona, no quieres que nadie comparta tu “dolor”.

— ¿Y cómo llegó a esa conclusión? — solo hice un dibujo de Hitler y Jesucristo dándose un beso, me fue imposible ver cómo es que James llegó a tal idea. «Sabe leer la mente.»

Los psicólogos son seres extraños. Por una simple línea, o garabato, pueden saber si una persona es esquizofrénica o un militante de izquierda, un inútil inadaptado. «No puedo describir u opinar nada sobre los psicólogos ya que no conozco la profesión, en que basan sus ideales y en como implementan sus conocimientos, soy completamente ajeno a tal rama de la ciencia, al estudio del comportamiento humano.»

— Por eso has evadido la consigna que he hecho — contestó James.

— Le ruego que sea más convincente con su respuesta — dije exasperado.

— ¿De verdad esto — encuadré el dibujo sobre su pecho — fue lo primero que llegó tu cabeza? — preguntó, evadiendo mi petición.

— Si. — respondí secamente.

— Tengo la intuición de que no tomas en serio mi trabajo, creo que has decidido hacer este dibujo porque creíste que me sería ofensivo. ¿Te divierte ofender a las personas?

— Si, un poco — contesté.

— ¿Y porque lo haces?

— Porque es divertido, me da gracia.

James hizo ademan para que continúe, argumente, mi respuesta.

— Si le soy sincero — continué —, me divierte cómo reaccionan cuando se topan con algo que va en contra de sus ideales, creencias. Es como si les escupieran en el rostro. Yo no les faltó el respeto, solo intento que ellos mismos se respeten.

— ¿A qué te refieres con eso último? —pregunto James, intrigado por mis palabras.

— No tengo idea — contesté. Solo quería irme a casa.

Bostecé para dar a conocer mi aburrimiento.

— Creo que se refiere a que estas personas, los fanáticos, se cierran tanto en sus ideales, en su globo de gas tóxico, que no se dan cuenta de que denigran sus propias vidas, dejan de lado su naturaleza humana, por querer defender algo que ni ellos mismos comprenden. «Si no piensan como yo, son seres inferiores, decadentes.», es lo que se dicen cada vez que se miran al espejo. Soberbios y narcisistas, claro está. Pero lo cierto es que viven como otros quieren que vivan, son marionetas, son ratas de laboratorio. Podría decir que son peones del tablero, pero ni eso son, ya que los peones tienen gran importancia en el ajedrez. — Edgar decidió responder por mí, y de una manera muy acertada.

— Me sacaste las palabras de la boca — le dije a Edgar.

— Si tú lo dices, Jacky — blofeó.

James se limitó a sonreír y soltar una sutil y omnipresente risa.

— ¿De qué se ríe? — preguntó Edgar, solo por preguntar.

— Solo me alegra saber que son, ambos, niños inteligentes, maduros para su corta edad — contestó James, moviendo la cabeza como un muñeco cabezón —. Saben, lo malo de mi profesión, ser psicólogo infantil, es que no puedo expresarme como me gustaría, debo limitarme a utilizar un lenguaje pobre, simple. De no ser así los niños no entenderían ni una sola palabra de lo que digo. Sentirían que les hablo en otro idioma. Y es molesto porque en la universidad, mientras estudiaba, demostraba a todos mis amigos mi buen léxico, mi buen lenguaje técnico...

— ¿Y entonces por qué no se cambia a otra rama de la psicología? — interrumpió Edgar —. Si tanto le molesta podría intentar ser psicólogo de adultos ricos con problemas de adicción, por poner un ejemplo.

—Lo peor de mi trabajo, lo que detesto — continuó James —, es que al hablar con simpleza día a día durante años, me ha llevado a la desgracia lingüística. Debido a la costumbre uno se olvida de demasiadas palabras, de sus significados. Al final termino hablando con todo el mundo, con cada ser que se me acerca, como si yo fuese un niño. Hay días en los que soy capaz de hablar como corresponde, con buen léxico, pero la mayoría de las veces me inhibo y quedo ante todos como un inadaptado intelectual.

— Se le nota — dijo Edgar, harto de James —. Se supone que usted es el psicólogo. Se supone que usted debe escuchar nuestros problemas. Sin duda es muy bueno en su profesión.

— Solo intento entrar en confianza con ustedes.

— No lo está logrando — replicó Edgar.

— Que pena — sonrió James, relajado —. Por lo general contar unos de mis problemas a cualquiera de mis clientes ayuda a que estos entren en confianza. Supongo que tal método no es factible con todos.

A partir de este punto la visita al psicólogo se volvió más irrelevante de lo que ya era. Fui espectador entre el cruce de palabras de James y Edgar, conversaron sobre política, religión y sobre temas que son tópicos de conversación. Guardé silencio y esperé, aburrido, a que llegase la hora de irme a casa.

Lo interesante llegó al final, cuando estábamos por irnos.

— Vaya, la hora ha pasado muy rápido — dijo James, mirando su reloj deportivo de la muñeca.

«Me gustaría decir lo mismo.», pensé.

Fue decepcionante mi experiencia con el psicólogo, supuse que nos haría preguntas personales y que nos sometería a pruebas de personalidad o pruebas psicológicas, como hizo en un principio. Lo único que hizo fue hablar con Edgar, mientras que yo quedé al margen, escrutando la habitación en busca de algo interesante. «Quizá, James, aprovechó el momento para introducirse en la mente de Edgar, estudiar su persona, conocer sus miedos y sueños.»

Nos pusimos de pie.

— Antes de que se marchen — continuó James —, quiero contarles sobre alguien en particular. Veré si ya ha llegado.

James fue hasta la puerta, la abrió y echó un rápido vistazo.

— Si, está esperando su turno — dijo —. Es un niño de su edad, es bastante agradable. Lo que quiero contarles sobre este niño es sobre un hecho que tiene “relación” con lo que les sucedió a ustedes en la feria, cuando fueron atacados. No es una relación explícita. Este niño también tiene su historia con el hombre que los atacó. Una semana antes de lo que sucedió con ustedes intentaron secuestrarlo. De alguna manera, no puedo contarles cómo, logró salvarse, escapar. Vivió un suceso horripilante, traumatizante. El punto es que, gracias al testimonio de este niño, a su valentía, la policía logró encontrar y atrapar al criminal invisible que con tanto esfuerzo buscaban y perseguían. Logró describir de forma formidable a quien intentó secuestrarlo y lastimarlo. Los policías hicieron su correspondiente trabajo y...

— Gracias a él supieron que el falso hipnotizador era en realidad un asesino — concluyó Edgar.

— Exacto, gracias a él — James se veía algo triste — los policías dieron con el asesino. Gracias a él los policías supieron que iba a presentarse en la feria. Lo arrestaron, ustedes presenciaron el momento, gracias a este niño.

— No solo lo arrestaron — era mi turno de hablar —. Escapó y casi nos mata.

James se ruborizó.

— Y lo mataron introduciéndole una bala en la cabeza — James no quería decirlo en un principio, pero lo obligué a hacerlo —. Tengo presente los sucesos.

— ¿Quién es el niño? — preguntó Edgar.

— Su nombre es Andrés Ponce.

«Mis amigos están malditos.», me dije. Al parecer la tragedia nos une a todos.

James hizo pasar a Andrés a la habitación donde realiza sus sesiones de “sanación mental.”

— Hola, Andrés — saludó, con una sonrisa sincera —. Pasa, por favor. Quiero que conozcas a unos amigos míos.

«¿Desde cuándo somos amigos que no me he enterado?», quise preguntar.

Andrés ingresó y saludo a James haciendo ademan con un gesto, asintiendo y sonriendo con los labios apretados.

— ¿Jack? — se sorprendió de verme —. ¿Qué haces aquí?

— Lo mismo que tú, perdiendo el tiempo — contesté mofándome de James, quien me miró arqueando las cejas.

— No sé si alegrarme o entristecerme por haberte encontrado en un lugar como este — lo dijo como si el despacho de James fuese un lugar tétrico, pavoroso.

James sabía que estábamos bromeando, por eso es que su única reacción a los comentarios fue sonreír como si fuese cómplice de la broma y no la víctima.

— ¿Ya se conocen? — preguntó James.

— Eso parece — contesté.

Estreché mi mano con Andrés. Fue difícil mirarlo a los ojos sabiendo que compartíamos algo más que la infancia. Compartimos la desdicha de haber sido atacados por Brad McDonald, y eso era motivo suficiente de unión, de sentirnos consolidados el uno con el otro. Escudo y espada. Es lo que sucedió con Edgar, nos unió la espontaneidad de la tragedia, fue una unión sin consentimiento previo. Saber que Andrés fue contaminado por el mismo hombre me reconfortó, necesitaba la compañía de alguien cuerdo que pudiese entenderme a la perfección. Edgar de a poco se volvía una sombra fantasmal, la cual tiene por objetivo atormentarme a donde sea que yo vaya.

¿Por qué no delaté a Edgar cuando pude? La respuesta es sencilla. Luego de haber visto de todo lo que es capaz, en la cúspide de su capacidad se encuentra el asesinato, y por cómo no ha sufrido estragos en su persona por lo que ha hecho, comencé a tenerle miedo, terror. Quizás está sufriendo en silencio, quizás sus sueños tienen como objetivo deteriorar la poca cordura que le queda intacta, pero dudo de ello. Edgar era del tipo de personas que no sienten remordimiento, antipáticos ante la vida ajena. Mi mayor temor, que al principio no quise ver, era que Edgar me hiciera daño, hasta llegué a creer que podría ser capaz de lastimar a mi familia con tal de verme sufrir.

Solo quería alejarme de Edgar y vivir mi vida en paz. Lo culpé de todas mis desgracias, y tiene, de alguna forma abstracta, sentido. «No es necesario detallar a que me refiero.» ¿Por qué no lo hice, alejarme de Edgar? No he encontrado una respuesta concreta, pero les aseguro que había planeado hacerlo luego de hacer lo que acordamos y entregar la evidencia a los policías. Quizá me vi obligado a cumplir el pacto de ir a la cantera donde ocurrieron varios crímenes, no quería dejar solo a Edgar y dejar que se transformara en el sucesor de Brad McDonald. Pensé que podría ayudar a mantenerlo en la orilla del bien. «Lo cierto es que Edgar, de a poco y en silencio, me llevaba a la cumbre del mal. Un pequeño resbalón y caemos al vacío, lejos de la benevolencia como martirio social.»

— ¿Nos vemos en dos días? — preguntó James, pregunta que debería de haber sido una exclamación.

— Ya veremos — respondió Edgar.

— Lo pensaré — contesté —. Por mientras entreténgase con Andrés.

— Siempre me toca lo peor — se quejó Andrés —. Listo, dejemos de molestar al psicólogo.

— Cuando vengas a mi casa hablaremos sobre el «psicólogo». — dije.

— No sean duros conmigo — pidió James, sonriendo.

Me despedí de Andrés, mi nuevo amigo, y de James. Edgar solo se despidió de James. A Andrés no le importó un comino que lo ignorara.

Nuestros padres esperaban ansiosos en la sala de espera, no supe si acaban de llegar o si estuvieron así durante toda una hora esperando a que crucemos la puerta, listos para marcharnos. «Fue un misterio que no quise resolver.»

— ¿Cómo estuvo la charla? — preguntó mi madre.

Para no extender la conversación que tuve, insípida, solo les diré que jamás volví a poner un pie en el despacho de James Harrington, el psicólogo. De haber vuelto hubiera podido ayudarme a enfrentar lo que ahora tanto me ha perjudicado. Me he convertido en una persona fría, apagada, deprimida. Asustada.

«El deterioro interno tarde o temprano traspasa la piel, se transluce, y así al vernos en el espejo nuestro reflejo connota lo que en realidad somos, hijos de la arrogancia, marginados de lo que la gran mayoría denominan: Felicidad.»

Al día siguiente, por la mañana, Edgar se tomó el tiempo para visitarme.

Nos saludamos y demás, hasta nos vimos posicionados en la mesa, desayunando café con galletas saladas.

— ¿Qué piensas sobre lo de Andrés? — preguntó Edgar.

— ¿Te refieres al intento de secuestro?

Asintió.

— De seguro no duerme en las noches — contesté.

— No me lo esperaba, fue una rotunda sorpresa.

— Sin duda lo es. Creo que él, Andres, sabía que teníamos eso en común, sobre ser atacados por el mismo hombre — dije —. James se lo debe haber contado.

Ambos nos silenciarnos para pensar.

— Andrés fue el que desencadenó todo este lio — espetó Edgar, achinando los ojos, pensando —. De no ser por él, los policías no hubieran arrestado al casi payaso, como le llamas tú, y nosotros no hubiéramos vivido lo que hemos vivido.

— Me parece de mal gusto que lo culpes — repliqué asqueado —. Sin la ayuda de Andrés de seguro el cuaderno se seguiría llenando de nombres, de víctimas. Y ni hablar de los videos.

— Tienes razón — convino.

— Inclusive él ahora estaría muerto — remarqué eufórico —. ¿Por qué lo odias tanto?

— No lo odio, solo no me agrada.

— ¿A qué has venido? — es la pregunta que más le he repetido, sin duda alguna lo es.

Edgar dio unos sorbos al café para deshacer y tragar el pedazo de galleta que introdujo a su boca.

— Andrés aparece en el cuaderno.

— ¿Qué? — grité.

— Al parecer iba a ser la víctima número 16.

— ¿Y tú como sabes?

— Porque tiene escrito su nombre — contestó sereno —. Luego de lo que nos contó el psicólogo leí, por curiosidad, la última nota escrita. Hasta planeó como lo iba a matar.

Anonadante.

— ¿Cómo pensaron matarlo? — de entre todas las preguntas que vinieron a mi mente hice la más morbosa. «La más interesante.»

— Es horripilante, tanto que no puedo contarle. Me alegro de que no haya hecho lo que escribió.

Esa respuesta me sorprendió, jamás creí que Edgar fuese piadoso.

— ¿Trajiste el libro? — la curiosidad me ganó.

— No, no lo traje porque creí que te orinarías encima.

Fruncí el ceño.

— Cuéntame que escribieron entonces.

— Pregúntale a tu querido amigo Andrés — dijo como si estuviera celoso.

— Él no sabe la existencia del cuaderno, ¿Cómo crees que podrá contarme? Inútil.

Edgar me dio la razón con un gesto.

— De todas formas, deberás preguntarle como logró escapar. Debe tener una muy buena historia para contar.

— Primero quiero leer la nota — repliqué.

— Lo harás cuando regrese de las vacaciones.

Edgar se puso de pie y se colocó la campera que tenía colgada en la silla donde se sentó

— Esta tarde me voy — continuó —. Regresaré en una o dos semanas, aun no lo sé.

Me puse de pie y resoplé por el fastidio que sentí. Igual no era motivo para enojarse, eran vacaciones de verano y las familias suelen tomarse un pequeño descanso de lo cotidiano. Resiliencia obligatoria.

— Supongo que lo del domingo deberá esperar un poco más.

Edgar asintió.

— Me agrada, nos tomaremos un descanso de toda esta mierda — dije como si me hubiesen sacado una pesada mochila de encima.

Edgar hizo ademán de que se marchaba.

— Me traerás el cuaderno, ¿verdad? — fue irónico, al final, quizá, solo quería quitarme toda la mierda de la suela del zapato lo antes posible, antes de que alguien note en el ambiente el hedor a mierda que emana de mis zapatos.

— Haré el intento.

— Lo tomaré como un no.

— Has dicho que quieres descansar de toda esta mierda — dijo, extrañado ante la ironía —. No veo algo que me convenza en traértelo.

«La mierda de la que quiero alejarme sos vos, monaguillo estúpido.», fue lo que quise decir.

— Sabes que, haz lo que quieras. No me importa el estúpido cuaderno.

— Y ahora te retractas — dijo bostezando, bostezo que me contagió —. Ni tú sabes lo que quieres, eres un niño indeciso.

Me disgusté y no fui capaz de disimularlo.

— Ya, largate — arrugué la nariz.

Edgar abrió la puerta y dijo:

— Que te diviertas, Jacky. Espero no te metas en problemas, estando lejos no podré protegerte.

«Solo vete de una vez.», pensé decir.

— Si, como digas.

— No metas a tu amigo Andrés en nuestra pequeña aventura, pequeño Hitler. — su mirada tenía tinte de desconfianza y maldad, como si, por lado, quisiera que guarde el secreto y, por el otro, que lo grite para que todos lo sepan. Además, me desagradó que me dijera «pequeño Hitler», solo puede decirlo Astrid y nadie más.

— Buen viaje— hice ademan de despedida —. Espero mueras en el camino.

— Ya veremos qué es lo que dios quiere hacer conmigo — fue un comentario sarcástico. Dicho esto, se marchó sin antes despedirse.

Al día siguiente jugué con Astrid, en el patio trasero, a arrojarles piedras a una botella de plástico, la cual estaba muy lejos, con el fin de derribarla. Ganaba el que lograba derribar la botella, claro está.

— Tienes muy mala puntería — dije.

— ¿Y tú?

— Ya lo sabrás — fui fanfarrón, un charlatán.

Arrojamos decenas de piedras, y ninguna estuvo ni cerca de darle. Casi le di al comenzar, pero la piedra rebotó antes, contra el suelo, y se elevó alejándose del objetivo.

— Qué mala suerte tengo — me frustré.

— Perderás — espetó Astrid, concentrada en su objetivo.

Y así fue, perdí. Astrid logró darle y comenzó saltar de alegría, gritando a son de victoria. “Eres un perdedor, loser.”, gritó repetidamente. En vez de fastidiarme, enojarme, me alegré y la felicité. “Muy bien, has ganado.”, le dije. Me sorprendí a mí mismo.

— ¡Jack! — gritó mi madre desde el interior de la casa —. Alguien te busca.

«¿Edgar?», fue el único que se me vino a la mente. En mi cabeza revolotearon dos posibles respuestas a mi duda. Una era que Edgar mintió sobre sus vacaciones o alguien más vino a verme.

— ¿Quién me busca? — pregunté al entrar a la casa, corriendo y muerto de intriga.

— Hola, Jack — saludó Andrés con jovialidad —. ¿Qué haces?

No lo saludé, solo respondí a su pregunta.

— Jugaba con Astrid, mi hermana.

— ¿A que jugaban? — preguntó —. ¿Puedo jugar con ustedes?

— Acabamos de terminar de jugar — contesté apresurado —. ¿A qué has venido?

Ahora que lo pienso fue bastante antipático de mi parte.

— Ha venido a verte — contestó mi madre, levantando una de sus cejas. Le leí la mente: “No seas grosero, señorito.”

Sonreí como un bobo, achinando los ojos y apretando los labios.

— Cierto, perdón — dije —. Ven, te presentaré a mi hermana.

Lo llevé hasta el patio trasero. Astrid volvió a poner la botella en su lugar y siguió jugando, sin mí, a intentar voltearla.

— ¡Astrid! — exclamé, estaba absorta en su mundo.

— Hola, soy Andrés.

— Buenas — dijo extendiendo su puño para chocarlos —. Soy Astrid, es un gusto conocerte.

— ¿Puedo jugar? — preguntó al ver el entusiasmo de Astrid por querer derribar la botella.

Hizo ademán aceptando a que Andrés entre en el juego.

— Es bastante difícil — comentó Astrid.

Andrés cogió una roca y la arrojó con su mano derecha, llevando su brazo a la altura de la cadera para luego impulsarlo y dar el latigazo para arrojar la roca. Derribó la botella al primer tiro.

— Vaya, que buena puntería tienes — dijo Astrid, fascinada.

— Arrojar rocas y romper cosas es uno de mis pasatiempos favoritos — no sé si fue sarcasmo o un hecho verídico. «Misterio que no quise desentrañar.»

— Se nota — Astrid parecía consternada —. Bueno, iré a mi habitación. Espero que se diviertan.

Se fue corriendo, como si estuviera por orinarse encima.

— Tu hermana es muy simpática — dijo Andrés inundado de alegría.

— A veces es insoportable —repliqué.

Mi madre nos preguntó si queríamos tomar algo, y yo le ordené, como un monarca, que preparase dos vasos de leche chocolatada.

— ¿Qué hacías en el psicólogo con Edgar? — preguntó Andrés, dejando salir la duda que tanto le inquietaba.

— ¿No lo sabes? — lo miré sorprendido —. Creí que lo sabías.

— Le pregunté a James, pero no quiso responderme. Solo dijo que teníamos algo en común y que con el tiempo me contaría.

Sin duda Andrés deseaba, ansiaba, conocer aquello que teníamos en “común”. No aguantó un segundo más y decidió visitarme.

— Al fin de cuentas James no es tan boca suelta como creí — dije con la mirada perdida.

Vi la oportunidad para hacer mi pregunta.

— ¿Y tú, que hacías con James? — aun sabiendo la respuesta, necesitaba oírla de la boca de mi buen amigo, quizá James se abstuvo a contarnos todo, omitiendo detalles relevantes.

— Es complicado — fue reticente.

— No lo dudo — dije —. ¿Quieres hablar sobre eso? Descubramos que es lo que tenemos en común.

— No estoy seguro de querer hacerlo — era receloso de sí mismo —. Pero ya que, de seguro podrás comprenderme mejor que nadie. ¿Tú también fuiste atacado por alguien?

— Si, Edgar y yo fuimos víctimas de la misma persona que te atacó a ti.

Andrés se ruborizó.

— ¿Cómo sabes eso?

— Lo dijo nuestro querido psicólogo.

— ¿Por eso es que me presentó con ustedes? — preguntó, entrando en razón, conectando los cabos sueltos.

— Eso creo. Ven, vamos a hablar a mi cuarto. — dije con tono autoritario.

Emprendimos viaje hasta mi cuarto. En el camino nos topamos con mi madre y los vasos de leche chocolatada, cogimos los vasos, nuestro alimento, y llegamos a destino.

— Pasa, siéntete como en tu casa — quería que se sintiera cómodo, desinhibido.

Cerré la puerta para tener mayor privacidad.

— Me gusta tu habitación.

— Gracias, es simple, modesta, pero acogedora — convine.

Andrés vio el yo-yo que me regaló sobre la cama.

— ¿Has aprendido algún truco? — preguntó.

— No lo he intentado — respondí.

Nos sentamos en el suelo y charlamos sobre temas irrelevantes, sobre dibujos animados, nuevos juguetes, y demás cosas de niños mientras bebimos la leche chocolatada, por cierto, muy sabrosa.

— ¿Por qué vas al psicólogo? — encaró Andrés.

— ¿Quieres la respuesta corta o larga?

— No tengo apuro — otra forma de decir que quiere la respuesta larga.

Antes de contarle pensé bien que debía omitir y que no. En el transcurso del tal pensamiento intervino una idea superflua y difícil de ignorar. Vi a Andrés como un aliado contra Edgar. «No metas a Andrés en esto», había dicho Edgar. Quizás no quería verse doblegado y perder la poca autoridad que tenía sobre mí. Temía que yo encuentre un aliado para enfrentarlo y arruinar lo que sea que tenga planeado. Teniendo en cuenta que en aquel entonces comencé a temer a Edgar, tener un aliado que proteja mi espalda me haría disipar el temor. Tarde o temprano debía revelarme y enfrentar las injurias del monaguillo, quien siempre fue inestable e impredecible.

Le conté todo lo que sucedió aquella noche en la feria. De que mi primer encuentro con Edgar fue cuando chocamos en un momento de frenesí colectivo. De cuando fui a hablar con el “casi payaso”. Le conté lo del bolso y los supuestos secretos que me fueron prometidos. «Me mintió, me utilizó, en realidad no quería que la policía encorara el bolso.», especifiqué a Andrés. Le conté todo lo ocurrido, detalle por detalle hasta llegar al momento de la tragedia. «El “casi payaso” estaba ahorcando a Edgar, lo elevó con sus manos del suelo, y yo estaba en el piso porque antes me derribó. Era todo muy confuso, todo era caos. De golpe, cuando creí que estaba por matar a Edgar, para luego matarme a mí, escuché un disparo. Vi como la bala penetró el cráneo del casi payaso. Soltó a Edgar y ambos cayeron al suelo. Escruté a mis alrededores y me topé con un oficial de policía, quien fue el que nos salvó la vida.», no hablé con fluidez, me sentí nervioso e intimidado. Pero fue importante contarle, sentí que desahogué un gran peso, el cual no paraba de atormentarme. Suspiré de alivio.

Andrés estaba consternado, amargado.

— ¿Y qué sucedió con el bolso? — preguntó —. ¿Lo tienen ustedes?

— No, lo entregamos a la policía.

— Es terrible lo que me acabas de contar — entristeció —. ¿Por eso es que te juntas con Edgar? Noto que no te agrada estar con él.

Asentí a tal certeza.

— Si, es un poco raro.

«No lo creerías», quise decir.

— Es terrible lo que les pasó — agregó —. Me alegro que no les haya ocurrido nada malo.

«En eso te equivocas, no te imaginas las consecuencias de aquella noche.», tuve que reservarme los comentarios para mí mismo.

— ¿Cuál es tu historia? — pregunté con suavidad, intentando no parecer un desesperado.

Suspiró levemente. Su rostro se ruborizó al pensar en su estrafalaria vivencia. Creí que iba a llorar, estuvo a punto, pero encontró fuerzas en su interior. Sin duda fue un niño valiente.

— No sé si pueda...

— Entiendo, yo jamás pude contar mi historia a nadie — intenté animarlo —, y creeme que vale la pena, sentirás que te desahogas. Te sentirás mejor.

Pensó por un momento y al final accedió a contarme su historia.

— Estaba caminando, de noche, cerca de mi casa. Daba un paseo. Mi madre me deja caminar por las noches, pero solo cerca de casa. Mi barrio es bastante seguro, por eso es que lo permitía. Yo estaba jugando con mi yo-yo, con el que te dije que perdí, y de la nada se aparece en mi camino un perrito muy lindo. Estaba asustado y hambriento, cualquiera lo hubiese notado. Sentí pena por aquel perrito y quise ayudarlo. Al intentar alzarlo para llevarlo a casa, el perrito, corrió para alejarse de mí, no obstante, se detuvo y me miró con carita triste. Sin duda creyó que yo iba a golpearlo, de seguro escapó de una familia abusadora de perros.

Sus palabras estaban llenas de sentimientos reales.

— No podía permitir que el pobre perrito vagara por las calles, debía llevarlo a casa sí o sí. Cuando me acercaba se alejaba y se detenía. Esa escena se repitió una y otra vez, no quise renunciar a mi objetivo, fui testarudo. Sabes, si ese perro no hubiese aparecido nada me hubiese ocurrido.

«Edgar es el perrito de mi historia, entiendo el punto mejor que nadie.», quise interrumpir, pero me abstuve, no quería arruinar su momento de desahogo.

— Cuando me di cuenta — continuó —, y demasiado tarde, estaba muy lejos de casa, lejos del camino habitual. Aun así, insistí en agarrar al perrito. Ma cansé, perdí la paciencia, y decidí correr para alcanzarlo. El perrito era más rápido que yo, y demasiado. Corrí varios metros y me detuve esperando a que el perrito hiciera lo mismo, pero no lo hizo, corrió hasta desaparecer de mi vista.

— Que perro tan cabrón — interrumpí riendo.

— Ni que lo digas — pasó los dedos por sus ojos, como si intentara quitar una molesta comezón —. Terminé en una calle con casas que nunca vi antes, y eran casas muy lindas, parecidas a la mía. No estaba tan lejos de casa, como creí, por lo que no me preocupé ni un poco. Comencé a caminar pacíficamente, disfrutando de la brisa nocturna y de las brillantes estrellas que se queman a billones de kilómetros. Todo iba bien hasta que un coche paró a mi lado, frenó de golpe...

Cerró los ojos, tragó saliva y suspiró con lentitud, intentando no perder el control de sus sentimientos, de su cuerpo.

— Frenó de golpe y un hombre se bajó del coche, del lado del acompañante. Mi primera reacción fue correr tan rápido como el perrito. No pude, el hombre era mucho más rápido y logró alcanzarme con dos zancadas. Me agarró por la espalda, me levantó y puso una de sus manos en mi boca para que nadie oyese mis gritos clamando por ayuda.

«No eran tontos.», pensé.

— Hice todo mi esfuerzo, me retorcí como un gato arisco cuando lo alzan, lo rasguñé y le di varias patadas. No fue suficiente, el hombre era muy fuerte. Me subió a la parte trasera del coche y oí como el conductor aceleró el motor. «¡Déjenme en paz!», grité una y otra vez. «¿Por qué me subieron al coche?», «¿Que quieren?» Ignoraron todos mis bufidos. El hombre que me subió al coche me ató las manos por la espalda y puso una cinta en mi boca. Hice un gran escándalo. No podía hacer nada, solo me quedé sentado viendo como el auto recorría calles y casas. Mi único deseo fue que alguien estuviera paseando y viera al auto conmigo adentro, con la boca encintada, y avisara a las autoridades de que fui secuestrado. No vi a nadie aparte que la penumbra y el brillo sucio de los postes de luz. El coche se detuvo en un semáforo, no sé en qué cruce de calles, y el conductor se volteó y me quitó la cinta de la boca.

— ¿Llevaba mascara? — pregunté.

— No, el rostro estaba limpio — respondió —. Cuando me quitó la cinta de la boca hizo una pregunta: ¿Cuál es tu nombre? No tuve otra opción más que responderle con la verdad, su mirada me daba miedo. Cuando le dije mi nombre volvieron a encintarme la boca y vi que el conductor, el que hizo la pregunta, sacó un cuaderno y un lapicero de la guantera y anotó algo. Supongo que fue mi nombre, aunque no estoy seguro...

— Sin duda escribió tu nombre en el cuaderno — dije vehementemente.

Andrés unió las cejas, arrugando la frente, extrañado por mis palabras.

— ¿Por qué lo dices? — preguntó.

— Yo tengo ese cuaderno. Lo encontré en el bolso.

Puso los ojos como plato, anonadado.

— ¡No te creo! — fue receloso de mis palabras.

— Ahora no lo tengo yo, lo tiene Edgar.

— ¿Y que hacen con el cuaderno? — aun no quería creerlo —. ¿Qué contiene el cuaderno?, ¿Por qué tiene mi nombre escrito?

Sentí que metí la pata, creí que iba a salir corriendo y delatarme con mi madre.

— Sigue contando tu historia y te contaré — tuve que tomar el control —. Es más, te mostraré el cuaderno. Lo prometo.

Andrés guardó silencio por varias decenas de segundo, pensando en que hacer, peleándose consigo mismo, y al final decidió terminar con lo que comenzó.

— Lo que ellos no sabían es que en mi bolsillo llevaba una navaja suiza que me regaló mi abuelo. Siempre la llevo conmigo — me mostró la navaja que sacó de su bolsillo —. Me dijo cuando me la dio: “Siempre lleva contigo esta navaja, te puede ser muy útil en cualquier circunstancia.” Y tuvo razón. Pude llegar con mis manos al bolsillo de mi navaja, lo hice con movimientos disimulados, que no llamen la atención. Fue lento, claro está. No pude manipular correctamente la navaja, por lo que me voltee hacia un costado, mirando de frente al hombre que iba a mi lado, ello no alarmó a mis secuestradores. Por suerte no me puse nervioso y pude cortar con cuidado la cinta que usaron para atarme las manos. Recuerda que mis manos estaban atadas detrás de la espalda, fue difícil. Pero fue sencillo cortar la cinta. Una vez teniendo las manos libres debía pensar en el siguiente paso. Escapar cuanto antes. Me enderecé en el asiento, con las manos detrás de la espalda, claro, y me acerqué a la puerta. El hombre que estaba a mi lado me miró de reojo, como si yo estuviese haciendo algo indebido, pero dejó de mirarme cuando apoyé mi cabeza contra la ventana, como si intentase dormir.

— Eres un artista del engaño — comenté.

— El seguro de la puerta no estaba puesto, solo era cuestión de ver el momento adecuado para accionar el coso ese que se debe tirar para abrir la puerta. Recorrimos varias cuadras y vi a una pareja de novios que caminaba por la acera del lado de mi ventanilla. Sin dudarlo accioné la palanca y abrí la puerta. Salté hacia afuera, el hombre a mi lado casi me agarra del brazo, pero no pudo. Caí al suelo y rodé, el auto estaba en movimiento. Frenó, pero al oír que la pareja se acercó y preguntó: «¿Se encuentra todo en orden?» Al ver la cinta en mi boca les quedó claro que no. El conductor aceleró el coche a fondo y huyó del lugar. «¿Te encuentras bien?», preguntó la mujer. «Llamaré a la policía», dijo el hombre. Me puse de pie y saqué la cinta de mi boca de un tirón, me ardieron los labios por ser tan bruto. Además, mis codos y rodillas se quemaron, se rasparon por el asfalto. «No pudieron secuestrarme, fui más inteligente que ellos.», les dije lleno de orgullo y comencé a llorar. Sabes, mis nervios crisparon por el miedo que sentí. La pareja me consoló hasta que llegó la policía.

Guardó silencio.

— ¿Eso es todo? — pregunté, decepcionado.

Esperé una historia trágica, al menos un tanto peor que la mía. Admito que creí que iba a contarme una historia salvaje, morbosa. Supuse que lo habían apuñalado en el abdomen y que intentaron cortarle la cabeza con un hacha de leñador, pero que no pudieron porque de alguna manera logró escapar. Luego corrió y corrió, bajo la luz de la luna, desangrándose hasta caer desmayado en medio de la carretera y que un hombre casi lo atropella con su camioneta, pero logró frenar a tiempo; al ver que se trataba de un niño dando sus últimos suspiros lo llevó de inmediato al hospital, donde lograron salvarle la vida. «Al menos hubiera sido más entretenido.»

— Bueno... — se encogió de hombros —. Llegó la policía, avisaron a mi madre y demás. Me preguntaron si recordaba cómo era el auto y si conocía a los que intentaron secuestrarme. Respondí que no a ambas preguntas. Los testigos, la pareja de novios, dijeron lo que vieron. El hombre sabe mucho de autos porque le describió la marca, el modelo y el año del auto con seguridad. No escuché bien lo que dijo, pero el policía que anotó los detalles le espetó: «Esto nos será de mucha ayuda.»

— Con eso es suficiente — la historia se estaba tornando aburrida, no pude dejarlo seguir —. Es terrible lo que te sucedió. ¿Cómo te sientes ahora que lo contaste?

— Mejor, mucho mejor — sus palabras fueron relajadas, límpidas de la corrosión interna que se interpone con los engranajes del bienestar.

— ¡Te lo dije!

— Y no mentiste — sonrió.

Guardamos silencio, como si canalizáramos nuestras penas.

— ¡Jack! — Andrés rompió la cúpula del silencio —. Me apetece ver el cuaderno y saber porque, según tú, escribió mi nombre.

— Escribió tu nombre porque querían matarte — le dije sin inmutarme.

— ¿Qué? — gritó de espanto —. ¿Me iban a matar?

Hice ademan para que cierre la boca antes de que llame la atención de algún metiche.

— Calmate.

— El libro del que me hablaste... — me miró directo a los ojos —. ¿Qué es lo que hay escrito en realidad? Aparte de nombres.

— El dueño del «cuaderno» — le hice entender que decir libro estaba mal —, aparte de los nombres, escribía en detalle cómo pensaba matar a sus víctimas. Era su diario de la depravación.

— Víctimas, dices — le horrorizó la pluralidad de las palabras.

— Los que te secuestraron eran asesinos en series.

Andrés quedó atontado. Sin duda alguna se sintió aliviado por haberse salvado de su maquiavélico destino que fue escrito por un misero asesino.

— ¡Terrible! — exclamó —. No puedo creerlo, es horrible. ¿Morir, yo? Es horrible. ¿Querían matarme?, ¿Por qué?

— Calmate, estas vivo y a ellos los devoran los gusanos — dije para detener sus nervios.

— ¿Puedo ver el cuaderno? — preguntó luego de tragar saliva.

Me acaricié el mentón como si estuviese pensando, y así intranquilizar a mi querido amigo.

— Claro que puedes verlo — contesté susurrando —. Pero antes necesito que respondas una pregunta.

Hizo ademan para que le haga la pregunta, sin duda se estaba irritando.

— ¿Sabes leer la letra cursiva?

Asintió. «Es el inicio de una nueva aventura.»

Invité a mi nuevo amigo a quedarse a dormir. Llamamos a su madre para preguntarle si estaba de acuerdo, si lo permitía, y aceptó de inmediato. «Es la primera vez que me quedo a dormir en otro lado que no sea mi casa», dijo Andrés, entusiasmado.

Al caer la noche, en el horario que toda persona se acuesta a dormir, le conté a Andrés, cuando nos acomodábamos para acostarnos y descansar, mi plan para obtener el cuaderno y así mostrarle de que se trata, revelarle el misterio. Lo bueno es que sabía leer la letra que tanto odié, lo vi como un aliado poderoso.

— Sabes — dije — Edgar se fue de vacaciones esta tarde y dejó el cuaderno en su casa. Tengo planeado ir a buscarlo dentro de un rato, cuando ya estén todos dormidos.

— ¿Esta noche? — preguntó con inquietud.

— Si, esta noche. El punto es que no sé dónde vive...

Me interrumpió.

— Yo sé dónde vive, su casa queda cerca de la iglesia.

— Entonces, ¿Vendrás conmigo? — tuve que persuadirlo —. Ya que sabes dónde queda podrías ser mi guía turístico.

— Pero si acabas de decir que se fue de vacaciones. ¿Por qué iríamos? La casa ha de estar vacía.

— Si, está vacía. Por eso es que iremos. Edgar jamás nos entregaría el cuaderno si le pedimos, es nuestra oportunidad para poder quitárselo. Si en verdad quieres saber que hay en ese cuaderno debes ayudarme, sin ti no podré lograrlo.

— ¿Y cómo piensas hacerlo? — preguntó intrigado.

— Edgar me dijo que tiene una entrada “secreta” detrás de su casa, entrada que usa para escaparse cuando le viene en gana — mentí —. Es por donde entraremos.

— ¿De verdad? — fue receloso de mis palabras —. ¿Por qué mejor no esperamos a que regrese de vacaciones y se lo pedimos?

— Ya te lo dije, no lo hará — tuve que sonar convincente —. Además, según me dijo, regresará en un par de semanas. No pretendo esperar tanto, quiero cerrar el ciclo cuanto antes.

Andrés se sentó en su cama improvisada, instalada en el suelo.

— ¿De qué ciclo hablas? — preguntó confundido.

— El ciclo de mi maldición.

— ¿Maldición, dices?

No supe cómo explicarle con coherencia los pensamientos, sentimientos, que rondaban por mi cabeza en aquel entonces.

— Te seré sincero — dije —. Creo que Edgar tiene planeado algo muy malo. Pienso que tiene algo que ver con el cuaderno. Yo solo quiero quitárselo para entregárselo a las autoridades y que estos hagan su labor, antes de que sea demasiado tarde. Pretendo

hacer lo correcto y sacar a Edgar de mi maldita existencia de una vez por todas. Ese infeliz es capaz de matarnos, he visto de lo que es capaz.

— ¿Pretendes decir que lo viste asesinar a alguien?

Decidí no responder a esa pregunta.

— Cuando dije lo de cerrar el ciclo, me refiero a que deseo acabar con lo que sea que me una a Edgar. Y si, el cuaderno es lo que nos une. Es raro como suena, pero no se si puedas comprenderlo del todo.

Como he especificado varios renglones atrás, no supe ser coherente. Lo cierto es que del miedo que sentí no fui capaz de contarle a nadie sobre lo que estaba viviendo. Quise decirle a mi madre en varias ocasiones que Edgar se estaba por convertir en el sucesor de Brad McDonald. Supuse que Edgar se dejó absorber por el cuaderno y que pretendía seguir llenando sus páginas con nuevas víctimas, por mero placer y curiosidad. Lo vi matar a dos personas y su vida no sufrió declives considerables, algo extraño en un misero infante.

— ¿Y porque no solo le dices que no quieres seguir haciendo lo que sea que estén haciendo? — preguntó como si la solución fuese sencilla.

— Porque tengo miedo. He pensado hacerlo, pero estoy casi seguro que es capaz de lastimarme, me tiene acorralado. No sé qué hacer. Me prometió que cuando el cuaderno no esté en nuestro poder podremos continuar con nuestras vidas como si nada hubiese pasado.

Sin duda malinterpreté las palabras de Edgar. Para entrar en contexto Edgar prometió que después de que fuésemos a la cantera, al escenario del crimen, cuando lleguemos a la cúspide del misterio, como si fuésemos detectives, me daría el cuaderno para que lo entregue a la policía. Terminar con la desventura.

— Comprendo. ¿Y por qué no vas directo a la policía y le cuentas lo del cuaderno? Ellos entenderán.

— Edgar asesinó a dos personas — dije cerrando los ojos —. Y fui testigo.

— ¡Mierda! — pensé que su reacción sería más exorbitada, escandalosa.

— Sé de lo que es capaz. Si le digo a la policía de seguro me buscará y me pondrá una bala en la cabeza por romper el trato que hicimos — tragué saliva —. Y no quiero dejarlo solo, siento que estando conmigo puedo controlarlo para que no lastime a más personas. Temo en lo que se pueda convertir.

— Vaya desastre tienes en tu cabeza — blofeó ante la gran verdad —. Deberías canalizar tus pensamientos y ordenar un poco. Dices una cosa y luego te retractas o te contradices. Yo en tu lugar hubiese delatado a Edgar, es un asesino, no debes protegerlo.

Su serenidad me asqueó, me irritó.

— ¿De verdad crees que los policías creerán que un niño, el hijo de un sacerdote o lo que sea, es un asesino? Si se los digo creerán que es una broma.

— ¿Y si le cuentas todo a James? — idealizó.

— No es una mala idea.

— Él te creerá, no tengo dudas sobre ello.

Fue una de esas conversaciones donde la confusión es absoluta. Fue la primera vez que expresé mis inquietudes.

— Lo pensaré — dije —. Entonces, ¿Me ayudarás?

— Soy tu amigo, claro que te ayudaré.

Era tan dulce, amable, que me hubiese gustado arrojarle sal en los ojos para cambiar su expresión.

— ¿Entonces vendrás conmigo a la casa de Edgar? — las ansias me ganaron.

Asintió.

Intentamos estar despierto hasta que llegase la hora de irnos, pero nos quedamos dormidos. Fue inevitable. Supuse que iba a pasar, por lo que me adelanté al suceso y puse la alarma a las 2 am. «Un haz bajo la manga, como siempre.»

Fui el primero en despertar.

— ¡Andrés! — exclamé en voz baja —. ¡Despierta!

Su sueño era tan profundo como las fosas de las marianas.

— ¡Despierta! — le arrojé mi almohada y le di justo en la cabeza.

— ¿Nos quedamos dormidos? — preguntó al despertar, somnoliento.

— Vístete que debemos irnos.

— ¿Y si vamos otro día? — quiso seguir durmiendo, quizá estaba inducido en un sueño agradable del cual nadie quiere despertar.

Salí de mi cama y fui a darle suaves patadas para que se levantara y se vistiera.

— ¡Detente, ya me levanto! — se retorció e hizo lo que dijo que haría —. ¿Qué hora es?

— Las 2 de la madrugada — contesté.

— Es muy tarde — se quejó, arrastrando las vocales, bostezando.

— O muy temprano, depende de cómo lo veas — repliqué.

Una vez listos, salimos por la ventana de mi habitación.

— ¿Por qué no salimos por la puerta? — preguntó Andrés.

— Es más seguro por la ventana, no seas quejoso — contesté.

Una vez afuera de la guarida fui a buscar la bicicleta de Astrid al garaje.

— ¿Y yo en que voy? — Andrés no sabía qué hacer.

Lo cierto es que supuse que vino a mi casa en bicicleta, pero me equivoqué.

— Ve en la mía — dije.

— ¿Y por qué no la usas?

— Es mejor la de mi hermana.

Salimos caminando con las bicicletas a un lado hasta la calle, silenciosos, y partimos. Me sorprendió por como Andrés supo dominar mi bicicleta a la perfección, creí que se

caería apenas comenzara a pedalear. Estaba expectante para poder burlarme del acontecimiento. «Al parecer la bicicleta solo me odia a mí», pensé. Siempre que intentaba andar en mi bicicleta me caía y mis rodillas sufrían las consecuencias.

— Es una linda noche, no hace tanto frio — comentó Andrés en medio del trayecto.

— Me gusta como brillan las estrellas, es increíble lo que el brillo del sol nos oculta.

— Muy cierto... — sus pupilas se dilataron al ver tal belleza.

— Hay un dicho que he inventado — dije —. “Más claro que la noche.”

— Explicate.

— Es simple, en la noche lo vemos todo. Vemos lo que el brillo, la luz, nos oculta. — fue una explicación sencilla, directa y sin artilugios filosóficos —. En contexto podrías decir: “Me quedó más claro que la noche.”

— Gracias por compartirlo — el encanto, la benevolencia, de mi amigo es envidiable y ejemplar.

Me posicioné detrás del guía, Andrés, y anduvimos en medio de la calle como si el mundo nos perteneciera. El pueblo se sintió vivo, libre, los rufianes destructores del mundo descansan durante la noche, desaparecen. La naturaleza, los animales, se sienten seguros, vivos, en paz. Guardamos silencio, disfrutando tan bello e inigualable momento, libre de fealdad, hasta llegar a la casa del aclamado Edgar Potter.

— ¡Llegamos! — exclamó Andrés.

La casa era enorme, ostentosa, sin duda la propiedad de mayor valor en el vecindario. La puerta principal era de unos tres metros de alto y uno y medio de ancho. El jardín delantero era el más hermoso del pueblo, había rosadales de todo tipo, de todos colores. Lo más llamativo, vistoso, fue una cruz cristiana, dorada, sobre la puerta. «Sus dimensiones eran considerables, fácil de distinguir a varios kilómetros.»

— Claro, es muy obvio — dije.

— ¿Ah?

— Por la cruz — fui claro —. ¿Quién otro podría vivir acá?

— Alguien con mucho dinero.

— Cuanta razón tienes, querido amigo — una nueva perspectiva se incrustó en mis ojos.

Dejamos las bicicletas en el frente, tumbadas en el suelo.

— ¿Dónde dices que queda la entrada secreta? — preguntó.

Lo miré extrañado por su pregunta, sin saber de qué me hablaba. Luego de un dócil momento en blanco recapitulé la pregunta y recordé mi vil mentira.

— Detrás de la casa. — contesté, fingiendo seguridad.

Rodeamos la casa. Solo fue cuestión de caminar con sigilo, por si algún vecino o perro guardián estuvieran expectantes a furtivos intrusos. En aquellos tiempos no había seguridad alguna, eran tiempos humanos, sin duda es el deseo de cualquier ladrón de la actualidad.

— No veo ningún pasaje secreto — dijo Andrés.

— Busca el cuarto de Edgar — indiqué.

El patio trasero era una maravilla. Había una Piscina, un quinchito enorme, una cancha de paddle y un cuatriciclo. «¿Cuánto debe ganar el sacerdote?», me pregunté, anonadado por el poder adquisitivo de alguien que dirige una iglesia corriente. «Se debe dejar todo el dinero que le dan en la iglesia.», me indigné.

— ¡Encontré la habitación de Edgar! — se emocionó Andrés.

— ¿Ves algo? — tuve que entretenerlo.

Busqué una roca, me acerqué a la ventana y la lancé contra el cristal. El ruido fue estridente, caótico, estrepitoso.

— ¿Qué te sucede? — mi querido amigo se exaltó —. ¿Qué acabas de hacer? ¿Por qué lo has hecho? No meteremos en problemas. Vayámonos de aquí antes de que nos descubran...

— Cálmate — puse una mano en su boca para callarlo —. Nadie escuchó nada, no te preocupes.

— ¿Y qué sucedió con la puerta secreta?

— Jamás existió una puerta secreta — contesté ante su abrumante incredulidad —. Entraremos por la ventana, no hay otra opción.

Metí la mano, el brazo, al interior de la casa y destrabé el seguro de la ventana.

— No entraré — Andrés mostró su enojo e indignación —. No seguiré tu juego.

«¿Juego?» Vi sus ojos y me dejó en claro que nadie iba a doblegar su decisión.

— Como quieras — dije —. Si ves algo raro me avisas, ahora eres el vigilante.

Abrí la ventana e ingresé a la casa.

Al entrar pisé decenas de trozos de vidrios. El ruido fue similar a cuando mordemos un chupetín. Quedé fascinado por la fachada del cuarto del monaguillo, había cuadros de paisajes en cada pared, una biblioteca repleta de libros, infinidad de juguetes y muebles roble. La cama era de dos plazas y el cubrecama se veía muy costoso. «Ha de ser muy cómodo dormir en esa cama.», pensé. Por poco me olvido del objetivo, casi caigo en la tentación de ponerme a jugar con una gran pista de autos. Todo en aquella habitación era costoso, hasta el cesto de basura lo era.

— ¡Jack, apurate! — gritó por lo bajo.

Comencé a buscar el cuaderno en el enorme bibliotecario y no lo encontré. Busqué en cada rincón de la habitación, lancé objetos de un lado a otro, y me frustré. Creí que se lo había llevado consigo a sus vacaciones hasta que vi su mochila. De inmediato la cogí y la abrí.

— ¡Lo encontré! — grité de la emoción.

— Cierra la boca, nos escucharán.

Dentro de la mochila no solo estaba el cuaderno, también estaba el arma que usó para matar a dos malvivientes. Mi respiración se ralentizó, sentí sequedad en la boca, quedé en blanco, sin saber que hacer y cómo reaccionar. Absorto en la nada, en el miedo, quizá, recuperé la compostura, cerré la mochila y salí por donde ingresé. No podía darme el lujo de estar un segundo en aquella morada.

— ¿Qué te sucede? — preguntó Andrés cuando nuestras miradas se cruzaron —. Parece que has visto un fantasma.

— Nada — me fue difícil hablar —. Vayámonos a casa antes de que alguien nos vea.

Andrés quiso hacerme una pregunta antes de partir el camino de regreso, pero se retractó a último momento.

— Jack...

— ¿Sí?

— Nada, no importa — movió su mano como si intentase alejar moscas que revolotean cerca de su rostro.

Mientras caminábamos de regreso al frente de la casa, para subir a las bicicletas e irnos a casa, vimos que una de las habitaciones de la casa vecina resplandecía por la luz de una, por su intensidad, lámpara de mesa.

— ¿Nos habrá escuchado? — se alarmó Andrés.

— No puedo responder a esa pregunta.

— Idiota — dijo frustrado —. No deberías haber roto el vidrio de la ventana, ahora estamos en problemas.

— ¡Cálmate! — amortigué el grito.

— ¿Cómo esperas que me calme?

— De seguro se levantó para ir al baño, no te precipites — mostré mi fastidio.

— Espero estés en lo cierto — pasó su mano por todo su rostro, haciendo notar su agotamiento.

Nos quedamos un par de minutos en nuestros lugares esperando a que la luz se apagase, pero no sucedió. Seguimos nuestro camino, recelosos por lo que nos podríamos encontrar, y vimos a un hombre con un teléfono celular en la mano en el lugar donde dejamos descansando nuestras bicicletas. «Mala idea dejarlas a la deriva.»

— Te lo dije — susurró paranoico —. Culpa tuya ahora estamos en serios problemas.

«¿Estamos? No pluralices esto, puedes delatarme y nadie te culpará.», pensé. Me vi en su lugar y quise decírselo, aclararle las ideas, pero me abstuve por mero egoísmo. «¿Acaso Edgar es egoísta conmigo?», comencé a preguntarme al percatarme de mis acciones. «¿Estaré convirtiéndome en lo que juré destruir?» La lealtad de Andrés me hizo sentir que no estoy solo en este vil mundo. Quizá quise amarrarlo en mi camino para no transitarlo solo.

— Tranquilízate — dije —. Vamos, digámosle que estamos jugando a que somos espías de la KGB y que estamos buscando a un agente del FBI para torturarlo y que nos revele secretos de estado.

— ¿Lo creerá? — preguntó, ya relajado.

— Descubrámoslo.

Caminamos como si nada malo pasara. Yo hice que estaba hablando con alguien mientras apretaba un aparato falso en mi oído, a lo James Bond. «Negativo, el sujeto no está aquí». Andrés me siguió la corriente haciendo como que llevaba un arma entre

manos. «De acuerdo, iremos a revisar ese sitio en este momento.», respondí a la voz imaginaria.

— ¿No es muy tarde para salir a jugar? — preguntó el sujeto.

Fuimos muy convincentes con la actuación y ello me alegró.

— ¿Usted quién es? — me acerqué y me paré firme frente al sujeto —. Documentos, por favor.

Andrés le apuntó con su arma imaginaria.

— ¿A qué juegan? — de seguro recordó su infancia, tiempos simples.

— ¿Jugar? — me metí en el personaje —. Proteger a Rusia no es un juego — esta vez hice el mítico acento ruso. —La KGB no es un juego.

— ¿KGB? Pensé que ya no existía esa organización.

— ¿Qué quieres maldito americano? — arrugué la nariz haciéndome el malo.

— Vaya imaginación la de ustedes — sonrió —. ¿Qué hacen aquí?

— Si se lo digo deberé matarlo — dije —. ¿Quiere saberlo?

El sujeto bostezó y sus ojos lagrimearon.

— Es bueno saber que no hay un ladrón al acecho — cambió de tema —. Escuché que rompieron una ventana... ¿Saben algo al respecto? — si mirada acusadora fue intimidante.

— No sé de qué hablas — contesté nervioso.

— Tú — apuntó a Andrés —. ¿Qué están haciendo aquí a estas horas?

Los nervios de Andrés crisparon tanto que no pudo disimularlo.

— ¡Responde! — exclamó el sujeto.

— Jugamos a los espías — contestó con la voz temblorosa.

«Bien hecho, amigo.»

— Ahora quiero una buena explicación de porqué rompieron una ventana. — dijo con tono autoritario.

— No sé de qué hablas — dejé de hablar como ruso.

— No te hagas el tonto, niño. Escuché muy claro cuando rompieron el vidrio de una ventana.

Andrés me miró con cara de: «Te lo dije.»

— ¿Y por qué piensas que fue el vidrio de una ventana? Pudo ser cualquier otra cosa — intenté salvar nuestros traseros.

— Veremos que fue cuando llegue la policía — levantó el teléfono que estaba en su mano —. Acabo de llamarlos, no tardarán en llegar.

La situación se intensificó, la tensión y el pánico no tardaron en dar el presente. Sin decir nada fui hasta mi bicicleta y me subí en ella.

— ¿A dónde crees que vas? — el sujeto se puso frente a mí, evitando así mi escape.

— Dejame ir — clamé por compasión —. Dejanos ir. — corregí.

El sujeto guardó silencio.

— Andrés — dije —. Sube a la Bicicleta que nos vamos.

Lo hizo, pero el sujeto lo hizo bajar y agarró la bicicleta por el manubrio.

— Y tú también — se dirigió a mi —, bajate de inmediato.

— ¡No! — fui mártir de mi deseo —. Dejanos ir, no compliques la cosa. Te lo advierto.

No dijo nada al respecto. Su mirada estaba expectante a la aparición de un coche patrulla. Nos quedó claro que no teníamos nada para hacer. Si huíamos a pie, corriendo, nos encontrarían de inmediato. Dos niños en la noche, en un pueblo, no es un desafío para los oficiales de la ley. Y si teníamos éxito en nuestro escape, las bicicletas nos arrastrarían de vuelta a los problemas que pretendimos evitar. «¿Qué harían ustedes?»

— ¿Y ahora qué? — me preguntó Andrés, preocupado.

— Piensa en algo — le dije —. Y rápido.

— Mi mente está en blanco.

— Creo que tengo una idea — lo miré a los ojos —. Pero no estoy seguro si seré capaz de hacerlo.

— Solo hazlo — estaba desesperado, ansioso por salir inmune de la situación —. No importa lo que sea, solo hazlo. Golpealo en las bolas o rompele la cabeza de un pedrazo, da igual.

— ¡Dejanos ir! — probé el dialogo antes de poner en acción mi idea —. No hemos hecho nada malo, no seas estúpido. Solo estábamos jugando.

— Si, como digas — su actitud desdeñosa me enfureció.

— Nos castigarán culpa tuya — intenté inculcarle la culpa —. Nos escapamos para salir a jugar a los espías, ayudanos y dejanos ir. Si se enteran nos castigarán hasta que se termine el verano. Ponte en nuestros zapatos, no nos metas en problemas.

— Debieron considerarlo antes de romper la ventana. Son unos vándalos.

— ¿Nos dejarás ir? — pregunté —. Por favor, dejanos ir. Por favor, vamos, no hemos hecho nada malo — estuve a punto de echarme a llorar. «El llanto suele ablandar el corazón de las personas, de los adultos.»

El sujeto dio un suspiro largo y chasqueó con la boca.

— De acuerdo — dijo—. Pueden irse.

Andrés me clavó la mirada y ambos sonreímos por lograr salir de una complicada situación.

— Pero las bicicletas se quedan conmigo — agregó el sujeto.

Y de nuevo se nos vino el mundo abajo. Fue cruel ilusionarnos para después volvernos a clavar un puñal por la espalda.

— Haz lo que tengas que hacer, amigo — dijo Andrés, esperanzado.

— Con una condición...

— ¿Cuál?

— Será nuestro secreto — contesté luego de tragar saliva, ahogando los nervios.

— Lo prometo — puso una de sus manos en mi hombro y me dio un par de palmadas.

—Será mejor que cierres lo ojos — advertí.

Me incorporé para enfrentar al sujeto.

— ¿Qué piensas hacer, niño? — preguntó.

Me quité la mochila, la cual pertenece a Edgar, y la abrí. Saqué el arma y el sujeto comenzó a reír.

— Es un juguete muy lindo — dijo —. Mejor intenta asustarme con otra cosa.

— ¡Te lo advertí! — mis ojos enrojecieron de furia y angustia. Apreté los dientes y la mandíbula comenzó a temblarme. Fruncí el ceño para ocultar el miedo que sentí.

La expresión del sujeto cambió, supo que el arma era de verdad. Es fácil de distinguir lo real de un simple juguete.

— Oye, niño — su voz comenzó a temblar —. Tranquilo, suelta eso. Puedes lastimarte.

Se acercó lentamente con la mano extendida, usándola como escudo.

— ¡Jack! — exclamó Andrés —. No lo hagas.

Lo ignoré. «Te lo advertí.»

— Escucha a tu amigo, entregame el arma.

— ¿Y después qué? — pregunté —. ¿Le dirás a los policías que te apunté con un arma? Debiste dejarnos ir.

— ¿Quieren irse? — se alejó de las bicicletas —. Son libres de hacer lo que quieran.

Andrés corrió hasta la bicicleta y subió.

— Vayámonos de aquí — dijo.

Yo seguía apuntándole al sujeto, quien no quitó su mirada del arma. Estaba expectante a mis movimientos. Cuando bajé el arma, para meterla de nuevo a la mochila e irme, el sujeto se abalanzó contra mí para quitármela. Fui más rápido y tuve tiempo para agarrar el arma con las dos manos, apuntarle a la cabeza y presionar el gatillo dos veces. Fue una muerte rápida.

— ¡No! — gritó antes de morir.

Andrés, al oír los fuertes estallidos, huyó de inmediato del lugar. Me tomé el tiempo para ver el cadáver y los dos orificios en su cabeza, en la frente y en un ojo. Me acordé del casi payaso, de Brad McDonald, cuando cayó al suelo y la sangre comenzó a escurrirle por los orificios que le hicieron las balas.

«Deberías haberte quedado en la cama, idiota.»

Los perros de la cuadra comenzaron a ladrar estrepitosamente. Metí el arma a la mochila, me subí a la bicicleta y hui del lugar lo más rápido que pude. Fui tan rápido que alcancé a mi querido amigo, Andrés. Lo miré y vi lágrimas en sus ojos.

— ¡Alejate de mí! — gritó horrorizado.

— Dejame que te explique — intenté calmarlo —. Tienes que escucharme.

— ¿De dónde sacaste un arma? — preguntó entre sollozos.

— Es el arma de Edgar, estaba en la mochila.

— ¡Acabas de matar a una persona! No puedo creerlo, no es verdad.

Comenzó a ir más rápido para alejarse de mí.

— ¿Qué piensas hacer? — pregunté.

— Voy a casa — contestó —. Necesito estar con mamá.

— ¿Me delatarás? — el miedo a la traición me inquietó —. Prometiste que sería nuestro secreto.

— ¡Jamás imaginé que ibas a sacar un arma para matarlo!

— Pero lo prometiste, además no teníamos otra opción.

«Fui un Edgar cualquiera.»

— Vamos a mi casa — agregué —. No nos metas en problemas. — el arte de pluralizar palabras para hacer creer al otro que forma parte es una alabanza a lo repudiable.

«Vamos, vete a tu casa y delátame, tienes escapatoria.», quise decirle.

— Acabas de dispararle a alguien, Jack — comenzó a calmarse.

— No tuve otra opción — repliqué —. Si nos hubiera dejado ir cuando se lo pedí por primera vez, nada de esto hubiese sucedido.

«Es lo que Edgar diría en mi lugar.»

Andrés guardó silencio.

Al estar cerca de mi casa le pedí a que se detuviera. No debíamos entrar a casa sin antes habernos desahogado. Ambos estábamos agitados, ahogados, pedaleamos como nunca antes lo hicimos.

Me bajé de la bicicleta y comencé a vomitar. Las consecuencias de mis acciones no tardaron en aparecer.

— ¡Perdón! — dije entre incipientes sollozos —. No debí hacerlo, perdoname.

— ¿Por qué lo hiciste? Necesito una buena explicación.

— Estábamos en aprieto, no se me ocurrió otra idea — contesté entrecortando las palabras —. Si tan solo nos hubiera dejado ir... Debió quedarse en su estúpida cama... ¡Estúpido!

— Tuviste opciones, pero optaste por la peor.

— Hice lo que debía hacer, salvarnos el trasero — repliqué —. ¿Otra opción, dices? Si, la otra opción era quedarnos parados sin hacer nada y esperar a que la policía llegue y nos acuse de vandalismo, y a eso le sumamos tenencia ilegal de arma. No, no quiero decepcionar a mi madre.

— Ahora eres un asesino, debiste optar por ser solo un vándalo cualquiera. Lamentablemente será nuestro secreto.

— ¿Qué hubieras hecho tú? Hice lo que tenía que hacer. Tú mismo me animaste a que hiciera algo al respecto

Andrés comenzó a reír a carcajadas, pero no porque algo le causaba gracia, sino, más bien, porque se vio envuelto en un mar de emociones que lo confundían.

— Sabes — dijo entristecido —. Te pareces mucho a Edgar, demasiado.

Me senté en el suelo y miré las estrellas.

— ¿Ahora entiendes por qué le temo a Edgar? — le culpé por mis actos —. Ha jugado conmigo, y tanto que ya no me reconozco. Me ha transformado en un monstruo, siempre fue su intención, su objetivo, que yo sea como él. Temo que no tengo otra opción más que matarlo antes de que él lo haga conmigo o con alguien más, debo detenerlo antes de que sea demasiado tarde. — conjeturé ante la realidad en la que me vi envuelto.

Edgar lavó mi cerebro, me transformó en un asesino. Perturbó mi cordura. Tiempo antes de conocerlo jamás hubiera presionado el gatillo.

— ¿Por qué dices eso? — preguntó con preocupación —. ¿Por qué lo culpas? Fue tu decisión apretar el gatillo, no la de Edgar. ¿Matarlo, dices? Estas perdiendo la cabeza, amigo.

— No lo entenderías, es él o yo — dije casi en la tonalidad del susurro.

— No, la verdad es que no entiendo nada. Jamás debimos salir de tu casa. Ahora soy testigo de un asesinato. ¡Vaya suerte la mía! — fue irónico.

— Perdoname, no quería que nada de esto pase — dije entre sollozos.

— ¿Quieres decir que todo esto es mera acción del destino o algo así? — preguntó frustrado, escandalizado —. ¿Y ahora que haremos? ¿Aparentar como si nada hubiese pasado? Acabas de matar a alguien, maldición amigo. — comenzó a llorar.

Ambos lloramos, desahogamos nuestros sentimientos.

— ¡No quiero pasar mi vida en la cárcel! — comencé a ver mi futuro como algo incierto y oscuro.

— No debiste haber sacado el arma, amigo. Pudimos lanzarle piedras o algo por el estilo. ¿Pero un arma? No entiendo porque Edgar tiene un arma en la mochila.

— No sé si te lo dije — mi cabeza no estaba en buenas condiciones, claro está —, pero vi a Edgar matar a dos personas.

— Si, lo mencionaste.

Las náuseas aparecieron de nuevo y vomité todo lo que había en mi estómago.

— Espero estés de mi lado, Andrés — me horrorizó la idea de ser traicionado.

— Claro que lo estoy, soy tu amigo — dijo inseguro —. ¿Acaso tengo otra opción?

Esa vez decidí dejar al margen mi egoísmo.

— Si, puedes alejarte de esta mierda si quieres. No has hecho nada malo. Ve y delatame, no me importa. Puedes seguir con tu tranquila vida... — quebré en un llanto inconsolable. Yo mismo cabé mi propia tumba.

— Lo haré, no puedo ser amigo de un asesino — admiré su sinceridad —. Pero antes te ayudaré a terminar lo que empezaste con Edgar, como te prometí, supongo que te librarás de un gran peso. Y si lo matas, lamento decírtelo amigo, pero te delataré sin dudar.

«Fue una linda conversación entre dos infantes ordinarios.»

— Tengo demasiado sueño — agregó seguido de un bostezo —. Vamos, levántate, tenemos que ir a dormir antes de que un coche patrulla pase por aquí.

Me sorprendió el comportamiento de Andrés, pasó de estar enojado, confundió, a ser comprensible, amistoso. Mi llanto debió de conmovirlo. Como ya les he dicho, Andrés es la persona más jovial que he conocido, tanto que es fácil de manipular.

Estando en la calidez y comodidad de la cama, intentado dormir, se escuchó a lo lejos las inconfundibles sirenas de policía y la de una ambulancia. Encontraron al hombre que maté.

«¡Los casquillos de las balas!», pensé de golpe. Ya era demasiado tarde para hacer algo al respecto. Pensé con creces en el hecho de que vendrían a casa a golpear la puerta para arrestarme, era solo cuestión de tiempo.

— ¡Jack! — exclamó Andrés —. ¿Estas despierto?

Volteé y le dirigí la mirada.

— No puedo dormir — contesté.

— Yo menos — dijo —. Estoy asustado.

— Si, yo también lo estoy.

— ¿Crees que descubrirán que fuimos nosotros? — preguntó.

— Fui yo, tú no has hecho nada. — respondí.

No soy como Edgar, yo soy sincero, bondadoso.

— Pero no, creo que no nos descubrirán — agregué, mis ideas comenzaron a aclararse —. Me inquietaban los casquillos de balas que quedaron en el lugar, lo único que puede incriminarme, pero ahora que lo pienso mejor, si encuentran huellas dactilares serán las de Edgar o las de su padre. Es un punto a mi favor.

— ¿Y si alguien nos vio?

— Entonces estoy jodido.

— No sé si sea capaz de guardar este secreto por mucho tiempo — confesó.

— Sé que te será difícil, pero lo prometiste.

Andrés guardó silencio.

— Si necesitas hablar sobre el tema ven conmigo, no le cuentes nada a James — dije, sin duda necesitará hablarlo en algún momento.

— No lo haré, no le contaré nada al psicólogo — dijo —. Será difícil, él sabe cuándo algo no está bien. Pero me esforzaré, lo prometo.

Comencé a preocuparme. Era muy probable que mi amigo se quebrase y no aguantara las ganas de querer contar lo que presencié. Necesitará desahogarse antes de explotar. Era un chico amable y, sobre todo, frágil. Estoy seguro que en aquel entonces quería ir con su madre y contarle lo que sucedió, pero no lo hizo porque temió que yo le hiciera daño, que le dispare como lo hice con el sujeto. Solo dijo lo que yo quería oír. Me puse en su lugar, estuve en sus zapatos. Soy el Edgar de su vida. Es horripilante pensar que alguien sea amistoso solo por temor. Andrés era una bomba de tiempo, debía hacer algo al respecto. ¿Acaso Edgar piensa lo mismo sobre mí? ¿Soy una bomba de tiempo a punto de explotar en su contra? ¿Piensa hacerme daño porque me ve como una amenaza? ¿Qué debo hacer con Andrés?

Temía que Edgar me hiciera daño y que Andrés me delatara, vaya amigos los que tuve. «De niño nos hacemos amigos de alguien apenas nos conocemos, hasta nuestros enemigos eran amigos, eran tiempos sencillos.»

— ¿Quieres ver el cuaderno? — pregunté —. Ya que no podemos dormir hagamos algo así nos da sueño.

Andrés estaba ensimismado en sus pensamientos. Me escuchó a la perfección, pero se tomó su tiempo en responder.

— No sé si quiera hacerlo, pero ya que — se resignó a su dura realidad.

Salió de su cama improvisada. Hice lo mismo.

Fui hasta la mochila y la abrí. Sentí un escalofrío agudo por todo mi cuerpo cuando toqué el arma. Andrés lo notó, pero no hizo comentario alguno. Tragué saliva y agarré el cuaderno.

Andrés se quedó absorto en la mochila, pensando en el arma que había dentro.

— Me siento incomodo sabiendo que hay un arma en esa mochila — masculló —. Deberías tirarla, enterrarla o lo que sea.

— Después de ver el cuaderno pensaremos que haremos con el arma — intenté persuadir su atención.

Ambos estábamos inquietos, temerosos, con el arma en la mochila. Andrés intento disimular su terror, pero fue una tarea imposible.

— ¿Estás bien? — pregunté.

— Por supuesto que no lo estoy — contestó con vehemencia —. ¿Cómo es que tú estás tan tranquilo?

Hizo la misma pregunta que le hice a Edgar, casi idéntica.

— No lo estoy. Solo estoy fingiendo estarlo. Si tu estas asustado, nervioso, yo lo estoy por triplicado. Estoy sufriendo más de lo que crees, pero lo hago en silencio. No creo que duerma tranquilo por mucho tiempo. No te dejes engañar por lo que ves — contesté sin inmutarme, con indiferencia.

«¿Acaso Edgar respondió lo mismo?»

Andrés se me quedó viendo por unos segundos, receloso de mis palabras, de seguro se dejó llevar por mis gestos, y, sin decir nada, dirigió su mirada al cuaderno. Al leer el título levantó una ceja y preguntó:

— ¿Girasol?

— Aun no sabemos el porqué del nombre. No recuerdo si te lo conté — tuve breves ataques de amnesia —, pero también encontramos un pendrive con videos de asesinatos. Las victimas están anotadas en el cuaderno.

— ¿Pensaban grabar mi muerte? — preguntó horrorizado.

— Si — contesté —. ¿Quieres saber cómo pensaban matarte? — pregunté entusiasmado ante tal morbosidad.

Fueron momentos donde las emociones crispaban sin cesar.

Andrés negó con la cabeza.

— No, claro que no.

— Aún no sé leer esta letra — le extendí el cuaderno —. Tú has dicho que sabes, asíque debes leerlo en voz alta.

En su forma más controvertida lo obligué a hacerlo.

— Lo haré solo porque me da curiosidad — confesó.

Abrí el cuaderno justo en la página que tiene su nombre y se lo extendí.

— Increíble — quedó anonadado —. Admito que creí que mentías cuando me contaste lo del cuaderno.

Andrés quedó absorto por unos segundos y comenzó a leer.

— En voz alta, también quiero saber que escribió — dije.

Andrés estaba distraído, no sé qué pasaba por su mente. Me hubiera gustado ser inteligente y preguntárselo. Estaba inquieto, exasperado, y triste. Asustado, quizá. No lo culpo, yo estaba igual o peor, inclusive.

— No es muy largo — empezó diciendo —. «Hoy experimentaré con algo diferente, fuera de lo que he hecho jamás. Estoy cansado de hacer lo mismo una y otra vez, le quita emoción a mi tan agradable labor. Ya me harté de oír chillar a jovencitas, ya no lo soporto, me aburre.»

— Jack, esto es horrible. No quiero seguir leyendo — su rostro se ruborizó.

Lo animé a que continúe y lo hizo. Como ya he dicho, es fácil de manipular.

— «Lo he pensado bastante, porque el nuevo paso que dé puede llevarme al camino de la adicción, y ello puede volverme un ser ambicioso e imprudente. Puedo perder autocontrol. He canalizado las ideas, me he preparado para este momento, y lo he hecho durante varios meses. Me intriga que tan fuerte pueden chillar los niños, me da curiosidad saber que tanto dolor pueden soportar. Puede ser divertido, y lo haré por el bien de mi público. Lo lamento por el infante que tenga la suerte de entrar en mi catálogo de contenidos, en un principio prometí jamás meterme con un infante, pero ahora creo que ayudará a quitarme el agudo aburrimiento que siento. Hará que vuelva la emoción, no tengo dudas sobre ello.»

— Era un enfermo, me alegro de que esté muerto — espeté.

Andrés solo quería terminar de leer.

— «Y lo prometido en deuda. He recorrido las calles, la noche es hermosa, y encontré lo que tanto busqué. Me topé con varios niños, pero ninguno me convenció. El niño afortunado camina lejos de casa, va tras un perrito que no se deja tocar. Es un niño bondadoso, es una lástima. Ahora solo espero el momento adecuado para llevarlo al Jardín para que descanse bajo la flor del sol. ¿Cómo he de matarlo? Voy a improvisar, experimentar, tengo unos juguetes nuevos que quisiera probar. Espero divertirme, lo necesito.»

Andrés se quedó callado.

— ¿Eso es todo? — pregunté.

Asintió.

Me sentí “decepcionado”, esperé una descripción completa, detalle por detalle, de cómo pensaba matarlo. «El morbo es adictivo.»

— Esto es horrible. ¿Todas las notas que hay aquí se parecen a lo que acabo de leer?

— Si, pero con la diferencia de que cuenta como los asesinó.

— Me alegro de que no haya escrito como pensaba matarme, no sé si lo hubiese soportado.

Cerró el cuaderno, despacio, y me lo entregó.

— Por nada en el mundo pienso leer las otras notas — dejó en claro —. ¿Ah que se refiere con «descansar bajo la flor del sol»? — a pesar de su renuencia no pudo evitar sentir curiosidad. Y no lo culpo, es inevitable.

— Supongo que se refiere a la flor de girasol, por eso es que el cuaderno se llama así. Más allá de eso no tengo idea.

— Claro, como es que no lo noté. ¿Tienes una idea de a donde pensaba llevarme para hacerme daño?

— Edgar concluyó que llevaban a las víctimas a la cantera abandonada — contesté.

— ¿A la cantera? — comenzó a mostrar interés por el misterio —. ¿Por qué piensa que es en ese lugar?

Señalé el cuaderno.

— Lo sacamos de ahí. En una de las notas que leyó Edgar hay un sutil comentario sobre la cantera. Luego de ver los videos y percatarnos de que las víctimas de este pueblo dieron sus últimos suspiros en el mismo lugar, dedujimos que se trata de la cantera.

Asimiló el horror, el contenido, de los videos.

— Jamás pensaré ver esos videos, ni siquiera intentes mostrármelos. Ya tengo suficiente negrura en mi cabeza —dijo con vehemencia.

— Tampoco quiero que los veas, son horripilantes. Deseo volver el tiempo y no haberlos vistos — fui sincero.

— ¿Cómo era el lugar? El de los videos.

— Había árboles delgados, muchos árboles, y una roca gigante con un pentagrama tallado. También recuerdo que vimos un girasol.

— Es muy extraño — masculló Andrés.

— ¿Qué es extraño?

— Conozco la cantera, y allí no hay nada de vegetación, solo unos insípidos yuyos y plantas pequeñas. Pero arboles — bufó —, no hay ninguno. El terreno es anti vegetación. ¿Girasoles? No, no es lugar para ese tipo de plantas.

Me tomé el tiempo para pensar.

— ¿Entonces Edgar me ha mentado?

— Es eso o tampoco, al igual que tú, conoce la cantera.

Pensé con creces en la insinuación o posibilidad que planteó Andrés, sobre que Edgar me ha estado mintiendo desde el inicio, y lo creí una certeza.

— Me ha estado mintiendo — dije con vehemencia.

Andrés se encogió de hombros.

— Debemos asegurarnos — agregué —. Necesito que leas una nota, la número 13.

— Te he dejado en claro que no pienso leer nada — su respiración se agitó.

— Es de vida o muerte — exageré «o quizás no» —. Al final de la nota hay una referencia a la cantera, en las últimas líneas... No te estoy pidiendo que leas todo, solo quiero que leas lo último. Yo no sé leer esa letra, y estoy casi seguro que me ha engañado.

Andrés es fácil de manipular, lamento la redundancia.

— Me empiezas a asustar, amigo — dijo, siendo reticente de mis palabras e intenciones.

Abrí el cuaderno en la nota 13 y se lo extendí. Lo cogió con desgana y dirigió su mirada al último párrafo.

«Fuimos hasta el jardín, mi lugar por preferencia. Al llegar, abrimos la cajuela y la joven de piel suave ya no respiraba. Murió y ello me entristeció, porque cree buenos planes para ella. Mi víctima número 13 es alguien que recordaré...»

— Suficiente — interrumpí —. Me ha mentido, ese idiota me ha mentido. ¿Jardín? Jamás lo mencionó. — comencé a exaltarme.

— ¿Y porque te mentiría? — preguntó.

— Tiene planeado algo malo — contesté todo conspiranoico —. Pretende hacerme daño, por eso me quiere llevar a un lugar al que no va nadie.

— ¿Y por qué piensas que lo haría?

— ¿Acaso hay otra razón por la que mentiría? — no contestó —. Sé por qué me ha mentido, quiere matarme.

Andrés quedó estupefacto.

— Es eso o no sabe leer — agregué, yendo y viniendo de un punto a otro, caminando con pasos apresurados —. ¿Qué crees que piensa hacer? Me quiere lastimar, no entiendo, no le he hecho nada malo... ¿Por qué otra razón querría llevarme a la cantera?

— No te precipites, quizás no sea nada...

— Tú no sabes nada, no puedes opinar — fui chocante.

Gruñí y me tiré boca abajo sobre la cama. El silencio recobró su sabor, pasaron minutos y minutos sin que nadie dijese nada.

— Perdona... — recobré la compostura —. Es solo que...

— Entiendo — dijo —. Tienes miedo.

Lo ignoré.

— Ya me dio sueño — bostezó —. Buenas noches, amigo.

Por como lo dijo solo quería escapar de la realidad.

— Perdoname por todo, no quise que nada de esto pasara — lamenté.

La habitación se inundó en un silencio inquebrantable, y en cuestión de unos pocos minutos ambos conciliamos el sueño.

Luego de varias horas atrapado en un sueño negro, sin imágenes, un ruido me despertó, me inquietó. Abrí quedamente los ojos, de a poco la visión se fue aclarando. Las cuencas de los ojos me dolían, sentí una gran presión. Escruté en la habitación buscando de donde proviene el ruido que me ha despertado. Teniendo ya la visión clara, vislumbré una silueta que caminaba a pasos lentos y suaves. Era Andrés, quien quiso pasar desapercibido. No dije o hice nada, solo me quedé expectante de sus movimientos. «¿Qué hace?», me pregunté. De pronto se detuvo, se plantó frente a la mochila de Edgar. La quedó viendo por un tiempo considerable, parecía estar poseído por un ángel del averno. Su próximo movimiento fue ponerse de rodillas y abrir, con estrepita lentitud, el cierre de la mochila. Metió la mano, receloso de sus propias acciones, y su respiración se agitó con vehemencia. Vi como los órganos de su cuello se contrajeron cuando tragó saliva. Su mano estuvo por varias decenas de segundo dentro de la mochila mientras se enfrentaba a la encrucijada que de seguro lo atormentó en su cabeza, hasta que la sacó.

El arma estaba entre sus dedos, recuerdo que le crisparon los nervios de forma notable. «¿Qué haces con el arma?», quise preguntar, pero me abstuve ante la veracidad e inquietud del momento. Se puso de pie y comenzó a acariciar el arma de la misma forma que hacemos todo con un juguete nuevo, estaba descubriéndola. Puso su dedo en el gatillo y apuntó a la pared, vi la crudeza en su mirada, estaba intentando controlarse y a la vez todo lo contrario, buscando caos en la paz. Bajó el arma. Comenzó a mirar el orificio del arma, realmente creí que iba a dispararse en la cabeza. No fui capaz de intervenir y evitar un incipiente intento de suicidio. Por alguna razón adopté el rol de espectador, ajeno a todo lo que ocurre, sin poseer poder alguno ante los hechos. Sentí alivio cuando volvió a bajar el arma. Sentí pánico cuando apunto el arma hacia mí. Vi odio y temor en sus ojos. Siempre me he preguntado si aquella noche se percató de que vi todo lo que hizo, de que lo vi a los ojos mientras me apuntaba con el arma.

Me resigné a la muerte como algo inevitable. Esperé a que presionara el gatillo, pero no lo hizo, claro está. Se ruborizó por las intenciones que tuvo de dispararme mientras yo dormía. Su mirada se perdió, sus labios cayeron a son de tristeza. Me alegré de que mi amigo no se haya convertido en un asesino, su conciencia lo habría destruido hasta llevarlo a la propia muerte. Cuando volvió el arma a su lugar y se acostó a dormir, mis ojos no pudieron cerrarse, quedé perplejo por el acontecimiento. No fui capaz de cerrar los ojos durante, y no exagero, un par de horas.

«Mis amigos me odian, me quieren lastimar.», pensé hasta que volví a conciliar el sueño.

— ¡Despierten! — irrumpió mi madre con gritos y aplausos —. Ya son las doce del mediodía, ya es tarde. — dicho eso se marchó.

Me desperté y estiré mi cuerpo como lo hacen los gatos. Bostecé casi a los gritos, exagerando. Andrés, por su parte, se despertó sin decir palabra alguna. Me dirigió una mirada resplandeciente de miedo, y por lo apretada que se veía su mandíbula pude percibir sus nervios.

«No aguantará demasiado.», pensé ante la desdicha que vivimos juntos.

— ¿Cómo te encuentras? — pregunté.

Estaba absorto mirando el techo, perdido en sus pensamientos, en sus temores. Repetí una y otra vez la pregunta, cada vez con mayor énfasis, hasta que reaccionó.

— Bien — dijo con un susurro. Solo respondió lo que yo quería oír, pero no pudo disimular su desencanto por mi persona.

— No es necesario que mientas — repliqué —. Se que estas temeroso y nervioso, yo también lo estoy.

Hizo una mueca proveniente de lo espontaneo, como si no creyese en lo que salía de mi boca.

— Ya que — se levantó —. Necesito ir al baño. — comentó con mirada despectiva.

Le di las indicaciones, solo era cuestión de abrir la puerta y caminar unos cuantos pasos hasta la puerta ubicada al principio del pasillo.

No pude evitar sentir inquietud por el comportamiento de Andrés, este estaba tan inducido en sus emociones que lo estaban ahogando en miedos innecesarios, al menos lo son para mi causa. Creí con creces en que iba a delatarme, que solo era cuestión de horas o, quizá, de minutos. Podría no decir nada al respecto a su madre o a la mía, inclusive, pero con el psicólogo vi el detonador, si este logra dar con el punto frágil de Andrés podrá obtener todos sus secretos en un santiamén. Y si, le creerá cada palabra, James es intuitivo. Yo también podría quebrar y revelar las fechorías que cometí, así como también las de Edgar. Desconfié hasta de mi propia persona. «Sin duda Andrés será más inteligente y no querrá verme nunca más en su arruinada vida.», pensé en lo que yo debería haber hecho en un inicio, en el momento que vi a Edgar matar a dos personas.

Salí de la cama y fui directo hacia la mochila de Edgar. El cierre estaba abierto y el arma se veía con plena claridad. No podía, sería absurdo, dejarla a la deriva, alguien indebido podría verla y usarla para hacerle daño a alguien. Cerré el cierre y la escondí en un cajón del armario, debajo de todas mis remeras. «Mi madre va a matarme.», me dije al ver el desorden que hice, arrugué las remeras que tanto trabajo le costó dejarlas impecables.

Fui hasta la sala principal. En el camino me topé con Andrés, quien salió del baño.

— ¿Quieres desayunar? — pregunté.

— Es demasiado tarde para eso — contestó, aun con mirada despectiva —. Son las doce del mediodía.

— Cierto — me había acostumbrado a madrugar. Al menos algo volvió a la normalidad, me desperté tarde un domingo.

Ese día no se llevó a cabo la misa porque la persona que se encuentra en la cúspide del establecimiento, el encargado de dar la palabra del señor todopoderoso, se ausentó por vacaciones. Además, no había otra persona capaz de suplantarle.

Andrés se apartó de la puerta del baño e ingresé para realizar mis necesidades. Al salir vi a mi madre, con mirada preocupada y triste, hablando por teléfono. «La noticia no tardó en llegar.» Me senté en el sillón y encendí la televisión. Andrés, al igual que yo, sabía qué clase de noticia estaba recibiendo mi querida madre. Sus nervios se incrementaron más de lo que se puede ocultar. Lo invité a sentarse en el suelo para ver dibujos animados y así no mostrar comportamientos incriminatorios, aunque ni en mil vidas alguien pensaría que unos sonsos niños tuvieron que ver con la muerte de un hombre. Le dirigí a mi madre miradas rápidas una y otra vez, solo quería que dejase el teléfono, ya que me intimidaba. Andrés yacía con la mirada perdida, sumida en una dimensión destructiva. No tuve las agallas para interrumpir su ensimismamiento. Solo era cuestión de aspirar y exhalar con normalidad para mantener el poderoso linaje de la cordura.

Mi madre cortó el llamado y dejó el teléfono en la mesa. La miré y tragué saliva sin poder evitarlo, el pánico me tuvo de los pelos.

— Andrés — dijo con tono triste —. Me ha llamado tu madre, me ha dicho que ya viene a buscarte.

Mi amigo fingió una sonrisa y asintió, haciendo creer que todo iba bien.

— ¿Qué sucede madre? — me arrepentí, al instante, de haber hecho aquella pregunta.

— Nada, hijo — mintió —. Todo está bien.

«No es necesario que mientas, yo lo maté.», quise decirle.

Nos quedamos viendo — lo cierto es que cada quien se quedó absorto en sus propios pensamientos, nadie prestó atención a las imágenes de la televisión — Bob esponja hasta que llegó la madre de Andrés. Este se levantó exaltado del suelo y corrió hasta los brazos de su madre. No comenzó a llorar y eso me tranquilizó, supuse que iba a quebrar y a confesar todo. «Eso es, mantente firme.»

— ¿La pasaron bien? ¿Se divirtieron? — preguntó Mary, la madre de Andrés.

Andrés se quedó en silencio, un nudo en sus cuerdas vocales le arrebató la capacidad de hablar.

— Muy bien — sonreí como bobo —. Jugamos tanto que aún no logro recuperar mis energías.

— ¡Qué lindo! — exclamó emocionada, emoción que intentaba disuadir la tristeza en sus ojos.

Se alejaron hasta su vehículo.

— Nos vemos pronto, amigo — dije. Debía mantener a Andrés lo más cerca posible, debía cuidarlo para así también proteger mi persona. Mi vida pendía de un hilo, o al menos es como lo vi en aquel momento desesperante.

Andrés solo me miró y sonrió, inclinando la cabeza para despedirse. Se subieron al coche y se alejaron bajo la luz del sol.

— ¿Qué sucedió con ustedes dos? — preguntó mi madre —. ¿Estuvieron peleando?

Mentirle era insultarla, si hizo la pregunta es porque intuyó que algo había sucedido. Su sexto sentido es poderoso.

— ¿Por qué piensas que hemos peleado?

— Por cómo te ha mirado.

— Ambos somos muy competitivos — fue lo primero que me vino a la mente, solo me esforcé en sonar convincente —. Es muy orgulloso, no es capaz de aceptar una derrota.

— ¿Seguro? — levantó una ceja, su furtiva mirada me intimidó.

— Sí.

— Que yo no me entere que haya sido otra cosa — me apuntó con el dedo —. O te castigaré, señorito.

— Somos niños y los niños pelean.

Pareció replantear sus ideas y se fue a cocinar sin antes decirme nada.

— Tú puedes hacerlo, amigo — susurré. No pude hacer otra cosa más que creer en la fuerza de voluntad de Andrés, si se doblega es mi fin.

«La confianza es una tragedia, es el derroche de humanidad y del respeto por uno mismo. No debemos arrodillarnos ante la voluntad de otro ser, todos somos malvados y aprovecharemos cada momento de debilidad a nuestro favor. Confiar incondicionalmente es firmar un pacto con la desdicha, es dejar en claro que nuestra deshumanización es correspondida.»

Estando en la mesa para almorzar, Astrid irrumpió el momento, donde solo se oía el tintineo de cristales contra el metal, e hizo una pregunta que incomodó a nuestra madre.

— ¿Conocías al hombre que encontraron muerto?

Lidia casi se ahoga con la comida, por lo que tuvo que esforzarse por tragar bebiendo un sorbo de agua.

— No es momento para hablar sobre eso, no en la mesa.

— ¿Sabes por qué lo mataron? — vaya curiosidad

— No, no lo sé — contestó —. Te lo acabo de decir, no es momento para hablar de eso.

Era mi momento para actuar.

— ¿Quién murió? — me hice el desentendido.

— El vecino del Edgar, tu amigo, lo encontraron muerto en la madrugada — contestó Astrid de inmediato.

Abrí los ojos para parecer sorprendido.

— Le dispararon en la cabeza — agregó —. Antes de morir había llamado a la policía avisando que se estaba llevando a cabo un posible robo.

— ¿Y tú como lo sabes? — intervino mi madre.

— Mi amiga Eleanor me contó. También dijo que entraron a robar a la casa del sacerdote.

«¿Robar? No, todo lo contrario, recuperar.»

— Una niña como tú no debe oír esas cosas — la arrogancia de los adultos hacia con los niños no tiene límites.

Astrid se inclinó de hombros.

— ¿Lo conocías? — pregunté a mi madre, repitiendo la pregunta que hizo mi querida hermana —. Al hombre que mataron.

Ambos la miramos expectantes por la respuesta, por lo que dejó su reticencia de lado y contestó:

— Solo un poco, lo conocí en la iglesia.

— Entonces no tienes por qué estar triste — dije, me arrepentí al instante.

— El hecho de que no hayamos sido cercanos no quiere decir que yo deba andar con una sonrisa de oreja a oreja — increpó —. Estoy triste por cómo se ha ido, alguien le arrebató la vida. No es forma de irse al cielo, con dios.

La tragedia, sin importar quien sea la víctima, entristece a toda la comunidad. El asesinato es conmovedor.

— O al infierno, con satanás. — repliqué.

Apretó la mandíbula y amagó con darme un cachetazo, pero decidió optar por el poder del diálogo.

— No te desubiques — me puso en mi lugar —. Comportate, más cuando estamos en la mesa.

Me disculpé. La tensión silenció el ambiente. Terminé la comida en completo silencio; di el provecho para salir de la mesa y fui hasta mi dormitorio.

Lo primero que hice fue ordenar, tender mi cama, guardar el colchón que utilizó Andrés, al igual que las frazadas, y así ahorrarle el trabajo a mi madre. También para evitar que escrute entre mis pertenencias y encuentre la mochila con el arma y el cuaderno dentro.

Me enorgullecí por lo impecable que dejé el cuarto, rara vez movía un pelo para ordenar. Dejé la puerta abierta para que quien pasara por mi puerta viese lo que logré con tanto esfuerzo. Me recosté en la cama, esperando a que mi madre viese con gratitud y sorpresa lo que hice.

«Fui un niño con la filosofía de: “Mientras más desorden hay, más divertido es.»

— ¡No lo puedo creer! — exclamó vehementemente desde el marco de la puerta, adentrando su cabeza para vislumbrar mi trabajo —. ¿Esto es de verdad o estoy soñando? Gracias, ahora tengo una tarea menos para hacer. Espero que te acostumbres a hacerlo todos los días.

— Lo pensaré — dije —. Espero me compres un helado. — aproveché el momento.

— Lo pensaré — dicho esto continuó su camino.

Observé con atención el cajón donde guardé la mochila, y concluí que era un pésimo escondite. Fui hasta el cajón y saqué la mochila de las fechorías. Fue difícil escoger un lugar para esconderla lejos de posibles intrusos indeseables, al final se me ocurrió que el lugar indicado era entre las tablas de la cama y el colchón. Fue lo que hice, antes procuré cerrar la puerta para que nadie viese mis intenciones. Suspiré de alivio, me relajé al saber que el arma estaba lejos del alcance de personas inocentes.

Ya sabrán ustedes que por la noche no descansé lo suficiente, dormí pocas horas, por lo que, luego de reiterados bostezos, me recosté en la cama y cerré los ojos sin poder evitarlo, el cuerpo lo necesitaba. «El resto se cuenta solo». Fue un día anormal, me levanté a mediodía y dormí la siesta. «Y le disparé a muerte a una persona, como olvidarlo.»

En la noche de aquel día, mientras dormía, tuve una terrible pesadilla.

Yo estaba sentado en mi cama, comiendo golosinas y jugando a tirar bolas de papel al cesto de basura. Festejé cada vez que encesté. Al cabo de un instante la luz del sol ennegreció por nubes de tormentas que se formaron sobre el pueblo. Tormenta que atormenta al que fácil se atormenta. ¿Lluvia o granizo? Aposté por el granizo. Me apoyé a la ventana, esperando a que lo que sea que se haya formado en las nubes precipite. El sonido estrepitoso de un trueno me erizó la piel, sentí escalofríos fascinantes y gustosos. La tormenta estaba por comenzar. Me alejé de la ventana para evitar que un rayo me dé en medio de la frente y me deje frito como una papa. Se escuchó otro trueno, esta vez cerré los ojos y recordé el sonido que hace un arma al disparar. Al abrir los ojos vi del otro lado de la ventana al sujeto que asesiné, estaba de pie y el orificio de la bala en medio de los ojos resaltaba por la podredumbre de la carne; su rostro estaba bañado en sangre seca y opaca. El pijama, el mismo que uso al morir, un pijama con cuadros negros, no tenía manchas de nada, parecía recién sacado del lavarropas.

— ¡Puedes irte! — exclamó gritando, escupiendo varias gotas de saliva.

Cerré mis ojos y tapé mis oídos con las manos. Mi respiración se agitó con demencia.

— ¡Puedes irte, niño! — gritó con reiteración, cada vez más rápido y fuerte.

Se escuchó otro trueno. El silencio regresó como salvación a mi cordura, volví a abrir los ojos y no había nadie del otro lado de la ventana.

«Debo estar loco.», me dije después de suspirar de alivio. Me acerqué a la ventana para ver el comienzo de la tormenta y, sin ser capaz de preverlo, un rostro golpeó, con extrema violencia, el cristal, rompiéndolo en pedazos. Grité por el pánico que sentí y caí al suelo, me arrastré alejándome como pude de la ventana. El rostro del sujeto golpeó una y otra vez la ventana, rompiendo todos los vidrios, algunos se incrustaron en su rostro, los más visibles estaban en uno de sus ojos y en la nariz. Cuando se detuvo me dirigió una malévola sonrisa, por lo que me vi envuelto en una situación de extremo peligro. Mi única reacción fue esconderme debajo de la cama.

Pasaron decenas de segundo y nada sucedía, supuse que ya todo había terminado, que todo fue arte de un malévolo delirio. Mi imaginación dejó de atormentarme.

Cuando intenté salir de debajo de la cama, dos gélidas manos tomaron mis piernas y me arrastraron fuera. Me lanzó debajo de la ventana y caí sobre decenas de pedazos de cristales que me cortaron la piel. Vi sangre, pero no sentí dolor, claro está. Intenté gritar, pero mi voz no tenía volumen. Cuando la puerta del cuarto se abrió creí que mi madre me salvaría del cadáver que tiene un vidrio en su ojo, pero no fue el caso, Edgar y Andrés, mis amigos, entraron y se pararon, uno en cada lado, junto al espécimen que procuró terminar conmigo.

— Hola, Jacky... — susurró Edgar con énfasis, mientras placentera sonrisa mostraba unos dientes blancos y brillantes.

Andrés parecía estar más asustado que yo.

Mis amigos se acercaron a paso lento hasta mi posición, y al estar, ambos, junto a mí, cada uno me agarró de un brazo. Me levantaron y me sujetaron con fuerza, impidiendo así mis movimientos. Intenté salir de sus sucias manos, pero no tuve éxito. Intenté alejarlos con patadas, pero, por sus gestos, parecían no sentirlas. El sujeto, el hombre muerto, sacó un arma y comenzó a reír, risa que contagió a mis amigos y que con cada milésima de segundo se fue intensificando. Me quedé helado, resignado ante la voluntad de la muerte.

«Pum, pum.», dos disparos. Las risas que aturdían mis tímpanos disiparon de inmediato.

El hombre que disparó cayó al suelo, volviendo a interpretar su papel principal: La de un hombre muerto. El arma se soltó de su pálida mano y se esfumó como una hoja de papel ante el fuego.

Pude moverme, quienes me sujetaban dejaron de hacerlo. Esta vez el escalofrío que sentí no fue agradable, fue de horror y pánico indiscutible. Me incorporé hacia la posición del hombre que murió por mi culpa, lo moví con el pie y nada sucedió. Volteé para ver a mis amigos, ver y preguntarles que demonios sucedía, y ambos estaban tumbados en el suelo, de espaldas, con un orificio sin sangre en sus frentes, muertos, sin almas.

Al día siguiente, lunes, mientras veía televisión, la escena de cada mañana, un visitante inesperado golpeó la puerta. ¿Quién podría ser? Por la fuerza y el ritmo del tintineo no fue difícil adivinar, Edgar volvió para terminar con mi destrucción. «Un buen comienzo de semana.»

— ¿Qué quieres? — pregunté de forma chocante, gesticulando enojo en mi bello rostro.

— También me alegra verte — no extrañé para nada su voz, su persona. Sonrió de forma ordinaria, al menos lo fue para mis ojos —. ¿Cómo te encuentras, Jacky?

Sus ojos eran acusadores, juiciosos.

— ¿Ya regresaste? — ignoré todo lo que me dijo.

— No, solo soy un espectro del más allá — lanzó un bufido burlón —. Veo que no has cambiado, eres igual de tonto que hace una semana.

— Repítelo — cuanta violencia en un simple niño, por dios.

— ¿Qué has hecho durante el tiempo que no he estado? — preguntó con la seriedad de un policía recto y correcto.

— Eso no te incumbe — contesté —. ¿Qué sucedió con tus vacaciones?

Ingresó a la casa sin pedir permiso. Cerré la puerta y esperé a que se sintiera cómodo para que formule una respuesta a mi pregunta.

— ¿Mis vacaciones? — levantó las cejas haciéndose el desentendido —. Tú dime que sucedió con mis vacaciones, sé lo que has hecho.

Hice ademan para que se explique mejor.

— Estábamos disfrutando de las vacaciones, y demasiado — dijo —. Ayer, en la madrugada, mi padre recibió un llamado, ¿Sabes quién llamó? La policía. Le dijeron a mi padre que alguien había ingresado a robar a nuestra casa, algo que no sucedió, y que nuestro vecino fue asesinado en el frente de nuestra casa. ¿Tienes alguna idea de que pudo suceder en realidad? Ten en cuenta, claro está, que el único daño que sufrió la propiedad es la rotura de los vidrios de la ventana de mi habitación, y, además, que lo único que se llevaron los ladrones fue mi mochila con el cuaderno que ambos conocemos y el arma de mi padre dentro.

Guardé silencio.

— ¿No sabés? — me atrapó en su pegajosa tela de araña —. Sé que fuiste tú.

— No sabes lo que dices.

— ¿Quién más querría el cuaderno? Tu eres el único, incluyéndome, que sabe lo del cuaderno.

— Andrés.

— ¿Qué sucede con ese cretino?

— Le conté todo lo del cuaderno.

Sus carcajadas retumbaron por toda la casa.

— ¿Qué hiciste qué? — le difícil creerlo —. Supongo que te acompañó a mi casa y presencié cuando le disparaste a mi vecino... Estás en graves problemas, le contará a todo el mundo lo que has hecho. No digas que no te lo advertí.

— Fue Andrés — dije, intentando buscar una salida —. Andrés disparó el arma.

— No jodas, ese inútil se orinaría encima antes de animarse a tocar un arma.

«Te equivocas.», recordé cuando me apuntó y estuvo a punto de accionar el gatillo.

— ¿Qué quieres? — pregunté, resignándome a la sabiduría de Edgar.

— Vengo a buscar mi mochila — contestó —. Puedes quedarte con el cuaderno si quieres, ya no lo necesito.

Yo tampoco quise tener el cuaderno en mis manos, nunca lo quise, al parecer quien lo tiene se convierte en un asesino. Solo quería quitárselo a Edgar porque querer poseer lo que el otro tiene es muy humano, natural.

— Tampoco lo quiero, ya estoy harto — espeté entristecido.

— ¿Vendrás a la cantera conmigo?

Fue mi turno de acorralar a Edgar en sus propias mentiras.

— ¿Cantera, dices? — le dirigí una intensa mirada —. Andrés leyó la misma nota que leíste tú, y no mencionó nada de una cantera... ¿Qué pretendes hacer con tus mentiras?

— Me atrapaste, te felicito — no le importó un comino —. Iba a decírtelo, solo quería que antes nos divirtiéramos en la cantera. Quería sorprenderte.

— ¿Sabías lo del jardín? ¿Por qué lo ocultaste? — comencé a enfurecer.

— Te lo acabo de decir, quería que fuera una sorpresa.

— ¿Qué tipo de sorpresa? ¿Qué planeabas hacerme en la cantera?

— Jack, ¿Acaso crees que voy a lastimarte?

Asentí.

— No lo haré — vi verdad en su mirada —. Los amigos deben protegerse, ¿no lo crees?

— ¿Somos amigos? — dudé de tal analogía.

Edgar ignoró mi pregunta.

— Me alegra que hayas asesinado a una persona — dijo emocionado —. Ahora ambos tenemos el mismo secreto, si me delatas caerás conmigo. Estamos unido por el mismo eslabón. Si te soy sincero...

— Será la primera vez que muestras tu lado sincero — interrumpí.

— En fin, somos unos asesinos, ahora debemos estar juntos. ¿Qué piensas hacer con Andrés?

Temí por Andrés.

— Prometió no decir nada.

— ¿Y le crees? — no esperó respuesta de mi parte y agregó: —. Es débil, tarde o temprano se quebrará y contará todo.

Ambos pensamos lo mismo, y ello fue inquietante. Me vi como una versión barata de Edgar. «¿Seremos almas gemelas?»

— ¿Qué piensas hacer? ¿Matarlo?

— Lo haré si es necesario — contestó Edgar con extrema frialdad —. ¿Qué más le has contado a tu querido amigo? — su mirada fue acosadora, sospechó de mi capacidad de guardar secretos ajenos.

— Todo.

— Estamos fritos, Jacky. Has cavado nuestras tumbas.

— No diré nada — tuve que convencerlo —. Prometió no hacerlo, creo en su promesa.

Edgar caminó de un punto a otro, inquieto, pensando en su siguiente paso.

— ¿Tienes el arma?

— No, no lo tengo — contesté en la brevedad de la pregunta —. Aquella noche me asusté y lo arrojé en un cesto de basura de la calle. No preguntes en cual porque no lo recuerdo.

— Es una pena — dijo —. Nos sería muy útil.

Logró asustarme.

— ¿Por qué quieres el arma? — pregunté sin querer saber la respuesta.

No respondió.

— Hiciste muy bien en matar a mi vecino — señaló —. No debes sentirte mal, has hecho lo correcto. Has eliminado a un enfermo.

— ¿A qué te refieres?

Su sonrisa de mona lisa es intrigante y espantosa.

— Al parecer, mi vecino, era un enfermo — repitió —. Los policías entraron en su casa para buscar huellas o pruebas de que fue asaltado por ladrones, buscaban pruebas incriminatorias del asesino. No debes estar paranoico esperando a que la policía venga a hacerte preguntas, porque no sucederá jamás. — escondió sus manos detrás de su espalda —. Lo que encontraron dejó anonadado a todos, más porque se trataba de una persona respetada en la iglesia. Era uno de esos personajes que muestran devoción incondicional a la iglesia, un simple tonto.

«Tonto como tu padre, mi madre y tú.», quise decir.

— Encontraron en una de sus computadoras encendidas videos de asesinatos, los mismos que vimos nosotros en el pendrive.

— ¿Estás bromeando?

— No, al parecer, el casi payaso, como le dices tú, compartía los videos con quien sabrá cuantas personas.

— O los vendía.

— Muy cierto, Jacky, muy cierto. Un negocio redondo.

— ¿Ya se ha propagado esa noticia?

— Por supuesto, después de que el oficial Gordon, el que nos salvó la vida, vio el video donde la celebridad principal es su hija, este se volvió loco y golpeó el cadáver de mi vecino con extrema demencia. La noticia comenzó a llegar a los oídos de las personas a los pocos minutos, algunos vecinos presenciaron lo que te acabo de comentar.

Fue difícil asimilarlo. Hasta la persona en la que más confiamos, un ser bondadoso y fiel, debe tener secretos oscuros, denigrantes e inimaginables. Puede ser un vecino, un familiar, un gran amigo, un conocido, nosotros mismos. ¿En quién confiar cuando todos estamos malditos? Yo, un simple niño, ya era un asesino. Desconfiar es primordial para subsistir. Algunos han de llevar su secreto más terrible a la tumba, otros lo contamos para poder disfrutar un poco del tiempo que nos queda en vida.

— Eso sí que no me lo esperaba — dije.

— Nadie se lo esperaba. Me alegro de que le hayas metido un tiro en medio de los ojos. Por cierto, tienes muy buena puntería.

— Si, creo que también me alegro de que esté muerto. — así de fácil logró tranquilizarme, me hizo creer que hice lo correcto, lo que todos querrían hacer.

¿Acaso fui tan maleable, fácil de manipular, como me lo pareció Andrés? ¿Me habrá dicho la verdad?

Adelantaré una escena. Respecto a la última pregunta, sí, Edgar me dijo la verdad. Durante el almuerzo se lo pregunté a mi madre, incomodando como de costumbre. «En su computadora encontraron cosas horribles.», dijo. No le pedí más información porque no fue necesario, estaba al tanto de los hechos.

— Todos tenemos secretos, terribles o insulso, al fin y al cabo, son secretos — indicó Edgar —. El nuestro es que asesinamos a personas que nadie extrañará, delincuentes. Deberemos aprender a vivir con ello.

Cuanta verdad en sus palabras.

— No te creas un verdugo — dije —. Algún día deberemos pagar lo que hemos hecho. Hayan sido delincuentes o no, eran personas.

— Ya estamos pagando nuestras fechorías — replicó —. Día a día lo pagaremos, hasta el último de ellos. Como todos los que guardan secretos oscuros, solo somos parte del montón.

Y de nuevo, su sapiencia era exquisita.

— ¿Crees que investigarán el caso? — pregunté. Supuse que al tratarse de un delincuente nefasto nadie intentaría averiguar quién fue el responsable de arrebatarse la vida.

— Me temo que sí lo harán — contestó preocupado —. Como te he contado, encontraron un video donde la víctima es la hija del respetado oficial Gordon. Indagarán con ansias hasta llegar a la verdad.

— ¿Temes por nosotros?

— Nosotros estamos a salvo — chasqueó con la boca —. Mi punto es que encontraran el lugar donde están los cuerpos. No podremos ir.

— ¿Aun deseas ir?

— Es necesario para cerrar el ciclo de nuestra desventura. No pretendo vivir toda mi vida intrigado y pensando en esto, solo quiero llegar al final y vivir en paz.

— La paz, como dice, jamás llegará a nosotros.

Escusas o verdades, todo era posible.

— ¿Me devolverás la mochila?

— ¿Con el cuaderno dentro?

Hizo ademán dándome a entender que esa era mi decisión.

— Ya regreso.

Fui hasta mi habitación, saqué la mochila de debajo del colchón y cuando emprendí el camino de vuelta me detuve en seco, me estaba olvidando de lo más importante. Tuve que ser rápido, con unos pocos segundos de demora Edgar comenzaría a sospechar sobre mi tenencia del Arma, por lo que la cogí, sin antes mirarla, y lo regresé a su lugar de descanso, entre el colchón y las tablas de la cama. Cerré la mochila, y con paso apresurado volví ante la presencia del monaguillo.

— ¿Me acompañarás al jardín? — preguntó Edgar al coger su mochila.

— Se que te he hecho esta pregunta muchas veces — contesté —. ¿Por qué debería acompañarte? ¿Qué sentido tiene? Puedes ir solo — solo quería ver que clase se respuesta daría.

— Iré para concluir con el juego. Al final nos atormentamos, nuestra cabeza se deja absorber, por lo que no sabemos, por lo que no hemos hecho.

— Suenas como un viejo.

— Es que son palabras de un viejo, solo estoy repitiéndolas.

«Hoy en día, aun no comprendo a que se refería. Pienso una y otra vez en todo lo que sucedió, y me digo en todo momento que las palabras de Edgar fueron insulsas, insípidas, y que lo mejor era dejar todo donde estaba, dejar de agrandar la herida para sentir más dolor.»

— Debo irme, Jacky — se puso la mochila —. Espero verte pronto.

— Ya veremos que sucede.

— Dile a Andrés si quiere venir con nosotros — otra vez pluralizó las palabras —. Ahora que sabe todo es uno de nosotros. Te advertí que no lo metieras en esto.

— Haré el intento — claro que llevaré a mi aliado —. No lastimes a nadie.

— Haré el intento — dijo con un tono mayor a la de un susurro antes de marcharse. Su intimidante mirada me provocó escalofríos.

Fue un reencuentro confuso, por un lado, me alegré de volver a verlo y, por el otro, sentí temor e inquietud. «Es como volver a ver a el perro que tanto queremos, pero que nos mordió en una ocasión. No sabes si acariciarlo o no por miedo a que vuelva a mordernos.»

Los días pasaron, mi situación empeoró cada vez más en cada uno de ellos. El cargo de conciencia inició a pudrir todo rasgo de felicidad y satisfacción, me arrebató la vida. Deseé que el sol nunca se escondiera tras la montaña. Le temí con ardor a las noches, las pesadillas eran cada vez peores, más reales e intensas. Me despertaba tres o cuatro veces cada noche por culpa de ellas, otras veces fueron más regulares. Mis días no fueron más allá de ver televisión y encerrarme en mi cuarto, acostado, pensando, desesperándome. Me volví una maquina monótona; dejé de hablar con mi familia, dejé de divertirme. Me olvidé de vivir. El remordimiento ardió en mi sangre, quemándome las venas. Muchas veces vomité, me era imposible digerir la comida. Enfermé, caí en depresión, en una angustia severa, de las que pocos logran salir. Mi madre me preguntó siempre que pudo que sucedía conmigo, yo solo le respondía que estaba cansado o que la comida me había caído mal. En otras ocasiones tocaba con su suave mano para sentir la temperatura de mi frente. «Estás pálido, hijo, debes de tener fiebre.» En una ocasión Edgar fue a verme, pero mi madre le dijo que yo estaba enfermo. No tenía energía, no podía dormir, no podía comer. Sufrí en silencio. Mi único confort fueron las estrellas, brillantes y parpadeantes, lejos en la nada o cerca del todo, ellas quitaron un poco de la oscuridad en la que fui sometido.

«No puedo seguir con esta vida.», me dije entre sollozos. Debía hacer algo al respecto o viviría años y años en depresión, en extrema desesperación. Pensé en lo que me decía Edgar, sobre cerrar el ciclo, de que hay que llegar al final para poder comenzar a olvidar. Por el camino en el que transitaba, un camino sin paz y destino, mi cabeza no haría más que pensar en los acontecimientos que tanto deseaba olvidar.

Me decidí a ir con Edgar al jardín de los crímenes. Solo quería comenzar a olvidarme de todo. Si me hubieran dicho que, desenterrando un cuerpo, para después arrancarle los dedos y lanzarlos al río con la promesa de que mis tormentos disiparían, lo habría hecho. Ya no soportaba el martirio de mis días, solo deseaba poder dormir en paz.

Mi madre sabía de mis pesadillas, por lo que me compró un atrapasueños en una tienda especialidad en artes oscuras. La timaron, los sueños no cesaron.

Una noche, casi dos semanas después de mi último encuentro con Edgar, luego de tener una pesadilla en la que yo moría, salí por la ventana de mi habitación y fui, decidido, hasta la casa del monaguillo. «Ya tengo suficiente, haré lo que sea necesario para estar en paz.», me dije. Aparte de mis traumas, también me pesaba saber que mis dos únicos amigos podían hacerme daño en cualquier momento, delatándome o dándome un disparo entre las cejas. Al llegar a la casa de Edgar vomité — en realidad solo fueron arcadas, no había nada en mi estomago para expulsar — en el césped, donde le disparé a Máximo Morales, el vecino degenerado.

— Edgar — exclamé con un susurro, golpeando su ventana con mis nudillos.

Esperé una respuesta y nada sucedió, asique insistí golpeando la ventana con mayor fuerza.

Una luz se encendió, y luego la ventana se abrió.

— ¿Vienes a quitarme la mochila? — preguntó en modo de broma mientras desaparecía—. Se te ve muy mal, estas pálido, blanco como la cocaína.

— Si, he estado enfermo — tragué saliva.

— Si, como digas. ¿Qué quieres?

— ¿Cuándo iremos al jardín? Ya no aguanto más, me estoy destruyendo.

Edgar pareció sorprenderse, quizá fingió hacerlo.

— No estoy seguro si quiero ir — dijo —. No tiene sentido hacerlo.

Solo repitió mis palabras.

— Vamos — insistí —. Debemos hacerlo, quiero llegar al fin de todo este embrollo. Si dices que yendo al jardín todo cesara, al diablo, lo haré, aunque me parezca una idea de lo más absurda.

— De acuerdo, iremos — se emocionó —. ¿Cuándo quieres ir?

— Lo antes posible — le mostré toda mi fragilidad a quien creí un ser capaz de aniquilarme en cualquier momento. Mostré mis heridas al cazador.

— ¿Has hablado con Andrés?

— No — contesté —. Hace días que no lo veo. Pero lo haré hoy o mañana, lo prometo.

— ¿De verdad confías en él?

«No, ni un poco.», quise responder.

— Si — contesté en su lugar —. En todos estos días no hemos tenidos novedades, está cumpliendo su promesa.

Edgar se perdió en las estrellas por un momento y luego dijo:

— Deberías ir a verlo, debe estar pasándolo peor que tú. Se un buen amigo y visítalo cuanto antes.

— Vayamos ahora — indiqué.

Pensó en la idea y la rechazó.

— No, no iré contigo. Estoy cansado y quiero dormir — bostezó —. Vete a tu casa y duerme un poco. Cuando hables con Andrés ven a buscarme e iremos al jardín. Será interesante... — se perdió en sus pensamientos.

— ¿Qué será interesante? ¿Ver cadáveres?

— Hasta pronto, Jacky. Espero no asesinas a nadie en tu camino de vuelta — se despidió y cerró la ventana. Corrió las cortinas para evitar que yo viese el interior.

Me quedé allí, de pie, desvariando y sin ganas de nada. Me senté para descansar las piernas, me esperaba un exhaustivo viaje de regreso. Miré las estrellas en busca de paz, y nunca me fallaron, claro está. Al girar mi cabeza hacia la casa del vecino de Edgar no pude evitar sentir intriga sobre lo que Edgar me contó, de que encontraron en su computadora los mismos videos que vimos en el pendrive. La nueva incógnita consistió en averiguar si Edgar me mintió o si dijo la verdad. Mi madre comentó algo al respecto, de que encontraron en la computadora archivos pocos convencionales. No pude aguantar mis ganas de ir a husmear el interior de la casa, asique fui sin pensarlo dos veces.

Caminé despacio hasta el patio trasero. Para mi sorpresa la puerta se abrió cuando accioné el picaporte. Fue extraño, quizá los oficiales después de hacer su correspondiente investigación olvidaron cerrarla. Entré y pisé el suelo de cerámicas. Accioné un interruptor de luz, pero ninguna luz encendió, ello fue una señal de que cortaron la electricidad. La penumbra del interior se vio afectada por el brillo de la luz de la luna que ingresaba por las ventanas. Me adentré cada vez más a la casa, y no encontré nada interesante, nada fuera de lo ordinario. Al llegar a la sala principal, una gran sala de estar con una mesa de tamaño regular junto a la ventana del frente, vi esqueletos de computadoras y varias pantallas. Por lo que vi las desarmaron y les sacaron los discos duros para después ver sus contenidos. Edgar no mintió, y ello me alegró.

Me acerqué a escrutar el despelote que hicieron los oficiales. Eran, por lo que vi, un total de seis computadoras. No vi nada extraño hasta que vislumbré en una de ellas, en el CPU, una calcomanía de un girasol. No es coincidencia tal conexión. De seguro la dejó encendida antes de salir a importunarnos, a Andrés y a mí, y cuando la policía arribó a la escena se toparon con lo que nadie esperaría de una persona respetada en el pueblo. «Todos tenemos secretos, no eres el único.», pensé en las palabras de Edgar.

Luego de ver con mis propios ojos la terrible verdad de la persona a la que le disparé, pude dormir un poco mejor. Me reconfortó saber que una persona maquiavélica dejará de fastidiar a la noble ética de mantiene en orden la sociedad. «Soy un justiciero». Mi pesada carga en la conciencia tuvo un momento de liviandad, de relajación. Aún estaba sellado en mi cabeza la calcomanía del girasol en una de las computadoras. «No es una coincidencia.», me repetí una y otra vez, cada vez más seguro de la relación con el cuaderno que encontramos. Esa vez quise ir al famoso jardín, pero solo por mera curiosidad. Solo quería encontrar una incógnita para poder responder, todo era abrumante y desesperante. Nos metimos en algo que iba, y va, más allá de nuestra comprensión, de nuestro poder.

Me desperté decidido a visitar a Andrés, pasaron semanas desde la última vez que lo vi. Ni él ni yo intentó contactar con el otro, había una densa línea entre ambos que nos impedía volver a relacionarnos.

Salí de mi casa, no sin antes haber desayunado, y fui hasta mi nuevo e inevitable destino. En el camino pensé como iba a decirle a Andrés, como podría persuadirlo, que debíamos ir al Jardín de las fechorías, al lugar donde pensaron llevarlo y arrebatarle la vida. Luego centré mi atención en el jardín, en donde quedaba y si realmente existía o solo era otro código entre criminales. En el momento adecuado, luego de divagar entre mis pensamientos, me vi andando sin rumbo alguno en mi bicicleta. Hasta entonces no sabía dónde quedaba la casa de Andrés. Sentí vergüenza por mi torpeza. Solo tenía una única opción para poder arribar al lugar que pretendí ir, debía preguntarle a Edgar donde vive el tercer mosquetero.

No me encontraba lejos de la casa de Edgar, solo fue cuestión de minutos poder llegar a su casa. No supe si ir hacia el patio trasero y ver si este se encontraba en su habitación o golpear la puerta del frente y ser un visitante normal. Decidí ser normal. Cuando me acerqué a la puerta vi salir de la casa del vecino a Paul Gordon, el oficial que asesinó al casi payaso. Su mirada era de odio absoluto, de preocupación y de desconcierto. Lo vi pensativo, destruyéndose a sí mismo. Sus puños estaban cerrados, como si estuviera por golpear a alguien. Los músculos de su mandíbula estaban tensos, demostrando así su renuencia a cruzar palabras con alguien. No pude evitar dejar de verlo, de golpe volteo hacia mi posición y me clavó una intensa mirada. Me quedé inmóvil, como si me hubieran petrificado con un hechizo. Comencé a sentir miedo hasta que el oficial Gordon levantó su mano e hizo ademán para saludar, también inclinó de forma breve la cabeza y apretó los labios, como si le ruborizara mi presencia. Le devolví el saludo, y este continuó, enérgico, sin darse el placer de perder un solo segundo más, con su camino.

Toqué la puerta un par de veces.

— ¿Jacky? — Edgar fue quien abrió la puerta, y se sorprendió al verme —. Los roles comenzaron a cambiar, ¿quieres que te prepare una taza de café? — bromeó.

— ¿Qué haces? — pregunté.

— No mucho, estoy viendo cómo se aparean los animales.

— ¿Estás viendo Animal Planet?

— Como cada mañana.

Me hizo un gesto invitándome a pasar a su casa, pero me rehusé.

— ¿Sabes dónde vive Andrés? — pregunté.

— Dejame adivinar — dijo sonriente —. Ibas a su casa, pero no sabias donde vive por lo que no tuviste otra opción más que venir a preguntarme si sé dónde vive...

— ¿Sabes o no?

— Si, si lo sé.

— Me gustaría que me digas donde vive.

— No es muy lejos de aquí, si quieres puedo acompañarte.

Acepté a que se sume en la aventura que él mismo propuso, de hablar con Andrés y convencerlo de que estamos malditos, de que debemos estar juntos. De que debe asegurarse de seguir con la boca cerrada.

Esperé a Edgar en el frente de su ostentosa casa unos minutos, y cuando se incorporó sobre su bicicleta a mi lado partimos juntos a una nueva travesía. «Todo debe salir bien o muy bien.»

Llegamos a la casa de Andrés.

— Quedate aquí — dije —. Yo iré a hablar con Andrés.

— ¿Por qué debería quedarme aquí?

— Tu serias una molestia — contesté.

— Tienes toda la razón, Jacky.

Bajé de mi bicicleta y fui hasta la casa, la cual era de dos pisos, y toqué el timbre. El sonido fue bastante molesto, pero los inquilinos han de estar acostumbrados.

— Hola — saludó Mary, la madre de Andrés, arrastrando la «o» como si estuviera practicando para cantar opera —. ¿Qué te trae por aquí? ¿Buscas a mi hijo?

Ante la presencia de un adulto no pude evitar adoptar mi personalidad de niño de alta alcurnia, después de tanto tiempo ya comenzaba a extrañarla. Devolví el saludo, exagerando mis gestos, y contesté de la forma más señorial que quería ver a su hijo.

— Adelante, pasa — seguí sus instrucciones —. Andy se encuentra en su habitación. Sígueme, te llevaré hasta su cuarto.

Subimos las escaleras hasta el segundo piso — o primera planta para los que viven en la ciudad —, y en el camino vislumbré preciosos cuadros de arte pop en las paredes. La señora Mary me hablaba, pero la ignoré, no me interesaba lo que tenía para contar, solo la escuché balbucear. El interior de la casa era muy colorido, tanto que creí estar en la casa de un payaso.

— Hijo — golpeó la puerta con entusiasmo —. Tienes visita.

— Debe estar recién despertando, últimamente ha estado durmiendo mucho — comentó Mary —. Espera aquí, ya saldrá. — y se fue, al parecer estaba ocupada antes de mi sorpresiva visita.

Cuando Mary bajó las escaleras, la puerta del cuarto de «Andy» se abrió. «Dejé de actuar como un hombre de la alta sociedad.»

— ¿Qué quieres? — preguntó al verme.

— Vengo a verte.

Por su fachada me quedó claro que sus días eran un martirio inaguantable. Estaba pálido y ojeroso. Su rostro estaba triste, deprimido e indiferente. No debió de dormir bien por mucho tiempo. Su hedor era característico del abandono de la higiene personal. Su pelo rubio no brillaba, era opaco. Sus dientes estaban sucios, amarillos. Sentí pena por Andy. Estaba abatido en la desgracia, en la desdicha. ¿Acaso su madre no se ha dado cuenta del estado en el que se encuentra su hijo? Si bien recién se levantaba, ello no era una excusa viable.

— Listo, ya me has visto — dijo —. Ya puedes irte.

Intentó cerrar la puerta, pero apoyé mi cuerpo a ella e ingresé al cuarto.

— Lindo desorden tienes aquí.

— ¿Qué quieres? — insistió.

— ¿Cómo has estado?

— ¿Tú que crees?

— No muy bien, supongo — contesté.

— ¿Vienes a matarme? — preguntó como si se hubiera encerrado en el cuarto temiendo por mi presencia.

— He venido a contarte algo sobre lo que sucedió, sobre quien era la persona...

— Ya sé que era un depravado, todo el mundo lo sabe — me interrumpió.

Su reticencia hacia mi persona me fue desagradable.

— Supongo que también sabes que se relacionaba con las personas que intentaron secuestrarte.

Guardó silencio.

— Encontraron en una de sus computadores los mismos videos que encontramos Edgar y yo. Fui a su casa y vi en una de sus computadoras una calcomanía de un girasol...

— Girasol... como el cuaderno.

— Todos tienen secretos terribles, no eres el único — comencé a lavarle el cerebro —. Tu madre debe tener secretos, tus vecinos, cualquier miembro de tu familia los debe tener. Solo somos una pequeñísima parte del aglomerado de personas con secretos, asique no te atormentes.

— No creo que todos tengan la clase de secreto que tengo...

— ¿Eso crees? — me hice el pensativo —. ¿Hubieras imaginado que una persona tan respetada en la iglesia era un enfermo depravado? No, claro que no.

Comenzó a replantearse la situación y, tal como sucedió conmigo, su agonía desfloró.

— Ya no aguanto más, solo quiero morir — Andy comenzó a sollozar.

Sentí un estrépito impacto ante tal revelación, sobre su pétreo deseo.

— ¿Morir? Idiota, eres un niño, tienes mucho por delante.

— Ya no aguanto, no paro de pensar en lo que sucedió, y creo que jamás dejaré de hacerlo. Sin tan solo pudiera contárselo alguien... Necesito ayuda.

Su dolor me enmudeció por unos segundos, comenzó a desahogarse frente a mí, lo cual me fue demasiado incómodo.

— ¿Y si te dijera que hay una salida, que tenemos una opción para poder olvidar, o al menos dejar de pensar tanto en esto? — Andy estaba desesperado, al igual que yo, por lo que estaba dispuesto a hacer lo que sea. Si le hubiera dicho que debía ir a buscar un gato, cortarle la cabeza y tirarla al río lo habría hecho.

Es lo que la iglesia hace, atrae a los desesperados y los ayuda a sentirse mejor, a olvidar sus desgracias. Las cosas comienzan a tener sentido. Le conté todo, palabra por palabra, lo que Edgar me dijo, sobre llegar al final para comenzar a olvidar. Le lavé el cerebro, lo persuadí hasta convencerlo de que era nuestra salvación. Éramos niños tontos, incrédulos, temerosos e incomprensidos. Nuestro mayor problema fue no ser capaces de contar nuestras desventuras a los adultos porque no los veíamos capaces de comprender nuestros problemas, nunca nos entendían, solo decían sandeces y nos trataban como seres inferiores, como si no entiendiéramos nada.

«Edgar guardó un secreto que nunca se animó a contarme, por lo que en su lugar decidió mentirme una y otra vez, persuadiéndome con ideas incoherentes, para así al final revelarme todo lo que sabe, todo lo que descubrió.»

— ¿De verdad crees que funcionará? — preguntó.

— Al menos hay que intentarlo.

— ¿Y si empeoramos? Admito que no le encuentro mucho sentido.

— Eso pensé la primera vez que Edgar me lo dijo...

— ¿Edgar? ¿Y le crees?

— No lo sé.

— ¿Confías en Edgar?

— No lo sé.

Volví a preguntarle si iría al jardín, antes de darle el tiempo suficiente para que razonara y concluya que todo es una locura sin sentido, y este contestó que sí.

— ¿Cuándo iremos? — preguntó desesperado.

— Aun no lo hemos pensado, pero cuanto antes mejor.

Una vez logrado mi objetivo, me despedí de Andy, y de su madre, y salí de la casa. Edgar estaba dando círculos en las calles, sobre su bicicleta, y al verme salir se incorporó a mi lado.

— ¿Nos acompañará? — preguntó.

— No le encuentra sentido a tu idea, y creo que yo aun sigo confundido, pero sí, nos acompañará.

— Ya entenderán porque debemos ir. Si voy solo no podré hacer mucho...

— ¿A qué te refieres?

Guardó silencio.

— ¿Si vas solo que sucederá? — pregunté, irritándome por su silencio —. ¿Me ocultas algo?

Por su mirada supe que ocultaba algo relevante, de suma importancia. También noté miedo y tristeza en sus ojos. Parecía resignado a una verdad que lo consumía sin compasión. Estaba vulnerable. ¿Qué habrá descubierto? Lo cierto es que cargaba un enorme peso sobre sus hombros, estaba abatido.

— Te lo diré cuando sea el momento — dijo —. Aprovecha y descansa. Estate preparado, cuando sea el momento adecuado iré a buscarte a tu casa. Necesitaré tu ayuda, Jacky, no podré hacer nada si voy solo.

Nos separamos y cada quien marchó a su hogar. «Eh aquí el comienzo de un trágico e inesperado final.»

Los días pasaron y no había señales de Edgar. La regularidad de las pesadillas cesó un poco, no obstante, las que tuve me quitaron el sueño. Lo importante a destacar es que gané horas de sueño a mi favor. Los vómitos se esfumaron, podía comenzar a engordar en paz. Estuve expectante, mirando con constancia, el frente de mi casa, esperando ver a Edgar acercándose a mi puerta para luego emprender nuestra última aventura. Cada vez que pasaba un niño o alguien en bicicleta frente a mis ojos mi corazón se aceleraba en vano, mis falsas esperanzas me traicionaban. No todo momento fue una pérdida de tiempo, también aproveché para verificar si la bicicleta de Astrid estaba en buenas condiciones. Engrasé la cadena e inflé las ruedas, eso era todo lo que necesitaba. «Estate preparado.», dijo Edgar, asique armé una mochila con elementos básicos de supervivencia: Una botella con agua, varias frutas, servilletas, cepillo de dientes, jabón para las manos, encendedor, etc. Metí a la mochila todo lo que se cruzó en mi camino creyendo que podrían serme de utilidad.

Estaba nervioso y asustado, todos debimos estarlo, pensando, absortos, en lo que podría suceder. En varias ocasiones me pregunté por qué acepté acompañar a Edgar a lo desconocido. Fui víctima de mi orgullo, ya había acordado que iría y me fue difícil romper lo dicho en mis palabras. Quizás la última vez que lo vi, vulnerable y asustado, creí que en realidad necesitaba de mi ayuda, no lo vi con intenciones de querer lastimarme. Solo dejé de tenerle miedo.

En la tarde del viernes me encontré jugando con autos de juguetes, los cuales los tomé prestado de la colección de Astrid, en el patio trasero. Armé una pista de carreras sobre el suelo de arena y me entretuve hasta que mi hermana me interrumpió, justo cuando estaba en medio de una interesante carrera, dándome la noticia de que Edgar y Andrés me estaban esperando. «¿Justo ahora?», solo quería terminar la carrera.

— ¡Diles que ya voy, que esperen unos minutos! — grité a Astrid.

Dejé los autitos tirados en la arena y corrí hasta mi cuarto para buscar mi mochila. Estando en mi cuarto, cuando emprendí camino hacia la bicicleta, me detuve bajo el marco de la puerta. «El arma». Desde que el arma estuvo en mi poder ordené cada día mi habitación para evitar las garras de mi madre. Me volví y cerré la puerta. De pronto el tiempo se detuvo. Busqué una buena razón, o excusa, para meter el arma en mi mochila. «Protección.», y así me convencí de meterla en la mochila. Suspiré al hacerlo, mis manos temblaron y mi corazón se aceleró.

— Creí que jamás vendrías — le dije a Edgar en nuestro encuentro.

— No creo que tengamos una oportunidad como la de hoy — masculló.

— ¿Acaso la posición del sol nos ayudará a realizar un ritual? — reí por mi broma.

— Claro que lo hará — Edgar siguió el juego —. Y es un ritual que revive a los muertos.

Andrés estaba en completo silencio, asustado e inseguro como nunca, y su aspecto físico empeoró desde la última vez que lo vi. Estaba pálido, despeinado, con ojeras oscuras y muy lejos de ser el niño enérgico y amistoso que conocí. Los tres sufrimos

consecuencias irreparables luego de enfrentar los acontecimientos vividos, pero el suplicio crónico de Andrés sobrepasó los límites.

— ¿A dónde iremos? — pregunté.

— Tenemos tiempo, asique iremos primero a la cantera — contestó —. Les prometo que se divertirán. — fue convincente, queríamos saber el porqué de su emoción.

— ¿Cuán lejos se encuentra la cantera?

— Tardaremos no más de una hora, y valdrá la pena.

— ¿Una hora? — me pareció una barbaridad —. Es mucho tiempo.

— No te preocupes por el tiempo, tengo todo previsto — dijo, echándome una mirada de soslayo.

Andrés estaba viajando en su mundo, apenas si sentimos su existencia.

Partimos hacia la cantera y Edgar fue el líder de la expedición. Llegamos a un camino de tierra que nunca antes había visto. Nos adentramos en un camino de tierra con una extensión infinita. Había arboles delgados y altos en la arista del camino, y ello hacía que el recorrido fuera un deleite. Luego supe que a esa parte del pueblo le llaman «la cortina forestal».

Llegamos a un cruce de caminos y Edgar se desvió hacia la izquierda, en dirección a la cordillera de los andes, y lo seguimos. Los árboles dejaron de embelesarnos con sus verdes hojas, se extinguieron ante nuestra atenta mirada.

El camino fue un calvario inclinado. Cuando llegamos a destino los tres nos tiramos al suelo, respirando de forma exhaustiva y ahogada. Me alegré de haber llevado agua y comida. Era una zona montañosa, dos cerros parecían ser muros de una inmensa montaña. Había caminos en todas direcciones, unos más delgados que otros. Pude ver la explotación minera en lo alto de la montaña, también pude ver una máquina amarilla incrustada en la cima, justo en la arista del acantilado, que no supe bien que era, una trituradora, quizá, pero no me quedó duda de que era gigante. «¿Cómo la habrán llevado hasta allí?», me pregunté anonadado. El camino que llevaba hasta la máquina era de un ancho descomunal, del tamaño de tres autos en paralelo, y estrepitosamente inclinado.

— Es por allí — dijo Edgar, comenzando a subir, caminando, por el camino de la perdición.

Al final se veía una curva, pero Edgar se detuvo a mitad del trayecto y se subió a su bicicleta. No supe que pensar, me inquietaba qué diablos pasaba por su cabeza. Cuando nos incorporamos junto a él, se dejó caer, sin pedalear, por la rampa, descendiendo cada vez con una mayor velocidad. Sus gritos plasmaron el éxtasis de la emoción que sintió al bajar con tanta velocidad. Nos animó a hacerlo y no lo dudamos.

— ¿Acaso no fue lo más divertido que han hecho? — preguntó Edgar, aun emocionado.

Después de mucho tiempo volvimos a reír, nos olvidamos de todos los problemas.

— ¡Increíble! — dije.

— ¡Fue muy divertido! — exclamó Andrés.

— Vaya, creí que te habían cortado la lengua — bromeó Edgar.

— ¿Por esto nos trajiste a la cantera? — me pareció absurdo.

— Si, solo por esto — contestó, aun entre risas —. ¿Acaso no estas sorprendido, Jacky?

— No me lo esperaba, ni en un millón de años lo hubiera esperado.

— Jamás lo olvidarás — de pronto la mirada de Edgar se tornó fría y escandalizada —. Vamos, nos tardamos más de lo que creí, debemos apresurarnos antes de que sea demasiado tarde.

— ¿Iremos al jardín?

Asintió. «Jamás lo olvidarás.», cuánta razón tuvo Edgar. Fue la última vez que me divertí, que reí sin antes esforzarme por hacerlo.

Volvimos por el mismo camino, no fue necesario pedalear ya que la inclinación del mismo hizo su magia. Fue divertido, no obstante, no lo disfruté por el recelo que comencé a tener, de nuevo, hacia Edgar. Su mirada era penetrante e inconfundible, era la misma que tuvo antes de asesinar a dos personas. Nadie se atrevió a romper el silencio hasta que Edgar se detuvo y dijo:

— Debo decirles algo antes de llegar al lugar...

— ¿Algo bueno o malo? — pregunté.

— Malo, y demasiado — suspiró ante el suplicio de su secreto —. Antes no te he dicho la verdad, Jacky, porque no podía hacerlo. Me era imposible, pero creo que debes saberlo antes de ir al galpón.

— ¿Galpón? — interrumpí.

— Si, jardín es un código que hace alusión al galpón o almacén, como sea.

— ¿Cómo sabes eso?

Pensó unos segundos, indeciso, y contestó:

— Mejor arribemos al lugar, allí podré contarles todo con mayor facilidad — volvió a pedalear —. Vamos, estamos cerca.

Mordimos el anzuelo de la curiosidad, asique lo seguimos.

Nos adentramos en un camino marcado solo por ruedas de vehículos, con vegetación en medio de esas marcas. Al final se veía un gran terreno cerrado por cercas de alambre con mallas ciclónicas en la cúspide, evitando así a ladrones furtivos. Desde el espacio solo era un cuadrado marcado en medio de la nada. No había vecinos, la casa más cercana al lugar estaba a varios kilómetros de distancia. Había cientos de árboles que rodeaban el lugar. Parecía un pequeño bosque. Desde lejos no se podía ver más que solo arboles altos y delgados. Había un gran portón de acero y chapa al final del camino, con un cartel recalcando que es propiedad privada, y este estaba entreabierto.

Al llegar a la entrada Edgar bajó exaltado de la bicicleta y corrió hasta la cerca para escrutar lo que los árboles nos ocultaban. De cerca pudimos ver todo sin dificultad, la distancia entre los troncos era considerable. Vimos un enorme almacén, en buen estado, a solo decenas de metros del portón de entrada, y vimos a varios coches estacionados.

— ¡Genial! — se emocionó Edgar cuando vio los coches —. Siguen aquí, temí que ya no estarían.

— ¿Quiénes están aquí? — comencé a inquietarme.

— Mi padre... — contestó asqueado.

— ¿Tu padre? — pregunté confundido.

Andrés estaba tan expectante a las palabras de Edgar como lo estuve yo.

— Si, está en una reunión con otros hombres... enfermos... criminales.

La insinuación de Edgar era clara, pero me fue imposible comprender.

Guardamos silencio, esperando una explicación.

— Allí — señaló el almacén — están reunidos todos los que forman parte de este culto llamado «Girasol». Y si, como el cuaderno.

— ¿Dices que «girasol» es toda una organización?

— Exacto, Jacky. Veo que no eres tan tonto después de todo.

Intenté tragar saliva, pero mi boca se reseco. Andy tenía los ojos como platos, tan asustado como una monja cuando la encuentran masturbándose con una cruz de madera de 25 centímetros.

— ¿Y porque dices que tu padre está aquí? — pregunté.

— Su auto está aquí.

— Dinos de una vez todo lo que está sucediendo, dijiste que lo harías — supliqué, susurrando, aguantando mis ganas de gritar, marcando las venas de mi cuello.

— Quise decírtelo cuando lo descubrí, pero no pude — suspiró hondamente —. Cuando nos conocimos en la feria, luego de todo lo que sucedió, al llegar a casa mi padre estaba muy inquieto hablando por teléfono. Esa noche mencionó un nombre que ya conocemos...

— Brad — dije arriesgándome a la ventura.

— El mismo. Yo estaba oculto detrás de un sillón, junto a la ventana. Recuerdo que dijo furioso: «¿Cómo no has intervenido para evitar esta tragedia?». Después solo se quedó escuchando sin decir palabra alguna, hasta que colgó el teléfono con furia. Cuando no había monos en la costa fui rápido a mi cuarto. De inmediato vacié el bolso de nuevo para revisar su contenido. Al ver los documentos leí el nombre que ya conoces, y el de su compañero, pero no se me pasó por la cabeza que era el Brad que mencionó mi padre.

— ¿Esa noche pudiste dormir?

— Para nada, aun sentía que me estaban ahorcando. No entiendo cómo es que los policías nos dejaron ir sin antes habernos sometidos a una revisión médica. Son unos dementes — se acarició el cuello, como si recordara el dolor que sintió —. El punto es que a medida que nos fuimos adentrando en el misterio del cuaderno fui descubriendo cabos sueltos en mi entorno. Un día estaba en la iglesia y escuché a mi padre mencionando algo de un girasol mientras hablaba, preocupado, con alguien por teléfono. El instinto comenzó a funcionar. Creo que comencé a sospechar cuando mencionó de nuevo a Brad McDonald mientras conversaba con mi vecino en la iglesia. — me miró de soslayo —. Ambos estaban preocupados, asustados. Me fue difícil creer que fue solo una coincidencia, que solo comentaban la desdicha de un hombre. Un día fui decidido a su cuarto a encender la computadora que me prohibió usar y ver qué tipos de archivo ocultaba. Había dos usuarios, uno genérico y libre de contraseña, y el otro todo lo contrario, y he de mencionar que la foto de usuario era la planta de un girasol.

Me fue suficiente, ya no había dudas sobre la realidad de mi padre, y yo no sabía que hacer al respecto; creo que intenté negar tan tétrica verdad. Quería creer que solo eran delirios de mi perturbada cabeza; creí que lo del cuaderno y los videos me dejaron tan atónitos que comencé a imaginar cosas. Me fue muy duro aceptar esta realidad.

Quedé perplejo, y sentí pena por mi amigo.

— Además sentí el aguijón de la intuición, y este me decía que descubrí el gran secreto de mi padre.

— Todos tienen secretos, y muy terribles. — comenté.

— Durante las vacaciones, cuando... — hizo una reverencia dedicada a lo que le hice a su querido vecino —. Luego de eso... ya sabes, recibió un llamado y se volvió loco, se asustó de veras. Yo ya tenía claro que es lo que ocultaba, pero algo me hizo dudar un poco, no sé bien qué, por lo que necesité una prueba más contundente. Mi punto es que al poco tiempo que recibió ese llamado volvimos de inmediato, no me dijo el porqué, y al primer lugar al que se dirigió cuando arribamos al pueblo fue a la casa de una persona muy importante... El jefe de la policía, el señor Sanders.

— ¿El señor Sanders? — me ruboricé —. ¡No te la creo!

— No grites, idiota, nos escucharán — se fastidió Edgar —. Y si, lo vi hablando con el jefe un par de minutos, y ambos se pasaban la mano por la cara, se movían de un lado a otro, como si estuvieran perdidos, sin saber que hacer, y por sus gestos supe que estaban reprochándose algo. Sospeché que el jefe fuera un «aliado» de mi padre, porque bueno, es el jefe de la policía y no podía ser capaz de imaginar que era un criminal.

— ¿Lo es? — pregunté.

Andrés se convirtió en un personaje irrelevante en la historia.

— Claro que lo es — contestó Edgar —. Cuando llegamos a casa vimos nuestro patio repleto de policías y vecinos. Mi padre tuvo que ir a hablar con los policías y yo lo acompañé, pude escuchar lo del asesinato y quien fue la víctima, y me sacaron de la conversación... Vi a oficiales saliendo y entrando de la casa de mi vecino por lo que me escabullí en todo ese alboroto y logré ingresar pasando desapercibido. Estaban desarmando computadoras, sacándoles algo en el CPU. De pronto entra por la puerta un oficial y dice en voz alta: «¿Encontraron más videos de asesinatos?».

— Vi una calcomanía de un girasol en una carcasa de la computadora — dije, interrumpiendo su relato.

— ¿Con que también estuviste haciendo tu investigación?

— ¿Qué más sucedió ese día? — omití la pregunta.

Edgar lanzó una mirada hacia el almacén en busca de movimiento y contestó:

— Me sacaron de la casa, pensé un rato, asimilé todo lo que sucedía, todo lo que descubrí; sobre que mi vecino era una especie de socio criminal de mi padre y del jefe de la policía. Luego fui a tu casa, Jacky.

Debí estar pálido por todo lo que estaba sucediendo.

— Debes ser detective cuando seas mayor — dije maravillado y estupefacto.

Sonrió por mi broma y su atención se centró en el almacén.

— ¿Cómo te enteraste que estarían aquí? — preguntó Andy, reviviendo de sus cenizas.

— Ya me había olvidado que venías con nosotros — bromeó Edgar —. Buena pregunta, por cierto. Hace un par de días escuché a mi padre hablando con el jefe de policía, quien nos visitó, y ambos concordaron que debían reunirse cuanto antes para tratar ciertos temas delicados. No pude oír demasiado porque me vieron y se fueron a un lugar más privado que la sala principal, pero escuché a mi padre decir: «El viernes me parece un día indicado».

El silencio hizo su aparición por unos minutos, Edgar y yo estábamos expectantes al interior del terreo y Andy estaba ensimismado en su imaginación.

— ¿Cómo supiste que se reunirían en este lugar? — Andy fue un acechador.

Edgar se ruborizó, intentó disimular sus nervios, y se mostró reticente.

— Ya he venido con mi padre a este lugar... Siempre que veníamos yo me quedaba en el auto, no me dejaba bajar con él, y este entraba al almacén a hacer algo rápido, no se demoraba tanto, y volvía al coche con un sobre y nos íbamos.

— ¿Un sobre? — pregunté.

— Un sobre con dinero — aclaró la incertidumbre.

— ¿Y cómo lo sabes?

— Los vi cuando abrí la caja fuerte para sacar el arma... Montones y montones de sobres con dinero — dijo.

«Cuando vi tu casa hasta me dieron ganas de hacerme sacerdote.», por poco lo digo en voz alta. El sueldo de la profesión del señor Potter, el padre de Edgar, es modesto, su riqueza, su alto poder adquisitivo, es gracias al dinero sucio del bajo mundo criminal.

— Entremos — indicó Edgar, y comenzó a trotar hacia el portón.

— ¿Por qué quieres entrar? — preguntó Andy —. Es peligroso. Mejor vayámonos y dile todo lo que sabes a la policía.

— El jefe de la policía está allí dentro — gruñó Edgar.

— ¿Qué pretendes hacer? — pregunté —. ¿Entrar y decirles o todos que los descubrimos?

Nada concebía sentido alguno.

— Tengo un plan — exclamó.

Hice ademán pidiendo una explicación.

— Tenemos que hacer tiempo para que venga la policía y los arreste. Entregué el cuaderno y les dije dónde y a qué hora se reunirán.

— ¿Les entregaste el cuaderno? — me sorprendí —. No te creo, si lo hubieras hecho ya estarían aquí.

— No se los dije en persona... Lo dejé en la oficina de un oficial y dejé una nota sobre esta reunión.

Comencé a perderme.

— ¿Entonces porque estamos aquí si dices que la policía sabe de esto?

Edgar guardó silencio e ingresó a la propiedad privada. No podía dejarlo solo, así que le seguí el paso. Andy prefirió quedarse en su lugar, lejos de todo peligro.

Al entrar vi rocas y árboles en los alrededores del almacén. Sentí escalofríos al recordar los videos. Nos escondimos detrás de un auto negro, a la izquierda de la puerta del almacén.

— ¿Qué tienes en mente? — pregunté jadeando por la adrenalina.

— Saca el arma, la necesitaremos — dijo.

Mi respiración se detuvo y casi me desmayo. Me quedé inmóvil.

— El arma... sacala de la mochila — insistió —. Sé que la tienes, no mientas. No eres bueno mintiendo.

Y lo hice, saqué el arma y se la entregué a Edgar. Cometí un grave error. Mis nervios estaban de puntas, no pensé todo con claridad.

— ¿Qué harás?

— Ya lo sabrás, Jacky, ya lo sabrás. Has sido un buen amigo, Jacky.

«Esa fue su despedida.»

Varias personas comenzaron a salir del almacén, algunos reían y otros no se inmutaban. Eran un total de cinco personas, y estos comenzaron a despedirse con serenidad hasta que se vieron interrumpido por mi buen amigo Edgar, quien salió del escondite con las manos detrás de la espalda, ocultando así el arma. En ese instante se escuchó el sonido lejano de un coche que se aproximaba cada vez más al almacén, pero los presentes prestaron su atención al intrépido niño.

— ¿Hijo? — el sacerdote quedó absorto.

Los presentes comenzaron a balbucear y mostraron su confusión.

— ¿Qué haces aquí, hijo?

No pude ver el rostro de Edgar, pero vi la fuerza con la que sujetaba el arma.

— ¿Has traído a tu hijo contigo? — preguntó uno de los presentes.

El señor Potter se mostró ofendido por tal insinuación.

— Hijo, responde a mi pregunta — ordenó con tono estricto.

Edgar no respondió.

— He dicho que respondas a mi pregunta. Te aconsejo que hagas lo que te pido o ya verás.

— ¿Si no lo hago que harás? — su oposición hacia las palabras de su padre fue algo bestial, su tono de voz fue gélido y trepidante —. ¿Me matarás y grabarás mi muerte?

Los sujetos gimieron de sorpresa. El padre se ruborizó tanto que casi se le sale el corazón por la boca.

— ¿Ah? — se quedó sin palabras.

— ¡Girasol! — gritó Edgar.

Esta vez todos se quedaron en silencio, serios, como si les resultara imposible comprender lo que sucedía frente a sus ojos.

Edgar apuntó con su arma a su propio padre y le disparó justo entre los ojos. Murió al instante. Los otros sujetos tardaron en reaccionar, quedaron impactados, absortos y confundidos. Se miraron unos a otros y nadie encontraba una respuesta. Edgar disparó de nuevo y le dio en el estómago a un hombre de traje negro. Siguió disparando hasta vaciar el cargador. Reaccionaron tarde, y solo se salvaron dos personas de la balacera, el jefe de la policía y un abogado muy respetado. Los demás están gravemente heridos o muertos.

«Edgar el justiciero.»

Yo cerré mis ojos, tapé mis oídos, y me tiré de boca al suelo, como hacen en las películas de guerra.

Se escuchó otro disparo, abrí los ojos y pude ver las piernas de Edgar por debajo del coche, y este cayó de espaldas al suelo, muerto como la esperanza del pueblo con gobierno socialista. Fue un disparo directo al corazón. El ejecutor fue el jefe de policías, quien en su juventud fue militar. Mis ojos se humedecieron, no pude evitar soltar las lágrimas. A pesar de todo, Edgar era mi amigo. Sufrí con creces su deceso.

Los dos sobrevivientes escucharon mis sollozos y con pasos lentos comenzaron a acercarse a mi posición. De golpe se escucha que un vehículo se detiene de golpe del otro lado del gran portón. Es obvio que apuntaron sus armas hacia tal posición, preparados a dispararle a quien se atreviera a entrar a la propiedad privada. Andy fue el desafortunado que entró corriendo, en estado de pánico. Los disparos debieron ajetrearlo, y el vehículo que frenó de golpe debió obligarlo a dirigirse a nuestro encuentro. Dos disparos fueron suficiente para matar a mi otro amigo, el pobre Andy, el niño del yo-yo.

— Otro niño... ¡Carajo! — claro que se conmovieron.

Debieron estar reprochándose lo sucedido cuando de golpe una persona traspasó la abertura del portón y disparó hasta asesinar a los sujetos que mataron a mis amigos. «Quisiera poder describir lo triste que me sentí, lo asustado que estuve, pero no encuentro palabras para hacerlo, y jamás podré encontrarlas».

Yo estaba en shock, petrificado.

Mi salvador me encontró tirado en el suelo y me tomó el pulso, sentí sus dedos en mi cuello. Al ver señales de vida me cargó sobre sus hombros para llevarme al vehículo. En el trayecto vi por última vez el cuerpo de Edgar, quien esbozaba una leve sonrisa en su rostro. «Ha cumplido su deseo, ha muerto en paz.»

Me bajó con cuidado en los asientos traseros. Pude ver su rostro, y me dejó perplejo el hecho de que Paul Gordon volvió a salvarme la vida, como si estuviera destinado a ello. Las coincidencias suelen ser dichosas. Paul me repetía una y otra vez: «Todo estará bien». Y lo cierto es que todo estaba mal por donde se lo viese. «El hombre oculta la realidad con el propósito de no alejarse de su elocuente y frágil felicidad, de su esperanza.»

Epílogo.

Desperté en el hospital y vi a mi madre y a Astrid, sentadas a mi lado, llorando sin consuelo. Cuando me vieron se lanzaron sobre mí, sonriendo por la suerte que tuve de salir ileso de un acontecimiento desastroso. Pregunté por Edgar con la esperanza de que tuve un mal sueño, pero el gesto de mi madre en su rostro me lo dijo todo. Reproducí nuevamente lo sucedido, y no pude evitar llorar. ¿Por qué Edgar hizo lo que hizo? Dio su vida para arremeter contra la vida de su propio padre, para dar fin a una organización inmune, a causa del poder de los involucrados, y que en circunstancias normales jamás hubieran sufrido las consecuencias de sus actos. «Edgar estaba convencido de ello».

Agradecí que nadie me hiciera preguntas o me pidiera un testimonio en aquel momento. Paul Gordon pidió que no me molestaran, dijo que ya tuve suficiente. Fue un gesto noble de su parte. Lamentablemente a los pocos días me obligaron a contar detalle por detalle todo lo sucedido. «James el psicólogo fue quien hizo las preguntas.»

¿Cómo es que Paul Gordon llegó a mi salvación? Edgar fue el capataz de tal proeza, ya que le entregó el cuaderno y una nota que detallaba todo lo que había averiguado. «Me dejó un cuaderno y una nota en mi escritorio, contándome todo lo que sucedía y lo que estaba por suceder, de que se iba a llevar a cabo una reunión en tal lugar y a tal hora. Después de leer la nota y echar una ojeada al cuaderno fui lo más rápido que pude, tristemente no pude llegar a tiempo para evitar lo sucedido... Fui solo porque organizar todo un equipo toma su tiempo, y el tiempo era lo que escaseaba... De habérmelo entregado en persona esta historia sería diferente, no comprendo por qué un niño emprendió tal acción.», fueron unas de las tantas cosas que les dijo a los medios. Los rumores sobre toda la asociación de «Girasol», y todo lo que ello conlleva, no tardaron en llegar a los oídos de los vecinos, quienes se encargaron de propagar la noticia a cada habitante. Todos se conmocionaron y no podían creerlo. Unos lo creyeron y otros aborrecían las noticias diciendo que eran calumnias para denigrar los nombres de tan respetadas personas. Claro, en los rumores también viajaron los nombres y la profesión de los involucrados. Sacerdote, abogado, jefe de policía, político, empresario.

Los investigadores descubrieron otros nombres, y pertenecían a personas ordinarias, un vecino como cualquier otro. Fueron sentenciados a cadena perpetua, además sus casas fueron destruidas manos de los vecinos. También descubrieron en los discos duros que fueron escrutados un total de 324 videos del mismo tipo. 324 muertos. Brad McDonald era solo uno de los tantos que se encargaban de secuestrar y grabar los videos, sus víctimas solo son una pequeña porción del pastel.

En el almacén encontraron 33 cuerpos enterrados a lo largo y ancho del terreno, algunos estaban repletos de gusanos y otros eran solo huesos. «Las familias tuvieron un funeral con un cuerpo en el ataúd, aleluya por ellos.»

¿Y por qué «Girasol»? Solo les diré que es una de las tantas plantas, flores, que abundan en el ecosistema. «El estigma de la organización.»

Jamás he dejado de pensar en ello. Desde entonces me convertí en una persona fría y antisocial. Desconfié de cada ser que se cruzó en mi camino, solo quería — quiero — averiguar qué clase de secretos guardan. Mi mayor deseo es poder terminar con tal

rubro del basto mundo del crimen, pero es imposible. Las personas harán lo que sea por dinero, y ello hace del negocio un círculo ocupacional, donde se reemplazan unos a otros con el fin de que la rueda jamás deje de girar. Lo único que nos queda es aprender a lidiar con la malaria que habita en nuestro alrededor, ser indiferentes y vivir nuestras vidas en “paz”.

Soy Jack Bennet, tengo veintiún años cumplidos en el momento que escribo esto, y me he dejado consumir por quien soy en realidad: Un criminal como todo ser que habita en este desgraciado mundo.